

Suzette Haden Elguin

**LENGUA**

**MATERNA**



Estamos en el año 2179, la supremacía del hombre es total, el movimiento de liberación de la mujer ha sido aplastado y las mujeres están desprovistas de ningún poder.

Se ha establecido contacto con otros mundos, y la tierra ha comenzado su colonización de las estrellas. Las dinastías de los Lingüistas han aceptado la tarea de hablar con los alienígenas, y un poder inmenso ha caído en sus manos.

Esta novela trata de la guerra fría entre los sexos, y de la resistencia oculta de las mujeres que desarrollan el Láadan, un lenguaje secreto propio. Suzette Haden Elgin, novelista de ciencia ficción y profesora de lingüística, combina sus talentos para crear una sociedad en la que el comercio interplanetario ha convertido el lenguaje en un bien precioso... y por tanto ha dado al llamado «sexo débil» un arma para liberarse...si se atreven a usarlo.

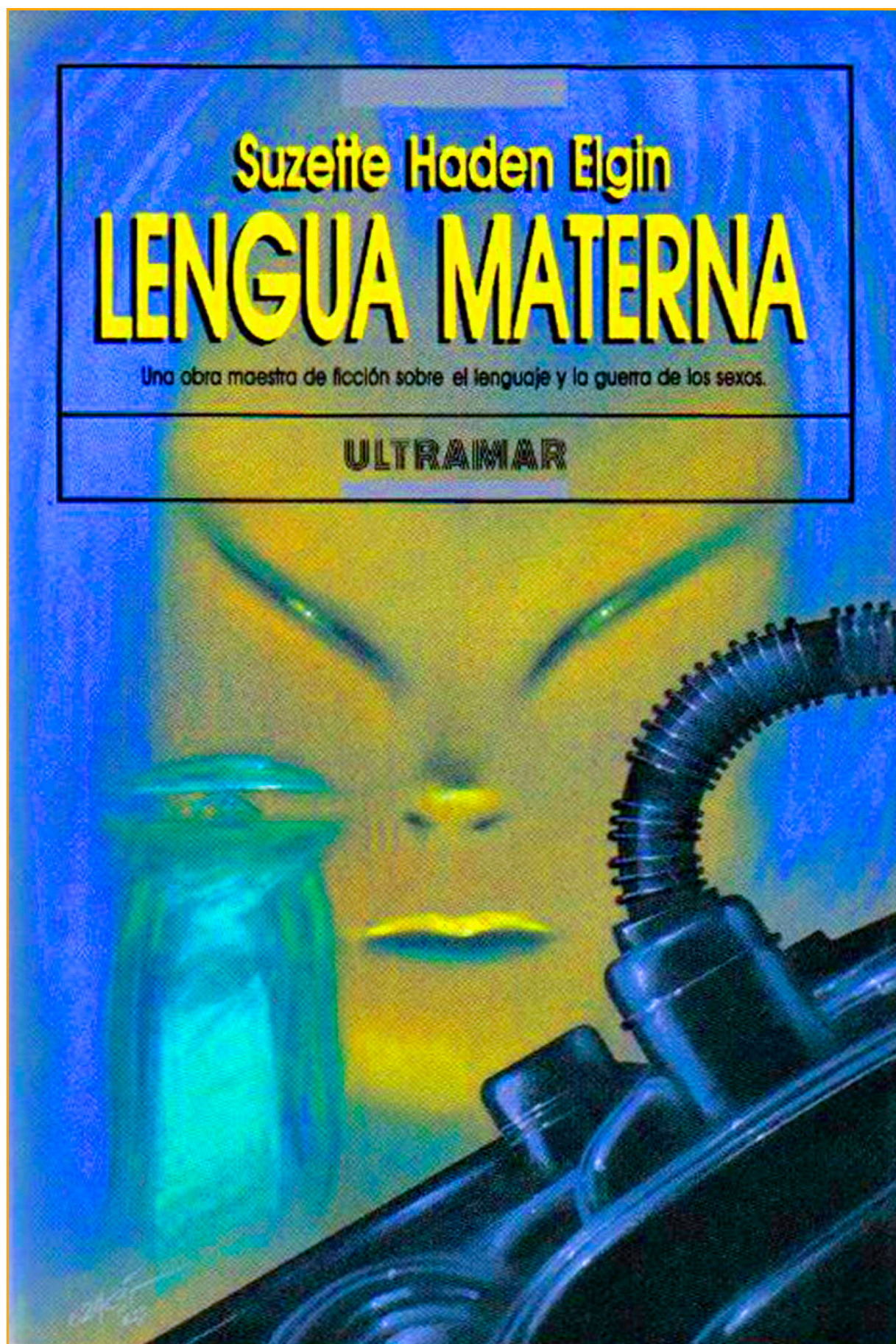


Suzette Haden Elgin

# LENGUA MATERNA

Una obra maestra de ficción sobre el lenguaje y la guerra de los sexos.

ULTRAMAR





Suzette Haden Elgin

# Lengua materna

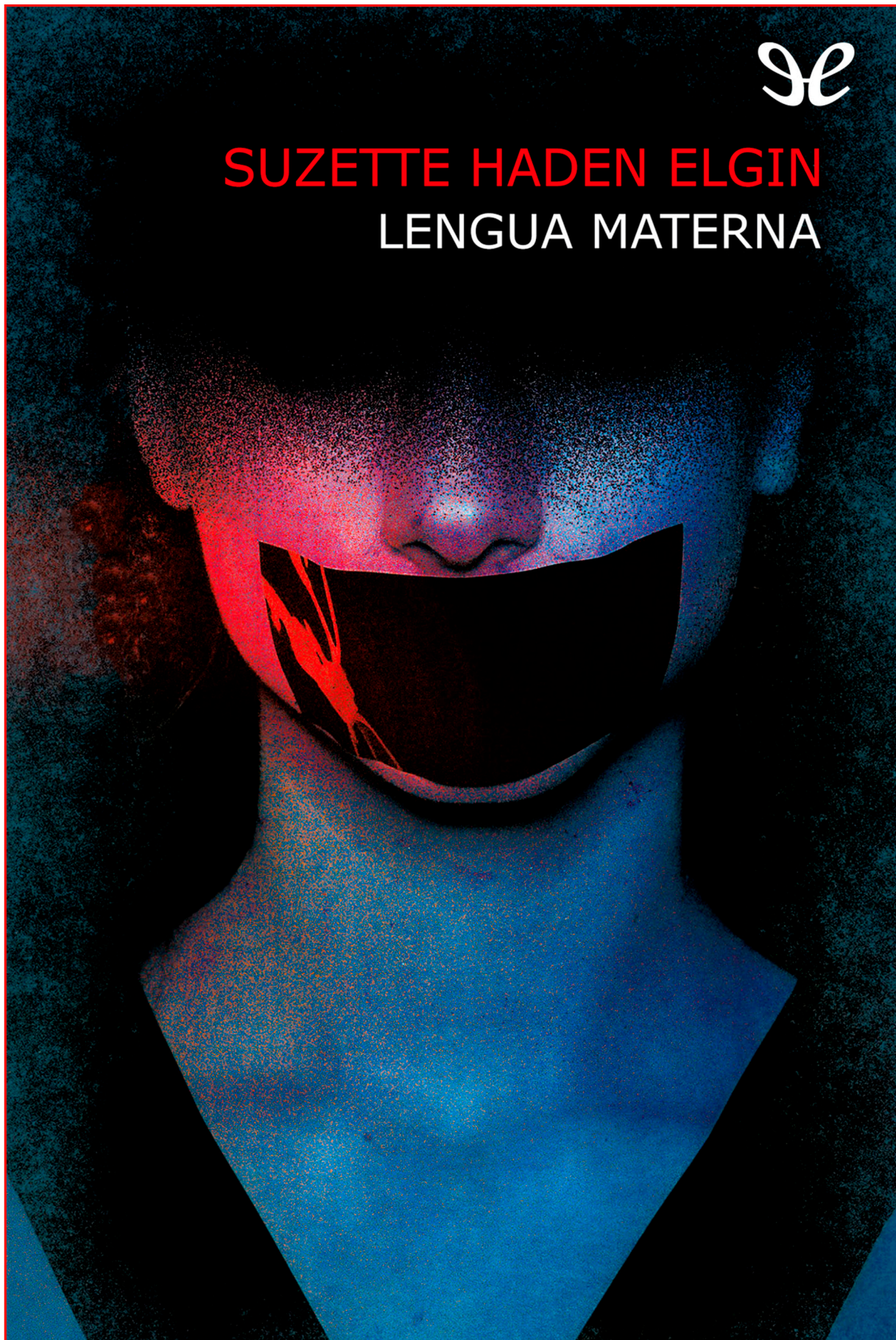
ePub r1.0  
Watcher 28-11-2019





se

SUZETTE HADEN ELGIN  
LENGUA MATERNA



Título original: *Native Tongue* Suzette Haden Elgin, 1984  
Traducción: Rafael Marín Trechera Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher  
ePub base r2.1

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera  
[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)



# 1

## ARTÍCULO XXIV

**Sección 1.** La enmienda decimonovena de la Constitución de los Estados Unidos queda derogada.

**Sección 2.** Este artículo será inoperante a menos que haya sido ratificado como enmienda a la Constitución por las legislaturas de tres cuartas partes de los diversos estados en el plazo de siete años a partir de la fecha de su entrada en vigor.

(Vigente el 11 de marzo de 1991)

## ARTÍCULO XXV

**Sección 1.** No se permitirá a ninguna ciudadana de los Estados Unidos desempeñar ningún cargo público por elección o por nombramiento, participar en ningún empleo (oficial o no) en las profesiones científicas o investigadoras, trabajar fuera del hogar sin el permiso escrito de su marido o (de no estar casada) un varón responsable emparentado por sangre o señalado como su tutor por la ley, ni ejercer control sobre el dinero u otras propiedades o posesiones sin permiso escrito.

**Sección 2.** Dadas las limitaciones naturales de las mujeres, un peligro claro y presente al bienestar nacional cuando no están constreñidas por la cuidadosa y constante supervisión de un ciudadano varón responsable, todas las ciudadanas de los Estados Unidos serán consideradas legalmente como menores, pese a su edad cronológica; pero serán tratadas como adultas en los tribunales si tienen dieciocho años de edad o más.

**Sección 3.** Ya que las limitaciones naturales de las mujeres son inherentes, y por tanto ellas no son responsables de las mismas, nada en este artículo debe ser interpretado como que permite el maltrato o el abuso de las mujeres.

**Sección 4.** El Congreso tendrá poder para reforzar este artículo con la legislación adecuada.

**Sección 5.** Este artículo será inoperante a menos que haya sido ratificado como enmienda a la Constitución por las legislaturas de tres cuartas partes de los diversos estados en el plazo de siete años a partir de la fecha de su entrada en vigor.

(Vigente desde el 11 de marzo de 1991)

## VERANO DE 2.205...

Sólo había ocho en la reunión; un número poco idóneo. Además de ser un número muy pequeño para llevar los negocios de manera eficiente, era un número *par...*, lo que significaba que en caso de empate habría que dar a Thomas Blair Chornyak un voto de calidad, y él siempre odiaba eso. Tenía un tono de elitismo completamente contrario a la filosofía de las Líneas.

Paul John Chornyak se encontraba presente, participando todavía a los 94 años, cuando Thomas debería de ser capaz de llevar la sesión adelante sin la interferencia del viejo. Aaron estaba allí también..., tenía que estarlo, dado el tema final de su orden del día, que le concernía directamente. Habían conseguido congregarse a dos de los miembros veteranos mediante el comset, de manera que los rostros de James Nathan Chornyak y de Giles, el cuñado de Thomas, se encontraban con ellos,



levemente irritados. Adam estaba allí, sólo dos años más joven que Thomas y apropiadamente parte del grupo. Thomas confiaba en su hermano por muchas cosas, entre ellas su habilidad para deflactar las digresiones de su padre y convencer a Paul John de que sus palabras habían sido tenidas en cuenta. Kenneth se encontraba allí porque, al no ser un lingüista, siempre podía escaparse de lo que estuviera haciendo para asistir a las reuniones; y Jason porque la negociación en la que estaba relacionado se encontraba estancada por un tecnicismo sobre el que no podía hacer nada, lo que le dejaba tiempo libre hasta que el Departamento de Estado lo resolviera.

Cualquiera de los dos últimos podría haber resuelto el problema del número par excusándose cortésmente..., pero ninguno estaba dispuesto a hacerlo. En opinión de Jason, ya que Kenneth no era más que un yerno, y ni siquiera miembro de las Líneas por nacimiento, era él quien tenía que marcharse a hacer lo que tuviera que hacer en vez de entorpecer el trabajo. Y, en opinión de Kenneth, tenía tanto derecho a tomar parte en la reunión como Jason: no había renunciado a su apellido y tomado el de Mary Sarah Chornyak para nada. Ahora era un Chornyak, como cualquiera de los otros, y sabía muy bien que una de las cosas que tenía que hacer era subrayar firmemente ese hecho a cada oportunidad, o los otros hombres más jóvenes le enterrarían al fondo de la orden. No estaba dispuesto a marcharse.

Era una situación molesta, y Thomas consideró por un instante la posibilidad de pedirle a James Nathan que se retirara; pero le habían despertado para esto, y no le había hecho mucha gracia. Había pasado levantado toda la noche anterior hasta bastante después del desayuno intentando solucionar una de las crisis de la Tercera Colonia, de las que parecía haber siempre un suministro inagotable, y estaba claramente exhausto. Ahora que lo habían despertado, no estaría bien que le sugirieran que volviera a acostarse, lamentamos molestarte pero pensábamos que te necesitaríamos... No. No estaría bien, así que lo dejó pasar. Si Thomas tenía que usar su voto de calidad, que así fuera; sobrevivirían. Las reuniones en la Casa Chornyak eran siempre breves últimamente, excepto las semestrales, que tenían un calendario permanente y para las que todos dejaban un día libre en sus agendas. Por la manera en que el gobierno impulsaba la ruta del espacio en los últimos tiempos, y con la negociación de todo el aparato de tratados y acuerdos de compra y el establecimiento de relaciones formales, era difícil encontrar a *cualquier* lingüista de menos de sesenta años con una hora que dedicar a los asuntos internos.

Thomas decidió que se contentaría con lo que había, y agradeció que no estuvieran solamente el viejo Paul John, Aaron y él. Los tres solos en la mesa habrían compuesto un quorum penoso. La forma de la mesa, la lisa A estándar sin travesaño, era ideal para las semestrales; se podía colocar a los hombres a su alrededor, y tener a la vez amplio espacio para tridis y hologramas en la zona sólida en lo alto de la A. Pero cuando sólo había presentes media docena de personas, cada uno tenía que apostarse en un punto arbitrario para llenar la geometría, o bien acurrucarse en un rinconcito y sentirse empequeñecidos. Hoy había optado por la dispersión. Su padre

se encontraba a su derecha, con los comsets al otro lado de la habitación, gravitando fuera del alcance de sus cabezas, y los otros cuatro hombres colocados como los puntos de una brújula. Estúpido procedimiento.

Resolvieron sin demora los primeros siete puntos del orden del día, y no hubo necesidad de hacer ninguna pausa. Lo único sobre lo que Thomas se sentía un poco más inseguro, el contrato para el REM80-4-801, no encontró ninguna oposición. A veces había ventajas en una reunión con una proporción sustancial de jóvenes participantes sin experiencia. Tenía preparados sus argumentos, por si acaso; pero o bien ninguno de los otros vio la peligrosa apertura en el subpárrafo once, o ninguno se preocupó lo suficiente sobre él para perder el tiempo discutiendo al respecto. Los otros puntos eran simple rutina..., completaron la lista entera en menos de doce minutos.

Y ahora tenían que encargarse de este último asunto. Thomas lo leyó con cuidado, mostrando indiferencia en la voz y sin añadir ningún énfasis, y a continuación esperó. Como había supuesto, Aaron fingió parecer insoportablemente aburrido; tenía la habilidad con las expresiones faciales característica de la Línea Adiness, más la facilidad que confiere la larga práctica, y consiguió parecer terriblemente desinteresado.

—Este asunto queda abierto a discusión —dijo Thomas—. ¿Comentarios?

—Sinceramente, no veo ninguna necesidad de discusión —observó Aaron de inmediato—. Creo que podríamos haber resuelto todo este asunto por medio de memorándums, y Dios sabe que tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo. Como nos pasa a todos, Thomas..., seguro que no soy el único que está atascado con los plazos de entrega federales.

Thomas no estaba dispuesto a decir nada todavía; alzó las cejas apenas la fracción precisa, se frotó suavemente la barbilla con una mano, y esperó más..., y Aaron volvió a hablar.

—Estoy dispuesto a aceptar el hecho de que tuvo usted que añadir esto a un orden del día formal; me ha convencido de ello —dijo—. Y lo hemos hecho. Está ahí fuera, una cuestión pública. Para que todo el mundo curioso vea y aplauda. Y ya hemos perdido demasiado tiempo. Propongo que votemos y acabemos de una vez.

—¿Sin ninguna discusión? —preguntó Thomas suavemente.

Aaron hizo un gesto de indiferencia.

—¿Qué hay que discutir?

Paul John decidió intervenir; era lo suficientemente viejo para encontrar que la arrogancia de este yerno concreto no era divertida, y demasiado anciano para impresionarse con su brillantez con el lenguaje o su sorprendente buen aspecto.

—Lo descubrirías si dejaras hablar a los demás —dijo el anciano—. ¿Por qué no lo intentas y lo ves?

Thomas actuó rápidamente, pues no le interesaba ver a Aaron y John Paul iniciar una de las sesiones de combate dialéctico a las que eran tan aficionados. Eso sí que

sería una pérdida de tiempo.

—Aaron —dijo—, esta reunión no está completamente aclarada.

—No. Teníamos que discutir esos contratos. Y votar sobre ellos.

—Ni este último tema está aclarado —insistió Thomas—. Hay un motivo, un motivo muy bueno que no tiene nada que ver con sólo hacerlo público, para que le prestemos nuestra consideración. Porque sentimos..., y debo añadir que estamos obligados a sentirlo, algo más que afecto ceremonial hacia la mujer en cuestión.

—Y te recuerdo que en términos puramente económicos la mujer merece completamente ese afecto —intervino Kenneth desde el otro extremo de la mesa, en la pata derecha de la A. Estaba nervioso, y carecía de la habilidad necesaria para ocultarlo con la voz o el lenguaje corporal, pero tenía determinación—. Nazareth Chornyak ha dado nueve niños sanos a esta Línea —dijo—. Eso son nueve lenguajes alienígenas añadidos a los haberes de esta Casa. No se trata de una muchacha sin experiencia.

Thomas vio que Aaron permitía que el más leve signo de desprecio, el parpadeo más cuidadosamente medido de desdén, surcara su rostro; luego fue reemplazado por una amabilidad falsa y empalagosa que también estaba relacionada con lo que estaba a punto de decir. No era una competición justa en ninguna medida; el pobre Kenneth, salido directamente del público y conducido a la Casa Chornyak con la insondable ignorancia de todas las habilidades lingüísticas..., y Aaron William Adiness, hijo de la Casa Adiness, la segunda de las dinastías lingüísticas después de la Línea Chornyak. Kenneth era un pato en un barril, y a Aaron le gustaba demasiado cazar patos para dejar escapar la ocasión.

—Hay veces, Kenneth —dijo compasivamente—, en que resulta abrumadoramente obvio que no naciste lingüista... No aprendes, ¿verdad?

Kenneth se ruborizó, y Thomas sintió lástima por él, pero no interfirió. En cierto sentido, Aaron tenía razón: Kenneth no aprendía. Por ejemplo, aún no había aprendido que el tiempo empleado siguiendo los juegucitos de Aaron servía para alimentar su gigantesco ego, y era por tanto tiempo perdido. Kenneth picaba siempre.

—No es la mujer —añadió Aaron amablemente— la que añade los lenguajes alienígenas a los haberes de la Casa. Es el HOMBRE. El *hombre* se toma la molestia de fecundar a la mujer..., a la que entonces se mima y se trata con una indulgencia enfermiza para asegurar el bienestar de su hijo. Atribuir crédito alguno a la mujer que desempeña el papel de un simple receptáculo es romanticismo primitivo, Kenneth, y completamente acientífico. Relee tus textos de biología.

Releer. Posiblemente Kenneth los había leído ya, y no había aprendido nada de la experiencia. Magnífico. Y típico de Aaron Adiness.

Kenneth farfulló y enrojeció aún más.

—Maldita sea, Aaron... Aaron siguió navegando en la corriente de la conversación; Kenneth apenas estaba presente, excepto como recipiente de su misericordiosa instrucción.



—Y harías bien en recordar que, si no fuera por la intervención de los hombres, sólo nacerían mujeres. La raza humana degeneraría en una especie compuesta enteramente por organismos genéticamente inferiores. Puede que quieras reflexionar sobre ello, Kenneth. No estaría mal que conservaras en mente esos hechos básicos, como antídoto para... las tendencias sentimentales.

Y entonces se inclinó hacia atrás y exhaló una bocanada de anillos de humo hacia el techo, sonrió y dijo:

—No confundamos el continente con el contenido, querido hermano.

En la otra pata de la mesa, Jason se rio, apreciando el viejo chiste. Thomas se sintió contrariado. Más tarde tendría que decirle unas palabras a su hijo por aplaudir al que utilizaba el arma cuando el blanco era un pato sentado en un barril. Se sintió más satisfecho con lo que sucedió a continuación, cuando la reprimenda vino de la pantalla del comset donde el rostro de James Nathan parpadeaba y ondeaba contra las fluctuaciones de los suministros de energía de la casa.

—Maldición, Adiness —dijo este otro hijo más capaz—, la única razón por la que no hemos terminado con esto para poder pasar a esos plazos de entrega por los que tan preocupado estabas hace cinco minutos, y la única razón por la que no estoy de vuelta en mi cama, donde sin duda debería estar, es por lo mucho que te gusta hablar. Ninguno de nosotros, y eso incluye a Kenneth, a quien pido disculpas por tus malos modales, necesita un recitado estúpido de una información que conocen todos los seres humanos desde los tres años de edad. Ahora voy a dar por hecho que has terminado, Aaron..., y te sugiero que lo hayas hecho.

Aaron asintió, todo cortesía y aplomo, sonriendo tranquilamente, y Thomas supo que consideraba que la reprimenda merecía el placer de haber jugado con Kenneth, né Williams. Aaron nunca había considerado que la aportación de genes nuevos de Kenneth justificara suficientemente su presencia. Se había opuesto desde el principio a que entrara en la casa como esposo de Mary Sarah, y nunca había mantenido en secreto el hecho de que su opinión no había cambiado, a pesar de los siete años transcurridos. Le gustaba recalcar que Kenneth era «decididamente afeminado». No delante de Kenneth, por supuesto, pero siempre donde el insulto pudiera llegar rápidamente a su cuñado.

—Nazareth ya no puede dar hijos ahora —dijo Jason, consciente de que había sido el único en reírse con el ataque de Aaron, y ansioso por demostrar que había en él algo más digno de considerar—. Tiene casi cuarenta años, y ni siquiera de joven fue una gran belleza. ¿Para qué demonios necesita *pechos*? Es absurdo. Es un tema que no merece ni cinco minutos, y mucho menos una reunión. Estoy de acuerdo con Aaron..., propongo que terminemos esta discusión, votemos y levantemos la sesión.

—¿Y hagamos qué? ¿Dejarla morir?

Paul John carraspeó, y los miembros veteranos miraron amablemente al techo. Estaba claro que iban a tener que pasar más tiempo con Kenneth. Tal vez unas palabras a Mary Sarah...

—¡Cristo, Kenneth, qué tontería acabas de decir! —Así era Jason, dándose importancia—. Hay dinero de sobra en la Cuenta Individual Médica de las mujeres para cubrir todo el tratamiento que Nazareth necesita. ¿Quién habla de dejarla morir? No dejamos morir a las mujeres, retardado... ¿crees todo lo que lees en las noticias sobre los lingüistas? ¿*Todavía?*

Thomas suspiró entonces, lo bastante alto para que pudieran oírle, y notó la brusca mirada de Aaron. Posiblemente pensaba que estaba cansado. Cansado y — para un observador bien entrenado—, a punto de desmoronarse. Aaron pensaría que ya era hora de que Thomas dimitiera y pasara la dirección de la Casa a alguien más joven y más capaz, preferiblemente a Thomas Blair II, porque Aaron sabía que podría manipularle. Thomas le sonrió a Aaron, reconociendo la idea, y dejó que sus ojos hablaran por él —pasarán muchos años antes de que entregue la Casa Chornyak a nadie, bastardo engreído—, y entonces alzó una mano para terminar la discusión entre Kenneth y Jason.

—Mira... —empezó a decir Kenneth, antes de que Thomas le interrumpiera:

—Los lingüistas no dicen «mira», Kenneth. Ni dicen «oye», ni «escucha». Por favor, trata de usar un modo de expresión menos comprometido. —Thomas era un hombre paciente, y pretendía seguir intentándolo con este joven testarudo e impetuoso. Había visto diamantes más toscos en su época..., y los cuatro hijos que Kenneth había engendrado hasta ahora eran especímenes soberbios.

Kenneth, evidentemente, no comprendía qué diferencia creaba su elección de predicados sensoriales en las entrañas de la gran casa, a kilómetros de cualquier miembro del público que pudiera contaminar sus defectos de expresión, pero había aprendido los modales suficientes como para guardarse sus opiniones para sí. (No pudo borrarlas de su rostro, por supuesto, pero no lo sabía, y los demás no tenían motivos para decírselo.) Pidió disculpas con un gesto y empezaron de nuevo.

—Percibe esto —dijo cuidadosamente—. Hay dinero suficiente en la CIM de las mujeres para pagar la regeneración de los pechos. Yo llevo las cuentas, ¿recuerdas? Estoy en posición de saber para qué hay dinero o no. Es una suma insignificante..., sólo hay que implantar una célula o dos, y aplicar un poco de estimulación rudimentaria para iniciar la regeneración de las glándulas. ¡Eso es biología elemental..., y contabilidad elemental! En realidad cuesta lo que un ordenador de muñeca, y este año hemos comprado cuarenta. ¿Cómo explicamos que no estamos dispuestos a autorizar una cantidad tan pequeña en beneficio de alguien que ha sido tan eficiente, tan tenaz y tan productiva como «receptáculo»? Soy bien consciente de que no nací siendo lingüista..., aun sin los constantes recordatorios de Aaron, pero ahora soy miembro de esta Casa, tengo derecho a ser oído, *no* soy ignorante, y os digo que me siento incómodo con esta decisión.

—Kenneth —dijo Thomas, y la simpatía de su voz era auténtica—, valoramos la compasión y la cualidad de la empatía que nos proporcionas. Quiero que lo sepas. Necesitamos ciertamente ese impulso. Pasamos tanto tiempo compartiendo las

visiones del mundo de seres que no son humanos, que a veces nosotros tampoco parecemos humanos. Necesitamos a alguien como tú que nos lo recuerde, de vez en cuando.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque, por mucho dinero que podamos permitirnos, no podemos permitirnos gastarlo en gestos sentimentales. Siento que esto te decepcione, Kenneth, pero así es como debe de ser. Todos lo lamentamos, pero sigue siendo cierto. La ley que dice que NINGÚN LINGÜISTA GASTARÁ UN CENTAVO QUE EL PÚBLICO PUEDA VER COMO CONSUMO SOSPECHOSO se aplica aquí, como lo hace en todas las Casas de las Líneas, con absoluto rigor.

—Pero...

—Sabes muy bien, Kenneth, porque procedes del público (y al contrario que Aaron, no considero que eso sea un defecto), sabes muy bien que ningún miembro del público haría lo que pides por una mujer ya madura y yerma. ¿Quieres que seamos la Casa responsable de una nueva vuelta a las rebeliones antilingüistas, hijo? ¿Para beneficiar a una mujer alocada, que ha sido tratada con mimo durante toda su vida, y que ahora está haciendo una montaña de un par de nidos de hormiga ya gastados? Seguro que no quieres eso, Kenneth, por mucha simpatía que puedas sentir hacia las exigencias de Nazareth.

—Un momento —dijo Aaron llanamente—. Clarificaré eso. Nazareth no ha exigido nada. Simplemente lo ha pedido.

—Muy cierto —replicó Thomas—. He exagerado el caso.

—Pero el tema sigue siendo el mismo, Thomas. Estoy seguro de que Kenneth ve ahora este asunto con una luz menos... sensiblera.

Kenneth se quedó contemplando la mesa y no dijo nada más, y todos se relajaron. Por supuesto, podrían haberle obligado, sin la charla. Esa opción siempre quedaba abierta. Pero era preferible evitar aquello siempre que fuera posible. Los lingüistas vivían demasiado profundamente relacionados para que las riñas familiares no fueran un obstáculo sustancial para la conducta normal de los hechos..., y, con 91 miembros bajo su techo, la Casa Chornyak era una de las más abarrotadas de todas. En esas circunstancias se buscaba la paz..., y la pronta disposición de Aaron para sacrificar esa paz sólo por anotarse uno o dos puntos era una de las razones principales por las que Thomas no quería que tuviera nunca una oportunidad de conseguir poder real en esta casa. Era Aaron quien *realmente* no aprendía, y al parecer no podía. Y sin las excusas de Kenneth.

—Bien, entonces estamos de acuerdo, ¿no? —dijo Paul John, frotándose las manos—. Autorizaremos la transferencia de fondos para el tratamiento que destruya el útero enfermo y los pechos de la mujer, y ordenaremos que se haga de inmediato, y eso es *todo* lo que haremos. ¿De acuerdo, caballeros?

Thomas paseó la mirada por la mesa y por las pantallas comset, y esperó amablemente unos cuantos segundos para asegurarse de que nadie requería su



atención. Asintió cuando se hizo evidente que no la querían.

—¿Algo más? —preguntó—. ¿Algo que no esté claro en el nuevo contrato que ha venido del Departamento de Análisis y Traducción sobre esos dialectos espejo-imagen? ¿Alguien quiere discutir los términos que ofrecen? Recordad, por favor, que se trata de un empleo con ordenador de principio a fin..., no es necesario mucho esfuerzo. ¿Algún asunto personal? ¿Alguna objeción para anotar el voto sobre los cuidados médicos de Nazareth como unánime? ¿No?

»Bien —dijo, y golpeó la mesa con el canto de la mano, en un gesto que daba por concluida la sesión—. Entonces, hemos acabado. Aaron, asegúrate de que a tu esposa le sea notificada de inmediato nuestra decisión y que vaya en seguida al hospital. No quiero acusaciones por parte de los medios de comunicación de que nos hemos retrasado y hemos puesto en peligro su vida, no importa lo triviales que puedan parecer. Tan malo es que nos acusen de maltratar a una mujer como de malgastar millones. ¿Te encargarás de ello?

—Desde luego —dijo Aaron, envarado—. Conozco mis obligaciones. Y soy tan sensible al problema de la opinión pública como todos los demás de esta sala. Haré que Madre se encargue inmediatamente.

—Tu suegra no está disponible en este momento, Aaron —dijo Thomas—. Está reunida en una especie de tontería con el Proyecto Codificador. Que otra de las mujeres lo haga en su lugar, o hazlo tú mismo.

Aaron abrió la boca para hacer una observación. Y la cerró de nuevo. Sabía lo que diría su suegro si ponía otra vez objeciones al tiempo que las mujeres pasaban en su estúpido «Proyecto Codificador». Las mantiene ocupadas y contentas, Aaron, diría. Las ya estériles y las que son demasiado viejas para otros trabajos necesitan hacer algo inofensivo con su tiempo, Aaron, diría. Si no se entretuvieran con su interminable «proyecto», estarían quejándose y poniendo obstáculos, Aaron..., alégrate de que se contenten tan fácilmente. A caballo regalado no le mires el diente, Aaron. No tenía sentido pasar otra vez por todo aquello.

Además, Thomas tenía razón. Las escasas mujeres que no estaban interesadas en las vacuas actividades del Proyecto estaban siempre dando la lata, interfiriendo sólo porque se hallaban aburridas. No dijo nada y salió rápidamente por la puerta lateral, subió las escaleras y salió a los jardines, donde uno de sus hijos le esperaba para discutir un problema de una traducción. Había estado esperando demasiado, pensó Aaron irritado. A los siete años, ni siquiera se puede esperar paciencia ilimitada de un niño varón.

Ya había recorrido la mitad del sendero y se encontraba junto a los bancos de lirios anaranjados que las mujeres cultivaban en profusión porque ni siquiera los antilingüistas más fanáticos podían considerar que aquello era un despilfarro, cuando se dio cuenta de que después de todo había olvidado enviar a su esposa el mensaje. Dios, pero las mujeres eran una molestia, con sus interminables quejas y sus estúpidas enfermedades. ¡Cáncer, por todos los santos, en el año 2205! Ningún varón

humano había contraído cáncer desde..., bueno, desde hacía al menos cincuenta años, estaba dispuesto a apostar. Las mujeres eran criaturas débiles y apenas merecían su manutención..., y desde luego no su ira.

El malestar de tener que volver a regresar a la casa y cumplir su promesa estuvo a punto de hacerle arrancar de raíz un inexcusable rosal amarillo, medio oculto entre los lirios. Sólo uno, pero estaba buscando problemas. Ya podía oír a los ciudadanos: «Trabajamos, nos esforzamos y sangramos por conseguir hasta el último centavo, y ni siquiera tenemos dinero para mantener decentemente las aceras deslizantes porque la mitad de nuestros impuestos va a parar a los jodidos lingos, malditos sean todos ellos, y lo malgastan todo en sus palacios subterráneos y en sus jodidos *rosales*»... Podía imaginarse los eslóganes, los alborotos, los medios de comunicación discutiendo solemnemente las cifras reales de los rosales comprados por los lingüistas en el periodo entre 2195 a 2205..., a los medios de comunicación les gustaban las décadas porque era más fácil aumentar las estadísticas en bloques de diez años. Y estaba seguro de que aquel empalagoso rosal amarillo era otro más de los pequeños actos de sabotaje con los que la tía abuela Sarah disfrutaba tanto para burlar a los contables.

Se recordó por enésima vez que tenía que encontrar sitio en su agenda de este año para reunirse con los representantes del Congreso sobre la legislación que prohibiría a las mujeres comprar nada sin la aprobación escrita de un varón. El asunto de dejarlas tener dinero para gastos y hacer excepciones con las flores, los dulces y los libros románticos y otras fruslerías siempre llevaba a complicaciones imprevistas... ¡era sorprendente lo listas que eran las mujeres para distorsionar la letra de la ley! Como los chimpancés, dando la vuelta a sus instrucciones en el ejército y metiéndose en líos que nunca se habían prohibido porque ni en las fantasías más descabelladas habían sido previstos. ¿Quién podría pensar que había que enseñar formalmente a un chimpancé a no defecar sobre sus armas, por ejemplo?

Aaron habría preferido ver carteles de «No se permiten mujeres» en todos los lugares de negocios. Pero, una vez más, tenía que doblarse al argumento de que las pobres criaturas eran mucho menos problemáticas si se les permitía pasar las horas muertas curioseando por las tiendas en vez de hacer todas sus compras por medio de los comsets como hacían los hombres. Era interminable, siempre otra concesión que hacer..., y, desde luego, suponía todo un consuelo poder decir que las mujeres de las Líneas, las mujeres lingüistas, no tenían horas muertas.

Si algo pudiera haber tentado a Aaron William Adiness-Chornyak a una blasfemia tanto como el concepto de una Creadora, era la aparentemente irracional creación de las mujeres. ¿No podría el Todopoderoso haber tenido la simple cortesía de hacer a las mujeres mudas? ¿O encargarse de que tuvieran el equivalente biológico de un interruptor conectado/desconectado para que pudieran utilizarlo los hombres obligados a tratar con ellas? ¿No había cometido la ingenuidad de hacerlo sin ellas?

—Puedes sentirte feliz —le había dicho su padre—. Podrías haber nacido antes de las Enmiendas Whissler, ya sabes. Podrías haber vivido en una época en que se

permitía votar a las mujeres, cuando las mujeres se sentaban en el Congreso de los Estados Unidos y podían ser titulares del Tribunal Supremo de Justicia. Piénsalo, muchacho, y agradécelo.

Aaron se echó a reír, recordando la primera vez que había oído hablar de aquello. Tenía siete años, la misma edad que el niño con el que tenía que reunirse ahora. Y le habían castigado, le obligaron a memorizar una docena de páginas de inútiles declinaciones de nombres de un lenguaje artificial igualmente inútil, por haber llamado mentiroso a Ross Adiness con sus siete años. Había olvidado aquellas terminaciones nominales hacía mucho tiempo, pero la impresión nunca le había abandonado.

—¿Nazareth? —dijo Clara, y se detuvo a mirar.

Nazareth Joanna Chornyak Adiness, hermana melliza de James Nathan Chornyak, la mayor de esta Casa, madre de nueve hijos, no parecía en ese momento más que un servomecanismo estropeado. Dispuesto para ser cambiado. Dispuesto para el desguace. La desagradable imagen golpeó a la mujer que Aaron había enviado para entregar su mensaje, la golpeó con una fuerza que reprimió rápidamente. Sería inexcusable que comunicara la decisión de los hombres con una mirada de repulsión en el rostro como acompañamiento.

Pero *había* algo repulsivo en Nazareth. Algo en el delgado cuerpo, en el pelo gris peinado tirantemente hacia atrás y fijado a la cabeza con crueles pinzas, algo en la rígida postura que era la reacción de un orgullo tenaz a intolerables esfuerzos y cansancio. No parecía en nada una *noble* carcasa de mujer, ni siquiera un animal torturado... ¿Se puede atormentar a una máquina para que llegue a un estado como el de Nazareth?, se preguntó Clara.

Y, entonces, se contuvo y se echó a temblar. Dios no quiera, pensó, que la vea de esa forma. ¡No la veré de esa forma! Lo que tengo ante mí es una mujer viva, se dijo duramente, no uno de esos delgados cilindros con un pomo redondo en lo alto que cruzan en silencio las casas y los lugares de trabajo de los no lingüistas haciendo el trabajo sucio. Ésta es una mujer viva, a la que se puede hacer daño, y le hablaré sin percepciones distorsionadas.

—¿Nazareth? —dijo amablemente—. Querida, ¿te has quedado dormida?

Nazareth dio un respingo, asustada, y se apartó de las paredes transparentes de la Interface donde su hijo menor unía serenamente bloques de plástico bajo la mirada amistosa del Alienígena Residente actual.

—Lo siento, tía Clara —dijo—. No te oí..., me temo que mi mente estaba a un millón de kilómetros de distancia. ¿Me necesitas para algo?

Interrumpiendo su misión, Clara hizo un gesto con la barbilla hacia el niño, que ahora se reía por algún comentario del A.R.

—Lo está haciendo bien, ¿verdad?



—Eso creo. Parece que ya está uniendo frases..., frases pequeñas, pero acertadas. No está mal para tener apenas dos años y emplear tres lenguajes a la vez. Y su inglés no parece haber mermado en lo más mínimo.

—Tres lenguajes —murmuró Clara—. No está nada mal, querida... He llegado a conocerlos aprendiendo media docena, cuando no había tantos niños disponibles.

—Ah, ¿pero te acuerdas de Paul Hadley? ¿Recuerdas lo preocupadas que estábamos todas? Tres años en la Interface con aquel alfano del norte, y nada en *ningún* lenguaje menos media docena de palabras infantiles.

—Salió bien —le recordó Clara—. Eso es lo único que importa. Este tipo de cosas pasan de vez en cuando.

—Lo sé. Por eso me preocupa que pueda suceder de nuevo. Especialmente ahora. Clara carraspeó, y sus manos hicieron un gesto inútil.

—No es probable —dijo.

Nazareth alzó los ojos y miró a su tía. Su rostro tenía el amarillo desvaído del papel barato.

—Vienes de parte de los hombres, Clara —dijo—, y estás tratando de evitar decirme qué han decidido. No sirve de nada..., podríamos encontrar una docena de temas frívolos para posponerlo, pero sabes que al final tendrías que decírmelo.

—Sí.

—No son buenas noticias, ¿verdad?

—Podrían ser peores.

Nazareth se tambaleó y apoyó una mano en la pantalla de la Interface para sujetarse, pero Clara no hizo ningún ademán para ayudarla. Nazareth no permitía que nadie la ayudase, y tenía buenos motivos.

—¿Bien? —preguntó—. ¿Qué han decidido, Clara?

—Tendrás la cirugía.

—La cirugía láser.

—Sí. Pero no la regeneración de los pechos.

—¿Tan bajas están las cuentas de los hombres?

—No, Naza..., no fue una decisión financiera.

—Ah..., ya entiendo. —Nazareth se llevó las manos a los pechos y los cubrió con ternura, como podría haberlos cubierto un amante contra un viento gélido.

Las dos mujeres se miraron en silencio. Y, de la misma manera en que Clara se dolía por la mujer que tenía que aceptar una mutilación completamente evitable, Nazareth se dolía por la mujer a quien habían ordenado entregar el mensaje. Pero así eran las cosas. Como Clara había señalado, podría haber sido peor. Podría haberse negado a autorizar la intervención quirúrgica..., aunque entonces los medios de comunicación se habrían aferrado a la historia como otro ejemplo más de la diferencia entre los lingüistas y los seres humanos normales.

—Te irás inmediatamente —dijo Clara cuando ya no pudo soportar más la mirada de aquella ciega angustia—. Un robo-bús que para en el hospital llegará en quince

minutos. Quieren que lo tomes, niña. No necesitas llevarte nada contigo..., simplemente prepárate a salir. Te ayudaré si quieres.

—No, gracias, tía Clara. Puedo arreglármelas sola. —Las manos de Nazareth cayeron para juntarse tras su espalda, fuera de la vista.

—Entonces me encargaré de que alguien autorice la transferencia de créditos a la cuenta del hospital —dijo la mujer mayor—. No es necesario que tengas que esperar sentada a que lo verifiquen. Estará todo arreglado antes de que llegues, si puedo encontrar a un hombre que no esté ocupado con nada urgente.

—Como cuentas de tabaco.

—Por ejemplo.

—Si puede hacerse —dijo Nazareth estoicamente—, muy bien. Si no, no te preocupes. Dentro de la Línea, soy una de las más acostumbradas a esperar. Unas pocas horas más no me harán ningún daño serio.

Clara asintió. Nazareth siempre era precisa.

—¿Alguna instrucción para los niños? ¿Debo encargarme de algo?

—No lo creo. Judith y Cecily conocen mi esquema de trabajo, y si hay algo que no esté en la lista usual sabrán arreglarlo..., te avisarán. Puedes decirles que comprueben mi diario por las mañanas para asegurarse.

Clara esperó, pero Nazareth no tenía nada más que decir; por fin, hizo de nuevo el gesto inútil y murmuró:

—Ve en amabilidamor, Nazareth Joana.

Nazareth asintió, los labios tensos y grises en la cara rígida. El movimiento continuó como el de un muñeco de resorte, del tipo que podía encontrarse en las colecciones de los museos, hasta que Clara se dio la vuelta y se marchó. Nazareth no volvió a mirar de nuevo al pequeño Matthew o al ARY, excepto para disponer su cuerpo en la postura de marcha obligatoria del PanSing que requería la cortesía. No era culpa del alienígena, después de todo.

Piénsalo, se instruyó Nazareth. Piensa en el Alienígena Residente. Usa tu mente inquieta para algo constructivo. No es momento para ideas descabelladas.

El alienígena era interesante, algo que no siempre era una característica de los ARYS. Nazareth ansiaba conocer más sobre su cultura y su lenguaje, a medida que Matthew creciera y fuera capaz de describirlos. Tres piernas en vez de dos, y una cara que parecía una «faceta» de cristal..., tentáculos, en una especie de cabellera que corría desde lo alto de la cabeza y por toda la espina dorsal, tentáculos que reaccionaban a algo en el entorno y se movían por reflejo o seguían un control voluntario... Habían sostenido múltiples discusiones antes de aceptarlo, pues se dudaba de que fuera verdaderamente humanoide. Fue necesario el voto unánime de los Jefes de las trece Líneas para acabar con las preguntas y aprobar el contrato, y para convencer al anciano de la Casa Shawnessey de Suiza hizo falta mucha persuasión.

Mi hijo, pensó ella, dándole la espalda. Mi hijito. Mi último hijo. Y si cometieron un error, si ese ser no es verdaderamente humanoide, *mi* hijo acabará siendo un vegetal, o algo peor.

¡Ya estás de nuevo, Nazareth, con tu mente desvariada! Chasqueó la lengua y apretó las manos con más fuerza. Mejor ocupar aquella mente con las interesantes características de este último ARY, o revisar el inventario actual de las habilidades lingüísticas de su hijo. Mejor ocupar aquella mente con algo que no fuera la amarga hiel de la simple verdad que le quemaba en la garganta.

Le habían dicho que se preparara para salir a la calle... ¿qué querían de ella? Se miró y no vio nada que criticar. Ningún adorno. Una túnica lisa con modestas mangas hasta el codo, de un color que no era color alguno. Sandalias en los pies, nada más. Sabía que su pelo estaba en orden. Nadie podría mirarla y pensar: «¡Mira a esa zorra lingüista!», a menos que la distinguieran por un grado de apariencia empobrecida que sólo podía ser el resultado de poder elegir sobre la misma.

Se llevaría su ordenador de muñeca; no había nadie que no poseyera uno, y el suyo era sencillo y gastado. Lo necesitaría en el hospital público para poder contactar con la Casa de cuando en cuando.

Estoy bien como estoy, pensó. Dispuesta para cualquier calle. Y todos los datos que el hospital pudiera querer de ella estaban fácilmente disponibles en los tatuajes de sus axilas.

Nazareth salió a la puerta de la casa para esperar el robo-bús. No se molestó en llevarse nada de la habitación que compartía con Aaron. No volvió a tocarse los pechos.

## 2

El término lingüístico «codificación léxica» se refiere a la manera en que los seres humanos eligen una fracción particular de su mundo, externo o interno, y asignan a esa fracción una estructura superficial que será su nombre; se refiere al proceso de creación de palabras. Cuando las mujeres decimos «Codificación», con «C» mayúscula, queremos decir algo diferente. Nos referimos a la creación de un nombre para una fracción del mundo que hasta el momento no ha sido nombrado antes en ninguna lengua humana, y que no ha sido creado, encontrado o inventado súbitamente por la cultura. Nos referimos a dar nombre a una porción de mundo que ha estado rondando durante mucho tiempo pero que jamás ha sido considerada por nadie lo suficientemente importante como para *merecer* su propio nombre.

Se pueden hacer codificaciones léxicas ordinarias sistemáticamente; por ejemplo, se pueden mirar las palabras de una lengua existente y decidir que se quieren contrapartidas en una de las lenguas maternas. Entonces es sólo cuestión de disponer los sonidos que pueden conseguirse y tienen significado en ese lenguaje para hacer las contrapartidas. Pero no hay manera de investigar sistemáticamente para las Codificaciones con «C» mayúscula. Surgen de ninguna parte, y se advierte que siempre ha habido necesidad de ellas; pero no se puede ir a buscarlas, y no aparecen como entidades concretas claramente dispuestas a la vista y destellando NÓMBRAME. Son, por tanto, muy preciosas.

(Casa Estéril Chornyak, *Manual para principiantes*, página 71)

### INVIERNO DE 2.179...

Aquina Chornyak estaba aburrida. Era una negociación aburrida, sobre un contrato aburrido, para enmendar un tratado aburrido, con un grupo de Alienígenas-en-Tránsito aburridos hasta la saciedad. Nunca se esperaba que un A.E.T. fuera exactamente una compañía estimulante, y no había motivos para suponer que lo que un terrestre encontrara estimulante fuera estimulante para ellos, o viceversa..., pero a veces había unos cuantos destellos de interés en medio de las tonterías burocráticas.

Esta vez no. Los jeelods eran tan parecidos en su forma a los terrestres que resultaba difícil recordar que *eran* A.E.T.s..., no tenían tentáculos divertidos, ni colas, ni orejas puntiagudas, ni narices gemelas. Eran bajos y regordetes, un poco más cuadrados que los típicos humanoides terrestres, y tenían largas barbas. Y eso era todo. Con sus abultados monos parecían un trío de..., oh, tal vez fontaneros. Algo por el estilo. Era aburrido. ¿Y a quién le importaba (excepto a los jeelods, por supuesto, ya que si no les hubiera importado no habrían solicitado la negociación), a quién le importaba si los contenedores en los que la Tierra les enviaba armas eran azules o no?

A ellos les importaba. Lo habían dejado claro. El azul, habían dicho, era un color chocante para los jeelods, un insulto al honor de cada uno; era un asunto *twx'twxqtl dx*. Aquina no era capaz de pronunciarlo, pero tampoco tenía que hacerlo; estaba aquí meramente como apoyo y traductora social para Nazareth, que era la portavoz nativa del REM34-5-720 para la Tierra. Nazareth podía pronunciarlo, con la

misma facilidad con que habría dicho *paparruchas*. Y, además, le había intentado explicar pacientemente lo que significaba la palabra.

Si Aquina lo comprendía correctamente, hacer azules aquellos contenedores era el equivalente a que los jeelods enviaran sus cargueros a la Tierra en contenedores rebosantes de heces fecales humanas..., era curioso cómo los mismos estúpidos tabúes aparecían en tantas razas humanoides por todo el universo. Pero los jeelods no iban a cooperar para manejar el asunto de la manera en que dos culturas de la Tierra lo habrían hecho en una situación similar.

—¿Quieres decir que el hecho de que los contenedores sean azules es como echarles mierda por encima?

—¡Eso es!

—Vaya, no lo sabíamos. Nuestras disculpas, ¿eh? ¿Qué color les viene bien, amigos?

—Que sea rojo.

—Ya lo tienen.

Y la reunión habría terminado. No..., claramente había algo más allí, de modo que no podía hacerse de esa forma. (Y, para ser sinceros, había culturas en la Tierra que no podrían haberlo resuelto de ninguna otra manera tampoco.)

Cada vez que Nazareth trataba de explicar las cosas, hablando primero a los jeelods en un REM34-5-720 intachable, y a continuación en perfecto inglés a los representantes del gobierno americano, sucedía lo mismo. Los jeelods se ponían pálidos, se volvían de espaldas, se sentaban en el suelo y se cubrían la cabeza con las manos... Nazareth dijo que aquella posición indicaba que no estaban presentes en ningún sentido legal de la palabra. Estos períodos de ausencia legal duraban, según los imperativos culturales jeelod, exactamente dieciocho minutos y once segundos. A continuación, se sentaban de nuevo ante la mesa de conferencias y Nazareth lo intentaba de nuevo. Pobre chiquilla.

Si ella misma estaba aburrida, pensó Aquina, a su edad, Nazareth debía de estar al borde del colapso. Once años no es una edad paciente, ni siquiera para una niña de las Líneas. Y, contrariamente a los hombres del Departamento de Estado, que salían a tomar café exactamente dieciocho minutos y once segundos cada vez que sucedía, Nazareth tenía que quedarse en la sala. Era imposible determinar qué reacción habrían ofrecido los A.E.T.s si su intérprete hubiera abandonado la sala durante su ritual de insultos.

Pasaron otros quince minutos y pico del último episodio, y Aquina suspiró y pensó en salir también a tomar café; puesto que actuaba como mero apoyo, posiblemente podía hacerlo. Pero sería complicado, ya que tendría que encontrar a un hombre dispuesto a escoltarla. Y no sería correcto... Le caía bien Nazareth, que era muy especial para ser una niña de once años. Aquina la miró amistosamente, deseando poder contarle un chiste o hacer algo para aliviar el tedio, y vio que la niña tenía la cabeza inclinada en total concentración sobre una libreta de papel. Estaba



escribiendo algo en ella, y la punta de su lengua asomaba por entre los labios fuertemente apretados. Aquina la tocó suavemente para llamar su atención, y entonces le hizo una pregunta por señas; de espaldas, los jeelods nunca sabrían que las terrestres estaban usando un lenguaje de signos.

—¿Estás dibujando, querida? ¿Puedo verlo? —transmitió por signos.

La niña pareció intranquila, y sus hombros se encorvaron protectoramente hacia lo que hacía.

—No importa —dijo Aquina—. No importa... No tenía intención de fisgonear.

Pero Nazareth le sonrió y se encogió de hombros.

—Muy bien —contestó, también por señas, y le pasó el cuadernillo para que lo mirara.

Ahora que lo tenía, Aquina no supo lo que era; no se trataba de dibujos, ciertamente. Parecían palabras, pero ninguna que hubiera visto antes. Nazareth estaba muy por delante de ella en el REM34-5-720, porque era responsabilidad suya estarlo..., era su lengua materna, igual que el inglés y el ameslán. Pero estas palabras no podían ser REM34-5-720. Aquina conocía las reglas para la formación de palabras en aquel idioma... y esto era algo más.

—Son Codificaciones —dijo Nazareth, al ver su asombro.

—¿Qué?

—Codificaciones —Nazareth lo deletreó con los dedos, para asegurarse de que la entendía, y Aquina la miró con la boca abierta.

—¡Codificaciones! ¿Qué demonios...?

Antes de que pudiera preguntar, oyó el suave roce de las sandalias a su espalda; los hombres del Departamento de Estado regresaban. Nazareth se enderezó en la cabina de intérprete, donde ella y Aquina quedaban lo suficientemente ocultas a la vista para evitar a los delicados egos de los varones la humillación de ver a las mujeres..., de cuyos servicios dependían tan completamente en esta transacción interplanetaria. Toda la atención de Nazareth se volcó en los jeelods y sus contrapartidas terrestres, y dejó el cuadernillo en las manos de Aquina. Nazareth conocía sus obligaciones, y las cumplía. Aquina la oyó hablar, produciendo fácilmente las imposibles agrupaciones de consonantes con sus imposibles modificaciones de chasquidos, glotalizaciones y gorjeos, tratando de encontrar una manera de expresar sus objeciones que no los forzara a «ausentarse» de nuevo de las negociaciones.

Lo cual permitió a Aquina estudiar el cuadernillo, al principio con desinterés, luego con excitación cada vez mayor. ¡Codificaciones, había dicho la niña! Nuevas formas de lenguaje, para conceptos aún no lexicalizados en ningún lenguaje... Codificaciones. Con C mayúscula, ¿no?

Miró los claros símbolos; los hijos de las Líneas, entrenados para hacer transcripciones fonéticas a los seis años, no producían más que símbolos ordenados.

Ahora reconoció las palabras: eran los intentos de Nazareth con el langlés, y eran patéticos. Con los recursos que ofrecía el langlés a un acuñador de palabras, estaban condenados a ser patéticos; y, con lo poquísimo que Nazareth podía conocer sobre el langlés, ni siquiera eran de un patetismo destacado. Pero se sintió excitada de todas formas.

Eran los conceptos en sí, la semántica de las formas que Nazareth trataba de hacer pronunciables; hicieron que su corazón latiera desbocado. Podrían muy bien existir en algún idioma que no conociera, claro, cosa que habría que comprobar; pero también podrían no existir. Y si así era..., bien, era como encontrar un disco de carta blanca en una acera móvil, sin nadie alrededor para verte recogerlo. Sería bastante fácil, ahora que Nazareth había escrito la semántica, darles las *formas* adecuadas, convertirlos en palabras...

Tenía la frente y las palmas de las manos cubiertas de fino sudor; miró a la niña que tenía al lado como habría mirado a un alienígena *verdaderamente* interesante. Y vio que Nazareth estaba exasperada, y no con los jeelods... Aquina debía de haberse perdido algo, lo que significaba que su labor de apoyo no servía de nada. El cuadernillo tendría que esperar, y Aquina comunicó por señas un apresurado «¡Lo siento, Naza!» y volvió a atender su trabajo. Nazareth ya tenía más que suficiente intentando resolver esta maraña de lenguaje y costumbres sin tener que tomar notas y buscar formas en los léxicos y tranquilizar a los tipos del gobierno cuando se agitaban. Aquina apartó firmemente el cuadernillo de su mente, y se dedicó a su trabajo.

Hasta casi la medianoche no pudo regresar a la Casa Estéril Chornyak y discutir del tema con alguien. Primero fueron las interminables series de «ausencias». Según su cuenta, veintinueve antes de que Nazareth encontrara por fin un par de expresiones equivalentes en los dos lenguajes que sirvieran al propósito y no ofendieran a ninguno de los dos grupos negociadores. A continuación vino la larga disputa sobre el color que deberían tener los contenedores en el futuro..., Nazareth les había advertido que no tenía sentido elegir otro color y descubrir luego que también era tabú, con lo que habría que empezar de nuevo.

Aquina apenas había podido seguir lo que hacía la niña, y no conocía la mitad de las palabras. (Ése era el problema de tener sólo un apoyo informal, en vez de otro hablante materno, por supuesto..., pero cuando el otro único hablante nativo apenas estaba comenzando a caminar, una hacía lo mejor que podía.) Nazareth les había contado una historia a los jeelods, como se cuenta una historia cualquiera; a través de ella, había ido introduciendo, uno a uno, los términos jeelod para los colores..., los once tonos básicos, y unos cuantos adicionales. Sabía lo que estaba haciendo, eso era obvio; presumiblemente, esto era el equivalente jeelod de tantear el terreno antes de llegar a un punto seguro. A medida que cada color era introducido en la historia, había un determinado movimiento de hombros en Nazareth, un chasquido de la

lengua, un sonido de olfateo..., seguramente pautas de lenguaje corporal de los jeelods, aunque Aquina no conocía su significado. La niña observaba con impresionante intensidad mientras hablaba, buscando algo en *ellos*, una fracción de lenguaje corporal que pudiera darle la clave que necesitaba. Mientras tanto, los hombres del gobierno se revolían intranquilos. No tenían ninguna paciencia, como de costumbre; Aquina se preguntaba qué encontraba el gobierno de particular en ellos. También como de costumbre.

Finalmente, *finalmente*, apareció el color adecuado, y no hubo ninguna reacción desagradable por parte de los alienígenas. Luego vino la cuestión de que la nueva cláusula del tratado especificase ese color..., y aquello no fue fácil, por razones que sin duda eran claras para Nazareth Chornyak, pero que no se molestó en aclarar al resto, sin duda porque ya estaba demasiado exhausta.

Y, cuando todo terminó y la negociación hubo concluido con éxito, con los jeelods de regreso a casa y felices, y el contrato firmado, sellado y enviado, Aquina y Nazareth tuvieron que esperar mientras los retardados del gobierno se quejaban a sus anchas al hombre Chornyak que había venido a recogerlas y llevarlas a casa. Nazareth era una incompetente, etc., etc. Aquina no servía de nada, etc., etc. Una desgraciada pérdida de tiempo y dinero, etc., etc. Si esto era lo mejor que podían hacer los lingüistas, el gobierno sólo podía decir etcétera etcétera.

Su conductor escuchó gravemente, asintiendo de vez en cuando para no interrumpir el fluir de las quejas y acabar pronto; finalmente, los incompetentes se quedaron sin nada más de que quejarse. En este punto, el conductor sugirió que, si estaban verdaderamente insatisfechos con Nazareth y Aquina, podían sentirse absolutamente libres para contratar a un equipo diferente intérprete/traductor para su siguiente contacto con los jeelods.

No había otro equipo, por supuesto, ya que Nazareth Joanna Chornyak era el único terrestre vivo que podía hablar el idioma jeelod con la mínima fluidez. Había dos niños Chornyak aprendiéndolo de ella, por supuesto, así que habría alguien que la sucedería más adelante y serviría como apoyo formal. Uno de ellos tenía nueve meses, y el otro iba a cumplir dos..., no se podían esperar grandes habilidades negociadoras de ninguno en algún tiempo. Los incompetentes lo sabían, y los lingüistas sabían que lo sabían, y todo resultaba tan tonto como los rituales de ausencia de los jeelods. Y pareció durar lo mismo.

—Dieciocho minutos once segundos —le murmuró Aquina a la cansada niña que esperaba a su lado el momento en que terminaran; y Nazareth soltó una risita, y luego dijo algo verdaderamente obsceno en francés barriobajero. No subieron a la furgoneta hasta casi las once, e incluso a esa hora el tráfico de Washington era tan denso que tardaron otros veinte minutos en subir al volador..., y Nazareth tendría que levantarse a las cinco y media para la rutina del día siguiente, como siempre, para volver a otra cabina de interpretación a las ocho en punto. ¡Era muy divertido ser una niña de las Líneas!

Igual que ser una mujer de las Líneas, claro. Había muchas mujeres aún despiertas en la Casa Estéril a medianoche, y estaban lo suficientemente ocupadas — y cansadas— para agradecer una interrupción y escuchar lo que Aquina tenía que contarles. Empezó con un público pequeño y dudoso; apenas ella misma y Nile, Susannah y una nueva residente llamada Thyrsis a quien no conocía bien..., y que había decidido por alguna razón todavía inexplicada que prefería estar aquí que en la Casa Estéril Shawnessey. Sin duda, ya lo contaría a su debido tiempo. Aquina comenzó con esas cuatro, y a medida que iba hablando su público aumentó considerablemente.

—Creo que no comprendo —intervino Thyrsis Shawnessey, la primera vez que Aquina hizo una pausa.

—Eso es porque Aquina está excitada. Nunca habla claramente cuando está excitada..., por fortuna, siempre se aburre en las negociaciones, o Dios sabe qué clase de cosas nos habría contado ya.

—¿Cómo puedes estar excitada a esta hora de la noche, Aquina?

—Porque *es* excitante —insistió Aquina.

—Cuéntanoslo de nuevo.

Aquina se lo contó, tratando de no sonar precipitada, y ellas escucharon, asintiendo, y Susannah se levantó y preparó té y lo sirvió.

Cuando se aseguró de que todo el mundo tenía en su poder las humeantes tazas, pidió a Aquina que hiciera un alto.

—Vamos a ver si lo he entendido bien, sin todos los toques exóticos —dijo—. Lo que nos estás diciendo es que esa niña, por sí misma, ha estado escribiendo Codificaciones y creando palabras para ellas en langlés. Sin ninguna ayuda ni instrucción por parte de nadie. Ni ninguna información sobre el langlés en realidad, excepto los fragmentos que las niñas pequeñas recogen aquí y en la casa principal..., lo que nos ven hacer con los ordenadores y similares. ¿Lo he entendido bien, Aquina?

—Bueno, se trataba de un langlés lamentable, Susannah..., era de esperar.

—Naturalmente.

—Pero lo has entendido bien. Considerando con lo que tiene que trabajar, lo ha hecho muy bien. Al menos, podría decirse que las formas se suponían en langlés. Y, de todas formas, eso no es lo que importa. La semántica es lo que importa, maldita sea. Y tuve la oportunidad de preguntarle un par de cosas mientras esperábamos que los hombres acabaran con sus juegos de dominación y nos dejaran volver a casa..., dice que lleva haciéndolo bastante tiempo.

—A su edad, eso debe significar un mes o dos.

—Tal vez sí, tal vez no. Dice que tiene más páginas en casa. Lleva un cuaderno, como yo llevo un diario. ¡Qué no daría por echarle un vistazo a ese cuaderno!

—Crees realmente que esto es importante, ¿verdad, Aquina? No sólo el juego de una niña pequeña, sino algo verdaderamente importante.

—Bueno, ¿tú no?

—Aquina, no estuvimos allí..., no vimos lo que escribió. Y tú no puedes recordarlo muy bien. ¿Cómo podemos juzgar con tan pocos datos?

—Copié una Codificación.

—Sin pedirle permiso.

—Sí. Sin pedirle permiso. —Aquina estaba acostumbrada a meterse en líos con las otras habitantes de la casa, y a encontrarse en el extremo equivocado de sus líneas éticas; no se molestó en mostrarse desafiante—. Pensé que importaba, y aún lo pienso. Tomad..., por favor, mirad esto —y les tendió una muestra de lo que había en el cuadernillo de Nazareth.

Abstenerse de preguntar, con malas intenciones; especialmente cuando está claro que alguien quiere ansiosamente que se le pregunte: por ejemplo, cuando alguien quiere que se le pregunte por su estado mental o de salud y quiere hablar claramente al respecto.

—¿Y bien? —preguntó después de que lo hubieran mirado el tiempo suficiente para comprenderlo—. ¡Decid algo!

—¡Demonios del infierno, mujer, Nazareth no sabe que haya ningún otro idioma femenino *además* del langlés! Naturalmente, eso es lo que ha intentado hacer. ¿No lo ves? ¡Si puede formular conceptos semánticos como éstos, *nosotras* sabemos qué hacer con ellos!

—Oh, pero Aquina —objetó Susannah—, entonces la niña esperaría verlos aparecer en los ordenadores de los programas en langlés. Y eso significaría que los hombres tendrían acceso. No podemos permitirlo, y lo sabes.

Hubo un coro de asentimientos, y Aquina agitó fieramente la cabeza y gritó:

—¡NUNCA HE DICHO...! —entonces bajó bruscamente la voz y empezó de nuevo. Estaba demasiado cansada para chillar, aunque fuera lo apropiado—. ¡Nunca he dicho que le *dijéramos* a Nazareth que estamos usándolos, no soy completamente estúpida!

—Pero entonces, ¿cómo podríamos conseguirlos?

—Yo los conseguiré —dijo Aquina—. Soy el apoyo informal de Nazareth en todas las negociaciones con los jeelods, y éstos vuelven con alguna queja estúpida cada dos semanas. Pasaré con ella un montón de tiempo aburriéndome para poder averiguar dónde guarda ese cuaderno. No en el dormitorio de las niñas, eso es seguro..., yo no lo haría nunca. Pero nunca ha tenido la oportunidad de llevarlo muy lejos de esta casa o de la casa grande..., está dentro de un árbol, o en un agujero, o en algún otro sitio parecido. Y ella me lo dirá.

—¿Y entonces?

—Entonces, yo, con mucho cuidado para que no lo sepa nunca, iré cada semana y copiaré lo que haya añadido.

Ya. Todas se sorprendieron. Todas sabían que para hacer una tortilla era necesario romper los huevos, pero no les sirvió de mucho consuelo; tenían tanto sentido político como Nazareth, aunque se las pusiera a todas juntas.

—No puedes hacer eso —dijo llanamente Nile, cubriéndose con su chal cuando una súbita ráfaga de aguanieve golpeó la ventana junto a ellas.

—¿Por qué no?

—¿Cómo te habrías sentido si alguien hubiera hecho eso con tu diario, cuando eras pequeña?

—Hay una diferencia.

—¿Cuál?

—Mi diario sólo era importante para *mí*. El cuaderno secreto de Nazareth es importante para todas las mujeres de este planeta, y todas las mujeres del exterior, y todas las mujeres por venir. No es lo mismo.

Susannah alargó el brazo y depositó su mano, encogida por la artritis e hinchada con venas azules, pero segura y fuerte y amable, sobre la mano de Aquina.

—Querida, te comprendemos —dijo suavemente—. ¡Pero piensa, por favor! Viviendo como lo hacemos, todas en casas comunales desde el día en que nos traen del hospital a casa... ¡y en las salas públicas antes que eso, bien lo sabe Dios!..., sin pasar ningún instante fuera de la Casa excepto el tiempo que pasamos encerradas con unos u otros en las cabinas de traducción... ¡Aquina, tenemos tan poca intimidad! Es tan preciosa... No puedes violar la intimidad de Nazareth robándole su cuaderno de donde lo tenga escondido, sólo porque es una niña y no sospechará de ti..., eso es despreciable. No puedo creer que hables en serio.

—¡Oh, pero lo hace! —dijo Caroline, que se unió a las demás con una taza de café solo. A Caroline no le gustaba el té, y no lo bebía ni siquiera para ser amable—. ¡Puedes estar segura de que habla en serio!

—Claro que sí —dijo Aquina.

Susannah chasqueó la lengua y retiró la mano; y Aquina deseó tener cerca su chal, pero para protegerse del frío de dentro de la casa, no el provocado por el clima. No podía comprender por qué nunca dejaba de lastimarla el que todas las otras mujeres estuvieran en su contra. Mañana cumpliría cincuenta y cinco años, más de medio siglo, y había vivido en la Casa Estéril durante tantos..., y aún le hacía daño. Estaba avergonzada de ser tan blanda. Y lamentaba habérselo dicho, pero ya era demasiado tarde.

—Averiguaré dónde guarda el cuaderno —dijo entre dientes—, y lo comprobaré cada dos semanas para copiar lo que haya añadido, y traeré los datos para que podamos trabajar con ellos.

—Trabajarás sola si lo haces.

—Estoy acostumbrada —dijo Aquina amargamente.

—Supongo que debes estarlo.

—Y como Nazareth nunca lo sabrá, no buscará esas palabras en las pantallas de los ordenadores de langlés, y estarán a salvo. Pero las emplearemos.

—Debería darte vergüenza.

—No me la da —dijo ella.

—¿Hacen falta huevos para hacer una tortilla?

Aquina cerró la boca y no dijo nada; no había aprendido a no ser herida, pero sí a no permitir que la atormentasen.

Y entonces, porque se sentía tan cansada y tan sola, empezó a decirles lo que pensaba de su maldita ética, pero Susannah la interrumpió al instante. Y Belle-Anne, atraída por la discusión, sonrosada como un ángel, con el pelo rubio suelto sobre la espalda, vino a ayudar. Frotó los tensos hombros de Aquina y le sirvió una nueva taza de té, y se quedó a su lado hasta que se tranquilizó y Susannah cambió de tema y lo llevó a territorio neutral.

Lo que resultaba una auténtica lástima, decían, era que tuviera que pasar tanto tiempo antes de que pudieran tener a Nazareth *con* ellas. Con ellas y trabajando en el lenguaje femenino en todos sus momentos libres, con completo conocimiento de lo que hacía.

—¿Sabéis que la madre de Nazareth me dijo que la facilidad para el lenguaje de la niña es la mayor que se ha visto desde que llevamos cuenta? —dijo Nile—. ¡Sobrepasa la escala! Esperan cosas tremendas de ella..., y fue una suerte que le dieran ese horrible lenguaje jeelod; al parecer, no ha tenido ningún problema con él.

—No nos servirá para nada hasta dentro de... ¿cuánto, cuarenta años? —aventuró Aquina, con la voz densa por el resentimiento incluso bajo las caricias y los masajes de Belle-Anne—. Tiene once años ahora... se casará, tal vez para marcharse a otra Casa, y tendrá la docena obligatoria de hijos que alumbrar...

—¡Aquina! ¡No lo hagas peor de lo que es! Thomas Blair Chornyak nunca la perderá de vista..., puedes contar con eso. ¡Y no tendrá que producir una docena de hijos, es absurdo!

—Muy bien, entonces media docena. Seis niños, siete, los que queráis..., montones de hijos. Y siempre trabajando con los contratos del gobierno, sin apenas tiempo de levantarse de la cama para regresar a las cabinas de intérprete..., hasta que por fin se seque, y la menopausia acuda a bendecirla.

—Incluso así —intervino Caroline—, puede que no venga a nosotras. No si su marido quiere que se quede con él..., no si se conserva bien. O si tiene suerte y el hombre la aprecia por algo más que por su cuerpo.

—O si le es útil de alguna manera —dijo Thyrsis con una nota brusca en la voz que llamó la atención de las demás. De modo que eso era..., había venido a la Casa Estéril Chornyak contra los deseos de su marido, porque le era útil de alguna forma, era lista en algo que a él le gustaba que hiciera. Y, si se hubiera ido a la Casa Estéril Shawnessey él habría estado cerca para poder presionarla para que regresara a la casa



principal. Les interesaría saber cómo había conseguido vencer la autoridad de su marido cuando llegara el momento en que se sintiera libre para contarles más.

—Maldición, maldición y maldición —murmuró Aquina—. Eso son cuarenta años o más *malgastados*. ¿No lo comprendéis? ¿Es que ninguna de vosotras lo comprende?

—Exagerada, el Proyecto Codificador entero no depende sólo de Nazareth..., todas trabajamos en él. Y las mujeres de las otras Casas Estériles trabajan también en lo mismo. Sé razonable.

Todas la consolaron. La consolaron y la coaccionaron, ansiosas por hacerle restablecer su perspectiva a pesar de su desazón. Estaba muy cansada, se sentiría mejor por la mañana, se daría cuenta de que todo se debía al esfuerzo que había hecho. Una y otra vez...

Aquina las dejó hablar, y se mantuvo en sus trece. Mañana, lo primero que haría sería buscar a Nazareth y empezar a averiguar dónde escondía aquel cuaderno. Sus propias prioridades, gracias a Dios, estaban adecuadamente ordenadas.

### 3

La única forma que hay de *adquirir* un lenguaje, lo cual significa llegarlo a conocer tan bien que no se tenga consciencia del propio conocimiento, es quedar expuesto a ese lenguaje desde que se es muy joven..., cuanto más joven, mejor. El niño humano tiene el mecanismo de aprendizaje de lenguaje más perfecto de la Tierra, y nadie ha sido nunca capaz de duplicar ese mecanismo o de analizarlo muy bien. Sabemos que implica una búsqueda de pautas y un almacenaje de aquellas que se encuentran, y eso es algo que podemos conseguir en un ordenador. Pero nunca hemos podido construir un ordenador que pueda adquirir un lenguaje. De hecho, nunca hemos podido construir un ordenador que pueda aprender un lenguaje de la manera imperfecta en que un humano *adulto* puede hacerlo.

Podemos tomar un lenguaje que ya sea conocido, y programar un ordenador para que lo use introduciendo ese lenguaje en el ordenador pieza por pieza. Y podemos construir un ordenador que esté programado para buscar pautas y las almacene con mucha eficacia. Pero no podemos poner esos dos ordenadores uno al lado del otro y esperar que el que no conoce el lenguaje lo adquiera del otro. Hasta que averigüemos cómo hacer eso (así como muchas otras cosas), dependemos de niños humanos para la adquisición de todos los lenguajes, sean terrestres o extra terrestres; no es el sistema más eficaz que podemos imaginar, pero sí el más eficaz que tenemos.

(de *Lecturas de Formación*, n.º 3, para el personal joven. Departamento de Análisis y Traducción de los Estados Unidos).

#### **PRIMAVERA DE 2.180...**

Ned Landry se sentía sumamente satisfecho con su esposa, ya que cumplía hasta el último detalle las características que había especificado. (A excepción de aquella leve tendencia a tener poca masa muscular en las caderas, pero no era un fanático. Sabía que no se podía esperar la perfección total.) Su familia había tenido que pagar por ella una buena suma a la agencia, pero mereció la pena, y desde entonces les había pagado con interés. Elegir a una mujer de entre cualquier grupo de féminas disponibles en su círculo de amistades no le atraía; quería algo de calidad garantizada, y nunca había lamentado esperar. Había sido un poco molesto tener en su propia boda nada más que una lista de especificaciones en un archivo cuando sus amigos iban a ser jefes cabezas de familia ya..., pero ahora le envidiaban. Todos le envidiaban, y eso le satisfacía.

Michaela hacía todas las cosas que él quería en una esposa. Se encargaba de su casa, sus comidas, su comodidad y sus necesidades sexuales. Lo llevaba todo tan bien que nunca tenía tiempo de preguntarse *por qué no ha hecho Michaela...* una cosa u otra, porque ella siempre lo había hecho ya. A menudo, hasta que no veía algún detalle, algún cambio, no advertía que era algo que quería. Las flores en los jarrones estaban siempre frescas; la ropa limpia aparecía como por arte de magia en sus armarios; una túnica que le había parecido a punto de mostrar signos de desgaste aparecía tan expertamente renovada que parecía nueva, o era reemplazada de un día al siguiente..., nunca tenía que echar de menos nada o arreglárselas sin algo.

Ned sólo necesitaba mencionar de pasada que una comida en concreto parecía interesante, y en cuestión de un día o dos aparecía en su mesa..., y, si no le gustaba, nunca volvía a aparecer de nuevo. Las reparaciones de la casa, el mantenimiento, la limpieza, el jardincillo del que estaba tan justificadamente orgulloso, cualquier asunto doméstico, el cuidado de sus posesiones y colecciones..., todo era atendido en su ausencia. Su única contribución a la perfecta serenidad de su casa era mirar las notas que su contable le proporcionaba al final de cada mes y firmar o rehusar la autorización para gastar la suma que Michaela hubiera solicitado.

Era una existencia dichosa; él la atesoraba. Excepto en su trabajo, donde no podía inmiscuirse ninguna mujer, y por tanto Michaela no *podía* suavizar las cosas, Ned Landry no sufría ni el más leve rastro de irritación. Y ella siempre estaba allí, con su cabello dorado peinado en el elegante moño que a él le gustaba tanto por el contraste que ofrecía cuando, en la cama, ella se lo soltaba para que cubriera en abanico, como una red de seda pálida, las almohadas.

Valoraba a Michaela por todas las cosas que hacía, conocía su valor, y se encargaba de recompensarla no sólo con las fiestas de cumpleaños y los regalos comunes que se esperan de cualquier marido cortés, sino con atenciones extraordinarias que no tenía obligación de hacer. Tenía cuidado de no establecer ninguna pauta que pudiera hacerla creer que tenía su indulgencia garantizada...; cuando se tiene algo tan fino como Michaela en el bolsillo, uno no actúa como un idiota y corre riesgos. No tenía intención de echarla a perder. Pero, de vez en cuando, al parecer sin ninguna razón en concreto, le traía alguna chuchería, ese tipo de tonterías que siempre gustan a las mujeres. Ned se enorgullecía de comprender lo que les gustaba y de su habilidad para conseguirlo, y Michaela era de pura raza, soberbiamente entrenada, como le había garantizado la agencia.

Pero lo que más le agradaba de su esposa, lo que era el centro mismo del matrimonio para él, no era ninguno de los detalles habituales. Podría haber contratado a cualquiera para que hiciera lo que ella hacía en la casa, incluyendo los servicios sexuales..., aunque siempre había que tener mucho cuidado con esto último. Se habría visto obligado a dar órdenes en vez de ver cómo las anticipaban, pero podría haberse acostumbrado. Podría haber comprado servomecanismos que realizaran muchas de aquellas órdenes. Y cualquier cosa para la que no tuviera ningún acuerdo permanente podría haberlo conseguido a través del comset en cuestión de minutos.

Lo que realmente le importaba, el único servicio que no podía conseguir simplemente en otro lado, era el papel de Michaela como oyente. ¡Oyente! Aquello no tenía precio, y desde un principio fue una sorpresa para él.

Cuando regresaba a casa por las tardes, a Ned le gustaba entretenerse un rato. Le gustaba quedarse allí de pie, tal vez caminar un poco, con un cigarrillo en una mano y un vaso de whisky en la otra, y contar cómo le había ido el día. Qué había dicho él, y qué le había contestado el otro fulano de tal, el hijo de puta, y qué había dicho él *entonces*, y cómo lo había encajado el hijo de puta, por Dios. Las buenas ideas que

había tenido, y cómo habían funcionado cuando las probó. Las ideas que tendrían que haber salido bien, y lo habrían hecho si no fuera por esto-y-aquello, estúpido gilipollas. Y lo que sabía sobre el estúpido gilipollas y que podría venirle bien cualquier día de estos.

Le gustaba caminar un rato, y luego quedarse de pie, y después caminar un poco más, hasta que se deshacía de la energía de la mañana, expulsándola de su sistema mientras hablaba. Y cuando por fin se había relajado, le gustaba sentarse en su sillón y disfrutar del segundo vaso de escocés y el quinto cigarrillo..., y hablar un poco más.

Aquella función de Michaela como oyente significaba muchísimo para Ned Landry, porque le encantaba hablar y contar historias. Le encantaba coger las historias y aumentarlas y pulirlas hasta que las veía sin mácula. Añadía unos pocos detalles aquí, inventaba unos pocos adornos allá, cortaba una línea que no llegaba a sus niveles. Para Ned, ese tipo de charla era uno de los placeres principales de la vida de un hombre.

Desgraciadamente, no era bueno en ello, pese a todos sus múltiples esfuerzos, y nadie le escuchaba mucho tiempo si podían evitarlo. Hablar con alguien que no fuera Michaela significaba aquel segundo de atención que atormentaba su necesidad; y luego el súbito despegue, los ojos en blanco, la cara vítrea, el cuerpo inquieto, las miradas furtivas al reloj del ordenador de muñeca. Sabía lo que estaban pensando... ¿cuánto tiempo, señor, cuánto más? Eso era lo que pensaban, no importaba lo mucho que algunos trataran de no mostrarlo a fuerza de ser amables.

No lo comprendía. Porque era un hombre de gustos refinados, inteligente y sofisticado, y trabajaba con ahínco para ser un narrador, para formar y pulir sus narraciones hasta que fueran obras de arte oral. Le parecía que si la gente era tan estúpida para advertirlo y no apreciar la habilidad con la que utilizaba el lenguaje, era culpa de ellos, no suya... él hacía más de lo que le correspondía, y en su opinión lo hacía realmente muy bien. No obstante, le frustraba que la gente no quisiera escucharle hablar; era culpa de ellos, pero era él quien lo pagaba.

Excepto Michaela. Si Michaela pensaba que era pomposo, interminable y aburrido, ni el más mínimo gesto había aparecido nunca en su rostro o en su cuerpo o en sus palabras. Incluso mientras hablaba de la injusticia que suponía el hecho de que un hombre como él sufriera tantísimas alergias (y Ned estaba dispuesto a admitir que sus alergias no eran probablemente el tema de conversación más atractivo del mundo, pero necesitaba hablar de ello a veces), incluso entonces, Michaela siempre parecía interesada. No tenía que responderle, porque él no tenía ningún deseo de entablar conversación: sólo quería ser escuchado, *atendido*; pero cuando ella respondía, su voz nunca llevaba aquel deje de impaciencia y aburrimiento que tanto le irritaba en los demás.

Michaela escuchaba. Y se reía en los momentos que él consideraba graciosos. Y sus ojos brillaban en los momentos en que él pretendía construir tensión. Y nunca, ni

una vez en tres años de matrimonio, le dijo: «¿Podrías ir al grano, por favor?». Ni una sola vez. De vez en cuando, antes de que él hubiera inventado una nueva historia, o cuando sólo hacía comentarios tontos sobre el día de trabajo y no había tenido tiempo de inventar historias al respecto, Ned se daba cuenta de que tal vez se había salido un poco del tema, o había dicho alguna cosa más de una vez..., pero Michaela nunca mostraba ningún signo de cansancio. Se colgaba de sus palabras. Como él *quería* que los otros se colgaran..., no por obligación, sino con gusto. Ésa era la diferencia. Podría haberle pagado a cualquier mujer para que le oyera por obligación, a tantos créditos la hora, claro. Pero se notaría. Se notaría que sólo escuchaba por el dinero, como si tuviera un contador en marcha. No sería lo mismo. ¿Un penique por sus palabras, señor Landry? Claro... Michaela era diferente, era una mujer con auténtica clase, y no había nada obligatorio en la atención que le proporcionaba. Era una atención cuidadosa, intensa, total; no era obligación. Y le alimentaba. Cuando terminaba de hablar con Michaela, en el último tramo de la tarde, se hallaba en un estado de excitación que borraba los desplantes que sufría de los demás, como si nunca hubieran sucedido. En ese momento Ned creía que realmente *era* uno de esos oradores irresistibles, uno de esos hombres con los que cualquiera se sentiría un privilegiado de sentarse y escuchar durante horas, como le parecía que debería ser. Sabía que sus historias eran tan buenas como las de cualquiera..., demonios, sabía que eran mejores. ¡Muchísimo mejores! La gente era estúpida, eso era todo; y Michaela lo dejaba claro.

Eso fue precisamente lo que le estropeó el bebé con su llegada. Podría haber soportado todo lo demás. Ver que Michaela parecía cansada por la mañana en vez de mostrar su usual perfección era molesto; ver que su atención se distraía mientras hacían el amor porque el bebé lloraba era irritante; dos veces tuvo que hacerle ver que tenía que ocuparse de los jarrones de las flores, y una vez ella incluso dejó que se agotara su reserva de escocés. (Aquello le molestó, considerando que todo lo que tenía que hacer Michaela era pulsar un botón del comset para que el reparto se lo llevara..., pero, con todo, podría haberlo soportado.)

Comprendía todas estas cosas. Era su primer bebé, y ella no dormía todo lo necesario; Ned era un hombre razonable, y comprendía. Ella tenía que hacer muchas cosas a las que no estaba acostumbrada, y era difícil, claro. Todo el mundo sabía que había que mimar a las nuevas madres, del mismo modo que hay que mimar a las mujeres embarazadas. Él estaba dispuesto. Confiaba en que ella podría recuperarse y volver a la normalidad en un mes o dos, y no le importaba concederle todo el tiempo que necesitara. No sentía ningún respeto hacia los hombres que no trataban bien a sus mujeres, y él no era de ese tipo.

¡Pero nunca llegó a entrarle en la cabeza que el bebé interfiriera también en sus momentos de *charla* con Michaela! Jesús, de haberlo sabido, la habría esterilizado antes de casarse con ella. Había hermanos que podrían llevar adelante la línea de su

familia, y sobrinos por todas partes que adoptar a una edad adecuada si quería que alguien desempeñara el papel de «hijo» bajo su techo.

Apenas empezaba a contarle cómo ese maldito técnico gilipollas había aparecido con un nuevo cambio en los procedimientos, sólo un par de frases, cuando el jodido bebé comenzaba a lloriquear. Estaba en un punto de una historia que empezaba a quedar perfecta, una que llevaba tiempo contando pero que ahora empezaba a tomar forma, un punto en donde era crucial no perderse ni una sola de las palabras que decía, ¡y el jodido bebé empezaba a llorar!

Sucedía una y otra vez. Y no había ninguna diferencia entre ordenarle a Michaela que hiciera callar al mocoso u ordenarle que lo dejara llorar..., en cualquier caso, aunque por supuesto ella hacía exactamente lo que él le decía, ya no conseguía su atención. Ella no le escuchaba, no le escuchaba *de verdad*; su mente se hallaba con aquel pequeño tirano llorón. Nunca había considerado esta posibilidad, algo que nadie le había comentado nunca, algo para lo que no estaba preparado. Algo que Ned no estaba dispuesto a tolerar. ¡Oh, no! La atención de Michaela era un factor importante en su bienestar, y por Dios que iba a tenerla. No iba a aceptar ningún compromiso en eso.

El hecho de que pudiera cobrar una bonificación de diez mil créditos por el niño cuando lo ofreció, más un porcentaje garantizado si funcionaba —cobrando el dinero trimestralmente durante el resto de su vida, ojo—, fue un agradable añadido. Había cosas que quería comprar, y los diez mil iban a venir muy bien. No le importó. Podría permitirse el lujo de comprarle algo bonito a Michaela, ya que en cierto sentido también era su hijo. Pero habría ofrecido voluntario al pequeño puñetero a Trabajo Gubernamental aunque hubiera tenido que pagarles en vez de recibir una bonificación en su cuenta, porque no estaba dispuesto a dejar que le echara a perder la vida una criatura que no pesaba ni seis kilos y ni siquiera tenía aún dientes. No señor. Ésta era su casa, y pagaba por ella, por todo lo que había dentro y por su conservación, y por Dios que iba a tener una esposa como había especificado que fuera. Todo aquel que lo dudara sólo tenía que echar un vistazo a su historial.

También estaba el atractivo de que su hijo pudiera ser el primero en descifrar un lenguaje no humanoide..., eso estaría *muy* bien. No veía ninguna razón para que no pudiera suceder; iba a suceder alguna vez, ¿por qué no *su* hijo? Tenía sentido. Y podía imaginar cómo se sentiría siendo el responsable de haber roto por fin la tenaza que los jodidos lingos tenían sobre los contribuyentes de este país. ¡Maldición, sí que sería magnífico! De ser así, la gente encontraría que su conversación sería oro puro. Sí. Ned llegaría a cogerle gusto, si sucedía.

Por supuesto, no se le cuenta a una mujer que vas a hacer algo por lo que se pondrá tonta. Las cosas se hacen, y ya está; después, se le dicen. Inmediatamente, para poder acabar pronto con sus quejas y todas las tonterías. O se espera todo el tiempo posible, para no tener que soportarlas. Depende. Ésta era una de las ocasiones en que había que hacerlo al momento, ya que no había nada que Ned pudiera utilizar

como explicación plausible para que el bebé no estuviera allí cuando Michaela regresara de la fiesta en casa de su hermana, para asistir a la cual le había dado permiso.

Ella se sorprendió cuando él le dijo que podía asistir. No era propio de él. No aprobaba que estuviera fuera de casa de noche sin él, especialmente ahora que era tan importante para ella recuperar fuerzas para poder regresar a su trabajo matutino en el hospital. El dinero que ganaba como enfermera le resultaba útil, pues iba a una cuenta especial sobre la que tenía grandes planes, y todas las semanas que no había ningún crédito en su cuenta por los servicios de ella le irritaban. No le gustaba perder ese dinero.

Pero la fiesta fue una excusa afortunada esta vez, y Ned hizo un buen trabajo diciéndole cómo se merecía un poco de diversión, y que incluso podía quedarse hasta medianoche si quería. Aquello le dio el tiempo suficiente para que el tipo de T.G. trajera los papeles para que los firmara —y aquella hermosa transferencia de dinero—, y para que Ned entregara al bebé junto con todas sus ropas, juguetes y demás. Tuvo un cuidado escrupuloso de que no quedara nada que recordara a Michaela al niño, aunque aquello significó tener que subir y comprobar su habitación personalmente, y era alérgico al spray no tóxico que usaban allí, que le hacía toser, atragantarse e hincharse como un sapo. Pero quería estar absolutamente seguro de que todas las cosas del bebé desaparecían.

Sospechaba que Michaela guardaba un holo del bebé en alguna parte de su persona, tal vez en el camafeo que llevaba todo el tiempo, y tendría que encargarse de aquello cuando estuviera dormida. No tenía sentido hacer una escena al respecto y revolucionarla, ésa no era la forma de tratar a una mujer. A excepción del holograma, no había nada más. Los archivos que necesitaba si Trabajo Gubernamental trataba alguna vez de echarse atrás en algo estaban en sus ordenadores, en una copia de seguridad en el ordenador de su contable, y otra en la caja fuerte de su abogado. No había nada que ella pudiera ver, ni oler. Lo había preparado todo como si *nunca* hubiera habido un bebé. Y nunca debería de volver a haberlo. Era culpable de haber planificado mal al no prever aquello; estaba dispuesto a admitirlo. Habría evitado todas estas molestias si lo hubiera pensado un poco.

Y se sintió orgulloso de ella, porque lo aceptó como la auténtica dama que sabía era. Estaba preparado para una escena, y estaba dispuesto a enfrentarse a las típicas histerias y tonterías femeninas. Pero ella no dijo ni una palabra. Sus ojos que tanto le gustaban, azul oscuro como flores de aciano, se ensancharon, y vio que daba un pequeño respingo, como si la hubieran golpeado haciéndole perder la respiración. Pero no dijo nada. Cuando él le contó que tenía que ir a la clínica por la mañana y ser esterilizada antes de que volviera a suceder, Dios no lo quisiera, ella palideció un poco y adquirió aquella hermosa expresión que tenía a veces cuando estaba asustada.

Le hizo algunas preguntas, y él le dio respuestas breves que no la informaban de más de lo que necesitaba saber. Había ofrecido al bebé, y eso era todo. Le recordó



que aquello era algo de lo que cualquier americano de bien estaría orgulloso, pues era un sacrificio heroico por el bien de los Estados Unidos de América, la Tierra entera y todas las colonias de la Tierra, por el amor de Dios. Le explicó con mucho cuidado que, mientras los lingos no cumplieran con su condenado deber y pusieran a sus bebés a trabajar con los lenguajes no humanoides, mientras continuaran con su jodida traición, quedaba en las manos de la gente normal dar un paso adelante y mostrarles que por Dios podíamos hacerlo nosotros solos sin su ayuda, y al demonio con ellos. Todo el mundo sabía que los lingos sabían cómo llegar a los lenguajes no humanoides, si no sacaran tantos beneficios manteniéndolo en secreto..., pasó un buen rato aclarándole a Michaela que todo era culpa de los lingüistas. Y le dijo cómo el Presidente probablemente les enviaría una nota de agradecimiento..., sin especificaciones, claro, ya que la postura oficial era que el gobierno no tenía *ninguna* conexión con T.G..., pero podrían contárselo a un par de amigos íntimos.

Iba a ser una historia magnífica, especialmente si el Presidente *llamaba*, y a Ned le habían contado que a veces lo hacía; ya sabía cómo iba a comenzarla. Cuando Michaela le dijo que no comprendía por qué la agencia se llamaba Trabajo Gubernamental si se suponía que el gobierno no tenía nada que ver con ella, advirtió que aquello sería un buen añadido a la historia, y le palmeó amablemente el trasero y le explicó el viejo refrán: «Bastante bueno para trabajo gubernamental», solían decir. Fuera cual fuese su significado.

No le habló del dinero porque no quería que pensara cosas raras, y las mujeres *siempre* piensan cosas raras. Podía imaginársela, hablando de la fuente que su mierda de cuñado había dejado poner a su hermana en el salón principal, tal vez diciéndole que con diez mil créditos podía instalarle una así. No. Iba a comprarle algo bonito, pero sería algo que necesitara, no una pieza de basura que simplemente quería porque otra mujer tenía una igual. Y dejó entrever, al final de la discusión, que estaba planeando algo especial para ella. Había que reconocerlo, después de todo; para ser una mujer, era terriblemente sensata.

—¿Sabes, Mikey? —dijo, sintiéndose feliz, y completamente orgulloso de no demostrarlo—, para ser mujer, eres terriblemente sensata. En serio.

Ella le sonrió, y él admiró el encantador fruncimiento en las comisuras de sus labios: había especificado una sonrisa así, cuando aún estaba buscando esposa.

—Gracias, querido —dijo ella, puro azúcar, puro dulce azúcar, sin mostrar siquiera un puchero porque él la había llamado «Mikey», cosa que odiaba. ¡Demonios, «Mikey» era bonito! No le importaba decir «Mi-ca-e-la» delante de gente, la complacía casi siempre, pero le gustaba llamarla «Mikey», le venía bien. Al pensarlo, volvió a repetirlo, y extendió la mano para tirar de las agujas del pelo para que tuviera que arreglárselo otra vez. Ella pareció molesta, y él se rio. Dios, sí que estaba guapa cuando se contrariaba..., era un hombre muy afortunado, y se encargaría de conseguirle algo realmente especial en esta ocasión.

—Déjame que te cuente qué sucedió en la maldita reunión —empezó a decir, observando los rápidos movimientos de sus dedos mientras reparaba el desastre que había provocado en el pelo de seda—. Espera a que lo oigas, cariño, fue la peor basura que MetaComp ha intentado hasta el momento, si comprendes lo que quiero decir..., y siempre lo comprendes, ¿verdad, dulzura? Déjame que te lo cuente..., es bueno. Estábamos todos allí sentados... Se detuvo, y dio una larga y placentera calada a su cigarrillo, dejándola que esperase la continuación, disfrutando del momento. Expulsó las volutas azules de humo por la nariz, sonriéndole, aguantando, aguantando..., y entonces, cuando estuvo preparado, continuó y le contó lo que había sucedido. Y ella escuchó, prestando toda su atención, como antes de la llegada del bebé, sin decir una palabra porque eran las tres de la madrugada ni nada por el estilo. ¡Dios, qué bueno era sentir que *su casa* volvía a ser como *tenía* que ser! Se notaba tan bien que bebió cuatro vasos de escocés, y supo que no iba a estar despierto para el desayuno especial de los sábados que ella le encargaba siempre: jamón, huevos, tortas y fresas, por Dios, y si las fresas le producían urticaria, pues que le produjeran urticaria. Estaba preparado. Pero no iba a estar despierto para todo aquello, no esta mañana.

No importaba. Cuando decidiera levantarse tendría el desayuno preparado, fuera la hora que fuera. Podía contar con ella. La vida era sencillamente magnífica.

Michaela se mostró solícita al día siguiente al traerle las cápsulas Null-Alk antes de que se levantara de la cama, y admitió de inmediato que fue culpa suya que no las hubiera tomado al acostarse la noche anterior. Se quedó sentada junto a él murmurando sus condolencias hasta que las píldoras hicieron efecto y se sintió de nuevo a sus anchas. Había un montón de ventajas en tener una esposa que era una experta enfermera, además del dinero que le reportaba. Cuando uno no se sentía bien, era gratificante saber que había alguien que sabía lo que había que hacer, o cuándo era el momento de llamar a alguien más porque era un asunto que una mujer no podía tratar sola. Era una comodidad.

—Te quiero, cariño —dijo, desde las almohadas que ella le había mullido. A las mujeres les gustaba oír eso. Y a él le apetecía mostrarse indulgente con ella esta mañana, sabiendo que tenía todo el día, demonios, el resto de su vida, para saborearlo sin el jodido bebé.

Se quedó allí tendido, sonriéndole y preparado para recibir su desayuno especial (con doble ración de fresas), cuando oyó el ruido.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó. Parecía proceder del tocador.

—¿Qué, querido? ¿Oyes algo?

—Sí..., sí, ahí está otra vez. ¿No lo oyes?

—Ned, querido —dijo ella—, ya sabes que mis oídos no son tan agudos como los tuyos..., no oigo nada. Menos mal que te tengo para que cuides de mí.

Vaya si tenía razón. Ned aplastó el cigarrillo y tomó un sorbo del café que ella le había traído tras las píldoras, mezclado con whisky, tal como a él le gustaba.

—Iré a comprobarlo —dijo.

—No tienes más que decirme dónde tengo que mirar, Ned —sugirió ella, pero él sacudió la cabeza y apartó las sábanas.

—No. Será mejor que vaya yo. Probablemente algún monitor que se habrá estropeado. Volveré en un momento.

No vio las avispas hasta que entró en el tocador y cerró la puerta tras él. ¡Cuatro, *maldición*, enfadadas, bastardas *furiosas*, zumbando y zumbando allí dentro! Tanteó en busca de la puerta, tenía que salir de allí rápidamente... ¡mierda, tenían el tamaño de colibrís! Las había visto en el exterior antes, iba a mencionárselas a Michaela para que se desembarazara de ellas, pero, ¿cómo coño habían entrado ahí *dentro*? Hasta que no se dio cuenta de que iban a por él por muy cuidadosamente que se moviera no advirtió que algo le pasaba a la puerta, oh, Jesús, algo raro le pasaba a la puerta, la placa que había que pulsar para abrirla desde dentro no estaba, ¡había, oh Jesús, un puñetero espacio vacío donde tenía que haber estado!

Entonces empezó a llamar a Michaela a gritos, agradeciendo reverente y sinceramente a Dios el que ella nunca, ni una sola vez, le hubiera hecho esperar por nada.

Michaela le sorprendió. Le hizo esperar largo rato. Lo suficiente para asegurarse. Lo suficiente para acabar con los insectos y echarlos al vaporizador. Lo suficiente para arreglar la puerta para que abriera como siempre lo había hecho, desde los dos lados, y borrar todas sus huellas. Lo suficiente para ver que sólo hubiera huellas *de él* en todas las cosas que debía haber tocado. A menudo era muy útil ser enfermera; se sabían muchas cosas que no se enseñaban a las mujeres en general. Muchas cosas que iban a venirle ahora muy bien; oh, sí.

Sólo cuando pudo dar un paso atrás y ver que no había nada fuera de lo corriente en ningún aspecto, a excepción del cadáver en el suelo, gritó pidiendo ayuda y se desmayó apropiadamente en el umbral de la casa, a la vista del monitor de seguridad. Cayendo con cuidado, asegurándose de que no se hacía ningún daño. Ahora tenía que cuidar de sí misma con suma atención, porque ahora era *ella* quien tenía todos los grandes planes.

Supongo que cada uno de nosotros, cuando viene aquí sabiendo que su trabajo implicará entrar en contacto con extraterrestres, piensa que *él* será una excepción, que encontrará un medio de entablar amistad con al menos alguno de ellos. Uno se imagina que conseguirá que el lingo le enseñe unas cuantas palabras: «¡Hola! ¿Cómo estás? ¡Qué bonito lo que sea que tienes aquí!». Ese tipo de cosas. Uno piensa que no podemos seguir siendo extraños eternamente, ¿no? Pero, cuando llega el momento, y uno ve de *cerca* a un alienígena, comprende de qué hablan los científicos cuando dicen que no es posible. Es una sensación que te abruma. No es sólo miedo, ni simples prejuicios. Es algo que nunca has sentido antes, algo que nunca se olvida cuando se ha experimentado una vez.

¿Saben lo que hacen los bichos que se encuentran bajo una roca, los que se vuelven locos cavando y enroscándose, tratando de escapar de la luz? Así es como se siente uno después de estar cerca de un alienígena, o cuando se está en contacto con uno a través del comset durante más de un par de minutos. Uno desea tener un sitio donde esconderse. Todo se pone en alerta roja, y lo único que uno siente son deseos de gritar ¡ALIENÍGENA! ¡ALIENÍGENA! Uno se alegra entonces, déjenme que lo diga, uno se alegra mucho entonces de que no se espere amistad. Sólo amabilidad, eso es todo, incluso después de todo el entrenamiento que se imparte aquí. Sólo amabilidad.

(Miembro de enlace del Departamento de Estado, en una entrevista con Elderwild  
Barness, de *Spacetime*)

El ferviente énfasis que el gobierno ponía en los tradicionales valores cristianos y en volver a las raíces de la Escuela-Biblia-Fiestas-de-Guardar (no importaba que aquello pusiera una firme carga sobre la cultura americana, como colocar cuñas de plomo en los lados de una rueda, empujando toda la vida en un loco ángulo de vuelta hacia el siglo XX), era una fuerte ayuda para las maldiciones de Brooks Showard. No necesitaba ser inventivo y usar los recursos de su doctorado en filosofía para conjurar juramentos exóticos. Las tenaces y fundamentales maldiciones e imprecaciones que habían servido a sus antepasados parecían ahora como confitura rellenando una pieza de pan que de otra manera estaría vacía, y le servían perfectamente.

—¡Por los clavos oxidados de la cruz de Cristo! —dijo, por tanto—. ¡Por todos los santos del cielo y las siete legiones del infierno! ¡Oh, *mierda!*

Los otros técnicos habían vuelto de la Interface, la perfecta y adecuada Interface donde Brooks sostenía al niño en brazos. Habían formado un grupito que podía comportarse como si aquello no tuviera nada que ver con el último lamentable desarrollo que esto pudiera ser. ¿Quién, entonces? Sólo iban de paso. Simplemente se encontraban en el vecindario, ya sabes...

—¡Venid aquí! —les gritó, colocándose al bebé bajo el brazo y agitando su puño libre ante ellos como si fuera un loco maniaco caído del espacio, cosa que se consideraba a sí mismo en este momento—. ¡Venid aquí y ved esta debacle, mierdas, sois tan culpables de esto como yo! ¡Moved el culo y venid a ver *esto!*

Se movieron aproximadamente un par de centímetros. Y Showard empezó a maldecir con más fuerza, uniendo la barba de Job con las partes íntimas de los Doce Apóstoles y una variedad de prácticas y principios prohibidos. No iban a acudir. No iban a participar en esto, compartir la culpa, esparcir el horror, no voluntariamente. ¡Iba a tener que llevárselo a ellos, los muy cobardes! Y podría ser que en la próxima ocasión no tuviera las agallas suficientes para entrar en la Interface después de lo que se revolvía allí dentro, y entonces todos podrían ser cobardes juntos en cristiana hermandad, ¿no?

Tras él, a salvo en su entorno especial, el Alienígena Residente *existía*, por lo que podían decir. Si hubiera muerto, presumiblemente los diversos indicadores de las pantallas se lo habrían comunicado..., al menos, ésa era la teoría. No se podía decir que el ARY estuviera sentado precisamente, o que estuviera de pie, o que hiciera algo o se encontrara en ningún estado particular. *Estaba*, y eso era todo. Si lo que le había pasado al niño humano le preocupaba, no había manera de saberlo, y posiblemente nunca la habría. A veces, Showard no estaba seguro de que él no fuera el ARY; por la forma en que se movía (??), siempre sin ninguna pauta en su movimiento (??), hacía falta que el ojo terrestre buscara constantemente hasta que había grandes puntos planos de color flotando en el aire entre el observador y la fuente de estimulación sensorial. Y también estaban las otras ocasiones en las que uno deseaba profundamente no *poder* verlo.

Los lingüistas llamaban también a los suyos Alienígenas Residentes, abreviándolos a ARY como hacían los técnicos; pero los suyos eran diferentes. Era posible mirar a uno de ellos, y al menos poder dar nombres a sus partes. Aquella cosa era una extremidad, supongamos. Ese bultito de allí podría ser muy bien una nariz. Eso era el culito sonrosado, ¿ves? Cosas así. Era posible imaginar que la criatura había accedido a tomar «residencia» en el entorno simulado y sellado que construías para él dentro de tu casa, y que le encantaba recibir visitas y compartir su lenguaje con tu retoño. Dios sabía que las Líneas tenían hijos para dar y vender; los lingos se reproducían como ratas. Pero Brooks no podía imaginar que a la cosa dentro de esta Interface se le permitiera «residir» en una casa humana. ¿Tenía «partes»? ¿Quién lo sabía?

Y, ahora, este bebé.

—Caballeros —dijo el Técnico de Trabajo Gubernamental Brooks Everest Showard, ostentador en secreto del rango de coronel en las Fuerzas Aeroespaciales de los Estados Unidos, División de Inteligencia Extraterrestre—. Estoy hasta los mismísimos cojones de matar a bebés inocentes.

Todos lo estaban. Éste sería, pensaron con resquemor, el cuadragésimo tercer niño humano ofrecido «voluntario» por sus padres a Trabajo Gubernamental. Los que habían sobrevivido estaban todavía en peor estado que aquellos que habían muerto; no había sido posible dejarlos seguir viviendo. La cosa que el coronel llevaba bajo el

brazo como un paquete de carne tenía que estar ya muerta..., era algo de lo que estar agradecido.

Había muchos corazones preocupados que llamaban al personal de T.G. «mercenarios». Y eso eran. Lo que hacían había que hacerlo por dinero; desde luego, no por amor. A veces les gustaba pensar que lo hacían por el honor y la gloria, pero aquella excusa se hacía cada vez más débil. ¿Y los padres? Uno no podía dejar de preguntarse si los padres, de permitírseles ver lo que sucedía aquí, habrían considerado que la generosa bonificación que se les pagaba era una compensación adecuada. Uno se preguntaba si aquellos que habían ofrecido voluntariamente a sus hijos estarían interesados en *seguir* recibiendo la Medalla Infantil a título póstumo con su cajita de terciopelo negro y el cierre de plata maciza..., si tuvieran un poco más de información. La clasificación obligatoria de *top secret* del procedimiento, el permiso firmado-por-adelantado para cremarlos (no se puede correr el riesgo de que bacterias o virus alienígenas contaminen nuestro entorno, lo comprenden ustedes, por supuesto, señor y señora X), ayudaba. Pero uno no dejaba de preguntárselo.

—Bien, Brooks —dijo finalmente uno de ellos—. Supongo que ha vuelto a suceder.

—¡Oh! ¡Así que puedes hablar después de todo!

—Mira, Brooks...

—¡Pues este niño no puede hablar! ¡No puede hablar inglés, no puede hablar Beta-2, no puede hablar nada y nunca va a hablar nada! —Una cancioncilla obscena resonaba una y otra vez en su cabeza, poniéndolo enfermo: ALFA-UNO, BETA-DOS, AL BEBÉ ME LO COMO YO..., dulce Dios de los cielos, haz que pare—. ¿Sabes lo que ha *hecho*, gracias a nuestra experta intervención en su corta vida?

—Brooks, no queremos saberlo.

—¡Sí! ¡Ya sé que no!

Avanzó hacia ellos, inexorable, agitando al bebé muerto como había agitado su puño, sacudiéndolo delante de todos como un paquete de carne fofa, y ellos vieron la imposible condición que de alguna manera había adquirido. Brooks se aseguró de que lo vieran. Lo pasó a su alrededor para que pudieran verlo claramente desde todos los ángulos.

Ninguno vomitó esta vez, aunque un niño que había sido literalmente vuelto del revés por la violencia de sus convulsiones, de modo que la piel estaba principalmente dentro de sus órganos y sus... ¿qué?... principalmente fuera, era algo nuevo. No vomitaron, porque habían visto cosas igual de horribles anteriormente, si uno se preocupaba de hacer una escala de abominaciones, cosa que no hacían.

—Deshazte de él, Showard —dijo uno de ellos. Lanky Pugh era su desafortunado nombre. Doblemente desafortunado porque tenía la forma de un barril de cerveza, y tampoco era mucho más alto. Doblemente desafortunado porque, cuando te decía su nombre, uno podía sentirse inclinado a sonreír un poco y olvidar el respeto debido a



un hombre que podía manejar un ordenador de la misma manera que Liszt hubiera manejado un metasintetizador—. Vaporízalo, Showard. ¡Inmediatamente!

—Sí, Brooks —dijo Beau St. Clair. No llevaba allí tanto tiempo como los demás, y se estaba poniendo verde—. Por el amor de Cristo...

—¡Cristo no habría tenido que ver con esto! —espetó Brooks con los dientes apretados—. ¡Incluso Cristo habría tenido consideración para resucitar a esta *cosa* de entre los muertos!

El hombre al mando del grupo, que no había tenido agallas para entrar en la Interface a por el bebé cuando pareció estallar súbitamente allí dentro, sintió que tenía que hacer algún tipo de gesto que reafirmase su liderazgo. Carraspeó un par de veces, para asegurarse de que lo que iba a producir no fuera sólo un ruido, y dijo:

—Brooks, lo hacemos lo mejor que podemos. Por el bien de la humanidad, Brooks. Creo que Cristo lo comprendería.

¿Cristo lo comprendería? Brooks miró a Arnold Dolbe, que le observó cansinamente y retrocedió un par de pasos más. Arnold no iba a correr el riesgo de que le entregara el bebé, eso estaba claro.

—Dios permitió que *Su* Hijo amado fuera sacrificado por un bien mayor —explicó Arnold solemnemente—. Estoy seguro de que ves el paralelismo.

—Sí —escupió Showard—. Pero Dios sólo permitió la crucifixión y un par de azotes, puñetera mierda piadosa. No habría permitido *esto*.

—Hacemos lo que tenemos que hacer —dijo Dolbe—. Alguien tiene que hacerlo, y nosotros lo hacemos lo mejor posible, como ya he dicho.

—Bien, yo no lo volveré a hacer.

—¡Oh, sí que lo harás, Showard! ¡Lo harás otra vez, porque si no lo haces nos encargaremos de que te carguen con toda la culpa de esto! ¿Verdad, amigos?

—Oh, cierra el pico, Dolbe —dijo Showard, cansado—. Ya sabes lo jodido que es todo esto..., una palabra al respecto, una sola, y todos nosotros..., hasta el último servomecanismo que limpia los lavabos de este establecimiento, seremos *eliminados*. Como los bebés, Dolbe. Sin piedad. Permanentemente. Desapareceremos como si ninguno de nosotros hubiera existido jamás. Y tú lo sabes, y yo lo sé, y todos lo sabemos. Así que cállate, anda. Compórtate de acuerdo con la edad que tienes, Dolbe.

—Sí —coincidió Lanky Pugh—. Habría un «desafortunado incidente» que lo vaporizaría convenientemente todo hasta un par de metros más allá de las instalaciones de T.G. *Sin* ningún peligro para la población, por supuesto, no hay causa de alarma, amigos, es sólo una de esas explosiones de rutina. Mierda, Dolbe..., estamos en esto todos juntos.

Brooks Showard depositó la horrible pila de tejidos distorsionados que hasta hacía muy poco había sido un sano bebé humano en el suelo, a sus pies, y se sentó amablemente a su lado. Apoyó la cabeza contra sus rodillas, las rodeó con sus brazos, y empezó a llorar. La rápida intervención de Arnold Dolbe impidió que el servomecanismo que corría para recoger lo que había interpretado por basura se

llevara al bebé. Dolbe agarró al bebé de debajo del borde del cilindro y casi corrió hacia la compuerta del vaporizador..., y una vez hubo arrojado al bebé dentro se frotó las manos violentamente contra los lados de su bata de laboratorio. ¡Ahí va su hijo, señor y señora Landry, pensó alocadamente, y aquí tenemos una medalla para ustedes!

—Gracias, Dolbe —suspiró Lanky—. No quería seguir mirando a esa cosa. De veras, no era... decente.

Lanky estaba pensando en el señor y la señora Landry. Porque era el encargado de borrar todos los datos de los ordenadores después de cada fracaso, y recordaba los nombres de los padres. No se suponía que lo hiciera. Se esperaba que los borrara al mismo tiempo de su mente. Pero era el que tenía que escribir los nombres en un trozo de papel antes de borrarlos, y el encargado de transferir los nombres a las tarjetas de datos de su caja fuerte, para que no hubiera ninguna oportunidad de perder lo que había sido borrado. Lanky se sabía los cuarenta y tres nombres de memoria, en orden numérico.

En la pequeña sala de conferencias, con Showard dueño de nuevo de un razonable control de sí mismo, si se ignoraba el temblor de sus manos, los cuatro técnicos de T.G. permanecieron sentados escuchando al representante del Pentágono. Suave y claro, sin malgastar nada. No estaba demasiado complacido con ellos.

—Tenemos que desentrañar ese lenguaje —les dijo llanamente—. Al cien por cien. Sea lo que sea lo que esa cosa de la Interface tenga por lenguaje, tenemos que llegar hasta él..., está claro como el agua que no puede usar el PanSing para comunicarse. Tenemos que encontrar un medio para hacerlo..., para comunicarnos con esa cosa, quiero decir. Con esa cosa y con sus jodidos amigos. Es un asunto de urgencia vital.

—Oh, claro —dijo Brooks Showard—. Naturalmente.

—Coronel —replicó el hombre del Pentágono—, no se trata de querer hablar con esas cosas, y usted lo sabe. Necesitamos lo que tienen, no podemos pasarnos sin ello. Y no hay forma de conseguirlo sin negociar con ellas.

—Necesitamos lo que tienen..., siempre «necesitamos» lo que tiene alguien, general. Quiere decir que *queremos* lo que tienen, ¿no?

—Esta vez no. ¡Esta vez no! Necesitamos tenerlo.

—A toda costa.

—A toda costa. Correcto.

—¿Qué es, el secreto de la vida eterna?

—Sabe que no puedo decírselo —contestó el general pacientemente, como le habría hablado a una mujer temerosa con la que estuviera siendo indulgente.

—Se supone que debemos aceptarlo de buena fe, como de costumbre.

—¡Puede aceptarlo como quiera, Showard! Eso no crea ninguna diferencia. Pero me encuentro aquí, con el poder que me confiere el gobierno federal de esta gran

nación, para apoyarle a usted y a su personal a que lleve a cabo actos que son tan ilegales y criminales, impensables e inenarrables que ni siquiera podemos mantener archivos sobre ellos. Y estoy aquí para ofrecerles mi sagrado juramento de que no voy a participar en ese tipo de asunto por bagatelas, triquiñuelas y una nueva variedad de *cuentas*; ni van a hacerlo los oficiales que, con tremenda reluctancia, se lo aseguro, me autorizan a servir en esta facultad.

Arnold Dolbe sonrió al general mostrándole los dientes, tratando de no pensar que el uniforme era anticuado. Había buenas y excelentes razones para conservar los antiguos uniformes, y estaba familiarizado con ellas. Tradición. Respeto a los valores históricos. Antídoto contra el Síndrome del Shock del Futuro. Etc. Y quería asegurarse de que el general le recordara como un tipo cooperativo, un auténtico jugador del equipo en la mejor tradición reaganiana. Tenía intención de asegurarse de que el general era plenamente consciente de ello. Sentía que debía hacer un breve discurso, algo con gusto pero al mismo tiempo memorable, y pensó que no estaba subestimando el caso cuando se consideraba el más indicado para hacerlo.

—Comprendemos eso, general —empezó a decir, todo azúcar y jabón—, y lo apreciamos. Nos sentimos agradecidos por ello. Créame, no hay ni un solo miembro de este equipo, ni uno solo, que no apoye constantemente este esfuerzo..., exceptuados aquellos que no necesitan saberlo, por supuesto. Y no es que no apoyen el esfuerzo, claro... Es que no conocen... en detalle... lo que están apoyando. Nosotros sí. Los que estamos en esta habitación lo sabemos. Y sentimos cierta humildad al haber sido elegidos para esta noble tarea. El coronel Showard está un poco extenuado en este instante, y comprensiblemente, pero le apoya en todo momento. Lo único que ocurre es que hemos tenido una mañana desagradable aquí en Trabajo Gubernamental. Sin embargo...

—Estoy seguro de que así ha sido —dijo el hombre del Pentágono, interrumpiéndole de una forma que hirió profundamente a Dolbe—. Estoy seguro de que habrá sido un infierno. Sabemos por lo que están pasando aquí, y les honramos por ello. Pero hay que hacer algo para preservar la civilización en este planeta. ¡Y hablo en serio, caballeros! Literalmente para prevenir el fin de la humanidad en esta verde y dorada Tierra nuestra..., el fin *permanente*, podría añadir. No hablo de unas pocas décadas en las colonias mientras las cosas se enfrían y podamos volver al planeta. Estoy hablando del fin. Fijo. Definitivo. Total.

Lo dijo como si lo creyera. De hecho, era posible que así fuera, aunque sólo se debiera al hecho de que era un buen soldado, y no se puede ser un buen soldado si se piensa que los que están encima de uno en la cadena de mando te están diciendo mentiras. Y, por supuesto, éstos eran también buenos soldados, y no pensarían que aquellos que les decían lo mismo les estarían mintiendo. Nadie sabía precisamente dónde se paraba la pelota en este asunto. El general tenía la sensación de que la pelota continuaba pasando y pasando en una eterna cinta de Moebius. A veces se preguntaba quién estaba al mando. El Presidente no, desde luego. Uno de sus deberes primarios

era asegurarse de que el Presidente nunca supiera mucho sobre este asunto de la rama ejecutiva. El general no se hacía ilusiones de que el Pentágono no fuera parte de la rama ejecutiva.

El general hizo tamborilear los dedos y los miró con dureza durante largo rato, advirtiendo automáticamente que sólo Dolbe empezaba a rebullirse intranquilo bajo su mirada.

—¿Y bien, caballeros? —preguntó—. ¿Qué van a hacer ahora? Tengo que llevar alguna respuesta razonable a mis superiores. No hacen falta detalles, sólo una idea general. Y estos días no se sienten muy pacientes. Nos hemos cansado de perder el tiempo, caballeros. Esta vez estamos contra las cuerdas.

Se produjo un tenso silencio, mientras los dedos del general tamborileaban ligeramente sobre la mesa, y el renovador de aire zumbaba suavemente, y la bandera americana ondeaba de vez en cuando flácidamente con la brisa mecánica.

—¿Caballeros? —insistió el general—. Soy un hombre muy ocupado.

—Oh, qué demonios —dijo Brooks Showard. Lo sabía. O hablaba él, o tendrían que permanecer allí sentados hasta el fin de los tiempos. Lo cual, de dar crédito al general, no sería esperar demasiado—. Sabe muy bien lo que tenemos que hacer a continuación. Ya que los mierdas del gobierno y los militares son demasiado gallinas para meter en prisión a todos los malditos lingüistas por traición, asesinato, incitación a la rebelión, lenocinio, sodomía o lo que haga falta para que esos jodidos lingos cooperen...

—¡Sabe que no podemos hacer eso, coronel! —los labios del general estaban tan tensos como dos tiras de tocino congelado—. ¡Si los lingüistas tuvieran una excusa, *cualquier* excusa, se retirarían de todas las negociaciones que tenemos en curso con los alienígenas, y eso sería nuestro fin! ¡Y no hay nada que podamos hacer al respecto, coronel, absolutamente nada!

—... ya que, como he dicho, son ustedes demasiado cobardes para hacer eso y hacerlo bien, sólo nos queda una cosa. Ustedes quieren conservar las manos limpias, estoy seguro. Pero *nosotros* tenemos que robar un niño lingüista, un bebé lingo. Para beneficio de ustedes, por supuesto. Por el bien de toda la humanidad. ¿Qué le parece como plan B?

Entonces todos se agitaron, incómodos. Los bebés voluntarios ya eran algo desagradable. Pero, ¿robados? No es que los jodidos lingüistas no se lo merecieran, y no es que no tuvieran bebés de sobra para consolarse. Pero, de alguna manera, el *bebé* no se lo merecía. Todos estaban dispuestos a seguir con la línea religiosa impuesta, pero ninguno podía tragar de verdad la historia de los pecados de los padres repetidos en los hijos, etc. Robar un bebé. Eso no era muy agradable.

—Sus mujeres paren en las salas públicas de los hospitales —observó Showard—. No será difícil.

—Oh, cielos.

El general apenas podía creer que hubiera dicho eso. Lo intentó de nuevo.

—Bien, ¿qué demonios?

—¿Sí?

—¿Es ésa la *única* alternativa que nos queda, coronel Showard? ¿Está absolutamente seguro?

—¿Tiene alguna otra sugerencia? —replicó Showard.

—General —intervino Dolbe—, ya hemos hecho todo lo demás. Sabemos que nuestra Interface es un duplicado exacto de las que usan los lingüistas. Sabemos que nuestros procedimientos son exactamente los mismos que los de ellos..., aunque no sean gran cosa. Ponemos al alienígena, o mejor aún a dos alienígenas, si podemos conseguir una pareja, en un lado. Al bebé en el otro. Y nos quitamos de en medio. Es lo único que se puede hacer. Eso es lo que hacemos, igual que ellos..., lo hemos intentado una y otra vez. Y ya sabe lo que sucedió cuando lo intentamos con los bebés probeta... fue lo mismo, sólo que peor. No me pida que se lo explique. Y hemos traído a todos los expertos en ordenadores, científicos, técnicos...

—Pero vea esto, hombre...

—¡No, general! No hay nada que ver. Hemos comprobado y vuelto a comprobar una y mil veces. Hemos seguido hasta la última variable no sólo una vez, sino muchas veces. Y tiene que ser, general, tiene que ser que por alguna razón únicamente conocida por los lingüistas (y tengo el convencimiento de que, por alguna razón, guardar ese conocimiento para sí constituye traición por su parte), por alguna razón que sólo ellos conocen, sólo los niños lingüistas son capaces de aprender los lenguajes alienígenas.

—Se refiere a alguna razón genética.

—¿Por qué no? Mire lo interrelacionados que están, bordeando el incesto. ¿De qué estamos hablando? ¡De trece familias! No es un gran cultivo genético. Ciertamente de vez en cuando introducen material de fuera, pero básicamente son estos trece grupos de genes, una y otra vez. Claro que debe ser por una razón genética.

—General —añadió Beau—, lo único que estamos haciendo aquí es sacrificar a los hijos inocentes de los no lingüistas en algo que nunca va a funcionar. Tiene que ser un niño nacido en una de las Líneas, y eso es todo.

—Ellos lo niegan —dijo el general.

—Bueno, ¿no lo negaría usted en su lugar? A los traidores bastardos les conviene controlar a todo el maldito gobierno, repartiéndonos sus migajas de sabiduría cada vez que les apetece, viviendo de las espaldas y la sangre de la gente decente. Y, si tenemos que asesinar a bebés inocentes tratando de hacer lo que ellos deberían de hacer por nosotros, bien, mierda, no les importa. Eso pone a su merced a todos los ciudadanos americanos, y a todos los ciudadanos de todos los países de este mundo y sus colonias. ¡Claro que lo niegan!

—Están mintiendo —resumió Showard, con la sensación de que Beau St. Claire había dicho ya todo lo que él iba a decir—. Mintiendo descaradamente.

—¿Está seguro?

—Por completo.

El general produjo el mismo ruido que haría un caballo inquieto, y luego se quedó allí sentado mordiéndose el labio superior. No le gustaba. Si los lingos sospechaban..., si había una filtración..., y siempre las había...

—Mierda —dijo Lanky Pugh—, tienen tantos bebés que nunca echarán en falta a uno, mientras podamos conseguir a una hembra. ¿Podemos conseguirlo con una hembra?

—¿Por qué no, señor Pugh?

—Bueno, quiero decir... ¿puede *hacerlo* una hembra?

El general miró a Pugh con el ceño fruncido, y luego se volvió a los demás en busca de explicación. Aquello estaba más allá de su alcance.

—Seguimos diciéndoselo a Lanky —dijo Showard—. Se lo seguimos explicando. No hay correlación entre la inteligencia y la adquisición de los lenguajes por parte de los niños pequeños, excepto al nivel de un retraso grave cuando se es un niño *permanente*. Seguimos diciéndoselo, pero parece que le ofende o algo por el estilo. No parece capaz de admitirlo.

—Yo diría que el señor Pugh debería estudiar al menos la literatura básica sobre la adquisición del lenguaje —dijo el general.

Se equivocaba. Lanky Pugh, que había intentado aprender tres lenguajes humanos diferentes, porque sentía que un especialista en ordenadores debería saber al menos *un* lenguaje más que no fuera de ordenador —y que no había tenido éxito—, no tenía que ponerse al día con la literatura sobre la adquisición de un lenguaje natal. Si las hembras lingos podían aprender idiomas extranjeros... ¡idiomas alienígenas, por el amor de Dios!..., cuando sólo eran bebés, entonces, ¿cómo él no podía ni siquiera dominar un *francés* pasable? Todos los niños lingüistas tenían fluidez natal en un idioma alienígena, tres idiomas terrestres de diferentes familias de lenguajes, el Lenguaje de Signos Americano y el PanSig..., más un razonable control de cuantos lenguajes terrestres pudieran. Y había oído que muchos de ellos hablaban como nativos *dos* idiomas alienígenas. Mientras que él, Lanky Pugh, sólo podía hablar inglés. Sólo inglés. No, no le gustaba, y no quería mirar de cerca la cuestión. Era algo sobre lo que no quería pensar más.

—... echarlo de aquí —estaba diciendo Showard—. Pero sucede que es el mejor técnico de ordenadores del mundo, el mejor, y no podemos pasarnos sin él, y si elige no saber de nada más que de ordenadores, es su privilegio. Eso es lo único que se le requiere que sepa, general, y de eso sabe más que nadie, en cualquier parte, en toda la historia. Y, sin embargo, no vamos a descifrar el Beta-2 con un ordenador. Lo siento.

—Ya veo —dijo el general. Lo dijo con una completa finalidad. Se levantó y recogió su graciosa gorra con toda su quincalla—. No es asunto mío, por supuesto. Estoy seguro de que Dolbe dirige bien la nave.

—¿General?

—¿Sí, Dolbe?

—¿No quiere discutir...?

—¡No, no quiere discutir cómo nos encargaremos del asunto del secuestro, Dolbe! —gritó Brooks Showard—. ¡Por el amor de *Dios*, Dolbe!

El general asintió.

—Exacto —accedió—. Exacto. Ojalá no supiera lo que ya sé.

—Usted nos lo preguntó, general —señaló Showard.

—Sí, lo sé.

Se marchó, sonriendo, antes de que pudieran decir nada más. El general llegaba, hacía su trabajo y se marchaba. Por eso *él* era general y *ellos* se encargaban del negocio de robar bebés. Y de matarlos.

La única cuestión ahora era saber cuál iba a hacerlo. Porque tenía que ser uno de ellos. No había nadie en quien se pudiera confiar que sacase a un bebé lingüista de un hospital. Y sería mejor que no fuera Lanky Pugh, porque era el único Lanky Pugh que tenían, y no podían perderlo. No se atrevían a arriesgarlo.

Arnold Dolbe, Brooks Showard y Beau St. Claire se miraron, odiándose mutuamente. Y Lanky Pugh fue a buscar las pajitas.

Showard pensaba que se sentiría nervioso, pero no lo estaba. La bata blanca de laboratorio era la misma que llevaba en el trabajo. No era como ir disfrazado. Los pasillos del hospital eran como los pasillos de los hospitales y los laboratorios de todas partes; si no hubiera sido por el constante bullicio y confusión del cambio de turnos y los visitantes entrando y saliendo, habría podido estar fácilmente en T.G. La única concesión que hacía al hecho de que estaba en este lugar para secuestrar un bebé humano era el estetoscopio que colgaba de su cuello, y había dejado de ser consciente de él casi de inmediato. La gente que pasaba por su lado murmuraba automáticamente «Buenas noches, doctor», sin que nada más que el antiguo símbolo de la profesión le identificase, incluso cuando llegó a la sala de maternidad. En cualquier otra profesión habría que remontarse a cien años para encontrar algo menos grotesco que un instrumento enteramente inservible y obsoleto como el estetoscopio..., pero no los médicos. Para ellos no había ninguna insignia pequeña en el cuello de la camisa. Ningún botoncito agradable. Los médicos conocían el poder de la tradición, y nunca dejaban escapar ni un ápice.

—Buenas noches, doctor.

—Hum —contestó Showard.

Nadie le prestaba atención. Las mujeres tenían bebés a cualquier hora del día y de la noche, y un doctor en la planta de maternidad diez minutos antes de la medianoche no era algo que llamara la atención.

La comunicación había llegado hacía veinte minutos:

—¡Una zorra lingo acaba de parir en el Memorial hace aproximadamente media hora! ¡Ponte en marcha!



Y aquí estaba. Para él no reportaba ningún consuelo que el bebé fuera una hembra, pero suponía que Lanky estaría complacido.

Era un hospital antiguo, uno de los más viejos del país. Suponía que debería de haber salas modernas en alguna parte, con medicápsulas que se encargaban de todas las quejas de los pacientes, sin la necesidad de las manos de los seres humanos; pero esas salas estaban arriba, en las torres que daban al río. Con ascensores privados para asegurarse de que los pacientes adinerados subieran en ellos y sus adinerados visitantes no tuvieran que sentirse ofendidos por la crudeza del resto de los edificios. En los pabellones públicos las cosas habían cambiado muy poco desde la vez en que le extirparon el apéndice a los seis años. Por lo que podía decir, excepto por los uniformes de las enfermeras y los ordenadores junto a cada cama, tenía el mismo aspecto que habían tenido los hospitales desde el último siglo. Y la sala de maternidad, ya que sólo servía para las mujeres, era el último sitio en cuya renovación gastarían dinero.

Una luz sobre una cabina al final del pasillo le mostró dónde debía ir. La enfermera de guardia estaba inclinada sobre su ordenador, asegurándose de que las entradas de las unidades adosadas a cada cama coincidían con las entradas de los registros. Muy poco eficaz, pero Showard supuso que tenía que hacer algo para entretenerse durante la noche.

Se sacó la placa de identificación falsa del bolsillo de la bata y se la tendió.

—Tome —dijo—. ¿Dónde está el bebé lingo?

La enfermera le miró, inclinó la cabeza deferentemente, luego miró la placa.

BEBÉ ST. SYRUS, decía. EVALUAR POTENCIALES.

Y el garabato indescifrable que era la marca gráfica del auténtico doctor en medicina.

—Llamaré a una enfermera para que le traiga al bebé, doctor —dijo de inmediato, pero él meneó la cabeza.

—No puedo perder el tiempo esperando a sus enfermeras —dijo, con toda la brusquedad posible, siguiendo con su papel de médico—. Dígame dónde está el bebé, y yo iré.

—Pero doctor...

—Tengo el sentido y la formación suficientes como para recoger a un bebé y llevarlo a Neuro —respondió, haciendo todo lo posible por hacerla ver que ella era bastante menos que el polvo que había bajo sus valiosos pies—. ¿Va a cooperar, o tendré que llamar a un hombre para que se encargue del servicio aquí?

Ella se acobardó, naturalmente. Bien entrenada, a pesar de hallarse en el gran mundo exterior del antiguo hospital. Su cara ansiosa se volvió blanca y le miró con la boca medio abierta, petrificada. Showard chasqueó los dedos bajo su nariz.

—¡Vamos, enfermera! —dijo fieramente—. ¡Tengo pacientes esperando!

Tres minutos más tarde tenía al bebé St. Syrus entre los brazos y se encontraba a salvo en el ascensor de la salida trasera, que daba a un tranquilo jardín de naranjos y

feas plantas diversas y unos pocos bancos estropeados. Una luz brillaba en el jardín, y a medianoche uno no podía ver su propia mano delante de la nariz..., lo habían comprobado.

Fue tan fácil que resultó ridículo. Salió del ascensor, con el bebé fuertemente apretado contra su cuerpo.

—Discúlpeme, doctor.

—En absoluto, discúlpeme usted a mí.

—Discúlpeme, doctor.

—Buenos días, doctor.

Eran muy científicos en este lugar. Pasaban dieciséis minutos de la medianoche y ya decían buenos días.

Recorrió el pasillo, giró a la derecha. Otro pasillo. Un pequeño vestíbulo, donde otra enfermera de guardia le miró brevemente y volvió a su ausente comprobación de los registros. Otro pasillo.

—Buenos días, doctor. —Un hombre mayor, llevando flores—. Dios le bendiga, doctor. —Casi reverente. Debía ser hermoso ser médico y recibir toda aquella adoración.

—Gracias —dijo Showard cortante, y el hombre le miró absurdamente sorprendido.

Y entonces llegó a la puerta. Sintió un débil cosquilleo en la nuca mientras caminaba hacia ella..., si iban a detenerle, si iba a sonar alguna alarma y le perseguían, aquí era donde ocurriría.

Pero no ocurrió nada.

Abrió la puerta, cubrió la cabeza del bebé con la sábana, se aseguró de que aún podía respirar, y salió y se encaminó al volador estacionado en el borde del aparcamiento. Con las pegatinas Cruz Rosa/Escudo Rosa en sus puertas.

Fue, como solían decir, pan comido.

Oh, amigos y amigas, ¿queréis salir de la oscuridad y enteraros de TODO lo que está pasando? ¡Queréis, QUERÉIS! Sé que queréis, queréis enteraros de TODOS los chanchullos y sus entresijos, ¿verdad, mis queridos fans? ¡OH, SÍ! Bien, pues aquí tengo un poco de información para que se entretengan vuestras neuronas, claro que sí... ¿Qué os parece una Historia Lingo para empezar nuestro día mutuo, este día mutuo? No es fácil entrar en un Lingoedén, ya sabéis... ¡pero por vosotros yo soy capaz de entrar en el infierno, y LO HICE LO HICE y oh estos ojos se saturaron de datos de puerta a PUERTA!

¿Sabíais que cada Lingoedén tiene tantos servomecanismos como habitaciones, encantos? ¿A 300 M-créditos la unidad? Bien, eso es racional, es razonable, para que así ningún lingo tenga que inclinarse para recoger ni el más diminuto objeto..., podrían estropearse sus cerebros de gigante, y no podemos permitir ESO, ¡oh, vaya que no!

¿Y sabíais que los baños de sus retretes, oh, amigos y amigas, lo vi con mis propios ojos de contribuyente, cada pomo, tornillo, botón e interruptor tiene el escudo de la familia grabado con perlas y oro sólido?... ¿no es IMPRESIONANTE, cielitos? ¿Habéis visto vuestras instalaciones últimamente, encantos? ¿Sólo para ver si tal vez tenéis un caballo de oro alzado de manos sobre un círculo de perlas cultivadas? Tal vez haya uno en TUS grifos, amigo... ¿por qué no miras? Y si no puedes encontrar el tuyo, vaya, podrías correr a la puerta de al lado a ver a tus amistosos vecinos lingos, ¿VERDAD?, y tomar prestadas unas cuantas perlas y un collar de oro. ¿Y por qué NO? ¿No son vuestros impuestos, amigos y amigas, los que llenan las arcas de los tesoros de los lingos, en el fondo EN EL FONDO de sus castillos subterráneos? Id allí y pedidlo... ¡pero CUIDADO! ¡Tendréis que pasar los láseres de sus puertas, como hice yo! Oh, ay ay ay, cómo nos duele la espalda, amorcitos..., cómo nos duele la espalda...

(Frazzle Gleam, noticiario comset, programa DIRECTO A TI, 28 de agosto de 2179)

El mensaje de la línea privada, convenientemente descifrado y luego unido y vuelto a unir porque no existía verdaderamente ninguna línea descifradora y los códigos cambiaban diariamente porque aunque se hiciera todo uno nunca podía estar seguro, decía: «Reunión de emergencia en DAT40, 19 horas». La Sala 40, el Departamento de Análisis y Traducción..., sería una de las salas a prueba de sonidos en los subsótanos inferiores. La recordaba de las otras ocasiones. Poco aire, demasiado calor o demasiado frío, y ningún cuarto de baño a menos de cinco minutos andando. Maldición.

Thomas estaba cansado, y tenía trabajo que hacer, y ya tenía otros planes para esta tarde si conseguía acabar con ese trabajo. Sería mejor que se tratara de una emergencia, pero no había ningún modo de averiguarlo excepto acudiendo. Ésa era toda la razón de ser de la línea privada y el desmodulado y la unión y los cambios de código.

Cuando llegó allí estaba verdaderamente irritado. Había perdido treinta minutos preciosos dando vueltas sobre la azotea del edificio, esperando permiso para aterrizar, y luego otros diez minutos más esperando a que algún estúpido potentado de visita, completo con cámaras, despejara el terreno para que pudiera dejar el volador a salvo.

Estaba cansado, y tenía frío, y hambre, y noventa mil cosas en la mente, y entró en la Sala 40 de una manera que hizo que los dos hombres que ya estaban allí dentro intercambiaron rápidas miradas y se enderezaran en sus asientos.

—¡Muy bien! —dijo mientras se sentaba—. ¿Qué pasa?

—Se trata de una emergencia —contestó uno de ellos.

—Eso dijeron. Supongo que no habrá café.

—Escocés, si lo prefiere —contestó el otro, antes de que el primero pudiera impedirlo.

Thomas Blair Chornyak miró al hombre como miraba a todo aquello para lo que no podía hallar ninguna buena excusa.

—Ningún hombre que necesita el uso de su mente bebe nada que sea más fuerte que un buen vino —dijo Thomas—. ¿Tienen café o no?

—Tenemos café —respondió el primer hombre, y se levantó y lo colocó delante de Thomas. Sabía que tenía que ser una auténtica taza y su contenido tenía que ser café solo. También sabía que tenía que darse prisa. Al tratar con el hombre que era el pez gordo lingüista del mundo y sus avanzadillas, uno se daba prisa.

—Aquí tiene, señor —dijo—. Solo. Y ahora vayamos al asunto.

—Por favor.

—Señor, tenemos noticias desagradables.

—¿Y?

—Señor, queremos que sepa que esta acción fue tomada con mucha relucencia..., con MUCHA.

—Por los santos evangelios, hombre —dijo Thomas, cansado—, ¿quiere escupirlo de una vez o dejarme que vuelva a mi trabajo?

Se lo contó apresuradamente, porque el hombre del gobierno estaba preocupado. Le habían prometido que no habría problemas en esto, pero le costaba trabajo creerlo. Si hubiera sido él, los habría habido. Un montón de problemas. Y ni siquiera era alguien importante.

—Señor, un bebé de las Líneas ha sido secuestrado de la sala de maternidad del Hospital Memorial Santa Cruz.

Chornyak ni siquiera parpadeó. Lo mismo podría haberle dicho que el sol había salido esa mañana por el este.

—Secuestro federal, supongo —dijo.

Asintieron.

—¿Varón o hembra?

—Hembra, señor.

—Hummm.

El hombre más joven miró a su compañero por el rabillo del ojo, mostrando confusión, indecisión y un puñado de sensaciones más; el oficial más veterano, que llevaba en esto mucho tiempo, no le prestó atención. Esperarían; y cuando el padrino lingo decidiera hablar, lo haría. Y, si decidía armar una trifulca, bien, la armaría. No

podía hacer nada al respecto, excepto usar la aguja que tenía en el bolsillo, y no estaba seguro de poder hacer eso.

—Explíquese —dijo Thomas al fin—. Por favor.

Se estaba comportando de una manera extremadamente amable. Si te estuviera arrancando las uñas una a una, también se comportaría igual.

—Me llamo John Smith, señor Chornyak —dijo el oficial mayor.

—Sí. He trabajado con usted antes.

—Me han instruido para que le explique que, en interés de nuestros esfuerzos por adquirir el lenguaje Beta-2 de las formas de vida primas jupiterinas, se nos hizo necesario adquirir la custodia temporal de uno de los niños de la Casa St. Syrus..., de una manera un tanto brusca.

—Se hizo necesario.

—Sí, señor Chornyak.

—No le entiendo, Smith.

Se lo contó. Le contó lo de los niños muertos, la reunión con los técnicos, la decisión final de que tenía que ser un bebé lingüista la próxima vez.

—Se le iba a avisar con antelación —mintió Smith—. Pero, cuando llegó la noticia del nacimiento del bebé en California, no hubo tiempo para hablar con usted primero..., no sabíamos cuándo tendríamos otra oportunidad similar, ya sabe.

—¿Y dónde está ahora el bebé?

—A salvo en una de nuestras casas, señor.

—Este amigo suyo... ¿tiene nombre?

El hombre más joven carraspeó, intranquilo.

—Sí, señor —dijo—. Me llamo Bill Jones, señor.

Thomas introdujo cuidadosamente la información en su ordenador de muñeca y les sonrió. John Smith y Bill Jones. Claro. Y vivieron felices para siempre jamás.

—¿Y cuándo va a entrar el bebé en la Interface?

—Dentro de tres semanas, señor Chornyak. No podemos esperar más, en vista de la crisis actual.

—Ah, sí. La crisis actual. ¿Cuál es?

—No lo sabemos, señor. No nos lo han dicho. Ya sabe cómo es eso, señor Chornyak.

—De acuerdo, supondré la existencia de la crisis actual por el momento..., o eso, o me quedaré aquí toda la noche, obviamente. Dada esa suposición, Smith, ¿cree que podría explicarme, sin rodeos ni temblores, por qué ha sido autorizado este crimen extraordinario..., no, eso no es lo suficientemente fuerte..., por qué ha sido cometido ese crimen por el gobierno de los Estados Unidos? ¿Contra una Casa de las Líneas, a la que tanto debe este gobierno y de la que no ha sufrido ningún daño? El secuestro —una esquina del labio superior de Thomas tembló, una sola vez— es un crimen. No se trata de un crimen trivial. Implica la pena de muerte. Sugiero que me explique por

qué un oficial de mi gobierno se ha sentido justificado para secuestrar a uno de mis parientes.

Smith vaciló, luego dijo: —Señor, se lo hemos explicado.

—Me ha explicado que han fracasado en sus experimentos utilizando niños humanos en la Interface con esas formas de vida. Sí. Eso lo comprendo. No me sorprende..., se les dijo que fracasarían. Lo que no comprendo, sin embargo, es por qué todos esos hechos inexplicables condujeron de modo inexorable a cometer este crimen.

Jones intervino, sintiendo que si alguna vez iba a parecer algo más que un personaje de cartón en aquel intercambio éste era su momento.

—Tal vez deberías dejarme que me encargara de esto, John —dijo cuidadosamente.

—Como quieras, Bill. Ahí lo tienes. —Smith se encogió de hombros. No estaba saliendo bien, y probablemente no iba a arreglarse, pero no dejó que eso le preocupara. Se había reunido antes con Chornyak, en ocasiones diferentes pero igualmente incómodas. Se había reunido con lingüistas cientos de veces. Y sabía que no había absolutamente nada que un ciudadano ordinario pudiera hacer si un lingüista decidía estructurar un encuentro de tal manera que ese ciudadano pareciera un perfecto gilipollas. Ésa era una de las habilidades que aprendían los lingos, uno de los temas en los que entrenaban a sus mocosos desde el nacimiento, y era una de las razones por las que eran odiados.

Smith apreciaba enormemente que el lingo con el que se enfrentaba fuera al menos un varón..., cuando se trataba de una de las zorras, se ponía físicamente enfermo. Oh, aquellas mujeres observaban las formas; decían todas las palabras adecuadas. Pero tenían una manera tal de llevar la conversación que de tu boca salían palabras que nunca habías oído antes y proferías juramentos que nunca serías capaz de decir... Lo sabía todo sobre los lingüistas. No se podía ganar cara a cara con ellos, y él no era tan tonto como para intentarlo. Que Jones se estrellara a muerte contra aquella roca si le apetecía; así aprendería.

—Señor —empezó a decir Jones—, éste es el asunto.

—Lo es —dijo Thomas.

—Los del gobierno federal hemos oído y leído naturalmente las declaraciones oficiales de las Líneas referidas al hecho de que no hay ninguna diferencia genética entre los niños lingüistas y los niños de la población general. Y podemos apreciar las razones de esa postura, a la vista de la lamentable fricción entre las Líneas y el público. —Se detuvo, y Thomas ladeó un poco la cabeza. Jones se sintió profundamente inferior, por ninguna razón que pudiera comprender; pero ya estaba metido en esto y no tenía más opción que continuar. Le habían dicho que tuviera mucho cuidado con este hombre.

—¿Saben lo que puede hacer, no? —les había dicho su jefe, apoyándose con los dos puños contra la mesa de su despacho e inclinándose hacia ellos como un árbol—.

Ese hombre, solo, puede dar una simple orden. Y todos los lingüistas en servicio con el gobierno dejarán de hacer lo que estén haciendo. Eso significa que hasta la última negociación interplanetaria que llevemos en progreso..., negociaciones diplomáticas, de negocios, militares, científicas, todas las que quieran, se DETENDRÁN. No podemos hacer absolutamente nada sin los lingos, Dios maldiga sus jodidas almas y que se asen todos en el infierno. Pero ese hombre puede asarse muy lentamente, puesto que tiene al gobierno como rehén. ¿Lo comprende, Smith? Usted, Jones, ¿lo recuerda?

¿Y por qué, se preguntó Jones, asombrado, le había enviado el gobierno a él? Smith, tal vez..., comprendía que tenía experiencia tratando con lingüistas. Pero, ¿por qué él? ¿Por qué no alguna auténtica superestrella?

Smith, que le observaba levemente divertido, conocía la respuesta a aquella pregunta. El gobierno, compuesto por burócratas, tenía la sensación de que enviar a alguien claramente importante para tratar con Thomas le daría a éste un indicio de la manera como los dominaba, y eso sería un error táctico. Como si el propio Thomas no fuera consciente de ello... Así que enviaban a un equipo. Un agente experimentado de aspecto ordinario, sin fanfarrias ni quincallas, sólo la herramienta media del gobierno. Y un miembro muy joven para azuzarle. Pobre Jones.

—Así que, señor Chornyak —se esforzó Jones—, comprendemos por supuesto la motivación para esa postura por parte de las Líneas... pero también sabemos que en realidad no está de acuerdo con los hechos. Es decir, sabemos que realmente existe esa diferencia genética.

—Toda esa endogamia —murmuró Thomas cortésmente; y Smith se rio por dentro mientras Jones mordía el anzuelo.

—Exacto —dijo Jones felizmente.

—Prácticas innaturales.

Jones se sorprendió y declaró que no había dicho eso.

—¿Hay alguna otra clase de endogamia, señor Jones?

—Bien, debe de haberla.

—¿Sí? ¿Y por qué? Podríamos establecer ese tipo de diferencia genética sistemática que sugiere..., aceptando, por cierto, que las Casas lingüistas mienten deliberadamente..., sólo podríamos establecer ese tipo de diferencia genética sistemática acostándonos sistemáticamente con nuestras primas hermanas, generación tras generación. Hacerlo con nuestras hermanas lo conseguiría aún más rápido, aunque eso podría provocar otro tipo de diferencias genéticas. Bebés con dos cabezas. Sin brazos. Sin cabeza. Ese tipo de cosas.

—Señor Chornyak, le aseguro que...

—Señor Jones, yo le aseguro a usted que no he salido de mi casa, donde tenía deberes importantes que atender en beneficio del gobierno que dice representar, y he volado hasta aquí a través de un clima espantoso y un tráfico diseñado por lunáticos, para oírle atacar los hábitos sexuales de mi familia.

Era demasiado para Jones, absolutamente demasiado. No tenía ni idea de cómo había llegado al punto donde se encontraba, y se quedó allí sentado, abriendo y cerrando la boca como un sapo.

—Señor Chornyak —dijo Smith, movido por la piedad—, ya es suficiente.

—¿Perdón?

—Deje de torturar a mi asociado, Chornyak. No es agradable. Se está comportando como el Lingüista Feo. Y el hecho de que se lo ponga tan fácil no lo convierte en más deportivo.

Thomas se echó a reír, y Jones pareció infinitamente confuso.

—No le creemos —continuó Smith—. Para usted, esto no supone ninguna noticia. Les hemos estado diciendo que no les creemos desde que descubrimos para qué sirven los lingüistas. Y tiene que ver con sus prácticas sexuales, en las que el gobierno no tiene el menor interés.

—Es científicamente... absurdo —dijo Thomas.

—Eso es lo que dicen ustedes. Y tampoco lo creemos.

—¿Y?

—Y tenemos que aceptarlo, porque nos tienen cogidos por los pelos, como siempre. Cuarenta y tres niños humanos han muerto ya en nuestros valientes intentos por llevar adelante el acuerdo que ustedes los lingüistas nos han impuesto con tanto placer. Y ni siquiera puedo imaginar cuántos científicos especialistas en ordenadores son ahora apenas capaces de recortar muñecos de papel después de intentar enfrentarse con todo esto.

—Once, con fecha de ayer —dijo Thomas.

—¿Cómo *sabe* eso? —preguntó el pobre Jones.

—Lo saben todo —le dijo Smith—. Uno acaba por aburrirse.

—Así que decidieron que tenían que conseguir un bebé lingüista —dijo Thomas—, porque sólo un niño lingüista podría adquirir el lenguaje que ustedes llaman Beta-2. A pesar del hecho de que hasta el momento no hay ninguna evidencia de que *exista* tal lenguaje. Y aunque tuvieran que secuestrar al niño. Es un acto bastante primitivo eso de secuestrar a un ser humano, ¿no creen?

Smith no iba a dejar que le llevaran por un camino donde al final se encontraría admitiendo que no consideraba que los lingüistas fueran seres humanos. Ni por asomo. No dijo nada, y Thomas continuó.

—Señor Smith —dijo—, señor Jones, les juro —y, para sorpresa de Jones, se pareció súbitamente a las imágenes de Abraham Lincoln en sus momentos más tiernos y sinceros— que los miembros de las Líneas les hemos dicho ahora y siempre la pura verdad. No importa la dudosa teoría genética implicada; lo ignoraremos. Pero la razón por la que no se puede poner a un niño humano en una Interface con un alienígena no humanoide sin destruir por completo a ese niño no tiene nada que ver con el hecho de usar a un niño de las Líneas o no. Tiene que ver con el hecho de que



ninguna mente humana puede ver el universo como lo percibe un extraterrestre no humanoide sin autodestruirse. Es así de simple.

—Eso dicen ustedes —respondió tercamente Smith.

—Eso decimos, sí. Siempre lo hemos dicho. Lo intentamos en los primeros días de las Interfaces, porque en los primeros estadios de la exploración de esta galaxia no encontrábamos sólo alienígenas humanoides. A veces lo hacíamos, sí; pero con la misma frecuencia nos encontrábamos con seres conscientes que eran cristalinos, o gaseosos. Recordarán el infausto encuentro con la población de Saturno, que era líquida..., las Líneas perdieron tres niños entonces. Y, cuando vimos que habíamos llegado a un límite que no podía ser franqueado por la tecnología, nos detuvimos allí. Se debería advertir al gobierno de los Estados Unidos que hiciera lo mismo.

—No puede ser lo mismo con todas las especies alienígenas no humanoides —declaró Smith—. Eso es ridículo.

Y Thomas pensó que no, que no era en absoluto ridículo. Era preocupante, pero no ridículo. Ningún ser humano podía contener la respiración durante treinta minutos; esa era una barrera natural, y uno aprendía a no clavarse a ella. Ningún ser humano, por lo que sabía, podía compartir la visión del mundo de un no humanoide. No era ridículo.

—Si están dispuestos a continuar intentándolo —razonó Thomas—, y si no les importa arriesgar la cordura y las vidas de sus niños en esta quijotesca serie de movimientos, es asunto suyo. Pero los lingüistas estamos verdaderamente cansados de que nos echen la culpa de su estupidez.

—Señor Chornyak...

—No. Escúcheme. Lo que están tratando de decirme es muy fácil de resumir, Smith. Es lo siguiente. Uno: Los lingüistas sabemos cómo mantener una Interface con los alienígenas no humanoides, pero no queremos..., por alguna misteriosa razón. Nuestra maldad inherente. Nuestra monstruosa ansia. Sólo por fastidiar. ¿Quién sabe? Simplemente no queremos. Dos: Ustedes, los no lingüistas, han intentado utilizar a sus propios bebés, y todos han muerto horriblemente, o aún peor. Tres: Ya que todo se deriva de nuestra negativa a ayudar, sobre nosotros recae la culpa de esas tragedias..., nosotros, los lingüistas, no ustedes que son los que meten a los bebés en la Interface una vez tras otra y los ven sufrir lo inenarrable. Cuatro: Ya que la culpa es nuestra, y como la humanidad necesita verdaderamente dominar esas lenguas no humanoides, los del gobierno TIENEN DERECHO a apoderarse de uno de nuestros bebés. No es secuestro, es sólo nuestro merecido después de la mucha paciencia que han tenido para con nosotros, más allá de las razones. ¡Les *debemos* uno de nuestros bebés!

Jones siempre se había enorgullecido de ser un hombre sofisticado y razonable, y de estar libre de la primitiva emoción del prejuicio. Al observar las consecuencias de las revueltas antilingüistas, se había maravillado de qué el hombre pudiera volverse contra los de su propia especie y pudiera excusar tal brutalidad con razones que no

eran razones. Anteriormente, por el color de la piel. Ahora, por el hecho de que un hombre procediera de las casas de trece familias del mundo, de las Líneas. Había observado y había sentido desdén, agradecido de no ser así, complacido de que tanta bajeza no le tentase.

Ahora, sin embargo, su estómago se retorció; enfermo, advirtió que el odio que sentía hacia el hombre elegante que se sentaba allí burlándose de ellos (odio que le había atravesado como si sacara pus de una herida), *era* prejuicio. Odiaba a este hombre con un ansia de sangre completamente irracional. Con gusto le habría sacado los ojos. Por unas pocas palabras, y sin duda por unos cuantos gestos. Le habían advertido que un lingüista podía controlarte con gestos sin que te dieras cuenta. «¡Con la punta del dedo meñique!», solían decirles sus instructores. «¡Solamente con la manera en que respiren pueden controlarte!». Lo había aprendido en los exámenes, todo tipo de tonterías, pero nunca las había creído. Ahora las creía. Porque no podían ser las palabras que Chornyak utilizaba. Mierda, había leído esas palabras en un centenar de revistas derechistas, las había oído en un centenar de bares cuando los ánimos se caldeaban, era lo que cualquiera habría dicho en un momento de descontrol. No podían ser las palabras... No, el hombre le había hecho algo a su mente, había llegado a él de alguna manera..., con la punta de su dedo meñique. Con la manera en que respiraba.

A Jones no se le ocurrió pensar que una forma de evitarlo, aunque no te salvara de lo que pudieran hacer los lingüistas con las modulaciones de sus voces, era *no mirar* al lingüista mientras hablaba. Le contemplaba, fascinado como una serpiente en una cesta. Smith, por su parte, miraba al techo cuando no hablaba directamente a Chornyak y más allá de él cuando lo hacía, y sabía que a Jones le habían dicho que hiciera lo mismo. Jones no lo había aprendido, porque no había creído que fuera importante.

—Señor Chornyak —dijo Smith—, sabemos cómo se siente, y usted sabe cómo nos sentimos nosotros, y todo esto es muy incómodo. La cuestión no es cómo nos sentimos (a nadie le gusta, piense lo que piense), sino lo que vayan a hacer los lingüistas.

Thomas suspiró y meneó lentamente la cabeza.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó—. Puedo imaginar la reacción que obtendría si llamara al FBI e informara que un agente del gobierno ha secuestrado a uno de nuestros bebés. Estamos tan indefensos como cualquier otro ciudadano ante las barbaries del gobierno, señor Smith, y haremos lo que hace cualquier ciudadano. Daremos los pasos habituales. Llamaremos a la policía, informaremos de la desaparición del bebé, pretenderemos, por el bien de los padres, que se está haciendo una investigación..., y entonces consolaremos a la madre lo mejor que podamos.

—No sabe...

—Lo sé. El bebé morirá, como han muerto todos los otros bebés. O será mutilado tan horriblemente que habrá que darle muerte en nombre de la decencia, como

también ha sucedido. Y nosotros consolaremos a la madre lo mejor que podamos.

Thomas sabía exactamente lo que estaba pensando Smith. ¿Por qué, Chornyak, no nos amenaza usted con lo que puede hacer, con lo que cada uno de nosotros sabe que realmente puede hacer? ¿Por qué no amenaza con retirar a los lingüistas, hasta el último de ellos, y sumergir al mundo en el caos? ¿Por qué pretende que es un ciudadano como cualquier otro?

Bien..., que se lo preguntara. Thomas no tenía intención de decírselo. Nadie lo sabía, ni lo sabría nunca, excepto cuando llegara el momento de entregar el liderazgo de las Líneas. Entonces tendría que explicar al siguiente Líder que aquella carta de triunfo se guardaba para una situación: para el momento en que el gobierno, después de asesinar a quién sabía cuántos cientos de miles de inocentes en sus Interfaces, encontrara finalmente aquella única especie no humanoide cuyas percepciones pudieran ser toleradas por los humanos. Ese día, que podía encontrarse a diez mil años o a una semana de distancia, el gobierno creería que podía adquirir los lenguajes alienígenas por su cuenta y decidiría súbitamente pasarse al negocio de las Interfaces. Y entonces sería cuando el gobierno oyera los términos de los lingüistas: o las Líneas conservaban aquella parte de la industria de la Interface como tenían todo el resto, o todos los lingüistas envueltos en negociaciones, no importaba cuan crucial fueran, se retirarían y no volverían a participar. No era intención de los lingüistas ver sus propios hijos malgastados en una búsqueda aleatoria de la especie casual que rompiera la barrera perceptiva entre humanoides y no humanoides; por otro lado, no era intención de los lingüistas perder su poder ante el gobierno o el público.

Los gobiernos, y la gente en general, eran proclives a ocupar el poder y hacer cosas estúpidas con él, como declarar guerras nucleares y destrozarse mutuamente con sierras mecánicas y escalpelos láser. Los lingüistas tenían un medio para evitarlo en parte, un extraño poder pese a todas sus limitaciones, y se encargarían de que las Líneas nunca estuvieran sujetas a las tonterías de los burócratas o a la simple ignorancia.

Thomas tenía una responsabilidad, y a veces era desagradable. En ocasiones, cuando escuchaba a los niños pequeños de la Casa quejarse de que no comprendían por qué tenían que arreglárselas sin nada sólo porque la gente estúpida pensaba que los lingüistas tenían demasiado dinero, y cómo pensaban que era una lata seguir así..., a veces se sentía tentado.

Recordó su propia niñez. Fue durante uno de los períodos en los que se malgastaba energía, inexcusablemente (una época de «ajustes de mercado» por parte del gobierno). Entonces había una especie de campo de fuerza portátil que zumbaba alrededor del contorno del cuerpo y que podía mantener la temperatura constante dentro de un cierto radio. Permitía salir sin ropas de invierno, y hacía posible llevar ropas ordinarias en verano con total comodidad. No duró mucho, porque incluso los ricos que tanto amaban ese tipo de juguetes encontraron rápidamente que aquel despilfarro de recursos era intolerable. Pero mientras estuvo disponible, los niños se

lo habían pasado en grande. Descubrieron que si se colocaban algunos campos zumbantes al máximo de calor y otros al máximo de frío, se provocaba un pequeño tornado en el centro del círculo de niños, y se podía ver cómo levantaba las hojas y la hierba, y si uno era valiente podía meter el dedo en su centro, donde todo estaba completamente inmóvil.

Thomas se había quedado allí de pie, con seis años y vestido con simples ropas de abrigo, con los pies helados y frotándose los dedos. Los otros niños se encontraban en un parque por el que tenía que pasar camino del colegio, y se hallaban perfectamente cómodos con sus manguitas cortas en medio de aquel frío..., excepto los que tenían sus campos graduados a frío máximo, por supuesto. Tenían tanto frío como Thomas, incluso más. Pero se lo estaban pasando en grande. Nunca olvidaría cómo había mirado, ansiando participar en aquel juego, tener un tornado diminuto con el que jugar... Le salieron sabañones de estar allí. Y no recibió ninguna muestra de simpatía.

—Eres tonto, Thomas —le dijeron en casa—. Los lingüistas no pueden tener esas cosas, y lo sabes, y también sabes por qué. Se te ha dicho un millar de veces. La gente nos odia, y preferimos no alimentar ese odio con cosas triviales. La gente cree que somos ambiciosos, que nos pagan millones de créditos por hacer lo que cualquiera haría si les dijéramos cómo... y tampoco queremos alimentar esa idea. Ahora ve y estudia tus verbos, Thomas, y deja de lloriquear.

Thomas se recobró bruscamente..., se había ensimismado, y los dos hombres le observaban en silencio.

—¿Bien? —dijo—. Han ganado. ¿Están satisfechos?

—Es libre de irse, señor Chornyak —dijo Smith cansinamente—, si no hay nada más de lo que quiera hablar.

—Me llamaron ustedes, no yo.

—Como cortesía.

—Ah. Cortesía. Aprecio la cortesía.

—No queríamos que se enterara del... incidente... en las noticias, señor Chornyak. Y sus órdenes son que ningún contacto entre ustedes y el gobierno debe ser mantenido de otra manera diferente a ésta, excepto la rutina ordinaria de los lingüistas. Hemos actuado según lo requerido..., y eso también es cortesía.

—Me aseguraré de informar a la señora St. Syrus de su cortesía —dijo Thomas con una inclinación.

—No se atreverá —estalló Jones—. ¡Eso no es lo que hará..., apestoso Lingo! Le...

Smith suspiró. Era demasiado, pensó. Estaba preparado para la torpeza, por eso habían elegido a Jones; pero esto iba un poco más allá de lo que el papel justificaba. Ahora el rostro de Thomas Chornyak mostraría un leve disgusto... YO ARISTÓCRATA, TÚ CAVERNÍCOLA..., ahí estaba. Y no diría una palabra. Y luego empezaría a introducir datos en su ordenador de muñeca..., ahí lo tenía.

Smith pensaba a menudo que, si pudiera pasar unos pocos meses con los lingüistas, aprendería a hacer las cosas que ellos hacían. Mucho resultaba obvio. Excepto que tenía que haber algo más que no lo era, porque cuando intentaba repetir las cosas que pensaba haber recogido en sus observaciones nunca funcionaban. Nunca.

Dulce Jesús, cómo odiaba a los lingos.

Mientras recorría rápidamente el pasillo con los dos hombres, Smith disgustado y Jones humillado, Thomas se encontró con un grupo igualmente apurado en una esquina. Cuatro hombres de uniforme y una mujer vestida de negro..., una mujer hermosa. ¿En este lugar, a estas horas?

—Es curioso —observó—. ¿Qué pasa?

—Se llama Michaela Landry, señor Chornyak —dijo Smith—. Era la madre del último bebé voluntario de la interface..., ya se lo hemos contado. Su marido murió casi inmediatamente después de entregar el bebé..., un extraño accidente. Y ella ha venido a aceptar la medalla al Héroe Infantil en lugar del hombre. Todo es alto secreto, señor, por supuesto.

—Ya veo. Y ahora volverá a casa de sus padres, supongo. Pobre mujer.

—No, señor. Está completamente sola, no tiene familia propia. Pero el hermano de su marido la ha aceptado, y le ha dado permiso para trabajar.

—¿Qué clase de asistencia sanitaria practica?

—Trabajaba en los hospitales públicos antes de esto, señor, pero, después de lo que ha sucedido, y comprensiblemente, no cree que pueda soportarlo más. Está buscando trabajo como enfermera privada..., nosotros nos encargaremos de que encuentre algo rápidamente. La pobrecilla ya ha sufrido bastante sin tener que quedarse sola pensando en ello.

—Es una historia muy triste —dijo Thomas, entrando en el ascensor privado que le llevaría a la azotea—, y una lástima.

—Oh, no estará abatida mucho tiempo —dijo Smith—. Alguien se casará con ella en menos de un año..., es un buen ejemplar.

—Sí que lo es —coincidió Thomas.

Y se marchó a casa a esperar el contacto de la Casa St. Syrus, que llegaría a primeras horas de la mañana, si no antes.

La curiosa aberración de la cultura del siglo XX que condujo a fenómenos tan extraños como el que las mujeres practicasen la medicina, ocuparan la plaza de jueces (incluso en el Tribunal Supremo, por incomprensible que eso pueda parecemos hoy), y desempeñaran puestos masculinos en la sociedad, puede ser explicada fácilmente. Los hombres son por naturaleza amables y considerados, y el afán de una mujer hermosa por jugar a ser médico, congresista o científico puede ser a la vez divertido y encantador; podemos comprender, observando aquel período, cómo debió parecer a los hombres del siglo XX que no podía haber ningún mal en complacer a las señoras. Sabemos por los registros históricos, y en particular por las memorias de los grandes hombres de la época, lo a menudo que las extravagancias de las mujeres les proporcionaban buenas razones para reírse..., algo muy bien recibido en los, por otro lado, serios asuntos del momento. (Tenemos, por ejemplo, el engaño de la famosa Enmienda de la Igualdad de Derechos, tan inteligentemente dispuesta y mantenida durante tantos años por los miembros del Congreso..., todos nos hemos reído con eso, estoy seguro.)

Sé que algunos de mis colegas más conservadores dirán que parezco radical, pero me siento inclinado a pensar que agradecería un poco de ese alivio cómico hoy en día. La vida es un asunto demasiado serio; ¡unas pocas risas de vez en cuando especialmente si su origen son una hembra suficientemente hermosa y bien formada, casi compensarían los problemas de tenerla revoloteando por el Congreso!

Pero, desafortunadamente, no podemos permitirnos ese tipo de lujos. Nuestros padres no lo sabían, a pesar de las claras enunciaciones de Darwin, Ellis, Feldeer y muchos otros sobre el tema..., no tenían *pruebas* científicas de la inherente inferioridad mental de las mujeres. Sólo con la publicación, en 1987, del soberbio trabajo de investigación de los premios Nobel Edmund O. Haskyl y Jan Bryant-Netherland del M.I.T., obtuvimos finalmente esa prueba. Y es mérito nuestro que arregláramos tan rápidamente el mal que, en nuestra lamentable ignorancia, habíamos infligido. Vimos entonces que el concepto de «igualdad» femenina no era simplemente una especie de noción romántica, como la moda del «Noble Salvaje» de épocas anteriores, sino una carga cruel y peligrosa sobre las hembras de nuestra especie, una carga bajo la que trabajaban inocentes e inconscientes..., víctimas, si puede decirse, de la ignorancia masculina.

Hay algunos que critican, diciendo que no debería de habernos llevado tanto tiempo proporcionar a nuestras mujeres la protección constitucional que tanto merecían y que tan desesperadamente necesitaban. Pero siento que los que critican son excesivos en su juicio. Lleva tiempo enmendar los males..., siempre lleva tiempo. Cuanto más extendido el problema, más tiempo hace falta para resolverlo. Creo que cuatro años fue una resolución notablemente rápida, y un tema del que enorgullecerse... Dejemos, caballeros, que esas críticas descansen de una vez por todas.

(Senador Ludis R.G. Andolet de New Hampshire, en su conferencia en el Banquete Anual de Navidad en el Club Masculino de Nueva York, 23 de diciembre de 2024)

## Verano 2.181...

Michaela estaba más que satisfecha con el trabajo que había encontrado en la Casa Verdi, rodeada de viejos robles y siempreverdes en un recodo del Mississippi, en las afueras de Hannibal, Missouri. No se parecía en nada a Washington D.C., aunque le habían advertido que esperara que el calor del verano, por comparación, volviera agradable el de Washington. Si hubiera albergado a una familia americana ordinaria, la casa habría sido calificada de mansión; para el tropel de los lingüistas

que la habitaban era adecuada, pero no más que eso, y no podría haber sido considerada lujosa. En cuanto a los terrenos, Michaela sospechaba que habrían sido criticados si el público supiera mucho al respecto, porque los Verdi eran aficionados a los jardines y no parecían haber reparado en gastos en los que se encontraban detrás de la casa. Pero, encontrándose en las afueras como estaba, con una extensión de bosques entre ellos y la autopista, no era probable que lo supiera nadie. Los lingüistas no recibían visitas porque no tenían tiempo; y se negaban tenazmente a acceder el paso a sus terrenos a los miembros de la prensa.

A pesar de los muchos habitantes de la casa, los Verdi habían encontrado para Michaela una habitación con baño y una ventana que daba al río. Estaba en la esquina de la casa en una planta superior, y para llegar a las habitaciones comunes tenía que dar la vuelta por un pasillo exterior y cruzar un paseo que había en el techo de la Interface. Aquello la preocupó al llegar, por lo que se dirigió inmediatamente a la mujer más veterana de la Casa para expresar su preocupación.

—Me preocupa mi habitación, señora Verdi —dijo.

—¡Pero si es muy agradable!

—Oh, sí —contestó rápidamente ella—. La habitación en sí es muy hermosa, y lo agradezco mucho. Pero no puedo llegar hasta mi paciente en menos de cuatro minutos, señora Verdi, y eso es alarmante. Lo he cronometrado por cuatro caminos distintos, y el menor tiempo que puedo hacer son cuatro minutos..., es ese puente sobre la Interface lo que me retrasa.

—¡Oh, ya veo! —dijo Sharon Verdi; el alivio de su rostro le comunicó a Michaela los grandes cambios y revuelos que tenían que haber hecho para darle aquella habitación—. Oh, eso es..., no importa.

—¡Pero cuatro minutos...! Pueden pasar muchas cosas en cuatro minutos.

Por ejemplo, te puedes morir en cuatro minutos, pensó Michaela. Ned Landry no había tardado tanto.

—Mi querida niña —empezó a decir la mujer, y Michaela enmascaró su rostro contra cualquier traición que revelase lo mucho que odiaba la idea de ser la niña querida de una lingüista—. Te aseguro que no es ningún problema. Al tatarabuelo Verdi no le pasa nada serio, ya sabes; simplemente, es muy viejo y está muy débil. Hasta hace unos meses siempre hemos podido asignarle una de las niñas para que se sentara con él, por turnos..., sólo quiere compañía.

—¿Pero ahora creen que necesita una enfermera?

—No —rio Sharon Verdi—, sigue necesitando compañía. Pero se le ha metido en la cabeza que quiere a la misma persona todo el tiempo, ya ves, y no podemos disponer de nadie sobre esa base. Por eso te necesitamos, querida..., pero no tendrás que ocuparte de ninguna crisis. Nada que requiera que llegues a su habitación en diez segundos ni nada parecido. Una noche se nos irá pacíficamente, mientras duerme; está sano como un caballo de carreras. Y hasta entonces, me temo que tu problema principal no será correr hacia emergencias, sino el aburrimiento. Ese hombre apenas

puede sentarse sin que un brazo fuerte le ayude, pero no le pasa *nada* en la voz, y es capaz de hablar hasta dejarnos a todos en coma. Te ganarás tu salario, te lo prometo..., y querrás un aumento.

—Ah —dijo Michaela—. Comprendo. Gracias, señora Verdi.

—No hay de qué..., y no te preocupes. No hay nada que necesite que no pueda esperar cinco minutos..., o quince. Y, si alguna vez le pasa algo por lo que pienses que debas estar cerca, hay un sofá muy cómodo en su habitación donde podrás pasar una noche o dos.

Michaela asintió, satisfecha. Ciertamente, ayudaría a quitar al viejo de este mundo un poco más rápidamente de lo que los Verdi esperaban; pero, mientras le servía como enfermera, le proporcionaría los mejores cuidados posibles, sin escatimar nada. Era una enfermera excelente; no tenía intención de rebajar su nivel de eficiencia. Y estaba contentísima de poderse alojar en la espaciosa habitación de la esquina, donde podía asomarse como Rapunzel y mirar el río.

Stephan Rué Verdi, de 103 años y apenas cuarenta y cinco kilos de peso, hacía honor a su reputación. Era el charlatán más formidable que Michaela había conocido en su vida. Pero no le encontraba tan aburrido. Cuando la tataranieta del anciano juzgaba sus habilidades narrativas, no tenía la experiencia de Michaela con Ned para utilizarla como baremo.

—Cuando yo era niño —solía empezar el viejo Stephan, y ella le murmuraba para hacerle saber que estaba escuchando (pero eso no era suficiente: tenía que sentarse a su lado, donde pudiera mirarla sin esfuerzo)—, cuando yo era niño, las cosas eran diferentes. ¡Se lo digo, las cosas eran *muy* diferentes! No digo que fueran mejores, ojo, cuando se empieza a decir eso es que uno está chocheando, pero sí que eran completamente diferentes.

»Cuando yo era niño, no teníamos que llevar la vida que llevan esos niños, pobrecitos. Se despiertan todas las mañanas antes siquiera de que haya luz, y se van a los huertos y los jardines para trabajar como pobres granjeros a las cinco y media la mayor parte del año..., y la opción... ¡ja, vaya opción!..., entre correr por las malditas carreteras y hacer gimnasia durante horas, o cortar madera cuando llega la época del año en que no hay nada que hacer con la agricultura. Y luego las pobres criaturas tienen que escuchar el boletín de la familia mientras desayunan... Cuando yo era niño, los lingüistas vivíamos en casas adecuadas como cualquier persona, y teníamos nuestras propias mesas familiares. No esos grandes salones repletos de gente que comen como si estuvieran en una cafetería, todo el mundo apretujado como sardinas en lata...

—El boletín de la familia, señor Verdi —le urgió Michaela. Solía perder el hilo.

—Oh, el boletín. ¡Ahora es muy importante, el boletín! Una lista que los chavales tienen que soportar todas las mañanas mientras tratan de comer, donde aparece todo



lo que tienen que hacer ese día y todo lo que no hicieron o no hicieron bien el día anterior. Pobres criaturas... —repitió.

—Hmmm —dijo Michaela. Solía hacer «hmmmm» la mayor parte del tiempo, ya que él prefería decirlo todo solo.

—¡Oh, sí! «Paul Edward, tienes que estar en el Memorial de San Louis a las nueve en punto, van a operar al Gran Mandamás de Patoot y no dejará que lo toquen a menos que haya un intérprete delante para comunicar sus quejas.» «Maryanna Elizabeth, se te espera en el Tribunal Federal de las nueve a las once, y luego tienes que cruzar la ciudad para llegar al Tribunal del Circuito..., no te entretengas a almorzar o llegarás tarde.» «Donald Jonathan, tienes tres días previstos en el Complejo de Negocios de Chicago; llévate tu ordenador de bolsillo; ¡esperan que les hagas el cambio de moneda a los pateets!».

—Santo cielo —dijo Michaela—. ¿Cómo llegan esos niños a todos esos sitios?

—Oh, somos muy eficientes. El volador de la familia, una cosa grande y magnífica, sale a las ocho y cinco en punto..., dan esos cinco minutos para que esas pobres criaturas puedan ir al baño, ya sabe, y los conduce a San Louis, al Departamento de Estado de Análisis y Traducción, donde tienen un ejército entero de chóferes y pilotos y demás esperándoles, temerosos de llegar tarde. Llevan a todo el mundo a donde deban estar a su hora, y luego los devuelven al DEAT por la noche, y nosotros los traemos de regreso.

—Mmmmm.

—Y luego, suponiendo que no haya nada previsto para los patoots y los pateets, bien, tienen que ir a la *escuela* durante dos horas..., los voladores los sueltan en las aceras móviles de Hannibal, o los llevan allí en la furgoneta. La escuela..., puaff. Le digo que los chavales que logran librarse de ellas porque tienen muchas cosas que hacer y se las arreglan con los ordenadores edu-mas son los afortunados. ¿Querría *usted* pasar dos benditas horas cinco días a la semana con un puñado de otros chicos aburridos, recitando el Voto de Lealtad y cantando la Canción del Estado de Missouri y el Himno Cívico de Hannibal y oír las lecturas de la Biblia del Rey Jaime...? no es que tenga nada contra el Rey Jaime, pero los chicos saben leer en un par de docenas de idiomas. Seguro que no necesitan a nadie que les lea... ¿Y la celebración de esas estúpidas fiestas como el Día de las Colonias Espaciales y el Cumpleaños de Reagan? Naturalmente, tienen Halloween y el Día de Acción de Gracias y Navidad y todo eso..., pero, ¿querría usted hacer eso? Me refiero a toda esa basura. Puaff... ¡Puedo recordar cuando aún teníamos *clases* en el colegio!

—Vamos, señor Verdi... —reprenió Michaela.

—Puedo. Claro que puedo.

—Tsk.

—Bueno... puedo recordar lo que mi padre me contó.

—Mmmm.

—Y cuando yo era un chaval, todo lo que teníamos que hacer era recibir lecciones por ordenador edu-más, en casa. ¡Ahora, los chicos tienen que hacer todo eso Y ADEMÁS la maldita escuela durante dos horas! ¡ESCUELA en casa, lo llaman! ¿Ha oído alguna vez una tontería similar, ESCUELA en casa?

—Socialización, señor Verdi —dijo Michaela.

—¡Socialización! ¡Pamplinas!

—Mmmmm.

—¡Recuerdo lo que hizo por mí la socialización, jovencita! ¡Incluso cuando trataron de ponerla en mi currículum de edu-más! ¡Me hizo *detestar* el Voto de Lealtad y la Canción del Estado y el maldito Himno Cívico y todas las demás tonterías, eso es lo que hizo! Oh, lo sé, dicen que cuando los niños no tienen nada más que la edu-mas empiezan a actuar de modo extraño y sus padres consideran que no son niños normales... He oído eso. No creo ni una palabra.

—Mmmmmmm.

—Pobrecillos. ¿Ha oído alguna vez al señor Hampton Carlyle levantarse y recitarle *todos* los versos de Hiawatha, jovencita?

—¿Todos los versos?

—Bueno, tardaba una semana, ya sabe. Incluidos los gestos... Déjeme que le diga que es afortunada si nunca ha tenido que pasar por eso. ¡Y aún lo hacen con los chicos hoy en día! ¡Oh, y luego están las Manualidades! ¡Venga, hagamos una cesta de papel para la Fiesta de Primavera y llenémosla de flores de papel! Y están las Actividades Especiales... Oh, le juro, señora Landry, que aburriría a un santo. Surgido de la Edad Media, eso es lo que es.

—Mmmmmmm.

—Cuando yo era niño, también tenía mi trabajo que hacer. Practicaba en la Interface con un ARY, y tenía que saberlo. Y aprendía vasco, y uno de los dialectos reformados cherokee, y sueco, y ameslán.

—¿Ameslán?

—El Lenguaje de Signos Americano, jovencita, ¿es que no le han enseñado nada? Todo eso, más mis lecciones de edu-mas, y tenía que ayudar en la casa. Pero tenía tiempo para jugar, y tiempo para tumbarme bajo un castaño negro y soñar de vez en cuando, y de nadar en el arroyo..., esos niños de ahora. Señora Landry, no tienen ni un minuto que puedan llamar propio. Deben de tener tiempo libre. *Después* de trabajar todo el día para el gobierno, y *después* de ir a la escuela en casa, si lo consiguen, y terminar todas las lecciones edu-más, no importa de lo que sea. Y *después* de haber tenido tutorías extra con sus libros de gramática y diccionarios, y rellenado sus requerimientos de apoyo, y después de haberse duchado a toda prisa, cortarse las uñas y todo lo demás, y *después* de asistir a las reuniones de la familia que tengan planificadas para la noche..., si queda algo de tiempo, muchacha, entonces es suyo. Eso es su tiempo libre, precioso si lo consiguen. Quince minutos, si tienen suerte.

—¿Señor Verdi?

—¿Qué? ¿Qué?

—Dice que tienen que rellenar sus requerimientos de apoyo. ¿Qué es eso?

—Pamplinas.

El anciano parecía enfadado, y Michaela le palmeó la mano y le dijo que no tenía que contárselo si no quería molestarle.

—¡Oh, no, se lo diré! Apoyo..., eso es básico.

—Mmmm.

—¿Sabe cómo funciona la Interface?

—No, señor. Sólo lo que veo en las noticias.

—Ya. Un puñado de patrañas.

—Supongo que así es.

—Bien, la Interface es un entorno especial que construimos en las Casas. Hay dos partes en ella, cada una con toda la temperatura y humedad, reguladas al detalle, y materiales especiales y todo lo demás. El entorno de un lado es exactamente el adecuado para los patoots o pateets que tengamos en residencia en ese momento, y el entorno del otro adecuado para los humanos. Y entre los dos está esta barrera..., no se puede permitir que el ácido cianhídrico alcance a los chavales sólo porque los patoots lo necesiten, y viceversa con el oxígeno y todo lo demás, ya ve..., pero es una barrera especialmente construida, a través de la que se puede ver y oír como si no estuviera allí. Y ponemos al bebé en el lado humano, y al ARY vivo en el otro, y el ARY y el bebé se relacionan durante un año aproximadamente, y muy pronto el bebé terrestre habla como un nativo el idioma que habla el ARY, ya ve.

—Oh —dijo Michaela—. ¡Vaya!

—¡Pero eso es sólo la *primera vez!* —enfaticó el anciano—. Eso es sólo la primera vez que un idioma alienígena se adquiere por un ser humano como si fuera la lengua materna. Y después de eso, el niño humano es un hablante natal y no hace falta continuar con eso. Se pone a ese niño, el que ha pasado por la Interface la primera vez, con otro niño humano, y eso es el apoyo, ya ve. El segundo niño adquirirá el idioma alienígena del primero ahora que hay un hablante humano disponible. Es necesario, déjeme que se lo diga.

—Mmmmmmm.

—No me está prestando atención, ¿verdad? ¡Me preguntó qué era el apoyo y ahora no me presta atención!

Michaela se enderezó e insistió en que sí lo hacía.

—Piensa que soy aburrido, ¿verdad? ¡Todo el mundo piensa que soy aburrido! ¡Pues todo es una sarta de patrañas! ¿Qué sabrán ellos?

Michaela no pensaba que fuera aburrido en absoluto, porque, cuanto más pudiera aprender de los hábitos y modos de vida de los lingos, más eficientemente y sin riesgos podría matarlos. Consideraba cada palabra que le decía Stephan Verdi como del mayor valor potencial para ella: nunca se sabe qué fragmento de información será

precisamente el que necesites, y pudo asegurarle con completa sinceridad que escuchaba hasta la última palabra de lo que decía, y que disfrutaba con ello.

—No olvide que yo lo sabré si me miente —dijo él.

—¿Sí?

—No se le puede mentir a un lingüista, jovencita..., no lo intente.

Michaela sonrió.

—Ya lo ha intentado, ¿verdad? ¡Lo sé por esa sonrisita que tiene en la cara! ¡La belleza no cubre el lenguaje corporal, muchacha, no lo ha conseguido nunca, y nunca lo conseguirá!

—Señor Verdi..., toda esa excitación no es buena.

—¿Excitación? ¡No me excita, muchacha, hace falta mucho más que usted para excitarme! ¡He visto de todo en mis tiempos y me he llevado a la cama todo lo que se me ha apetecido! Vaya, he...

—Señor Verdi —interrumpió Michaela—, quería explicarme usted por qué no puedo mentirle a un lingüista.

—¿Sí?

—Mmmmm.

—Bien..., déjeme decirle esto: si le miente a un lingüista, joven, y se sale con la suya, si le miente a un lingüista y no le dice nada, es sólo porque él la deja mentir por sus propios motivos. Recuérdelo.

—Lo haré.

Y lo haría.

—El apoyo —le recordó entonces. Esta vez casi había perdido el hilo ella también.

—Oh, sí. Bien. Verá, después de la Interface, ese niño humano es el único ser humano vivo que puede hablar el idioma alienígena..., y se han tardado años en producirlo. Y nunca se sabe qué puede suceder. Podrían tenerse tratados importantes dispuestos, no sé, o algo más importante..., y el chaval muere en un accidente de volador. Lo parte un rayo. Lo que sea. Eso no se puede permitir. Tiene que haber otro niño que conozca el idioma, y otro detrás. Proporcionando apoyos, por si pasa algo. Y, por supuesto, los adultos no pueden aprender idiomas como lo hacen los bebés, pero intentan adquirir un lenguaje lo mejor que pueden cada año o dos, con cintas y todo eso, y tratan de hablar a los niños que aprenden en las Interfaces, ya ve. Y de esa forma, si el pequeño que aprendió primero el idioma del ARY debe regresar con el Creador antes de que el niño de apoyo sea lo suficiente mayor para trabajar solo, bien, en una emergencia se puede enviar al adulto que tiene el lenguaje más o menos medio aprendido..., ésa es la única manera en que los adultos pueden aprender idiomas, la mayoría de ellos..., junto con el niño que es demasiado joven, y entre los dos pueden formar un equipo con el paso del tiempo. ¡En una *emergencia*, claro! No conviene hacerlo como regla general, porque no sale bien. Pero en una emergencia... ¡bueno!

—Parece que los niños llevan una vida dura —dijo Michaela.

—Sí. Absolutamente horrible. Como nacer en el puñetero ejército.

—Lo siento —dijo ella, y él tiró insistentemente de sus sábanas hasta que Michaela las volvió a colocar a su satisfacción.

—Tampoco parece fácil para los adultos —añadió ella, cuando terminó.

—Oh, tonterías. Están acostumbrados. No hacen más que trabajar todo el tiempo durante veinte años, y no sabrían qué hacer si tuvieran la oportunidad de vivir otra vida. Tonterías.

\* \* \*

La mayor parte del tiempo el anciano se agitaba con una o dos frases de cada parrafada, pero en realidad se lo estaba pasando muy bien. Ella le vigilaba, y le tomaba el pulso si empezaba a ponerse rojo, mientras él se desgañitaba con toda la fuerza de sus pulmones hablando sobre las malditas mujeres entrometidas y sus malditas y entrometidas tonterías, pero decidió rápidamente que Sharon Verdi tenía bastante razón. El cuerpo del anciano estaba exhausto, hasta tal grado que no podía durar mucho ni hacer gran cosa por sí mismo; pero por dentro de aquel frágil amasijo de músculos, huesos y piel arrugada estaba, como había dicho, tan en forma como un caballo de carreras. Michaela no tenía que preocuparse por Stephan Verdi.

Sólo una vez le vio excitarse tanto que tuvo que interferir e insistir en aplicarle un sedante. Fue el día en que empezó a hablar de las Revueltas Anti-Lingüistas de 2130, donde la gente apedreó a los niños y prendió fuego a las casas de los lingüistas... Fue entonces cuando las familias dejaron de vivir en hogares individuales como los de todo el mundo y se mudaron a las Casas comunales, donde encontraban seguridad en su número. Y habían atrincherado cada una de ellas, no sólo por razones económicas sino de defensa. Para que pudieran convertirse rápidamente en fortalezas en caso de necesidad.

Al hablar de eso, al gritar que los lingüistas sacrificaban todas sus vidas para que el resto del universo pudiera vivir gordo y perezoso, y al gritar sobre tanta ingratitud que haría vomitar al diablo, el anciano empezó a llorar, y Michaela supo cuánto le avergonzaba eso. Un hombre llorando. Había sido Jefe de esta Casa y lloraba. Le consoló amablemente, proporcionándole un vaso de vino y un sedante, y se quedó sentada junto a él hasta que se quedó dormido. Y desde entonces, a los primeros indicios que mostraran que estaba a punto de hablar de las revueltas, ella desviaba diestramente su atención hacia otro tema.

—Eres una buena chica —le decía él de vez en cuando.

—Me alegra que esté contento conmigo, señor.

—¡Eres la mejor oyente que jamás he tenido!

—Mi marido siempre solía decir eso —repuso ella modestamente.

—Bien, pues tenía razón, maldita sea. ¡A los hombres les sienta bien que alguien como tú les pueda prestar atención mientras hablan!

—Mmmmmm.

En muchos aspectos, Michaela lamentaba tener que matarle. Era un anciano agradable. Para ser un lingüista.

## 7

Pongamos por caso a James X, un típico niño de catorce meses de las Líneas. Aquí está su plan de trabajo diario para que lo examinen..., recuerden que se trata de un *niño*. Un bebé...

- 05:00-06:00 AM** Se despierta. Siguen ejercicios gimnásticos o natación, y luego el desayuno.
- 06:00-09:00 AM** Sesión de Interface, con uno o dos Alienígenas Residentes.
- 09:00-10:00 AM** Juego en el exterior con otros niños. Durante esta hora de juegos, los adultos que los supervisan utilizan solamente el Lenguaje Americano de Signos para comunicarse.
- 11:30-12:00 AM** Almuerzo
- 12:00-02:30 PM** Siesta
- 02:30-03:00 PM** Gimnasia o natación.
- 03:00-05:00 PM** Tiempo de «juego», pasado con un niño mayor que habla a James en otro **idioma alienígena**.
- 05:00-06:00 PM** Cena, seguida de baño.
- 06:00-07:00 PM** Tiempo de «familia»; pasado con los padres si están disponibles o con un pariente mayor.
- 07:00 PM** Se acuesta

Adviertan que este extraordinario plan de trabajo garantiza que el niño tendrá una intensa exposición diaria a dos idiomas alienígenas, a la lengua materna primaria de la Casa (que será inglés, francés o swahili), y al lenguaje de signos. Pero esto en sí no significa nada. Se toman grandes cuidados para que los adultos que dirigen las sesiones de ejercicios hablen otro lenguaje terrestre diferente a los niños; en el caso particular de James, la sesión de esa mañana es en japonés y la de la tarde en hopi. Es decir, James X debe tratar diariamente con una información en al menos seis idiomas distintos..., y la respuesta a su inevitable pregunta es no: Esto no crea en James X ninguna dificultad. Inicialmente, puede haber un breve período de confusión y retrasos mínimos en el desarrollo del lenguaje; sin embargo, a los cinco o seis años de edad tendremos fluidez similar a la de un hablante nativo en todas esas diferentes lenguas.

Los fines de semana diferirán muy poco de este plan de trabajo; puede que exista alguna salida de la familia, o una visita al pediatra, y los domingos se pasará un período de tiempo considerablemente largo en la Capilla Familiar. Estos bebés están realmente ocupados.

(de una conferencia al personal nuevo, Departamento de Análisis y Traducción)

Andrew St. Syrus tenía las lánguidas y atractivas características de su familia. La piel tan clara que diez minutos al sol implicaban quemaduras, y el pelo del color del buen trigo inglés. Y una boca hermosa. Como todos los hombres St. Syrus, se dejaba crecer un poblado bigote para que sirviera como un contrapeso de masculinidad. Y

había aprendido, con mucho esmero, en sesiones diarias supervisadas por otros hombres St. Syrus, el repertorio de lenguaje corporal masculino del que ningún hombre St. Syrus podía prescindir. Por ejemplo, si Thomas Chornyak se arrellanaba ahora un poco en su silla, sólo se veía a un hombre fornido arrellanado en una silla; si Andrew adoptaba la misma postura, parecería estar colocado artísticamente sobre la silla por la elegancia del efecto, y esto sería fatal. Andrew se sentaba erguido, y mantenía los hombros rectos, y se aseguraba de que cada maldita unidad de su lenguaje corporal tuviera un claro mensaje como el soniquete de un dulcímele..., SOY MUY MASCULINO. Era una molestia, y su Casa estaba buscando al menos a dos maridos de fuera de las Líneas que pudieran ofrecer una substancial contribución de genes que encuadraran mejor en la definición de fornidos.

Llegó a la Casa Chornyak antes del desayuno, rehusó tomar nada aparte de una taza de fuerte café solo, y se dirigió directamente al despacho de Thomas para hablarle del secuestro.

—Dios mío, Andrew —dijo Thomas de inmediato, agarrándose a la mesa con las dos manos—. Jesús..., eso es horrible.

—No es agradable.

—¿Estás seguro de que se trata de secuestro? ¿No sólo una confusión..., uno de esos casos que uno lee de vez en cuando, en los que alguna mujer se lleva a casa un bebé equivocado?

—Si así fuera, tendrían un bebé de sobra en el hospital.

Thomas hizo una mueca y pidió disculpas.

—Ha sido una pregunta estúpida —dijo—. Me temo que la sorpresa me ha atontado. Perdóname.

—Es comprensible.

—Realmente no, Andrew..., pero continúa.

—Creen que debe de haber sucedido entre la medianoche y la toma de las cuatro de la madrugada..., fue entonces cuando se dieron cuenta de que faltaba el bebé. Alguien engañó a la enfermera de guardia con una nota falsa diciendo que quería al niño para llevarlo a Evaluación de Potenciales, y ella se lo entregó como si fuera un saco de patatas.

—¿Cómo pudo suceder eso? ¡Un bebé *no* es un saco de patatas!

—Bien —suspiró Andrew—, la enfermera de guardia no tenía motivos para sospechar nada. Siempre aparece alguien para hacer pruebas neurológicas a los bebés de las Líneas..., ya lo sabes. El hombre iba vestido como un médico, actuaba como un médico, la nota estaba garabateada con la típica mala letra de los médicos, no tenía medio de saberlo. Demonios..., nadie discute con un médico. Thomas, no puedes echarle la culpa a la mujer.

—Tendría que haber hecho comprobaciones.

—Thomas, es una enfermera. Una mujer. ¿Qué se puede esperar?

—Espero eficiencia. Esperamos eficiencia de las mujeres de la Línea, Andrew.



St. Syrus se encogió de hombros, con cuidado.

—Bien —dijo—, ya está hecho. No tiene sentido culpar a la enfermera en estos momentos..., eso no cambia nada. Está hecho.

—Lo siento, Andrew.

—Lo sé, y lo agradezco.

Andrew se levantó y se puso a caminar de un lado para otro mientras hablaba, con las manos a la espalda.

—Creímos que lo peor que podíamos hacer era darle publicidad... Considerando lo que siente la gente hacia nosotros, probablemente le darían cama y cobijo al secuestrador en vez de entregarlo. Así que ejercimos un poco de presión en los lugares adecuados, y nos han prometido que no se permitirá conocer ni una palabra a esos buitres de los medios de comunicación, ni siquiera un anuncio.

—Ya veo.

Andrew le miró, entrecerró los ojos y dijo:

—¿Sabes, Thomas?, es extraño. Deben de estar cortos de personal, o confundidos, perdiendo una oportunidad de arremeter contra nosotros y apartar a la opinión pública de sus propios problemas. A esos bastardos este asunto les viene de perlas..., no me imagino por qué no lo hacen público.

—Andrew, ¿cuándo han tenido sentido las acciones de nuestro ilustre gobierno?

—Últimamente no.

—Supongo que les preocupa que la gente se ponga nerviosa sobre las medidas de seguridad de los hospitales..., que se repitan ese tipo de crímenes, cosas así.

—Supongo. Sea lo que sea, gracias a Dios.

—Tienes razón, amigo mío. Y apretaré unas cuantas tuercas desde aquí, sólo para asegurarme que nadie pierda la motivación a lo largo de la cadena de mando.

—Estaba esperando que te ofrecieras a hacerlo, Thomas.

—¡Naturalmente, hombre! Desde luego. Al menos, puedes quitarte eso de la cabeza. ¿Qué más puedo hacer?

—No creo que se pueda hacer nada más.

—Eso no es probable. Casi siempre hay algo que se puede hacer..., simplemente no has tenido tiempo de considerar el asunto. ¿Qué te parece si presiono a la policía además de a la prensa?

—Creo que la policía está haciendo todo lo que puede —dijo el otro hombre, sentándose nuevamente—. No tienen razones para no hacerlo. Para ellos es cuestión de trabajo, no importa de quién sea el bebé. Y quizá salga bien. Quiero decir que tal vez puedan encontrar a la escoria que lo hizo antes de que tenga oportunidad de hacerle daño al niño.

—No es tuyo, ¿verdad? —preguntó Thomas, apartando amablemente la mirada de él.

—No, gracias a Dios, no. Pero es de mi hermano, y era el primero. Ya puedes imaginar cómo se siente.

—Sí.

—Y en cuanto a la mujer... —St. Syrus abrió los brazos en un gesto de completa desesperanza y miró elocuentemente al techo.

—La madre se lo ha tomado mal, supongo.

—Oh, Dios mío... Seguro que nunca has visto nada parecido. ¡Los *pulmones* de esa mujer! Francamente, me sorprende que no hayas podido oírlo desde aquí. Cuando me marché, le estaban dando un sedante para que el resto de la familia no tuviera que soportar sus gritos. Y lamento decir que las otras mujeres no son mucho mejores. Especialmente desde que son conscientes de la política de las Líneas sobre los rescates.

—Tiene que ser así —dijo Thomas amablemente—. Si hubiera la más mínima oportunidad de que los lingüistas pagaran rescate, ninguno de nuestros niños, o de nuestras mujeres, estaría a salvo. No tenemos otra elección.

—Lo sé. Las mujeres lo saben también. Pero eso no impide que hablen interminablemente del tema.

—En mi experiencia, Andrew, tienes que darles algo para mantenerlas ocupadas. No trabajo simulado, cuidado, sino algo que las ocupe de verdad.

—¿Qué, por ejemplo? Hay diecinueve mujeres adultas bajo mi techo, y casi el mismo número de adolescentes..., y una miscelánea de niñas. Haría falta algo como la excavación de un sistema de alcantarillado para emplear todo el tiempo libre de un gallinero de ese tamaño.

—¿Qué hay de su alocado Proyecto Codificador? ¿Qué hay de sus deberes para con la iglesia? ¿Qué hay de sus obligaciones ordinarias, por el amor de Dios? ¿Cómo pueden tener tiempo libre?

—Thomas —dijo Andrew cansinamente—. Me avergüenza admitirlo, pero simplemente no tengo el tipo de control que tienes tú.

—No llevas mucho tiempo siendo Jefe..., ya lo conseguirás.

—Quizá. Pero, de momento, mis mujeres proclaman que no pueden concentrarse en su hobby, y están tan furiosas con el Todopoderoso que ni siquiera hablan con Él. Y así estamos. Absurdo, completamente absurdo.

—Dobla sus planes de trabajo, Andrew. Dales a traducir algo para lo que no haya habido tiempo. Diablos, hazles limpiar la casa. Cómprales fruta para que hagan confitura, si vuestros huertos y despensas están vacíos. Tiene que haber algo que puedas hacer con ellas, o te volverán literalmente loco. Las mujeres sin control son una maldición..., y, si no lo detienes, lo lamentarás amargamente después.

—Lo lamento amargamente *ahora*. Pero no es momento para que me ponga a instituir reformas, Thomas. No en mitad de este lío.

—Es un asunto complicado —admitió Thomas.

—Sí. Terrible —Andrew se hundió en la silla, se contuvo y volvió a enderezarse. Encendió un cigarrillo.

—Supongo que no tendrás ninguna advertencia. Ninguna amenaza. Nada escrito en las paredes. Cartas obscenas.

—No. Nada de eso.

Permanecieron sentados en silencio, y Thomas se concentró para parecer adecuadamente preocupado. No era que nadie de las Líneas, o de ninguna otra parte, fuera a sospechar que él tuviera connivencia con el gobierno. La idea era tan impensable que podía estar seguro de que no se le ocurriría a nadie. Pero las creencias populares de que era imposible mentir a un lingüista tenían una base sólida. Aunque también fueras un lingüista. No podía permitirse ser descuidado; St. Syrus era inexperto, pero era capaz, inteligente, y no era tonto.

—Ten en cuenta esto, Andrew —dijo por fin—. No voy a dejarlo pasar.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no vamos a quedarnos sentados como pasmarotes y dejar que pase sin tomar acciones propias. Voy a poner a investigadores privados a trabajar en el caso, St. Syrus. Hoy.

—¡Seguro que no es necesario!

—Creo que sí.

—Pero, Thomas...

—Andrew, es cuestión de principios. Y de honor. El honor de las Líneas. Quiero que se descubra quién está detrás de esto, y quiero que se descubra el poco entusiasmo de las fuerzas de la ley, y que se sepa que nosotros los de las Líneas no aceptamos que se juegue con nuestras mujeres y nuestros hijos. Es necesario dejar eso claro, sin ambigüedades, y sin ningún retraso que pueda confundir sus pequeñas mentes.

—Costará mucho, Thomas —dijo Andrew lentamente—. No es que me importen los gastos, pero...

Thomas le interrumpió.

—Hay fondos especiales —dijo—. Fondos especiales preparados para circunstancias inusitadas, en las que no hay que considerar el coste. Ésta es una de esas circunstancias. Piensa, Andrew..., maldición, hombre, ¿quieres que en la calle se corra la voz de que todo aquel que le apetezca puede robar a un bebé lingüista de la maternidad, y que nos quedaremos cruzados de brazos quejándonos en muchas lenguas? Puede que podamos silenciar a los medios de comunicación, pero seguro que no podemos silenciar a los criminales.

—Tal vez tengas razón, Thomas. Demonios..., claro que tienes razón. Es el tipo de acción que un criminal podría hacer por demostrar algo a sus amigos, ¿no? Jesús.

—Andrew —dijo Thomas firmemente—, vete a casa y atiende tus asuntos. Haz que todas las mujeres salgan a trabajar, si puedes. Para las que no estén de servicio ni siquiera como apoyos informales, encuentra algo exhaustivo que las mantenga ocupadas. Pondré las cosas en marcha ahora mismo... Primero me dedicaré a la

prensa; segundo contrataré a los detectives. Déjalo todo en mis manos y vuelve a casa.

Andrew St. Syrus se levantó, entumecido. Estaba cansado; había pasado despierto toda la noche, y tenía todo un día completo por delante.

—Thomas, te estoy agradecido —dijo—. No puedo decirte lo mucho que significa para todos nosotros tener este tipo de apoyo.

—No hay de qué, Andrew. El secuestro es un crimen deleznable. Hacer daño a bebés indefensos es una barbaridad. Toleraré que se hable, Andrew, pero no que se cause ningún daño a las familias de las Líneas. No lo permitiré. No lo permitiremos.

—Tienes toda la razón. Desde luego. Todo ese caos e histerismo que he estado escuchando me ha reblandecido.

—Vete a casa, Andrew. Deja de darme las gracias y de estar de acuerdo conmigo y vete a casa..., para que pueda ponerme en marcha.

—Desde luego. Desde luego. —St. Syrus recogió sus cigarrillos y las llaves de su volador y se levantó. Un músculo de la espalda que había forzado le lastimó, y tuvo cuidado de no quejarse. Se detuvo en la puerta de la oficina, manteniéndola abierta, y dibujó una rápida línea en el aire. Adiós en PanSig. El toque ligero necesario.

—Adiós, Andrew —dijo Thomas, y respondió amablemente al PanSig.

Andrew estaba interesado en el PanSig; era casi un hobby para él. Incluso había conseguido añadir tres unidades lingüísticas muy útiles a su léxico dolorosamente limitado, todas ellas producibles con modos corporales, de color y de olor, y hacer que fueran aprobadas por la División PanSig del D.A.T. Aquello había costado mucho más que inventar las unidades. Se sintió tentado, brevemente, a hacer la unidad-V, que era el Modo Corporal PanSig para «Gracias»; luego lo pensó mejor y salió al pasillo, dejando que la puerta se cerrara tras él. Thomas no lo habría encontrado interesante ni divertido.

Caballeros, conocemos el conjunto de creencias que tienen sobre los lingüistas..., cada nuevo grupo de personas que llega al D.A.T. para recibir formación viene con ellas.

Empezaremos diciéndoles llanamente que la mayoría de esas creencias están *equivocadas*. Por ejemplo: Existe la firme convicción pública de que los lingüistas viven en el lujo, rodeados de los adornos de su enorme fortuna. Nada podría ser menos adecuado, señores; el estilo de vida de los lingüistas tiene una frugalidad y una austeridad que ninguno de ustedes estaría dispuesto a soportar voluntariamente. Sólo en los monasterios católicos encontrarían algo remotamente comparable como nivel de vida..., y, si no fuera por la tecnología avanzada requerida por sus deberes como lingüistas, que necesita caros equipos electrónicos, una comparación adecuada serían las comunidades de los amish americanos y los mennonitas. Estoy seguro de que esto les sorprende (por razones excelentes que no puedo discutir en este momento), pero les doy mi palabra de que es verdad. Y me apresuro a añadir que ese modo de vida no es impuesto por ninguna autoridad gubernativa.

Las mujeres de las Líneas son vistas por el público como casi obscenamente extravagantes. Caballeros, déjenme iluminarles en este punto, con sólo un hecho típico sobre esas supuestas extravagancias. A una mujer adulta de las Líneas se le permite poseer sólo las siguientes prendas de ropa: dos túnicas lisas; un vestido simple para las funciones oficiales; un vestido a la medida para utilizarlo en la iglesia o en el trabajo durante las negociaciones gubernamentales; una capa para el invierno; una capa para la lluvia; dos batas; dos pares de zapatos, que son en realidad sandalias; y un juego mínimo de ropa interior. Donde he especificado dos prendas de algo, significa: «una para clima cálido, otra para clima frío». Y en cuanto a los adornos, caballeros..., a una mujer lingüista se le permite un anillo de boda, un medallón religioso o una cruz si así lo quiere, y su ordenador de muñeca. No se permite *nada* más, ni cosméticos de ninguna clase. Piensen por un momento, caballeros, cómo reaccionarían sus propias hijas y esposas ante semejantes restricciones. Yo, por mi parte, tendría miedo de volver a casa...

(de una conferencia al personal nuevo, D.A.T.)

No —dijo Thomas—. No me compadeceré de usted. Absolutamente no.

—El lingüista compasivo —dijo Smith—. Siempre dispuesto a ayudar.

—No —repuso Thomas llanamente—, nunca hemos dicho que seamos compasivos. Ha habido buenas razones para ello, que no tengo intención de discutir con usted..., y si elige tomarlo como algo significativo no lo discutiré tampoco, es su privilegio. Mi declaración personal es que no tengo tiempo para perderlo de esa forma, y que lamento que me tenga ocupado con esta tontería.

—Lamentamos que encuentre inútiles nuestros esfuerzos, señor Chornyak —dijo el hombre amargamente—. No somos científicos altivos que viven en la sublime persecución del conocimiento puro..., somos hombres comunes haciendo trabajos comunes. Uno de esos trabajos, sobre los que *mi* declaración personal es que creo que es a la vez patético y estúpido, es servir como enlace entre usted y el gobierno en situaciones que tanto usted como el gobierno no quieren que sean conocidas por el público. Y que supongo que le llenarían de inquietud si fueran conocidas por el resto

de los lingüistas... Pero se me ha ordenado que haga esto; y lo hago lo mejor que puedo.

Thomas sintió el regusto del fracaso al escuchar a este hombre que estaba, como decía, intentando solamente hacer un trabajo imposible porque era lo que se esperaba de él y lo que había accedido a hacer. Fue bruscamente consciente de que si su propio padre supiera lo que tenía lugar aquí hoy, condenaría a Thomas en términos que no serían agradables ni darían cuartel. Situaciones como ésta sólo hacían que la brecha entre el público y los lingüistas se ensanchara y se volviera más venenosa, y sólo servían para beneficiar a los que ganaban con esa brecha..., y tenía que encontrar tiempo, de algún modo, para arreglar algunos puentes y cubrir la brecha. Si pudiera ser seis personas y estar en igual número de sitios al mismo tiempo... Si el gobierno quisiera escuchar las advertencias de los lingüistas de que había un límite para el número de idiomas alienígenas que les era posible adquirir y usar para beneficio de ese mismo gobierno..., lo cual significaría aparcarse el deslumbrante promedio de expansión en el espacio y su colonización, aparcarse el ansia pública hacia más espacio, más oportunidades, más nuevas fronteras...

—Smith —dijo, tratando de no pensar en ello—. No siento más que admiración por su devoción a su deber. No se trata de sarcasmo ni de vacua amabilidad, es simplemente lo que siento. No tiene que explicarme su situación, comprendo que es molesta y desagradable. Pero yo sólo puedo repetir lo que ya le dije. Lo hice, ¿verdad, Smith? Le advertí, en esta misma sala, hace menos de un mes, y usted *no quiso escucharme*. ¿No es cierto?

—Nos advirtió, sí.

—¿Y de qué le advertí, Smith?

—De que si tratábamos de poner a ese bebé en la Interface moriría horriblemente, como los demás. Nos advirtió, y tenía razón; y ahora tiene derecho a sentir toda la perversa satisfacción que eso le produzca, Chornyak.

Thomas se arrellanó en la silla, con los labios ligeramente entreabiertos, los ojos clavados en el hombre del gobierno hasta que el sonrojo pasó del cuello de Smith hasta su frente. Esta vez no habían enviado al pobre Jones a la arena, tanto mejor.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —le escupió Smith—. ¡No he debido decir esa mierda! Y la retiro. Lo siento.

Thomas dejó que aquello colgara en el aire. Dejó que su rostro, su cuerpo y sus manos hicieran el trabajo por él, y no dijo ni una palabra. Smith no le decepcionó.

—No es lo mismo —dijo el hombre entre dientes, con las manos jugando ausentes con un trozo de papel que tenía ante él en la mesa, los hombros hundidos—. No es lo mismo..., no es como si alguien secuestrara a uno de *nuestros* niños y lo destruyera de esa forma. Es muy, muy distinto. Ustedes los lingos no sienten nada por sus hijos, los producen como si fueran voladores saliendo de líneas de montaje. Para ustedes sólo son productos. Mierda, les he *oído*, no sé cuántas veces les he oído hablar sobre el tema... Ustedes no dicen: «Hey, mi chico ha ganado un premio en la

escuela en casa hoy, estamos orgullosos de él», no... ¡Les he oído! «Ese niño significa dos idiomas alienígenas más que añadir al inventario de la Casa Tal-y-Cual». «La niña tiene cierto valor, aumenta nuestras posesiones con tres lenguajes terrestres poco conocidos además del idioma alienígena por el que tiene su responsabilidad primaria.» Jesús, hablan de sus hijos como si fueran bonos y pagarés, o la jodida cosecha de grano... ¡no se preocupan por ellos! Si lo hicieran, me sentiría diferente respecto a este asunto, sentiría *pena* por su gente, por el bebé, naturalmente... ¡pero mierda, Chornyak, no significan nada para sus propias familias! ¿Por qué deberían de significar algo para nosotros?

Thomas lo estudió cuidadosamente, complacido al notar que su anterior sensación de culpa había desaparecido por completo, y decidió que podía perder unos cuantos minutos. En beneficio de sus ánimos decaídos y el alma de este mastuerzo. Había sido un día muy largo. Decidió que tenía derecho.

—Dígame, Smith —preguntó—, ¿cómo está de historia?

—¿De qué?

—¿Cómo son sus conocimientos de historia? ¿Los cursos de edu-más habituales? ¿Algunos estudios extraordinarios para prepararle para el servicio al gobierno?

—Sí. ¿Y eso?

—¿Recuerda, Smith, las sumas de dinero invertidas para curar la epidemia de abusos infantiles que barrió esta nación a finales del siglo XX y a principios del XXI? ¿Recuerda cuando ni siquiera era seguro meter en la cárcel ni al más duro criminal si su crimen era el abuso infantil, porque los otros reclusos le matarían como si fuera un perro rabioso, y con menos consideraciones?

—He leído al respecto. Todo el mundo lo sabe.

—Sí. Así es. Hemos acabado con los abusos infantiles, ¿no, Smith?... Al menos, hemos acabado con sus excesos y sus formas físicas obvias. Ahora valoramos a nuestros hijos, los atesoramos, porque son el futuro de la raza humana. Ya no dejamos la formación de sus mentes y sus caracteres a la atención aleatoria de pseudomaestros ignorantes en una parodia de educación. Ya no dejamos sus dietas, sus ejercicios y sus cuidados médicos a los factores casuales que pueden aparecer en su camino..., nuestros niños son tratados con lo mejor que nuestra nación puede ofrecer, para sus cuerpos, sus mentes y sus espíritus. Y no hay ninguna diferencia respecto a su procedencia o a quienes son sus padres. Los cuidamos a todos. Es consciente de eso, Smith.

—Y, además, estoy terriblemente orgulloso. ¿Y qué?

—Bien... Smith, ¿se considera un hombre amante de los niños? En contraste con los lingüistas, por ejemplo, que ven a sus vástagos sólo como recursos económicos.

—¡Tiene razón! ¡Son seres humanos, no jodidas inversiones!

—¿Le gustan los niños, Smith?

—¡Sí, me gustan! ¿Qué tiene que ver eso con nada?

—Bien. Entonces, Smith —preguntó Thomas amablemente—, ¿quiere explicarme algo? ¿Quiere explicarme por qué el gobierno no ha hecho nada para quitarles a los lingüistas sus hijos? Si, como dice, los tratamos con frialdad y egoísmo, y los explotamos...

—¡Lo *hacen*, maldita sea! ¡Violan las leyes sobre el trabajo infantil antes de que los pobres niños hayan salido siquiera de la cuna!

—Ah..., una frase poderosa... ¿Y por qué se permite que eso continúe, Smith? Si cogiera usted a sus propios hijos y los pusiera a trabajar en un campo de trigo desde al amanecer hasta el ocaso, como ponemos a trabajar a nuestros hijos los lingüistas en asuntos del gobierno, las autoridades tomarían medidas y le retirarían la custodia de esos hijos por su propio bien, ¿no?

Smith vio de pronto, demasiado tarde, lo que se le venía encima, y se agitó, y tragó bilis, y se mordió los labios.

—Pero nadie hace nada por proteger a nuestros hijos de esos abusos, Smith... ¿por qué será?

—Mire...

—Y cuando nos *quitan* un niño, Smith, uno de nuestros niños abusados destinado a una vida de duros trabajos... ¿por qué no cogieron a esa pobre criatura hacia la que este gobierno siente tanta preocupación y consideración..., y compasión, Smith, tanta compasión..., y lo pusieron directamente en una buena casa con padres que lo amaran como debería ser amado, que lo trataran como merecía ser tratado? Es usted un hombre compasivo que *ama* a los niños. ¿Por qué ese niño fue llevado a una Interface, que es precisamente lo que le habría pasado si lo hubieran dejado a nuestro cuidado, excepto que no habría muerto, y puesto a trabajar a las tres semanas y media de edad?

—Oh, Dios... —las palabras brotaron ahogadas de la garganta de Smith, y pasaron entre sus labios como objetos sólidos en vez de como una cadena de sonidos.

Thomas se arrellanó y le miró, todo diversión y asombro.

—Bien —dijo—, creo que usted empezó esta conversación acusándome a mí y a todos mis parientes de falta de compasión, Smith. Tal como usted define la compasión, usted y su gobierno. Y eso es muy interesante. Porque yo nunca, en toda mi vida, le he quitado a un recién nacido indefenso a su madre y se lo he dado a extraños. Nunca, en toda mi vida, he cogido a un niño indefenso y lo he puesto deliberadamente en un entorno en el que sabía que sufriría abominaciones y no podría sobrevivir. Nunca he hecho eso, y ningún lingüista lo ha hecho... Nosotros, los lingüistas, con toda nuestra total falta de compasión y decencia, Smith, no haríamos nunca eso. *Su* gente, por otro lado, su gente...

Se inclinó sobre la mesa, y reforzó sus palabras dando un puñetazo con cada palabra acentuada.

—¡... lo ha hecho *una* y *otra* vez! ¡Y lo harían de nuevo mañana si tuvieran la oportunidad! ¡Y se *atreve* a hablarme de compasión!



Smith tenía la boca abierta. Luchaba por no retorcerse abiertamente por fuera como lo hacía por dentro, luchaba por no rebullirse abiertamente ante este monstruo por el que le pagaban para que se enfrentase.

No quería pensarlo. No lo pensaría. No. Nunca había considerado aquella cuestión, por qué el gobierno de los Estados Unidos, que habría intervenido instantáneamente si se tratase de cualquier otro niño que hubiera sido maltratado como se decía que se maltrataba a los hijos de los lingüistas, no sólo no interfería sino que pagaba enormes sumas para cooperar en ese abuso. No estaba dispuesto a dejar que los tentáculos de aquella idea entraran en su mente.

—¿Tiene algún problema, Smith? —preguntó Thomas, sonriendo como lo hacen los tiburones.

—Váyase a casa, Chornyak —dijo Smith roncamente—. Váyase a casa.

—¿Cómo? ¿Y dejar esta pregunta sin responder?

—¡Sí, déjala sin responder! ¡No quiero oír nada más al respecto, Chornyak!

—Oh, no puedo permitirlo, Smith.

—Señor Chornyak...

—Tengo cierta responsabilidad aquí —continuó Thomas—. No puedo presentar un tema importante como éste y dejarle lleno de confusión. No es amable. No es decente. No es compasivo. No es ni siquiera científico... no cuando conozco la respuesta, Smith. Y la conozco.

—Por el amor de Dios, Chornyak. Por favor.

—La respuesta —continuó Thomas inexorablemente—, es de lo más simple. Si *mis* hijos, o los hijos de las otras Líneas, no pasaran toda su vida haciendo un trabajo duro e interminable, *sus* hijos, Smith, y el resto de los niños de los Estados Unidos y sus hermosas colonias, no podrían disponer de una perfecta alimentación, unas perfectas viviendas, una perfecta educación y unos perfectos cuidados médicos, y el placer de llevar una buena vida. No habría dinero suficiente para proporcionar a todos *sus* niños una buena vida, Smith, si alguna vez nosotros, los despreocupados lingüistas, decidiéramos que nuestros hijos deberían conocer también esa buena vida. *Aman* ustedes a sus hijos, ya ve, sobre las cansadas espaldas de los nuestros.

—Eso no es cierto. No es cierto.

—¿No? Entonces escucharé su explicación, Smith.

—Sabe que no puedo explicarle nada, bastardo. Le daría la vuelta a mis palabras como ha hecho ahora, me pondría trampas de las que no podría salir, pondría palabras en mis labios...

—E ideas en su pobre cabeza —interrumpió Thomas, dejando que todo su disgusto apareciera por todos sus canales de comunicación—. ¡Si lo que digo no es cierto, Smith, enséñeme! Enséñeme la verdad, y me encargaré de que sea transmitida a todos los demás lingüistas. Cuando era pequeño, estaba usted en los círculos de niños que bailaban cogidos de la mano alrededor de nuestros pequeños gritando: «¡Lingo apestoso, lingo apestoso!». Estaba, ¿verdad, Smith? Pero esos lingos

apestosos ponían la comida en su boca y las ropas cómodas en su cuerpo y le proporcionaban tiempo para jugar, aprender y conocer el amor. ¿Le gustaría venir conmigo, Smith, y darles las gracias? O puede agradecermelo a mí, si lo cree más conveniente... Yo solía ser uno de los niños en el centro del círculo, valdré como ejemplo.

—Eso no es cierto.

Smith se aferraba a eso porque sentía, tenuemente, que era muy importante hacerlo. Ya no recordaba por qué. No recordaba haber oído nada en las Conferencias Formativas que tuviera ningún parecido con como se sentía ahora. No recordaba cómo había llegado a estar tan confuso o cuándo había empezado a sentirse tan extraño y tan enfermo, pero sabía que había un encantamiento mágico en las cuatro palabras que podía utilizar para guardarse de todo mal si podía seguir diciéndolas y no dejaba que nada más le alcanzara.

—Eso no es cierto, eso no es cierto, eso no es cierto —dijo—. Eso no es cierto.

Thomas no tenía intención de decirle si era cierto o no. Tenía otras cosas más útiles que hacer que continuar con este ejercicio infantil, y era hora de dedicarse a ellas.

—¡Smith! —Hizo restallar la palabra como un látigo, directamente a la atención del otro hombre.

—¿Qué?

—Quiero que escuche lo que voy a decirle, Smith, y quiero que vaya y se lo repita a sus jefes. ¿Cree que podrá hacerlo, o envío a alguien que lo haga por usted?

—Puedo hacerlo. —Palabras de madera. Labios de madera.

—Esto NO TIENE QUE VOLVER A SUCEDER —dijo Thomas—. Este truco del secuestro. Estos asesinatos de niños por parte del gobierno. Por el bien de muchos factores que ni siquiera puede imaginar, he inventado una historia que archivaré este asunto por esta vez, algo que podamos decirle a la policía, algo que pueda contarle a la Casa St. Syrus. ¡Por *esta vez!* Pero no puedo hacerlo dos veces, Smith. No puedo obrar milagros. No lo intentaré. No tiene que repetirse, ¿me oye? Han tenido su oportunidad, han probado su ignorante hipótesis sobre diferencias genéticas y los imperativos para poner a un bebé de las Líneas en sus malditas Interfaces gubernamentales... ¡y no *funcionó*, Smith! No funcionó. Como le dije que sucedería. Y nunca funcionará. Les advierto..., dígaselo a sus jefes, les advierto: no vuelvan a intentarlo.

Dejó al hombre asintiendo y murmurando en su silla; no hizo ningún esfuerzo por ocultar el desdén que sentía por los hombres que resultaban tan fáciles de romper, y dejó sobre la mesa la tarjeta blanca con la historia inventada que Smith tenía que llevar a quien tuviera el privilegio de tratar con él hoy, y salió por la puerta de la habitación DAT40. Ésta se cerró tras él con un suave sonido de succión, pero estaba seguro de que Smith podría oírla cerrarse como un golpe sobre su cabeza.

Y por supuesto, a Smith sólo le llevaría veinte minutos olvidar todo lo que había oído decir a Thomas, para que nunca volviera a molestarle. Thomas conocía todo el proceso, igual que su padre, y su padre antes que él. El discurso que había formulado era una pieza preparada, un cliché extendido; lo empleaba dos o tres al año. Y nadie, al menos que Thomas supiera, había necesitado nunca más de media hora para apartarlo de su consciencia para siempre. En las Líneas se maravillaban algunas veces de la eficiencia de los filtros mentales que impedían incluso que los amos se dieran cuenta de que eran esclavistas..., les permitían ser esclavistas por el bien de los esclavos, pero esclavistas de todas formas.

Habría sido posible comprenderlo, pensó mientras se dirigía a la azotea, si se tratara sólo de sus mujeres. En la pobreza de sus percepciones, impedidas por la naturaleza misma para tener nada más que una imagen distorsionada de la realidad, las mujeres podían crearse muy bien para sí mismas una imagen que no incluyera nada más que las partes de la realidad que disfrutaban viendo. Era de esperar y, por irritante que fuera, no era algo que pudiera esgrimirse contra ellas. Pero no era sólo que sus mujeres vivieran en la fantasía..., también lo hacían sus hombres. Y eso, para Thomas, era incomprensible. Se les podía despreciar por ello, o se podía intentar perdonarles..., pero no había forma de comprenderlo. ¿Cómo podían arreglárselas para mirar directamente la verdad y, al igual que las mujeres, ni siquiera verla? U olerla... Dios sabía que apestaba.

A veces, Thomas encontraba dificultad en mantenerse fuera de las filas de aquellos dentro de las Líneas que optaban por el desprecio y no se preocupaban por el resto. Ésa no era la manera de resolver el problema: Era propio de mujeres rendirse a la salida más fácil, pero también era muy tentador.

Tenía una cosa más que hacer antes de que pudiera irse a casa. Estaba cansado e impaciente, pero no veía ningún motivo por el que Andrew St. Syrus tuviera que hacer de nuevo el viaje hasta la Casa Chornyak para oír su cuento de hadas. Lo que Thomas tenía que decirle podía ser comunicado igual por comset que en persona..., pero hacerlo así sería parecer completamente falto de modales o de sentimientos familiares, y eso no estaba bien. Resignado a lo ineludible, tecleó en el ordenador del volador y le dio a la pantalla toda la atención que pudo apartar del tráfico de la noche.

Aparecieron las coordenadas, las pulsó, y el volador giró hacia el oeste. Y cuando Andrew salió de la azotea del edificio donde había estado atendiendo una sesión después de la cena con el Departamento de Sanidad, encontró a Thomas esperándole.

—Chornyak —dijo—. ¿Hay noticias?

—Sí. Y no son buenas, Andrew. No pretenderé que lo son.

—Cuéntame.

—No hay manera de hacerlo más fácil, Andrew. Es cuestión de ir directos al grano, y podemos hacerlo aquí o en cualquier parte. O podemos ir a algún sitio tranquilo y tomar una copa, si lo prefieres...

—No, no —dijo Andrew—. Aquí mismo servirá. —Se apoyó contra el flanco de su volador, cerca de Thomas, apartándose del viento que anunciaba tormenta—. ¿Qué ha pasado?

—Los investigadores que contraté, Andrew..., llegaron al fondo del asunto. ¿Sabes lo que es Tierrasola?

—¿Tierrasola? —Andrew meneó la cabeza—. ¿Qué es eso? ¿O quién es?

—Es un culto. Un culto de lunáticos, en grado sumo. Unos verdaderos lunáticos. Los terrasolos creen que cualquier contacto con extraterrestres, aunque sea la única esperanza de la raza humana para sobrevivir etcétera, no importa, *cualquier* contacto es la esencia del mal.

St. Syrus inspiró aire y luego lo expelió lentamente.

—Oh, sí —dijo—. Sí, lo recuerdo. En su mayoría, hacen propaganda.

—Propaganda, ja. Se desgañitan ante las cámaras tridi, hacen las cosas típicas de los terroristas. Y tienen ceremonias, Andrew.

—¿Y bien?

—Eso es lo que le ha pasado al niño, amigo mío. Ojalá fuera más agradable.

—No seas absurdo, Thomas..., los secuestros no suelen terminar de buena manera. Cuéntame el resto.

—Uno de esos locos cogió al bebé, celebraron una ceremonia que proclaman es un pago por la deuda moral de la humanidad por contaminarse saliendo de esta pequeña roca azul, y como resultado de todo ello el bebé está muerto.

—¿Muerto cómo?

—Andrew —dijo Thomas—, no quieras saber más que eso. No voy a decirte más. Pero el bebé está muerto, y no hay forma de devolver el cadáver a su madre, Dios sea alabado, y se acabó. Quemaron el cuerpo, Andrew..., se ha terminado.

St. Syrus asintió rápidamente, y se sobresaltó ante el trueno que hizo temblar el casco del volador.

—Será mejor que nos marchemos de aquí —dijo—, o tendremos que volver a casa por transporte terrestre.

Thomas le colocó una mano en el hombro con toda la amabilidad que pudo.

—Han detenido al hijo de puta que lo hizo, y vivirá el resto de su vida en el Hospital Mental Federal del Bronx Sur. Nunca volverá a poner los pies en el exterior..., eso se ha acordado. Y es joven, Andrew. Le esperan al menos setenta años allí dentro. Puedes decírselo a los padres..., va a pagar, y a pagar, y a pagar.

—Bien. Se acabó.

—Sí. Y ahora tampoco habrá filtraciones a la prensa. Las autoridades no tienen más interés que nosotros en que se produzca una oleada de imitaciones en las salas de maternidad. El asunto está cerrado.

—Gracias, Thomas.

—No he hecho nada para merecerlas, amigo mío. Si te hubiera devuelto el niño a salvo, tal vez. ¿Pero esto? —Se encogió de hombros—. Esto es algo por lo que nadie

da las gracias.

St. Syrus no respondió, y Thomas continuó:

—Puedes decirle la verdad a los padres si crees que es la manera apropiada de llevar el asunto..., no se me ocurre otra cosa más que la verdad. Pero, excepto a ellos, la historia para las Líneas es que el bebé murió en el hospital. Una de esas cosas misteriosas que se llevan a los bebés de vez en cuando, por razones que nadie puede explicar. Y que fue incinerado en el hospital a petición nuestra para evitar la posibilidad de contagio.

—Thomas, las otras mujeres de mi Casa no van a tragarse eso. Ha pasado un mes.

—Puedes decirles que el gobierno ha tardado todo este tiempo en notificárnoslo, Andrew —dijo Thomas amargamente—. Diles que hubo una confusión con el ordenador y que los archivos del bebé se perdieron..., diles que tardaron todo este tiempo en arreglarlo. Se enfadarán tanto con eso que se olvidarán de llorar. ¿De acuerdo?

—Creo que sí. Sí..., eso estará bien. Es bastante plausible.

—Si los padres quieren un funeral pequeño, muy privado y muy tranquilo, y si a ti te parece bien, que lo tengan. No hay razón para no hacerlo, por lo que a mí respecta.

—Muy bien, Thomas.

—¿Está todo claro, amigo? Las autoridades sabrán la verdad..., se enterarán de lo de Tierrasola. Y los padres. Todo el mundo creará la historia del virus, con una confusión con el ordenador como remate. Lógico, razonable, y el final del asunto.

—Gracias a Dios.

—Sí. Gracias a Dios. Y no volverá a suceder.

—¿Crees que no?

—No si el gobierno quiere a lingüistas trabajando —dijo Thomas sombríamente—. Lo he dejado muy claro. Verás medidas de seguridad alrededor de nuestros niños como si fueran de oro sólido, Andrew.

—¿En las salas públicas?

—Eso es su problema. Si quieren trasladar a las mujeres a las privadas a expensas suyas, desde luego que no voy a contrariarles; si quieren hacer un espectáculo para el público e idear alguna fantasía para complacer a los medios de comunicación, también es asunto suyo. Pero este incidente no volverá a repetirse.

Thomas contempló despegar a St. Syrus y luego se marchó a casa, observando los dibujos de los relámpagos a su izquierda, ansioso por llegar antes de que rompiera la tormenta. Aunque Paul John habría dicho que bien merecía la lluvia, y el viento, y un rayo por añadidura. Hacer pedazos a los hombres del gobierno y convertir sus sesos en queso era algo que un lingüista sólo debía de hacer en situaciones de emergencia. Se había ensañado con Smith sólo porque le apetecía, sólo porque estaba cansado.

Me estoy haciendo viejo, pensó Thomas, pero no más sabio. Eso es un error. Se supone que he de hacerme más sabio con los años...

«Somos hombres, y todo lo que tenemos son palabras humanas; incluso la Palabra de Dios está compuesta totalmente por las palabras de los hombres.»

(*Cazando al zorro divino*, por Robert Farrar Capón, 1974, página 8)

## **PRIMAVERA DE 2.182...**

Thomas llegó a casa antes de que oscureciera, lo que no estaba mal teniendo en cuenta la estúpida farsa en la que había estado envuelto..., una Sesión de Premios Especiales en el Departamento de Análisis y Traducción para honrar al personal de especialistas en lenguaje que acababan de terminar una nueva serie de gramáticas didácticas y videocintas para los dialectos orientales del REM9-2-84. Con la ayuda masiva de sus ordenadores, naturalmente. Y, ahora, el D.A.T. estaría bien equipado para enseñar al inocente personal del gobierno un nuevo grupo de ultrajantes versiones distorsionadas de esos lenguajes para que pudieran quedar en ridículo en las embajadas, los cócteles y las Naciones Unidas, etc. Con muchísima más tranquilidad de la que hubieran podido imaginar previamente. Qué bueno; y qué amable que le hubieran invitado a pronunciar el Discurso de los Premios aplaudiendo su estupidez. Era sin duda apropiado, y la hipocresía de todo aquello no le molestaba en lo más mínimo; se había mostrado positivamente lírico sobre lo maravilloso de sus logros.

Los lingüistas se habían ofrecido voluntarios para escribir las gramáticas didácticas de los idiomas alienígenas desde que se contactó con el primero, como se habían ofrecido para escribir las gramáticas de los idiomas terrestres a lo largo de los siglos, y el gobierno seguía tan obstinadamente convencido como siempre de que sus propios «especialistas en lenguaje» sabían más sobre gramática que los lingüistas. Era una especie de fe religiosa, casi atractiva en su inocente desatención de todos los hechos observables. Y un amable gracias-pero-no... Papá, preferimos hacerlo solos. Thomas se echó a reír, pensando que eso justificaba todo tipo de hipocresía. Y racionaba cuidadosamente aquellas apariciones, aceptando el mínimo justo de invitaciones de este tipo que fueran absolutamente necesarias para mantener una imagen pública de la colaboración de los lingüistas con el gobierno.

Se detuvo ante la casa y la miró despacio, escrupulosamente. No porque fuera particularmente atractiva a la vista. Escudada en la falda de la colina como estaba, con sólo el cuarto piso asomando sobre el cielo y la tierra, no había mucho que ver. Pero lo que buscaba era alguna pequeña diferencia, algo que llamara su atención si la *prestaba*, algo que se apartara de lo familiar. Las mujeres tenían tendencia a realizar cambios alterando las cosas una fracción infinitésima cada vez, a lo largo de meses y

meses, de modo que nunca se lo veía suceder hasta que estaba *allí...*, recordaba bien el jardín de rocas que había aparecido en una ocasión en la pendiente oriental de la colina, completo con tres peñascos gigantes, como si hubiera brotado súbitamente de la tierra. Y, cuando preguntó que se le explicara cómo había llegado todo aquello allí: los ojos inocentes y desorbitados, y las voces igualmente inocentes.

—¡No teníamos ni idea de que te importara, Thomas!

—¡Santo cielo, llevamos trabajando en ello seis meses! Si no querías que lo hiciéramos, ¿por qué no lo dijiste antes?

A veces uno se tomaba la molestia de desmontar y acabar con sus proyectos por cuestión de principios; a veces los dejabas en paz por cansancio. A medida que iban pasando los años, aprendías el valor de cortar tus actos de raíz y evitar todo el problema. Eso era lo que intentaba hacer ahora, mientras observaba los terrenos y la entrada y los colectores solares: buscar detalles.

Las mujeres tenían una astuta inteligencia animal que las ayudaba mucho, pensó, y sólo la experiencia podía enseñarle a un hombre a anticiparla. Una vez, hacía años, mientras su padre le observaba divertido, había remitido una orden tajante que decía que NO HABRÍA NINGÚN CAMBIO que no fuera iniciado específicamente por los hombres. Y, cuando la hierba creció hasta la altura de la cintura, y los setos tuvieron el aspecto de matorrales salvajes, se dio cuenta por fin y llamó a las mujeres para pedirles una explicación.

—¡Pero Thomas, querido, dijiste que NO HABRÍA NINGÚN CAMBIO de ningún tipo!

—Pero Thomas, sólo estábamos haciendo lo que nos dijiste... Oh, cielos, es demasiado confuso.

Su esposa le había mirado directamente a los ojos, presumiendo de los años que llevaban juntos, y le pidió que por favor les explicara *específicamente* por qué un cambio en la altura de la hierba o la forma de un seto no constituía un cambio. Rachel le había asegurado suavemente que lo harían mejor si él se tomaba el tiempo de clarificarlo todo para sus débiles entendederas. ¡Mujeres! A veces le divertían y a veces le enfurecían; siempre le hacían preguntarse en nombre del cielo qué sucedía realmente dentro de sus cabezas. Probablemente sería mejor que nunca lo supiera.

Satisfecho al fin de que nada nuevo se estaba preparando en sus premisas de un granito de arena cada vez, y con la luz desvaneciéndose rápidamente, introdujo su llave en la antigua cerradura que no representaba nada más que una concesión al sentimentalismo femenino (el ordenador le había identificado y había liberado las barreras en el momento en que apareció dentro de su alcance), y entró. Ahora tendría paz. Ansiaba la llegada de la noche. Incluso podría hacer algún trabajo útil.

Excepto que no había ninguna paz. En cambio, había mujeres corriendo escaleras arriba y abajo, había desorden y bullicio y confusión, y un murmullo bajo que reconoció tristemente como el tumulto resultante del nerviosismo femenino.



Thomas inspiró profundamente y se detuvo en seco en la entrada. No dejó de ver la fila de guijarros ornamentales dispuestos en el borde del umbral: aquello no se encontraba allí cuando se marchó a la entrega de los Premios, estaba seguro; lo anotó mentalmente para hacérselo notar a las mujeres a la primera oportunidad, después de que descubriera qué era responsable del disturbio que podía sentir en lugar de la serenidad que ansiaba. Dejó que la puerta se cerrara a sus espaldas, tosió suavemente, y el tumulto murió de inmediato. El silencio se extendió desde donde estaba como las ondas en la quieta agua; las mujeres transmitían el mensaje de que había llegado a casa.

—Bien —dijo, en medio de la nueva calma—. Buenas tardes a todas.

—Buenas tardes, Thomas —contestaron desde todas direcciones.

—¿Y bien...?

No dijeron nada.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó bruscamente—. Se podía oír el tumulto desde la acera... ¿qué sucede?

Una de las muchachas mayores, una de sus múltiples sobrinas, se asomó al otro lado de la escalera y se le quedó mirando.

—¿Bien, maldición?

—Es Nazareth, tío Thomas —dijo la muchacha.

—¿Nazareth? ¿Nazareth *qué*, niña? —Ocultó su irritación y habló amablemente, sabiendo que no llegaría a ninguna parte con ella si se enfadaba, sólo la retrasaría más.

—Nazareth..., tu hija. Está enferma.

Thomas reflexionó un momento sobre aquello, y se quitó la chaqueta, y se la tendió a la mujer que se le había acercado. Entonces recordó el nombre de la muchacha: se llamaba Philippa. Su laosiano era soberbio.

—¿De qué manera está enferma, Philippa? —preguntó, encaminándose sonriente hacia la escalera.

—No sé, tío Thomas. Estábamos preguntándonos si no deberíamos llamar al médico.

Thomas hizo un ruido brusco con la garganta..., eso era precisamente lo que necesitaba ahora, uno de aquellos malditos samurái paseando arrogantemente por su casa toda la noche..., aunque no se quedaría mucho tiempo, por supuesto. Los médicos eran hombres muy ocupados; no había tiempo para hacer otra cosa más que presentar su factura y mostrar su desdén generalizado en todas direcciones. Thomas respetaba a los cirujanos láser, que parecían artesanos capaces; respecto a los demás, su desdén por su ignorancia sólo era parejo a la ofensa que sentía ante su consideración de que toda la humanidad les debía devoción automática e irracional. Un tributo a la habilidad de la Asociación Médica Americana era que, aunque se habían producido levantamientos antilingüistas una y otra vez, nunca había habido una revuelta antimédicos.

—Seguro que eso no será necesario, niña —dijo—. No puede ser nada serio. ¿Qué le pasa a Nazareth? ¿Está vomitando?

Entonces llegó al fin su esposa, presurosa, y Thomas se volvió para saludarla. Ella tampoco tuvo tiempo de ser amable, naturalmente. Y parecía cansada. Siempre parecía cansada, cosa que a él le resultaba muy aburrida.

—Lo hemos pasado fatal con Nazareth desde la cena —informó ella, sin siquiera decir hola como preámbulo—. Tiene un horrible dolor en el abdomen, y en las piernas..., sus músculos no dejan de sufrir calambres y entumecimientos, pobrecilla... ¡Me da tanta pena! Y no ha parado de vomitar hasta que no le ha quedado nada en el estómago, y ahora sólo da arcadas...

—¿Será el apéndice?

—Thomas. Se lo extirparon hace dos veranos. Y un apéndice no causa espasmos musculares en las piernas.

—¿El período, tal vez? Está en la edad apropiada para empezar con eso..., y he conocido a mujeres que proclaman una parálisis total con esa excusa, Rachel.

Ella sólo le miró fijamente y no dijo nada.

—Bueno, entonces será un virus y nada más. Estoy seguro de que le gusta llamar la atención.

—Lo que tú digas, Thomas.

Allí estaba. Aquel mecánico lo-que-tú-digas que significaba nada-de-lo-que-dices. Lo odiaba. Y ella lo hacía siempre, a pesar de que sabía muy bien que él lo odiaba.

—No estás de acuerdo conmigo, Rachel —dijo.

—Tal vez deberías considerar la posibilidad de echarle un vistazo. Antes de tomar una decisión.

—Rachel, tengo mucho trabajo que hacer, ya es muy tarde, y he perdido horas en una reunión estúpida..., por no mencionar esta reunión absolutamente inadecuada en mi escalera. ¿Crees de verdad que necesito perder aún más tiempo viendo a Nazareth? Está sana como una mula, lo ha estado siempre.

—Y por eso estoy preocupada —contestó Rachel—. Porque nunca está enferma..., nunca. Incluso el apéndice le fue extirpado porque tenía que ir a esa negociación sobre la colonia de la frontera y no quería correr el riesgo de enfermarse seriamente sin tener instalaciones médicas adecuadas a mano..., siempre está bien. Y no, no espero que pierdas el tiempo viéndola.

—Me alegra oír eso.

—Estoy segura de que así es.

—Ya basta, Rachel —dijo Thomas con voz severa, contento de que Philippa se hubiera retirado cuando apareció Rachel y no estuviera delante para presenciar la insolencia de su tía; de estar la muchacha con ellos, se habría visto forzado a hacer algo obvio para contrarrestarla si ella le hubiera respondido de aquel modo.

Rachel se volvía más y más difícil a medida que se acercaba a la madurez, y si no hubiera sido por la extraordinaria habilidad que tenía para encargarse de sus asuntos personales, Thomas no habría tolerado su conducta. Una rápida histerectomía y a la Casa Estéril..., era tentador. Pero no sería conveniente para él tenerla en la Casa Estéril, y por eso la soportaba. Sabía lo que haría ahora: se daría media vuelta y se dirigiría a los dormitorios de las niñas, con su rígida espalda diciendo elocuentemente por ella todas las cosas que no se atrevía a decir en voz alta.

Pero le sorprendió. Aguantó a pie firme, y le miró tranquilamente, y dijo:

—Thomas, estoy realmente alarmada. No es normal en Nazareth.

—Ya veo.

—Creo que deberíamos de llamar a un médico.

—¿A esta hora? ¿Una visita a domicilio? No seas absurda, Rachel..., ya sabes lo que costaría eso. Es más, es una reacción excesiva e histérica. ¿Está Nazareth en coma? ¿Sangrando? ¿Son los latidos de su corazón seriamente irregulares? ¿Tiene alguna dificultad para respirar? ¿Se trata de algo que se parezca aunque sea remotamente a una emergencia?

—Thomas, ya te lo he dicho. Es un dolor serio, en el abdomen y las piernas. Y no para de vomitar.

—Tenemos analgésicos en casa; dale algunos. Tenemos medicamentos para detener los vómitos; dáselos. Si no está mejor por la mañana, entonces llévala al médico.

Rachel inspiró profundamente y cruzó las manos a la espalda. Thomas sabía lo que significaba aquello: había empezado a ponerse en jarras y luego lo había pensado mejor.

—Thomas —dijo ella—, Nazareth tiene que estar en la Oficina de Trabajos Internacionales a las ocho de la mañana. Es la intérprete de las nuevas negociaciones colectivas del seldron. Y es crucial. Las importaciones de seldron están un 39 por ciento por debajo del año pasado, y no hay otra fuente. ¿Sabes cuál sería la situación en la industria comset si perdiéramos nuestro contacto con el comercio de seldron por culpa de una disputa laboral? ¿Y eres consciente de los créditos que esta Casa tiene en el mercado del seldron?

—¿Qué apoyo tiene Nazareth? —preguntó Thomas, ahora alerta: esto cambiaba las cosas, como Rachel sabía bien. Era típico de ella tardar quince minutos en llegar al punto en cuestión, típico y enervante—. ¿Quién está disponible?

—No hay nadie para sustituirla. El otro único hablante del REM34 tiene cuatro años..., no la edad suficiente. Aquina hace de apoyo informal, pero no lo habla con fluidez; no podría manejar ni siquiera negociaciones triviales, y éste no es el caso. Y, además, tiene otros compromisos.

—Es un descuido terrible —dijo Thomas fríamente—. No podemos permitir este tipo de cosas.

Rachel suspiró.

—Thomas —dijo, mirándole al pecho—, te lo he dicho una y otra vez. No podemos extender más la cobertura lingüística. Aunque cada uno de nosotros conociera cincuenta idiomas con habilidad natal sin tacha, no podríamos estar en más de un lugar a la vez. Y las mujeres no podemos producir niños más rápidamente, o en mayor cantidad de lo que ya lo hacemos. Si tenéis alguna queja, los hombres deberíais prestar atención a ese problema.

Thomas se sintió de pronto muy consciente de que Rachel y él llevaban discutiendo de pie en mitad de la casa desde hacía cinco minutos, y que la discusión estaba a punto de adquirir las características de una pelea. El silencio que les rodeaba le dijo que se estaba prestando cuidadosa atención a cada palabra, y se maldijo en silencio por no haber llevado a Rachel directamente a su habitación en el momento en que vio que estaba alterada..., sólo el cielo sabía que ella hubiera debido tener el suficiente buen sentido como para saber lo que debía hacer desde un principio.

—Rachel —dijo rápidamente—, estás muy cansada.

—Sí, lo estoy. Y muy preocupada.

La cogió por el codo y empezó a dirigirla firmemente escaleras abajo hacia un lugar donde pudieran encontrar intimidad suficiente.

—No creo que ni la fatiga ni tu preocupación sean provocadas por una niña que o bien ha comido algo que no debería o tiene algún virus sin importancia molestándola —dijo él tranquilamente mientras bajaban—. Ni tampoco creo que sea por tu trabajo. Si mal no recuerdo, sólo has pasado tres días interpretando de los últimos cinco. Creo que te has estado agotando con esa tontería de la Casa Estéril.

La notó envararse, y continuó dirigiéndola.

—Y ahora hablo en serio. Comprendo que las mujeres os lo paséis bien jugando con vuestro lenguaje —hizo una pausa para ayudarla a cruzar una puerta y la cerró tras ellos—. Creo que se trata de un hobby excelente para las mujeres de la Casa Estéril que no tienen responsabilidades familiares. Es perfectamente razonable que las mujeres quieran un lenguaje artificial propio como pasatiempo, y nunca he tratado de impedirselo. Pero tú, Rachel, no puedes malgastar ahora el tiempo en hobbies, no importa lo divertidos que sean. Y no permitiré que te agotes con esas reuniones del langlés y vuelvas a casa tan nerviosa y de tan mal humor que sea imposible tratar contigo. ¿Está claro, Rachel?

—Sí, Thomas. Está claro. —Las arrugas se marcaron profundamente en su rostro, y se puso tan tensa que si él la hubiera tocado habría temblado como una cuerda de arco. Thomas hizo caso omiso, como era conveniente.

—No me preocupa esta enfermedad de Nazareth —continuó él—. Recibe excelentes cuidados médicos. Sea lo que sea, estoy seguro de que has perdido completamente sus proporciones. Pero sí estoy preocupado, muy preocupado, por las negociaciones en la OTI. Y espero que Nazareth esté allí, y en un estado que le permita cumplir con sus obligaciones con su eficacia habitual. Por esa razón, Rachel, y por esa razón solamente, estoy dispuesto a aceptar un compromiso.

—¿En qué sentido?

—Autorizaré un contacto con los ordenadores de la Sala de Emergencias del hospital, a pagar de los fondos de la Casa porque es un gasto de trabajo..., no tienes que ponerlo en la cuenta de gastos médicos de las mujeres. Si los ordenadores-SE creen que es necesario un doctor, lo autorizaré también..., pero no una visita a domicilio. Puedes llevar a Nazareth a los médicos, si resulta necesario.

—Gracias, Thomas.

Rachel se dispuso a dar media vuelta y marcharse, pero él extendió la mano y la detuvo, sintiendo con malestar el respingo de su hombro bajo su contacto. Había clavado demasiado profundamente, estaba demasiado herida..., una cosa más de la que tendría que ocuparse cuando tuviera un momento libre.

—Rachel —dijo severamente—, no quiero que esto vuelva a repetirse.

—Thomas...

—Te sugiero que hagas algunos cambios, Rachel. Nazareth tiene que acostarse una hora antes; si con eso su plan de trabajo queda demasiado apretado, tendrá que renunciar a su tiempo libre de la tarde. Quiero que los ordenadores lleven su dieta en completo detalle, y quiero que se compense todo lo que no se proporcione en las cantidades adecuadas. No quiero que se le permita perder ninguna de las sesiones de trabajos manuales..., y añadiría un poco de natación. Encárgate de que haga veinte largos al día, a menos que tengas permiso mío para que no los haga. Y no vengas a suplicarme con excusas porque tiene dolores menstruales, no toleraré ese tipo de tonterías. Aumenta las vitaminas que esté recibiendo, y si, como espero, no es necesario ningún médico esta noche, prepárala para un reconocimiento completo en cuanto esté libre mañana.

—¿Antes o después de que nade los veinte largos, Thomas?

Si Thomas hubiera sido como muchos maridos, la habría abofeteado entonces. Ella lo sabía; y se quedó plantada ante él, más insolente que nunca, con la cabeza un poco ladeada y dispuesta para su mano, invitando al golpe.

—Ve con tu hija —dijo él en voz baja—. Estoy disgustado contigo.

Ella se marchó sin mediar palabra, dejándole con el corazón resonando en sus oídos e inspirando poco a poco para calmarse. Gracias a Dios, aquellas últimas frases habían sido pronunciadas en esta habitación y no como entretenimiento para la Casa. Estaba preparado para la amable llamada a la puerta que siguió casi inmediatamente: sería su hermano Adam, que venía a presumir de ser sólo dos años más joven que él y a ofrecerle consejo.

—¿Sí, Adam?

—Rachel está un poco trastornada, Tom.

—Una penetrante observación por tu parte.

—Vamos, Thomas..., el sarcasmo no va a mejorar la situación.

Thomas esperó. Nunca había que esperar mucho con Adam, a quien le encantaba el sonido de su voz.

—No estoy seguro de que yo estuviera dispuesto o fuera capaz de tolerar una conducta semejante en una mujer —dijo Adam juiciosamente—. Y no estoy seguro de que sea una buena idea, aunque tu paciencia es admirable. A las mujeres hay que tenerlas atadas corto o se te suben encima, y entonces hay que enviarlas a la Casa Estéril. Y no es que quiera decirte que hagas eso, por supuesto, Thomas.

—Mis disculpas por la combinación —dijo Thomas—. Lamento haberte perturbado.

—Oh, bueno. —Adam se encogió de hombros, magnánimo—. Ya sabes cómo son las mujeres cuando tienen a un hijo enfermo..., pierden todo el sentido que pudieran tener. Rachel se ha pasado la última hora dando voces como si Nazareth estuviera en el lecho de muerte..., está agotada. Espero que pongas fin a sus histerias, Thomas, para que así podamos dormir.

Thomas asintió, controlándose de la manera que Adam recomendaba para las mujeres, ignorando la implicación de que toda la Casa entera estaba siendo molestada y privada de su descanso porque él no podía controlar a su esposa. Como si todos y cada uno de los dormitorios de la casa no fueran completamente a prueba de sonido..., Rachel podría haber tocado un pífano por los pasillos y no habría despertado ni a un alma.

Sabía lo que había detrás de la conducta de Adam, y por qué éste nunca dejaba pasar una oportunidad como la presente. No era porque fuera un pesado metomentodo, pobre diablo, sino porque tenía la desgracia de tener una esposa tan vengativa y melodramática que nadie podía tolerar su compañía, y no tenía absolutamente ningún control sobre ella excepto la ley. Lo cual le producía un ansia irresistible por controlar a las mujeres de otros hombres, sólo para demostrar que sabía cómo había que hacerlo. Su control de los números no era consuelo suficiente para la manera en que Gillian le humillaba en cada ocasión.

—Ven a echar un vistazo a algo que me he encontrado hoy, Thomas —decía—. Toma un vaso de vino conmigo..., aparta tu mente de esa estúpida mujer.

—Gracias, Adam, lo aprecio, pero no puedo perder el tiempo. Ya venía con retraso antes de llegar, y ahora tendré que pasarme media noche tratando de ponerme al día.

—¿Aquí? Demonios..., diez minutos, un vaso de vino..., te hará bien, Tom.

Éste sacudió la cabeza firmemente, y Adam se rindió y se marchó para cazar a alguien que le ayudara a escabullirse de la inevitable confrontación con la dulce Gillian, que le sermonearía durante horas acerca del desfavorable contraste entre la cortesía que Thomas le mostraba a Rachel y la descortesía que él le mostraba a *ella*, bla, bla y requetebllá. Pobre Adam; era un buen hombre, firme y digno de confianza, pero en algún lugar del camino había perdido el ingrediente esencial para manejar a una mujer: nunca, ni por un solo instante, pierdas de vista el conocimiento de que cuando interaccionas con una mujer interaccionas con un organismo que esencialmente no es más que un niño sofisticado que sufre delirios de grandeza.

Adam seguía olvidando aquello cada vez que Gillian iba a por él; seguía tratándola como si fuera un hombre, con la mente racional y la habilidad propias de un hombre. Thomas no creía que Gillian fuera a estar bajo su techo mucho más tiempo.

Y luego, porque por fin disponía de soledad y silencio y paz, apartó de su mente las dificultades domésticas de su hermano junto con las muy diferentes que él tenía y se dirigió a su despacho. Se sentó ante el comset y esperó, con los ojos cerrados, hasta que la apariencia de serenidad fue substituida por la realidad. Y, antes de volver su atención al montón de contratos de su ordenador que esperaban su revisión, se encargó de una última tarea.

—Me doy cuenta de que es tarde —le dijo al joven de cara temerosa que respondió su llamada en la sección de los jefes de la residencia de la OTI—. Y soy consciente de que llamar a su jefe en casa no es un procedimiento habitual. —Sonrió—. ¿Quiere ponerme en contacto con él, joven, por favor?

La pantalla parpadeó; se produjo una breve pausa, y luego apareció la cara del jefe de la OTI, un poco más difusa de lo que a Thomas le gustaba cuando tenía que usarla como fuente de datos. Rachel debía de tener conectados los ordenadores de la Sala de Emergencia; eso siempre producía interferencias en las transmisiones.

—Donald —dijo, imagen difusa o no, ya que no iba a mejorar de todas formas—, lamento molestarte en casa.

—Muy bien, Thomas —respondió el otro, con la cara retorcida en diagonal en la pantalla—. ¿Cuál es el problema?

—Según tengo entendido, mañana a las ocho tienes la delegación para esas negociaciones de los sindicatos del seldron, y una de mis hijas sirve de intérprete.

—Afortunadamente —dijo la imagen—. La última vez que estuvieron aquí tuvimos que hacerlo con PanSig con alguien que no sabía hacer más que decir cómo estás..., un listillo del D.A.T. No fue muy afortunado. La verdad es que casi fue un desastre. No quiero oír, Thomas, que tendremos que vernos con él de nuevo. Esos jeelods no nos van a dar muchas oportunidades en esto, y están verdaderamente furiosos. No sé exactamente *qué* clase de estúpido malentendido es el responsable esta vez, pero sé que necesitamos a alguien que conozca de verdad el idioma.

—Bien —dijo Thomas—. Lo haremos lo mejor que podamos, por supuesto. Pero la joven que vamos a enviaros ha tenido un súbito contratiempo... no está bien del todo.

—Oh, Dios. Eso es precisamente lo que nos hace falta. Thomas...

—No digo que no vaya a estar allí —dijo Thomas. Recuerda, federal, estaba pensando, y recuerda bien: sin nosotros no sois capaces de hacer mucho—. Pensé que deberías estar advertido de que existe esa posibilidad, sólo como cuestión de cortesía profesional. El médico está ahora con ella. —Una modificación de los hechos, menor pero útil.

—¿El médico? —Donald Cregg, naturalmente, era consciente de lo que significaba una visita médica a domicilio, especialmente de noche. Incluso a través de

las distorsiones y chisporroteos, Thomas pudo ver la preocupación de su rostro—. Entonces es serio.

—Tal vez no. Ya sabes cómo son las muchachas. Ante el menor retortijón ya creen que se están muriendo. Puede que no sea nada. Sin embargo, por si se diera el caso..., te llamo para hacerte saber que tal vez te encuentres sin intérprete mañana.

—¡Maldición!

—Podrías llamar al D.A.T. —le pinchó Thomas—. Tengo entendido que han estado esforzándose de veras con los cursos federales de idiomas.

—Claro... claro, Thomas. Vamos, hombre... ¿quién más tienes que hable el REM34 si la chica no puede hacerlo?

—Nadie. Es un idioma peliagudo.

—¿No estáis los lingüistas diciendo siempre que ningún idioma es más difícil que cualquier otro? —bufó la imagen.

—Ningún idioma humano es más difícil que cualquier otro idioma humano —dijo Thomas—. Cierto. Pero los lenguajes alienígenas son otro asunto. Todos son difíciles, y algunos más que otros. El REM34 es uno de los peores. Tenemos gente aquí capaz de traducir material escrito, pero nadie que pueda servir de intérprete.

—¡Oye, Chornyak, tenéis un contrato! —dijo indignado el otro hombre—. Y ese contrato especifica que cuando aprendéis un idioma ponéis en él a la gente necesaria para cubrir asuntos como éste. Para eso se os paga, por el amor de Dios.

Thomas dejó pasar treinta segundos, para dar al jefe de sección tiempo suficiente para pensar las alternativas que tenía a negociar con las Líneas. Luego respondió con suma amabilidad.

—Sólo tenemos un número limitado disponible, amigo mío —dijo, citando a Rachel porque le venía a la mano—, y aunque aprendiéramos cincuenta idiomas cada uno, seguiríamos sin poder estar en más de un sitio a la vez. Ahora mismo tenemos a dos jóvenes aprendiendo el REM34 de mi hija, pero ninguno de ellos está exactamente preparado para llevar adelante negociaciones sofisticadas..., uno de ellos tiene cuatro años y el otro va a cumplir dieciocho meses. Con el tiempo estarán disponibles, pero no podrán ayudar mañana.

—Oh, mierda —dijo Donald Cregg—. Es todo un contratiempo.

—Lo es. Estoy de acuerdo contigo. Tal vez deberíais de reconsiderarlo y enviar a alguno de vuestros niños a la Interface con los nuestros.

¿Y vivir con los apestosos lingos? ¿Y vivir apiñados en un agujero en el suelo como animales, sin intimidad decente y sin comodidad y un modo de vida sólo por encima de la pobreza? Thomas contempló al hombre, incapaz de distinguir ninguna comunicación corporal, con la imagen del comset como única fuente de datos disponible, pero perfectamente capaz de imaginarlo. Cregg pretendería no haber oído la última frase.

—Mira, haz lo que puedas para enviar a tu chica como estaba previsto, ¿quieres? No se trata de VIPs de visita a los que se les vaya a conceder las llaves de la ciudad,



Thomas, es un asunto de verdadera urgencia.

—Haré todo lo que sea posible —dijo Thomas.

—Y gracias por el aviso.

—Cuando quieras. Siempre cuando quieras.

La pantalla se oscureció, y Thomas se quedó mirándola, sonriendo. Era sumamente importante mantener en todo momento al gobierno consciente de su dependencia de los lingüistas. Thomas tenía cuidado de no dejar pasar la más mínima oportunidad para marcar aquel tanto y refrescar la memoria federal, aquel tamiz de conveniencia y oportunidad.

Llamó a su habitación por el intercomunicador, y no obtuvo respuesta; lo intentó de nuevo, y escuchó el suave pitido del mecanismo de transferencia antes de que Rachel contestara desde donde se encontrase. Los dormitorios de las niñas, probablemente.

—Bien —dijo bruscamente—, ¿van a enviar a un examinador médico para esta grave crisis?

—No, Thomas —respondió Rachel—. Me dijeron que le suministre medio grano de codeína y un relajante muscular y que los llame por la mañana.

—Eso pensé —dijo Thomas con satisfacción—. Has creado un buen alboroto, y una escena embarazosa, por nada.

—Thomas, lamento que te sientas así. Pero Naza nunca está enferma. Y nunca se queja. Recordarás... aquella ocasión en que se cayó mientras recogía manzanas y se rompió tres costillas. No oímos ni una queja por su parte. No habríamos sabido que estaba herida si no se hubiera desmayado en los huertos.

—No lo recuerdo, Rachel, pero parece un ejemplo que harías bien en emular. Por lo que parece, es valiente.

—¿Eso es todo, Thomas?

—Encárgate de que esté en la OTI a las ocho menos cinco, Rachel..., y que esté en buena forma. *Eso es todo.*

Extendió la mano y cortó cualquier observación que su esposa pudiera tener en mente. Más tarde, tendría que abrirse paso a través del atolondramiento de su cabeza para hacerle recordar unas cuantas cosas sobre cortesía, y sobre su función como modelo para las jóvenes bajo su techo. Sería una molestia, pero podría hacerse..., con paciencia suficiente y suficiente habilidad. Pero no ahora. Ahora tenía contratos que revisar.

En la Casa Estéril, Aquina se enfrentaba al panorama, y éste no era alentador. La tenían clavada contra una mesa en una habitación posterior, y eran Susannah, Nile y Caroline (ninguna gracia de Belle-Anne o amabilidad por parte de Grace esta vez) quienes la reprendían. Y eran buenas haciéndolo.

—¡Idiota, Aquina! —dijo Susannah para empezar—. ¡Mujer estúpida y despreciable!

—Y chapucera..., no olvides chapucera —añadió Caroline. Era Caroline quien la había cogido. Caroline, que había sido alertada por Faye, la mujer con más habilidades médicas, de que Aquina había estado trasteando con las hierbas en las alacenas del sótano. Y Caroline quien la había sorprendido saliendo de las cocinas en la casa principal y la había obligado a entregar el frasco vacío que llevaba en el bolsillo y se lo había entregado a Faye para que lo analizase..., aunque no era necesario algo tan sofisticado. Faye sabía lo que Aquina había cogido porque conocía el inventario hasta el último detalle; con sólo destapar el frasco y olerlo supo lo que contenía.

¿Cómo podía haber sido *tan* chapucera? Aquina pensaba que era una buena pregunta..., excepto que nunca, nunca, había imaginado que las demás mujeres pudieran espiarla y seguirla. O que Caroline le retorciera el brazo tan bruscamente como para hacerla sentir desvalida e impedirle buscar en sus bolsillos... ¿Quién habría pensado que serían tan recelosas, siempre mostrando tan prominentemente su maldita ética?

—Lo haría de nuevo —había dicho, desafiándolas. Y Caroline le retorció el brazo como se retuerce un cepo sobre una liebre, y a su pesar Aquina jadeó entre dientes, sorbiendo aire, y esquivó a la otra mujer. Caroline era mucho más pequeña, más delgada, de constitución mucho más débil que la de Aquina; también era mucho más fuerte de lo que Aquina podía esperar, y su tenaza era la de un hombre.

—¡Inténtalo otra vez, zorra estúpida —siseó Caroline—, y por Dios te juro que te pondré en un estado permanente donde no podrás causarle daño a nadie más con tu estupidez y tu maldad!

Susannah chasqueó la lengua y objetó levemente:

—No es mala, Caroline. Estúpida, sí. Pero no mala.

—¿Ha hecho todo lo posible por envenenar a una niña de catorce años y no es mala? ¿Qué es eso, ternura y amor?

—Caroline..., sabes muy bien que Aquina no tenía intención de hacerle daño a Nazareth Chornyak. Habla mucho, pero nunca haría daño de verdad a una criatura viva. Olvídalo.

Caroline estaba tan furiosa que se volvió y golpeó la pared con el puño. Aquina se alegró de que se tratara de la pared y no de ella.

—Aquina —dijo Nile—, ¿qué creías que estabas haciendo?

—Ya os lo he dicho.

—Dínoslo otra vez.

Se lo dijo. La idea de tener que esperar cuarenta años antes de que Nazareth pudiera trabajar en el lenguaje de las mujeres en la Casa Estéril (especialmente desde que Aquina encontrara su cuaderno y éste resultara ser un tesoro de Codificaciones, más valioso de lo que esperaba), aquella idea le había parecido intolerable. Sólo había un medio de acortar aquellos cuarenta años... Nazareth tenía que volverse estéril. Si Aquina hubiera podido conseguirlo, la niña habría pasado unos cuantos años más en

la Casa Chornyak, para terminar su educación y su formación; pero luego habría ido a la Casa Estéril.

—¡Pero Aquina, no sabes *nada* de medicina!

—Sé leer. Sé dónde están las hierbas de Faye. Soy culta.

—Podrías haberla matado.

—No, no podría —reprendió Susannah—. Santo Dios. Primero siguió la fórmula substituyendo todo aquello que la alarmaba, y luego redujo su fuerza a la mitad. Y después sólo le dio a Nazareth media dosis. Estoy segura de que la niña se sintió mal, pero en ningún momento corrió un peligro real.

—Aquina no tenía medio alguno de estar segura de eso —insistió Caroline, y Nile asintió solemnemente—. ¡Es suerte, pura suerte, *no* habilidad, *no* conocimiento, que lo único que consiguiera con su desagradable poción fuera poner enferma a Nazareth! —Y se inclinó sobre la mesa y siseó ante Aquina—: ¿Te das cuenta, idiota, de que podrías habernos costado no los cuarenta años de los que te quejas, sino hacernos perder a Nazareth *para siempre*? ¡No tenías ni idea de lo que estabas haciendo!

Aquina sabía que tenían razón. Ahora podía verlo claramente. Debía de haberse salido de sus casillas, llena de frustración y con la constante preocupación por aquel problema. Y lo lamentaba, profundamente. Pero tendrían que freírla en aceite y llenarla de agujas antes de que lo admitiera.

—Mereció la pena intentarlo —dijo, desafiante. Y las miró, respirando con rapidez y dificultad, hasta que la soltaron y la dejaron sola.

*Están preñadas con secretos  
embarazos que nunca llegan a término.  
No hay término, no lo ves.*

*Arrastran con ellas sus cerebros hinchados por todas partes;  
ocultas en pliegues y sedas y astutas bolsas;  
y lo insufrible  
sigue pateando, pateando  
bajo la dura mater.  
No es de extrañar que les duela la cabeza.*

*Acércalas a tu oído, hinchadas como están,  
y palidece;  
ese rugido que oyes  
es el brote del maldito inenarrable  
retenido.*

*La piedra no dilatará,  
no distenderá,  
no rasgará...,  
tiembla.  
Se adhiere.  
Se mueve inquieta.*

*En su corazón hierve lava borgoña,  
haciéndose sitio.  
Hay volcanes en el fondo del mar.  
Esas hermosas cosas verdes ondulando son sus falsos cabellos.*

*¿Entregarnos?  
¿Arremeter los fórceps del paradigma patriarcal  
y vuestra infernal medicina  
y extraer a los antiguos retoños  
con sus bocas perdidas?  
Creo que no.*

*No es probable.*

(poema «feminista» del siglo XX)

Thomas no era ningún tonto. Escuchó lo que los médicos tenían que decirle, y estudió los informes de los ordenadores, y les dedicó quince minutos de su tiempo. Uno mira las bases de datos, cada una representando una posible hipótesis, hasta que sólo queda una. La que quedaba era la que él habría considerado menos plausible; pero se trataba de la única que no habían eliminado los ordenadores: por tanto, había que tomarla en serio. Y mandó llamar a un jefe de detectives de la policía para que acudiera a su despacho en la Casa Chornyak.

El hombre se llamaba Morse, Bard Morse; era alto y rechoncho y de aspecto ordinario, pero demostró tener una mente rápida que contradecía la lentitud de sus

movimientos. Prestó atención mientras Thomas explicaba que alguien había intentado envenenar a una hija de la casa, y pasó rápidamente la mirada por los informes de los ordenadores, y llegó a una conclusión inmediata.

—Oh, tiene usted bastante razón, señor Chornyak —dijo—. No hay duda. ¿Cree que la hay?

—Sólo porque es muy improbable —respondió Thomas—. No hay motivos en este verde mundo o fuera de él para que nadie quiera eliminar a esta niña en concreto..., sólo tiene catorce años. Si el motivo hubiera ido dirigido contra los lingüistas, no habría sido sólo Nazareth la afectada. Francamente, no le encuentro sentido.

—Es más —murmuró el detective—, quienquiera que lo hiciera, no vale un comino, si entiende lo que quiero decir.

—No estoy seguro de hacerlo.

—Bien, hay varios tipos de envenenamiento, señor Chornyak. Tenemos el que busca matar, con una gran dosis fatal de una sola vez..., está clarísimo que no es éste el caso. Y luego tenemos el tipo que mata lentamente, pequeñas dosis aplicadas durante un año o así, y la víctima se va debilitando más y más..., pero con un plan así, nunca habrían utilizado una dosis que hiciera enfermar a su hija tan rápidamente..., y habrían empleado algo más difícil de rastrear y analizar. Ése tampoco es el caso.

—¿Qué más hay?

—Tenemos el caso en el que el envenenador no quiere realmente matar a nadie. Lo hace por malicia, porque disfruta viendo sufrir a la víctima, por ejemplo. O lo hace por ignorancia..., digamos que es otro niño que se tilda de envenenador porque lo ha visto en un tridi y cree que es excitante, pero realmente no comprende que lo que hace es peligroso.

—¿Bien? ¿Ve este asunto como uno de esos casos?

—No. Demonios..., es posible que fuera un niño. Tal vez. Pero no veo cómo podría haber sabido un niño mezclar todas esas hierbas, o incluso cuáles serían venenosas. Y tampoco veo cómo las podría encontrar un niño, señor Chornyak. No se trata de dientes de león y pétalos de margarita, ya sabe, sino de materiales bastante exóticos. Pero el tema de la malicia... ¿podría tratarse de eso? ¿Escogería alguien sólo a esa niña, por pura malicia?

—No lo sé, Morse. No tengo ni idea.

—¿Hay algún motivo, Chornyak, por el que alguien pudiera estar celoso de su hija Nazareth? ¿Es..., oh, espectacularmente hermosa tal vez? ¿Espectacularmente brillante? ¿Algo parecido?

Thomas meneó la cabeza y se echó a reír.

—No es desagradable a la vista, pero eso es todo..., una niña guapa, pero común. Y, en cuanto a brillantez..., sus pruebas de habilidad lingüística se salen de las escalas, son los resultados más altos que hemos registrado en las Líneas..., pero sólo

unos cuantos adultos lo saben, miembros cercanos de la familia. Y ninguno sería tan idiota como para dejar que esa información se hiciera del dominio público, donde podría causar resquemores. Por lo que sé, la gente ve a Nazareth como una niña lingüista muy ocupada, común y con aspecto razonablemente atractivo, sin nada destacable. Supongo que para usted, en cierto sentido, *todos* los niños lingüistas son poco comunes..., pero no para los otros lingüistas.

—Ya veo —dijo Morse—. Bien, ¿tienen aquí a alguien que sea mentalmente deficiente, señor? ¿Un adulto retardado, por ejemplo?

—No..., nada parecido. Nunca lo hemos tenido, que yo sepa.

—Bien, verá, los maliciosos siempre responden a un cierto tipo de personas. A veces son retardados, por eso lo pregunté, astutos pero no inteligentes, ya sabe. Y, sea cual sea la situación, les encanta causar conmoción. Les encanta llamar la atención, y causar sobresaltos, y la sensación de poder que les produce saber que lo están provocando todo. Disfrutan viendo el dolor, o son indiferentes a él..., por regla general son gente muy enferma. Y siempre, siempre sin excepción, son perversamente listos, señor Chornyak. Capturarlos resulta terriblemente difícil, y disfrutan haciendo dar vueltas a las autoridades y demostrando lo fácil que es engañar a todo el mundo. Éste no es el caso, ya ve. No lo es. Es ineficaz y desorganizado y..., bueno, es una chapuza, como si el envenenador estuviera completamente confundido o tal vez no tuviera puesto el corazón en este asunto. Si perdona un chiste en un momento serio, señor, si un comité tuviera que envenenar a alguien, éste es el aspecto que tendría. Un comité de aficionados.

—Ah, sí —dijo Thomas con satisfacción—. Ya veo. —No había nada como hacer que alguien examinara un problema de su especialidad y llegara al corazón del asunto.

»Tiene perfectamente sentido, jefe Morse —continuó—. Comprendo exactamente lo que quiere decir. ¿Pero no nos deja un poco confundidos? Es decir, si este envenenamiento concreto no es de los habituales, ¿no significa que será muy difícil de resolver?

Morse se humedeció los labios y se frotó la barbilla con el pulgar.

—No creo que sea tan malo, señor Chornyak —dijo cautelosamente—. Puede que nunca averigüemos *por qué* ha sucedido esto..., ni siquiera parece que el envenenador sepa por qué, ya ve. Pero tiene que ser alguien que esté más confuso de lo normal, alguien realmente muy extraño. Y alguien que no es lo bastante listo como para ser difícil de capturar. Puede que sea tedioso, y llevará tiempo, pero, si autoriza la investigación, atraparemos a esa persona con toda seguridad. Y debo añadir, señor, que si no lo autoriza tendremos que seguir adelante de todas maneras..., el envenenamiento no está muy bien mirado por la ley, ya sabe, no importa lo mal que se haga. Aunque el resultado de la investigación sea inconveniente.

—¿Inconveniente? Una palabra curiosa, dadas las circunstancias.

—Bien, puede verlo usted mismo, señor..., es casi imposible que pudiera hacerlo alguien que no sea un miembro de su familia. Y eso siempre es desagradable para todo el mundo.

—Oh» no lo había pensado —dijo Thomas—. Naturalmente. Pero no importa, amigo mío. Si tenemos un envenenador bajo este techo, aunque sea incompetente, capturemos al bastardo.

—Me alegra oír que se lo toma así, Chornyak.

—¿Hay alguna otra forma de tomárselo?

—A veces la gente se pone furiosa ante la sola idea de que pueda ser uno de lo suyos, señor. Y a veces saben quién es y no pueden soportar ver a la persona descubierta..., y eso es quizá lo peor de todo. Uno nunca sabe cómo lo va a aceptar, porque nunca se sabe quién te está mintiendo. O por qué.

—No somos una de esas familias góticas con cadáveres descomponiéndose en los armarios, Morse —dijo Thomas bruscamente—. Aquí no hay nadie a quien proteger. No encontrará barreras en esta Casa para su investigación excepto las colocadas en su camino por la persona responsable del veneno..., naturalmente, no se puede esperar colaboración del criminal. Pero, para el resto de nosotros, cuanto más rápido resuelva esto, más satisfechos estaremos.

—Es una actitud refrescante, señor Chornyak. Entonces me pondré a trabajar.

—Por favor, hágalo.

—Por cierto, se me indicó la necesidad de mantener todo esto en silencio. Comprendo que todos esos niños suyos ante el público, esparcidos por todas partes constantemente, son muy vulnerables. Puede estar tranquilo, señor Chornyak. Necesitaré unos cuantos hombres aquí para ayudarme, pero no habrá filtraciones. Tiene mi palabra.

—Gracias.

Thomas supuso que la entrevista había terminado, y se dispuso a levantarse para despedir a su visitante, pero Bard Morse permaneció sentado, mirando el informe.

—¿Hay algo más, jefe Morse?

—Bueno, me estaba preguntando... ¿No secuestraron y mataron hace poco los del grupo de Tierrasola a un bebé de una de las familias lingüistas?

Sintiendo que sus fantasmas regresaban para atormentarle, Thomas reconoció que era cierto. Era otra familia, pero una de las Líneas.

—Bien, entonces... ¿le parece que alguien puede haberse convertido en un Tierrasola? Sería muy propio de ellos no ser tan brillantes. ¿Alguna idea?

—Tendría que pensarlo —repuso Thomas—, pero así de entrada no puedo imaginar una cosa así. Nuestra existencia entera, no sólo ahora, sino durante generaciones, se ha basado en la interacción con extraterrestres. Diría que somos unos candidatos muy improbables para Tierrasola.

—¿Hay alguien entonces que pueda entrar y salir libremente de la casa, pero que no viva bajo su techo?

—Únicamente las mujeres de la Casa Estéril. Sólo está a unas manzanas de aquí, y siempre hay mucho ir y venir entre las mujeres.

—Creo que no sé qué es exactamente una «casa estéril», señor Chornyak. El significado del término, quiero decir.

—Puede que le parezca un poco extraño...

—Inténtelo.

—Bien, naturalmente, cualquier familia se preocupa del nacimiento de sus hijos y su cuidado y todo lo demás. Pero es diferente en una Casa lingüista, donde un niño representa una importante unidad en la familia..., en el sentido adulto de importancia. Gran parte de nuestras vidas gira en torno a los niños, en las diversas etapas de su adquisición de lenguajes. Una mujer embarazada tiene aquí una importancia extraordinaria, igual que aquella que tiene un hijo nuevo que va a pasar a la Interface. A las mujeres que no pueden participar en los partos se les hace muy duro; se sienten marginadas, y algunas se deprimen terriblemente. Sienten que ya no forman parte de nada, aunque se trata de una percepción distorsionada y de un típico sentimentalismo femenino. Durante años hemos intentado hacer ver a las mujeres estériles que juegan un papel igual de importante en la economía de la Casa..., y luego, por fin, por su propio bien, les construimos una residencia separada. Cerca, porque *son* importantes, Morse, no sólo en sus papeles habituales de intérpretes y traductoras, sino porque se encargan del cuidado de las niñas pequeñas, descargando algo de peso de los hombros de nuestras otras mujeres. Las necesitamos, y estaríamos en malas condiciones sin ellas. Pero ellas son mucho más felices teniendo su propia casa aparte.

Se sentía cohibido mientras hablaba, pero el detective no dejaba de animarle con sus movimientos de cabeza, y no parecía haber ningún modo más rápido de explicarlo.

—Le aseguro —añadió Thomas—, que si tuviéramos que empezar todo de nuevo no la llamaríamos la Casa Estéril. Al mirarlo ahora, parece cruel y del peor gusto. Pero, cuando fue construido el lugar, se interpretó que sólo era una especie de título provisional, y que se elegiría rápidamente un nombre nuevo... Eso nunca llegó a suceder, y no sé por qué. Ahora es una tradición..., y estoy seguro de que las mujeres que *son* estériles ya no hacen ninguna conexión entre su condición y el nombre. Es sólo un nombre.

—Ya veo —dijo el detective jefe Morse—. Estoy seguro de que es muy sensato cuando se tiene toda la información.

—Gracias. Eso espero.

—Pero, si me permite decirlo, señor, ahora que me lo ha explicado, me parece que esta Casa Estéril es el lugar obvio por donde empezar. Si contiene mujeres con emociones desatadas y desequilibradas, ahí es probable que esté.

Thomas reflexionó al respecto. Las mujeres sentadas serenamente con sus eternos bordados, charlando sobre asuntos en los que ningún humano sensato malgastaría dos



palabras. Las mujeres acudiendo rutinariamente a cumplir sus deberes con el gobierno como habían hecho durante toda su vida, y ejecutando sus funciones tan eficazmente como cualquier otra mujer. Las mujeres que eran ahora viejas y postradas, con niñas pequeñas de la casa sentadas al pie de sus camas, hablando y hablando, proporcionando la práctica absolutamente indispensable con los lenguajes. Mujeres buenas, competentes, dignas de confianza, con las habituales flaquezas de las mujeres y —por lo que él podía percibir— nada más. Pero éste no era su terreno, sino el del detective. No era asunto suyo tejer conjeturas.

—Puede que tenga razón, Morse —dijo—. Lo dejo en sus capaces manos.

—Haré que mis hombres echen un vistazo a ese edificio esta tarde, señor, sólo para dejar las cosas claras. Registrar la cocina en busca de arsénico en el azúcar. Verificar su... Interface, ¿no es así?..., para asegurarse de que no emana nada desagradable. Ese tipo de cosas.

—Estoy seguro de que no hay ningún problema con la Interface, Morse; si lo hubiera, la afectada no habría sido Nazareth.

—No, por supuesto que no, y las hierbas tampoco tendrían nada que ver con ello, señor. Pero es cuestión de rutina sistemática. No sabemos lo que puede intentar esa persona a continuación, tenemos que buscar cualquier cosa que no esté como debería de estar. Lo comprobaremos, señor Chornyak. Y, cuando terminemos con eso, iremos a la Casa Estéril y nos pondremos a indagar en serio. Le tendremos algo preparado lo más rápidamente posible, se lo aseguro.

—Dios —dijo Thomas, contento de ver que la entrevista llegaba finalmente a su fin y que el otro hombre se levantaba—. ¡Qué asunto tan absurdo!

—Alégrese de que sólo sea absurdo —dijo Morse tranquilamente—. Podría ser mucho más que eso, ya sabe. Y tal vez sea un poco más que absurdo para la niña que se está llevando la peor parte.

—Es como cualquier otra adolescente —dijo Thomas, ausente—. Le gusta ser el centro de atención, y se aprovecha de ello. Dudo mucho que sea ni la mitad de malo de lo que ella hace ver.

—Como usted diga, señor Chornyak —repuso el detective—. Estoy seguro de que conoce a su propia hija; yo no. Pero hagámoslo bien, ¿quiere? Aunque esté disfrutando con todo el drama, no es bueno para ella. Tendrá serios problemas con su carácter si se permite continuar con eso.

—Absolutamente cierto —dijo Thomas—. Estoy de acuerdo.

—Entonces me pondré en movimiento. Nos sería de ayuda si avisase al resto de la familia de lo que se espera de nosotros; eso nos ahorrará tener que explicar lo mismo una y otra vez. Por cierto, ¿cuántos son? En la familia, quiero decir.

—Oh..., 91 en la Casa propiamente dicha. Aquí en este edificio. Y 42 más en la Casa Estéril.

—¡Santo Dios, son toda una multitud! —exclamó Morse—. No me extraña que tengan un envenenador... ¡me sorprende que no tengan una docena! ¡Los tendría

cualquiera en tal situación!

—Pero estamos acostumbrados a ello —dijo Thomas—. Hemos vivido de esta forma durante muchísimos años.

—¡Es sorprendente! Habría dicho que era imposible.

—Para nosotros no. Es perfectamente normal.

Morse silbó, todavía sorprendido.

—No creía que ese tipo de multitud pudiera encontrarse en ninguna parte de la Tierra en estos tiempos, Chornyak —dijo—. Me deja de piedra, no me importa decírselo. Y, ya que las cosas son así, será mejor que los tenga preparados a todos para el hecho de que un equipo de policías venga de camino. De otro modo, nos pasaríamos el resto del año presentándonos y explicando nuestras intenciones.

—Tenemos canales de intercomunicación en todas las partes del edificio —dijo Thomas—. Los conectaré todos inmediatamente.

—Gracias, señor. Ahora, si me disculpa...

Thomas le observó marcharse, y luego no perdió tiempo meditando sobre el anuncio. Pulsó la tecla maestra que unía todos los intercomunicadores, incluyendo los de la Casa Estéril, e informó.

—Parece que tenemos un problema —dijo—. Y alguien entre nosotros tiene una idea retorcida de lo que constituye una conducta humana decente. Habrá investigadores de la policía en nuestras instalaciones a partir de esta tarde, y continuarán hasta que averigüen quién es responsable del... malestar de Nazareth. Espero que todos cooperéis plenamente con esos hombres. Espero que os encarguéis de que tengan acceso a todo lo que necesiten, sin excepción. Espero que os ocupéis de que los niños no se metan de por medio o les molesten. Pretendemos llegar al fondo de este asunto en poco tiempo... Si sabéis algo, algo que pueda ser útil, comunicadlo de inmediato a los oficiales de policía. No tenemos tiempo para este tipo de asuntos, ni pienso que ninguno de nosotros tenga estómago para ello. Acabemos pronto. Eso es todo.

En la Casa Estéril, las mujeres permanecían sumidas en el silencio típico que sigue a una súbita conmoción que no puede ser evitada. Aquina se había puesto blanca y se encogió contra una pared mientras Thomas hablaba, y se quedó allí temblando..., ni una sola de las otras mujeres la miró.

La Casa Estéril no podía permitir una investigación por agentes profesionales de la ley. Sería una cuestión muy diferente a tener que ocultar sus secretos del varón ocasional que aparecía para arreglar algún tipo de asunto familiar o entregar un mensaje..., un asunto bastante diferente a distraer a los visitantes ordinarios con uno de sus elaborados «círculos de costura» con sus charlas formales. Los hombres que vendrían a la Casa Estéril Chornyak no serían visitantes casuales sino investigadores entrenados, y tendrían todas las razones para creer que iban detrás de un secreto peligroso... Fuera lo que fuera lo que tenían que encontrar, lo encontrarían.

Y había muchísimo que encontrar, si se sabía buscar.

Estaban, por ejemplo, los instrumentos quirúrgicos de Faye y el laboratorio médico, todo lo cual habría sido causa para serias sospechas incluso en la residencia de un hombre si no se tenía licencia médica para poseer aquello. Pero en posesión de una mujer era absolutamente ilegal. Especialmente aquellos artículos cuyo único uso era para ejecutar abortos o limpiarlo todo después de uno.

Y estaban las alacenas de hierbas. No sólo las venenosas. Estaba también la que contenía uno de los más eficientes anticonceptivos del mundo, traído de contrabando tras correr riesgos terribles por un grupo clandestino de mujeres de todo el mundo.

Y estaba el resto del contrabando. Los libros prohibidos de la época de la Liberación de la Mujer que sólo se permitían a los varones adultos. Las videocintas prohibidas y adoradas..., difusas y estropeadas ahora, pero no menos preciosas por ello. Todos los archivos prohibidos de un tiempo en que las mujeres se atrevían a hablar abiertamente de igualdad de derechos.

Estaban los libros blasfemos..., cuya existencia ni siquiera era conocida. *La Teología del Amabilidamor*, *El Discurso de las Tres Marías*, *El Evangelio de la Magdalena*, que empezaba: «Yo soy la Magdalena, óyeme. Os hablo desde fuera del tiempo. Éste es el Evangelio de las mujeres». Esos libros estaban escondidos aquí. Escritos a mano, y encuadernados a mano dentro de cubiertas que anunciaban: *Recetas favoritas de todo el mundo*. No podían ser encontrados.

Y estaban los archivos del lenguaje secreto. Ésos no significarían nada para los detectives, por supuesto. Pero, si los llevaban a la casa principal para que los hombres los examinaran y explicaran, ellos sí sabrían lo que eran...

Y eso no era todo. Aquéllas no eran en modo alguno todas las cosas secretas y prohibidas que estaban ocultas en las paredes, suelos, recovecos y entresijos de este lugar donde las mujeres vivían siempre sin hombres.

No se trataba de que las mujeres de la Casa Estéril Chornyak tuvieran miedo de pagar la pena por sus crímenes. Podrían enfrentarse a aquella perspectiva, como siempre lo habían hecho. Era la *pérdida*, la terrible pérdida... Entonces se registrarían todas las Casas Estériles. Las tablas de los suelos serían levantadas. Las macetas vaciadas. Los campos excavados. Y la única fuente que tenían las mujeres de las Líneas hacia tantas cosas que creaban la diferencia entre una vida insoportable y una que sólo era miserable desaparecería. Cosas que las mujeres necesitaban, cosas que las mujeres tenían prohibido poseer, cosas que habían tardado docenas de años y peligros en acumular... desaparecerían. Y las mujeres tendrían que comenzar de nuevo, con los hombres observándolas ahora para asegurarse de que fracasaban.

No podían permitir que sucediera, y eso era lo único que importaba; no había lugar a la discusión. La única pregunta era: ¿Qué podían hacer para evitarlo?

En medio del largo silencio, finalmente, alguien habló; vacilante, con la voz apagada por la tensión.

—Tal vez podamos conseguir... —aventuró—. De todas las mujeres del planeta, somos las más hábiles en la comunicación y las más habituadas a practicar el engaño. Tal vez podamos conseguir despistar a la policía... ¿Creéis que podríamos? Sólo son hombres como los demás.

—Entrenados para investigar —dijo Grace—. Entrenados para descubrir secretos.

—Y buscar a cierto tipo de personas que pudieran encontrar placer en envenenar a niñas pequeñas —dijo Faye—. Una psicópata, o una sociópata..., tan perdida en su locura que ni siquiera siente que hay necesidad para tener cuidado. Todos conocemos el perfil de ese tipo de loca. Si tratamos de «despistar» a los hombres en esta situación, se enterarán de cosas acerca de nosotras de las que incluso nosotras mismas hemos olvidado que hay que preocuparse. Y destruiremos las Casas Estériles. No, Leonora..., no podemos conseguirlo. No es posible.

Hablaron incansablemente, ignorando a Aquina, aún acurrucada junto a la pared pero no derrumbada desdichadamente como un puñado de harapos. Ella había provocado esta situación, y eso era una carga suficiente para destrozar a cualquiera. No había nada que pudieran hacer por Aquina, aunque tuvieran tiempo para preocuparse de ella.

—*Tenemos* que tomar una decisión, y rápidamente —dijo Susannah al cabo de un instante, y las otras murmuraron su acuerdo—. Los niños nos han dicho que los hombres no llegarán aquí hasta mañana por la mañana..., pero no podemos contar con eso. Podría ser una estratagema..., podrían llamar a la puerta en este mismo momento. Tenemos que decidir lo que vamos a hacer.

Como Thomas, lo abordaron finalmente como habrían abordado un problema de análisis lingüístico. Expusieron todos los datos, y formularon varias hipótesis. Propusieron algunas soluciones, y examinaron rápidamente cada una de ellas, con sus defectos y sus virtudes.

—Recordad —les advirtió Caroline—: En cuanto descubran que hay *un* solo secreto aquí, será el fin..., se preocuparán hasta que descubran lo último que tengamos que esconder. Y lo que ellos no comprendan de las cosas que encuentren, lo hará Thomas Blair Chornyak.

—La única defensa real que hemos tenido —se lamentó Thyrsis—, es que nadie nos ha tomado nunca en serio. Los hombres siempre han pensado que somos mujeres estúpidas que practican estúpidos juegos femeninos..., tienen que seguir pensándolo.

—¿No podemos comportarnos de manera inusualmente estúpida?

—No.

Dejaron hablar a Aquina mientras les proponía alterar todas las Casas Estériles y quemarlas para destruir las pruebas, y luego la dejaron darse cuenta por sí misma de que el resultado sería la misma catástrofe total, sólo que realizada más rápidamente aún de lo que lo conseguirían los hombres.

—No se puede evitar que encuentren cosas —dijo Grace lentamente—. Eso va a suceder, si buscan.

—Y ése es el punto crucial —dijo Caroline—. Ése es exactamente el punto. Ahora tenemos la cuestión que cuenta: ¿Qué les puede impedir venir aquí? ¿Qué les puede hacer descartar la visita, no *empezar* a buscar?

Como ninguna dijo nada, suspiró y continuó.

—Bien, voy a decíroslo. Sólo una cosa.

—¿Cuál es?

—Si creen que el problema ha quedado resuelto. Si piensan que no es necesaria ninguna investigación, simplemente... porque ya han descubierto a su envenenadora sin necesidad de buscarla.

—Ah —gimió Faye—. ¡Sí! ¡Eso serviría! ¡Una de nosotras tiene que confesar, antes de que puedan empezar a buscar!

—Convincentemente —asintió Caroline—. No solo: «Oh, lo siento, oficial, lo hice con mis pequeñas pociones...».

—¿Pero *quién*? No tendrán contemplaciones con ella... ¿Quién?

Aquina las miró como si hubieran perdido la cabeza y declaró que no era una cuestión a discutir. Aquello era culpa suya, ella era la responsable, de modo que tenía que ser ella. Le dijeron que callara la boca.

—Dirías demasiado, Aquina —dijo Susannah, tratando de ser amable pese de su profunda ira hacia aquella estúpida descuidada—. Vaya si lo harías. Te daría por la política y soltarías un discurso. Y, antes de que te dieras cuenta, ya habrías dicho una palabra de más... Lo siento. No puedes ser tú, Aquina.

Entonces, ¿quién? Todas temían conocer la respuesta.

Fue Susannah quien dijo lo que todas sabían que había que decir.

—En realidad, sólo hay una opción —murmuró—. Sólo una opción posible. Porque no es cuestión de elegir a alguien dispuesta a sacrificarse. No es cuestión de elegir a alguien que sea, como dirían los hombres, prescindible. Es cuestión de elegir a alguien que sea creíble, a la vista del perfil que la policía y los hombres han creado para su envenenador. Queridas, sólo hay una mujer que encaje en todas esas especificaciones..., y se lo tragarán como una cucharada de chocolate y miel. Tiene que ser Belle-Anne.

Belle-Anne Jefferson había venido a la Casa Chornyak como una novia hermosa y joven. Había sido elegida para uno de los hijos más joven que parecía un anuncio de «En Forma», y habían tenido grandes esperanzas. Después de tres años de intentarlo, cuando seguían sin llegar nuevos hijos para pasar a la Interface y los médicos le dijeron a Thomas Chornyak cuál era el problema, éste se negó a creerlo.

—No es posible —dijo llanamente—. Estoy dispuesto a admitir un amplio espectro de probabilidades en este universo, ya que he visto muchos ejemplos que están fuera de tiesto en términos terrestres..., pero no creo *esto*. Busquen otra vez, caballeros, y tráiganme una explicación que no parezca el Cuento del Útero y el Testículo Malvado.

Pero regresaron exactamente con la misma historia. Belle-Anne Jefferson-Chornyak, de veinte años y con una figura hermosísima, podía, por la fuerza de su voluntad, matar al más lujurioso esperma que ningún hombre pudiera producir.

Thomas se enfureció y declaró que nunca había oído hablar de nada así.

—No es común —admitieron los médicos.

—¿Están *seguros*?

—Completamente. Se introduce esperma en esa muchacha, no importa cómo, y ella aprieta su botoncito, y el esperma *muere*. Se acabó.

—¡Bien, sobrepasen ese estadio!

—Lo intentamos. Implantamos un embrión perfectamente fertilizado con el esperma de su esposo, todo lo hermoso y sano que se quiera.

—¿Y?

—Dos días más tarde, aborto espontáneo. Creo que tardó dos días porque era algo nuevo para ella. Cuando lo intentamos de nuevo, suponiendo que no era culpa suya, sólo tardó treinta minutos.

—¡Por el árbol de Judas!

—Así fue. Puede darle gracias a Dios de que no sea un truco que las mujeres puedan aprender a escala general, Chornyak, o tendríamos problemas..., aunque la mayoría de las mujeres no tengan interés en ese tipo de asuntos. La mayoría de ellas se sienten encantadas con las criaturas meonas.

—Pero Belle-Anne no.

—Belle-Anne no.

—¿Han visto este caso antes?

—No..., sólo hay media docena de casos en la literatura médica completa. Es verdaderamente raro. Fascinantemente raro. Oh, hay mujeres que pueden elaborar por sí mismas lo suficiente como para abortar un feto que no lo habría hecho de forma normal..., pero, básicamente, es un fenómeno extraño.

—Y tengo que tenerla en mi casa —maldijo Thomas, y los médicos sonrieron compasivamente—. ¿Cómo lo hace? ¿Podemos traer a los terapeutas y convencerla de que deje de hacerlo?

—Bueno..., no lo sabemos —dijo uno de los médicos, y los otros parecieron dudar—. De hecho, ella dice que lo hace rezando. ¿Puede imaginarlo?

—¿Qué? ¿Quiere decir que la pequeña furcia lo *admite*?

—Oh, sí.

—Bien, por... —Thomas guardó silencio, furioso, un fenómeno extraño propio.

—No se trata de que no sea consciente de lo que hace, ya ve —le dijeron—. Lo hace a propósito. Creo que intentar cambiar la mente de la joven sería una pérdida de tiempo, dinero y energía. Ella podría ser muy resistente..., estamos hablando de años de terapia, a un coste tremendo. Chornyak, el mundo está lleno de jóvenes hermosas... ¿merece realmente la pena?

Y, por eso, una joven hermosa como Belle-Anne, con sólo veinte años y eminentemente apetecible, había terminado divorciada y residiendo en la Casa Estéril Chornyak.

La familia había discutido bastante con Thomas. Después de todo, era un deliberado acto de sabotaje por parte de la muchacha lo que la hacía inútil para la maternidad; ¿por qué tenían que soportar los gastos de mantenerla durante el resto de su vida?

—Yo digo que la enviemos de vuelta con su padre —dijo su ex-marido, que estaba comprensiblemente molesto, y que mostraba en la cara la afilada expresión del decente período de espera que se requería de él antes de que pudiera tomar otra mujer o esposa más útil.

—No —dijo Thomas llanamente, y Paul John le apoyó todo el tiempo—. Cuando tomamos a una mujer bajo este techo y aceptamos la responsabilidad de su bienestar, la aceptamos como se dice en la ceremonia de boda..., para bien o para mal, hasta que la muerte nos separe. Mis preferencias personales no serían enviarla de regreso con su padre, sino tirarla desde lo alto de un acantilado. Pero no es así como la familia hace las cosas.

Y ése había sido el final de la discusión.

Belle-Anne no tendría problemas para convencer a la policía; la creerían. Y Thomas Blair Chornyak no pondría ninguna objeción contra ella.

Tenía que hacerse de aquella manera, aunque les rompiera el corazón.

La manía religiosa puede ser terriblemente peligrosa en la hembra humana, en especial si no se detiene en los primeros estadios. El estereotipo, la mujer que reza públicamente hora tras hora, que oye voces y ve visiones y está ansiosa por contárselo al mundo, es fácilmente reconocible, por supuesto. Pero pocas mujeres encajan en ese estereotipo, a menos que haya una psicosis obvia. En cambio, vemos lo que parece ser solamente una encantadora modestia y humildad, una agradable falta de interés en las cosas materiales, una dulzura de palabra y obra casi atractiva..., y sólo cuando esta criatura aparentemente encantadora se ha sumido profundamente en la teofilia nos damos cuenta súbitamente de lo que estamos tratando.

Debemos continuar aconsejando a nuestros clientes a que animen a sus mujeres a ser religiosas, porque la religión ofrece uno de los métodos más dignos de confianza para el manejo adecuado de la mujer; la religión ofrece una cura soberbia para la mujer que de otro modo tendería a ser rebelde e incontrolada. Sin embargo, caballeros, sin embargo..., debo advertirles que insistan en que el hombre debe encontrar tiempo cada pocos meses para mantener una conversación religiosa con las mujeres de las que es responsable, por agotador que esto sea. Diez minutos de charla cuidadosamente estructurada sobre el tema causarán casi inevitablemente que la mujer dada a excesos religiosos traicione su desorden. Es tiempo bien invertido.

(Krat Lourd, Doctor de Filosofía, en un panel de la Reunión Anual de la Asociación Americana de Feminólogos)

Pocos minutos antes de las ocho, Belle-Anne ya estaba sentada en la sala de interrogatorios de la comisaría, donde los oficiales la habían conducido frenéticamente como medio de observar su promesa de que no habría publicidad. A Belle-Anne no le preocupaba la discreción, y le sonreía a Morse como si los dos hubieran salido a dar un paseo.

—Ahora, déjeme que me aclare —decía Morse—. Vino usted aquí, por propia voluntad, para confesar el intento de asesinato de Nazareth Joanna Chornyak. Porque no quería que nosotros revolviéramos la casa. ¿Es eso lo que está diciendo?

—Detective Morse —dijo Belle-Anne—, trabajamos muy duro para mantener hermosa la Casa Estéril. Y descansamos muy poco, con el trabajo que hacemos como lingüistas, y el cuidado de las mujeres que están enfermas, y una cosa y otra. No necesitamos un montón de hombres deambulando por la casa manchando el suelo con las botas y dejando huellas de dedos sucios por todas las paredes y los muebles.

—Ya veo.

—Además, no hay razón por la que las otras mujeres de la Casa Estéril tengan que soportar nada de esto... Después de todo, fue idea mía y sólo mía. Considero que mi deber cristiano es evitar a las demás las consecuencias de mi torpeza.

—Torpeza.

—Sí, en efecto. El buen Dios me dijo que tuviera cuidado, y lo intenté; pero ya ve que no salió bien.

—¿Tal vez el buen Dios cometió un error?

—¡Capitán! —Belle-Anne levantó la barbilla y le atravesó con una mirada furiosa—. ¡Blasfemo!



—No soy capitán, señora. Soy detective jefe.

—Bien, lo que sea, corre el peligro de ir al infierno de cabeza. Si yo fuera usted, le pediría perdón al Todopoderoso.

Bard Morse dejó que sus cejas se alzaran hacia sus cabellos cada vez más escasos, y conectó la grabadora. Esto iba a ser pan comido, y ni siquiera había desayunado todavía.

—Señora Chornyak —dijo cuidadosamente—, ¿comprende que si hace una confesión y la firma no se le permitirá cambiar luego de opinión? No podrá echarse atrás, querida.

—No he hecho nada de lo que deba avergonzarme —dijo Belle-Anne tranquilamente; más tarde, Morse le diría a Thomas que se había mostrado «absolutamente orgullosa, si me lo permite», y Thomas declararía que desde luego podía creerlo—, excepto que he fracasado en mi misión divina. Pero el Señor sabe que lo hice lo mejor que pude, y Él me perdonará. Otra cuestión es que vaya a perdonar al resto de ustedes, paganos.

—Muy bien, señora, trataré de no volver a ofender al Señor. Pero quería asegurarme de que me comprendía.

—Puede estar completamente seguro de que sí.

—Muy bien, entonces... He puesto esta grabadora en marcha, señora Chornyak. A medida que vaya hablando, el ordenador de la otra sala transcribirá lo que diga, y entonces uno de los hombres traerá una copia en papel para que la firme, y ya veremos qué se hace a continuación. ¿De acuerdo, querida?

—Sí, capitán.

—No soy... —empezó a decir Morse, y luego suspiró y lo dejó correr—. Diga solamente lo que le dijo al hombre de recepción antes de que la trajeran aquí conmigo, señora Chornyak. Hable con naturalidad, por favor, en un tono de voz normal. Declare su nombre y todo lo demás, y después comience.

Belle-Anne cruzó las manos sobre la mesa que tenía delante, le miró directamente a los ojos, sonrió como un ángel, y recitó su papel.

—Me llamo Belle-Anne Jefferson-Chornyak —dijo serenamente—. Soy una esposa divorciada de la Casa Chornyak de esta ciudad, y el viernes de la semana pasada cumplí treinta años. Exactamente..., bueno, no, debería decir aproximadamente..., hace aproximadamente un año, estaba sentada en el jardín de la Casa Estéril Chornyak, donde he vivido los diez últimos años. Contemplaba un pájaro en un árbol de mimosa, y esperaba a que viniera una niña pequeña de la Casa Chornyak para hablar conmigo en húngaro durante una hora..., cuando, de repente, apareció un ángel del Señor y me dijo: «¡Escucha!».

Morse asintió y sonrió, y trazó un círculo con el dedo índice para indicarle que continuara.

—Bien, como puede imaginar, me quedé muy sorprendida. Y aunque oí al Señor Dios Padre hablar desde las nubes sobre mi cabeza, pensé que tal vez había cogido un

poco de fiebre, ¿sabe? Pero otro ángel vino a colocarse junto al primero, y la Virgen María descendió en una nube de oro para situarse entre ellos. Y me dijo que todo era verdad. Y que el Señor me había elegido para la tarea de acelerar el paso de Nazareth Joanna Chornyak al hogar del Padre Celestial.

Belle-Anne se detuvo y le concedió al detective todo el beneficio de su brillante mirada.

—Verá, capitán —dijo, al ver que él no decía nada—, aunque pocas personas parecen darse cuenta de ello, hay mujeres cuyos cuerpos no están hechos para el uso de los hombres humanos. Yo soy una de esas mujeres, y Nazareth Chornyak es otra. Somos, capitán, las esposas de Cristo, y nos reservamos solamente para Él, y aquellos que abusen de nosotras sufrirán tormentos inenarrables para siempre jamás. Pero, por supuesto, si yo interviniera y le dijera a Thomas Chornyak lo que el Señor tenía en mente para Nazareth, se habría reído de mí.

Bard Morse podía creer *aquello* sin dificultad, y se lo dijo.

—Y así todo quedó en mis manos, ya ve, aunque ha sido un gran alivio en mi tarea el que los ángeles estén siempre a mi mano derecha, o volando sobre mí en su gloria, cantando y alabando al Padre Celestial para mantener vivo mi espíritu y animarme cuando desfallezco. Y ya que estoy familiarizada con el uso de hierbas y plantas, me pareció que sería mucho mejor si usaba un método, un método *natural*, que la llevara a los dulces pies del Amado, antes que..., bueno, golpearla en la cabeza con una roca grande, por ejemplo. Las rocas son también, por supuesto, creaciones naturales del Todopoderoso, igual que las plantas y la hierba que cubren el mundo de nuestro Padre..., pero no soy una mujer violenta. Lo habría intentado si la Virgen me hubiera dicho: «Coge esa piedra de ahí y destruye a Nazareth Joanna Chornyak», pero no lo hizo. Quedó a mi elección decidir el medio, y por eso puse un poco de veneno en la comida y en la bebida de la niña. Me temo que eso la hizo sentirse horriblemente molesta.

Morse pulsó la tecla de PAUSA y detuvo la cinta. La mujer estaba decididamente loca.

—¿Quiere especificar un poco? —le pidió—. ¿Sólo para nuestros archivos? ¿Qué sustancias utilizó, qué tipo de cosas?

Belle-Anne se había asegurado de que lo sabía todo la noche anterior, por si los oficiales aparecían en la Casa Estéril antes de la mañana, y lo que dijo para el disco encajaba con los hechos que la policía tenía a su disposición. Bastante cerca.

¡Estaba segura de que no esperarían que *su* memoria fuera intachable! Sólo tenía que acercarse, y lo hizo.

El detective desconectó la máquina y le palmeó amablemente la mano.

—Nos ha ahorrado a nosotros y a los habitantes de su casa muchos problemas, señora Chornyak. Quiero que sepa que lo apreciamos.

—Oh —gorjeó Belle-Anne—. ¡Sólo vivo para servir!

—Naturalmente —dijo Morse—. Claro que sí, encanto.

—Alabado sea el Señor —dijo Belle-Anne formalmente—. Alabado sea su Santo Nombre.

—Sí, eso es —coincidió Morse, pasándole la copia en papel para que la firmase, mientras su ayudante miraba al techo y silbaba entre dientes. No tendría que decirle al hombre que llamara a la ambulancia para el hospital mental. El ayudante estaba allí cuando Belle-Anne entró canturreando y le dirigió al hombre de recepción un ferviente: «¡Aleluya, es otra hermosa mañana en el mundo de nuestro Padre!», y a continuación anunció tranquilamente que era la envenenadora Chornyak y que lo había hecho por Dios y la Bendita Madre y una cohorte de ángeles.

—La verdad es que nunca los llegué a contar, ¿sabe? —le confesó al atónito sargento de recepción—. No me pareció correcto..., señalar con el dedo y todo eso.

Era el tipo de asunto que hacía que Morse conservara su puesto de policía. Cada vez que pensaba en retirarse recordaba algo parecido, y advertía que si se hubiera retirado se lo habría perdido, y decidía quedarse. No se habría perdido esto por nada del mundo; sólo lamentaba que no pudiera hablar sobre el tema alrededor de unas cuantas copas en los vestuarios. Habría sido una historia magnífica. Era pura suerte que no hubiera presente ningún periodista aburrido buscando un borracho gracioso para tomarle fotos cuando Belle-Anne decidió confesar su extravagancia.

—¿Cree que me ahorcarán, capitán Morse? —preguntó Belle-Anne, con los ojos castaños muy abiertos en aquella hermosa cara, enmarcados en unas pestañas como terciopelo.

—Oh, estoy seguro de que no —la tranquilizó, aunque no parecía preocupada en absoluto. Curiosa, tal vez, pero no preocupada—. Estoy seguro de que no tendrá que preocupar su hermosa cabecita con cosas como ésa.

No, señor. Esta joven dama no iba a tener que preocuparse por nada nunca más, o ni siquiera pensar en algo. Cuando acabaran con ella, no quedaría lo suficiente de su cerebro como para poder recitar el alfabeto. No tenía absolutamente nada de qué preocuparse.

Morse llamó a Thomas Chornyak y le dijo que olvidara a los detectives que esperaba en su casa, mientras contemplaba a Belle-Anne por el rabillo del ojo al tiempo que hablaba para asegurarse de que no había nada fuera de lo común en lo que pasaba por su mente. Este caso estaba cerrado.

Thomas sabía cómo amaban las mujeres a Belle-Anne, por extraña que fuera. Envió a alguien firme a la Casa Estéril para notificárselo. Y, como de costumbre, se produjeron los llantos y quejas e histerias esperadas, seguidas por el discurso que Thomas había especificado.

—Ahora, tened en cuenta esto —dijo Adam, comportándose como un hombre—. Quiero que todas sepáis que aprobamos en principio el completo interés que tenéis en ser cristianas entusiastas. Estoy seguro de que todos nos beneficiaremos de vuestra devoción. Pero sea lo que sea lo que habéis encontrado en el camino del fervor religioso y ha causado este... exceso, tendrá que acabar. Sabemos que Belle-Anne

nunca fue del todo estable; probablemente perdió la cabeza fácilmente. Y estamos seguros de que por vuestra parte sois completamente inocentes. Pero esto ya ha ido demasiado lejos. Iréis a la iglesia de la manera habitual, y haréis lo que os diga el reverendo, y ahí os quedaréis. Nada de hermosos embellecimientos. ¿Está claro?

Lo estaba, le dijeron mientras aún lloraban y gemían.

—Y Thomas también quiere que sepáis que, aunque está seguro de que no hay nadie más en esta casa que pudiera sentir que el Señor la ha escogido personalmente para hacerse cargo del contrato divino que Belle-Anne ha dejado sin cumplir, no tiene intención de correr ningún riesgo. De ahora en adelante habrá guardias con Nazareth mientras esté despierta; y una cámara de comset la vigilará cuando duerma. Sólo para estar absolutamente seguros de que nadie más decida que es Juana de Arco montada en un unicornio blanco, dispuesta a realizar actos sagrados. ¿Está claro?

Le aseguraron que lo estaba; ciertamente, así era. Todo estaba entera, perfectamente claro.

«¿Cómo se encaja un rosetón  
en un universo  
que no tiene superficies curvas?»  
(Oh, pobre rosa afilada que es todo espinas  
anidadas dentro de espinas...,  
¿de qué puedes ser símbolo?)

«¿Cómo se encaja un rosetón  
en un universo  
que no tiene principios de simetría?»  
(Oh, pobre y fea rosa desequilibrada  
que es todo defectos  
anidados (?) dentro de defectos...,  
¿Para qué puedes ser ansia?)

(de *Respecto al Traductor Universal*, poema del siglo XX)

## OTOÑO DE 2.182...

—Esto es una estupidez —dijo Beau St. Clair.

—Estoy de acuerdo —respondió Lanky Pugh—. Propongo que lo cancelemos. —  
Y, como sabía que Arnold Dolbe lo encontraba enervante, sacó su navajita de bolsillo  
y empezó a limpiarse las uñas, con un aire de total dedicación a la tarea.

Dolbe trató de no gemir, consiguió emitir un suspiro gorjeante, y agitó  
inútilmente sus dedos.

—Mirad, amigos —dijo—. Atended. No es cuestión de estupidez o no. La  
estupidez no tiene nada que ver con el tema. El Pentágono dice que nos reunamos  
sobre esto..., y nos reunimos. Lo sabéis tan bien como yo, así que no me echéis la  
culpa.

—Mierda —dijo Lanky.

Showard consideró la situación, y decidió que Lanky Pugh ofrecía un modelo  
satisfactorio que emular; sacó su navajita y empezó a limpiarse también las uñas,  
intentando componer un dueto con las dos navajas, uniendo sus movimientos con los  
de Lanky.

—Entonces adelante, Dolbe —dijo—. *Reunámonos.*

—Bien, creo que estamos contra una pared vacía —dijo Dolbe. Un músculo se  
crispó en su mejilla derecha, y se lo frotó, irritado. Sabía que sería peor, y muy pronto  
uno de sus párpados se uniría al baile de retortijones, y se pasaría semanas con  
ambos, sin que los malditos examinadores médicos pudieran hacer nada. Dolbe tenía  
la sensación de que ya era suficientemente malo medir uno noventa y pesar sólo  
sesenta kilos, ser calvo y tener un cráneo que era un collage de bultos y arrugas e

irregularidades, tener un rostro por el que ni siquiera su madre sentía afecto..., no era justo que además de todo aquello tuviera que sufrir tics nerviosos. Se sintió miserablemente consciente de sus cargas, de la injusticia de todo, y el músculo saltó de nuevo. Posó una mano con elaborada indiferencia sobre la mejilla rebelde y dijo —: No veo que nos quede nada por hacer. Eso es todo.

Los otros hombres le miraron sombríamente, y en sus caras apareció escrito con claridad que no era ningún tipo de inspiración para ellos.

—Bueno, de veras —dijo a la defensiva—, lamento no tener el plan más brillante del mundo que ofrecer, pero tampoco he oído que ninguno de vosotros tenga nada mejor.

—Se supone que tú eres el que *dirige*, Dolbe, ¿recuerdas? —pinchó Showard—. Un principio importante y profundo..., los líderes dirigen.

—Maldito seas, Showard —dijo Dolbe, huraño además de nervioso—. Maldita sea tu alma.

—Gracias —respondió el otro hombre, y lo desarmó—. Eso es una gran ayuda. Ya que te niegas a hacer otra cosa que quejarte, me haré cargo..., repasémoslo una vez más, tropa. ¿Qué hemos hecho..., y qué no?

St. Clair le secundó.

—Hemos probado los ordenadores..., no nos muestran pautas útiles, o ningún otro tipo de pautas en los lenguajes no humanoides. O al menos eso es lo que nos dice Lanky, y me fío completamente de él en lo que se refiere a los ordenadores. Los ordenadores pueden ayudarnos *después* de que desentrañemos un lenguaje..., pero no son buenos en la etapa inicial. Ésa es una.

—Cierto —dijo Lanky Pugh—. Ésa es una, y definitiva. Si los ordenadores pudieran hacerlo, lo habrían hecho.

—Los niños humanos —continuó St. Clair—. Aunque hemos seguido las acciones de los lingüistas hasta la última coma, no nos han servido de nada..., no pueden pasar a la Interface con alienígenas no humanoides. Y arrojar unos cuantos más al pozo no nos atrae a ninguno..., es inútil. Y horrible. Y estúpido. Con eso son dos.

—Una, dos, adelanta el reloj —murmuró Brooks Showard.

—Y luego está la estrategia del niño lingüista. También ha sido un fracaso. No hay diferencias con ningún otro bebé..., un completo lío. Y no tenemos ni idea de por qué. Lo que significa que secuestrar a unos pocos bebés lingos más y hacerles pasar por lo mismo sería inútil, horrible, etc., como antes. Hemos pasado meses analizándolo y no hemos averiguado nada. Con eso son tres.

Esperó a que alguien hiciera algún comentario, pero todos permanecieron en silencio.

—Y eso es todo —concluyó—. Por lo que sé, es todo lo que hay. Los adultos no pueden adquirir lenguajes..., no hay más alternativas.

—Maldición —urgió Dolbe—, maldición, tenemos una *misión*. El destino de este planeta, y de todos los que vivimos en él, depende de *nosotros*. No podemos renunciar..., tenemos que hacer algo.

—Me pregunto... —murmuró Lanky Pugh, pensando que si se hurgaba los dientes con la navaja Dolbe se pondría aún más nervioso, lo cual le parecería perfecto —. Me pregunto qué siente ese bicho de Beta-2 respecto a nuestra «misión». Quiero decir que lleva aquí un montón de tiempo...

—Lanky —suplicó Dolbe—, por favor, no saques ese tema. Por favor. Por lo que sabemos, le encanta estar aquí. Somos muy buenos con él.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabemos?

—Lanky...

—No, hablo en serio. ¿Cómo sabemos que no tiene una esposa e hijos con los que le gustaría estar en vez de con nosotros?... Tal vez tenga seis esposas e hijos. O maridos. O lo que sea.

—Lanky, no lo sabemos, y no podemos permitirnos preocuparnos por ello. Vamos, dejemos el tema tal como está.

Lanky se encogió de hombros y se dedicó al proyecto de hurgarse los dientes, advirtiendo con satisfacción los escalofríos de Dolbe. Aquello le encantó.

—¿Brooks? —dijo Dolbe—. Brooks, eres nuestro hombre de ideas. Ofrécenos una.

—Ya *sabes* lo que haría —dijo Showard.

—¿Poner a un par de docenas de lingüistas a fuego lento hasta que accedieran a ayudarnos?

—Como mínimo.

—No podemos hacer eso.

—¡Entonces no me molestes, Arnold! —exclamó Showard—. Nuestro problema es bastante simple... ¡no sabemos qué estamos haciendo mal, las únicas personas que saben hacerlo son los jodidos lingüistas, y no van a decírnoslo! No veo nada sutil ni complejo en todo esto..., tienen que ser *obligados* a ayudar, ya que no lo harán por propia voluntad. Podéis quedaros aquí diciendo lindezas y esperando hasta que os descompongáis, pero eso no cambiará las cosas. Estamos perdiendo el tiempo.

—Es humillante —dijo St. Clair.

—¿Qué? ¿Fracasar el cien por ciento de las veces?

—Eso está claro. Pero me refería a que es humillante que, con todos los recursos científicos del universo civilizado tras nosotros, no podamos averiguar qué es lo que saben los lingüistas. Es degradante.

—Tienes razón, Beau. Lo es. Pero así son las cosas, y así han sido desde que todos podemos recordar. Llorar no servirá de nada, pero obligarles a decírnoslo sí. Si no fuéramos tan refinados y no tuviéramos tantos escrúpulos...

—¿Tenemos algún tipo de presión que podamos ejercer sobre los lingüistas?

—No. Son ellos quienes tienen toda la presión.

—¿No podríamos declarar en público que el Jefazo Chornyak está jugando con nosotros mientras pretende que no se ensuciará las manos con eso?

—¿Por qué? —inquirió Showard—. ¿Qué ha hecho, Beau?

Venir a las reuniones cuando se lo hemos pedido. Nunca ha filtrado nada..., siempre cumple su parte al completo.

—Pero quiere que se mantenga en secreto, Brooks. Quiere que se mantenga en secreto. Podríamos hacerlo público.

—Claro —dijo Dolbe—. Y entonces podría explicarle al público qué es lo que sucede con los bebés que presentan voluntarios para Trabajo Gubernamental. Lo haría realmente bien. Y para seguir, podría decirles cómo secuestramos a los bebés de los hospitales cuando los padres no los presentan voluntarios.

—Cristo... ¿sería capaz de hacerlo?

—¡Ah, demonios, Beau! Claro que lo haría —respondió Showard—. Y cuando termine pareceríamos asesinos, exactamente lo que somos, debería añadir. Lo dejaría todo de tal forma que no habría ninguna pena para él ni por parte del público ni de las Líneas. Ese Thomas Blair Chornyak es un hombre listo, y si añadimos que es lingüista tenemos que es listo al cubo. No practica juegucitos de niñas.

—Bien, como dice Arnold, tenemos que hacer *algo*.

—Sí. Podríamos irnos todos a hacer puñetas.

—Escuchad —dijo St. Clair—, ¿cuánto sabemos realmente de por qué los bebés no soportan la Interface? Quiero decir que no hay duda de que no *pueden*..., he visto lo suficiente para creer eso y más..., pero, ¿hay algo que sepamos sobre el problema que pudiéramos usar de alguna manera?

—Revisemos eso, amigos —alentó Dolbe, *dirigiendo* ahora que alguien le había señalado la dirección. Tira por allí, Dolbe..., adelante carretas, Dolbe...—. Repasémoslo una vez más.

—No hay nada por ese lado —dijo Lanky Pugh—. Lo he repasado con los ordenadores ya no sé cuántas veces..., no hay nada.

—A veces el cerebro humano tiene ventajas sobre los ordenadores, y te pido perdón por la blasfemia, Lanky —dijo Dolbe—. Vamos a darle otra oportunidad.

—De acuerdo —dijo Showard—. De acuerdo. Primer principio: La realidad no existe. La construimos percibiendo estímulos del entorno, externo o interno, y haciendo valoraciones sobre el mismo. Todo el mundo percibe la materia, todo el mundo hace valoraciones, todo el mundo, por lo que sabemos, comprende lo suficiente para ir tirando, de manera que cuando digo «Pásame el café» sabéis qué es lo que tenéis que pasarme. Y eso es la realidad. Segundo principio: La gente se acostumbra a un cierto tipo de realidad y llega a esperarla, y, si lo que perciben no encaja en el grupo de valoraciones en las que todo el mundo está de acuerdo, entonces la cultura tiene que examinarla hasta que encaja... o la descarta.

—Duendes... —murmuró Beau St. Clair—. Ángeles.



—Sí. No están en el marco de valoraciones de la realidad de esta cultura, así que si son «reales» no los vemos, no los oímos, no los olemos, no los sentimos..., no los saboreamos. Si podéis soportar la idea de no-saborear a un ángel —se echó hacia atrás y cruzó las manos tras la cabeza, dejando que la navajita se bamboleara—. Ahora, el tercer principio: Los seres humanos están formados para esperar ciertas clases de percepciones..., ahí es donde empiezan los problemas. Los científicos cognitivos nos dicen que, sea cual sea esa formación en los terrestres, está razonablemente cerca de como sea en los alienígenas humanoides, porque los cerebros y sistemas sensores son bastante similares, aunque algunos humanoides tengan tentáculos brotando de sus orejas y otros no. Y los lingüistas nos dicen que, como la formación es bastante parecida, se puede coger un sistema cerebro-más-sentidos que no esté aún fijado, digamos el de un bebé, y éste sí puede hacer manifestaciones sobre lo que percibe, aunque no esté en las reglas consensuadas. Los bebés no saben qué se les viene encima, y tienen que aprender. Y, si no es *demasiado* diferente de lo que están preparados para percibir, pueden conseguirlo. Pueden incluirlo en su realidad.

—Hasta ahora, nada —dijo Lanky—. Como dije.

—Cuarto principio —continuó Showard—: Incluso un bebé, aunque sea todavía nuevo a estas percepciones, no puede conseguirlo cuando se enfrenta a una percepción tan completamente diferente de la humanoide que no puede ser procesada, y mucho menos declararlo.

—Los bebés no hacen declaraciones —dijo Lanky, disgustado—. Mierda. Todo lo que pueden hacer es...

—Lanky —dijo Beau St. Clair—, te equivocas. No pueden expresar las palabras que tú expresarías, no pueden *pronunciar* las valoraciones... pero las hacen. Como: «Lo que veo es algo que he visto antes, así que miraré otra cosa que *no* he visto antes». Como: «Ese ruido es mi madre». Cosas así.

—Mierda —repitió Lanky—. Duendes y ángeles. Mierda de duendes y mierda de ángeles.

Estaban acostumbrados a Lanky Pugh. Continuaron a su pesar.

—Así que eso es lo que sabemos —dijo Showard—. Hay algo sobre la manera en que los alienígenas no humanoides perciben las cosas, algo sobre la «realidad» que componen de los estímulos, tan imposible que destroza a los bebés y destruye su sistema nervioso central permanentemente.

—¿Como qué? —preguntó Lanky.

—Pugh —dijo Showard—, si lo supiera, mi sistema nervioso central habría sido destruido permanentemente, y seguro que no podría decírtelo.

—Oh, mierda —dijo Lanky.

—La solución obvia —intervino Dolbe, contento de llegar al menos a algo que comprendía—, es desensibilizar.

—Sí —repuso Brooks—. Y Dios sabe que lo hemos intentado. Hemos intentado poner al bebé en la Interface sólo una fracción de segundo cada vez, a lo largo de semanas y semanas, ampliándolo hasta un segundo completo..., no hay ninguna diferencia. En el momento en que el bebé consigue de alguna manera una percepción alienígena, se autodestruye igualmente.

—Entonces, reflexionemos sobre ello —insistió Dolbe—. Reflexionemos seriamente. El problema es desensibilizar. Lo hemos intentado aumentando la exposición al mínimo absoluto, y no ha servido de nada. De modo que eso queda descartado. No podemos pedirle al bebé que lo imagine por adelantado; el bebé no puede comprender lo que le estamos diciendo, y no sabemos qué es lo que tendría que imaginar aunque pudiera comprendernos. También queda descartado. ¿Qué otra cosa hay que no hayamos intentado?

El silencio continuó y continuó mientras pensaban. Y, por fin, Beau carraspeó, dubitativo.

—Tal vez —dijo—. Tal vez hay algo.

—Escúpelo.

—Tal vez sea también una locura.

—¡Habla, hombre! —dijo Dolbe—. ¿Qué es? Y vosotros, Showard, Pugh... ¡soltad esas malditas navajas antes de que me vuelva loco!

—Claro, Arnold —dijo Lanky solemnemente, y dobló ostentosamente el objeto causante de la ofensa y se lo guardó en el bolsillo—. Ya que lo pides...

—Adelante, Beau —invitó Showard. Y también él guardó su navaja.

—Bien —dijo Beau lentamente—. Sólo estaba pensando. ¿Y si..., y si le diéramos al bebé, desde el primer momento, alguno de los alucinógenos? Tal vez incluso varios, de diferentes clases. ¿Y si se lo aplicásemos durante un mes o dos antes de ponerlo en la Interface? ¿Qué creéis que conseguiríamos?

Brooks Showard miró a su colega como si estuviera percibiendo a un ángel, y abandonó su apatía con una brusquedad e intensidad que sorprendieron incluso a Lanky.

—¡Por Dios, St. Clair! —gritó—. ¡Se conseguiría un bebé! se conseguiría un bebé que se habría hecho una valoración que diría: «¡Bien, demonios, cualquier cosa puede venir!». ¡Maldición, Beau, eso es! ¡Eso es!

Arnold Dolbe se envaró. Se puso blanco, y sus tics le asaltaron todos a la vez.

—¡No se le pueden administrar alucinógenos a un bebé! —dijo—. ¡Es obsceno! ¡Bárbaro!

El silencio se espesó a su alrededor, y cuando finalmente lo oyó perdió toda su rigidez.

—Oh, bueno —dijo tristemente—. Oh, bueno. Supongo que, después de todo lo que hemos hecho con los bebés, no ha sido la observación más inteligente por mi parte. Lo olvidé..., lo olvidé, ¿sabéis?

—Brooks —dijo Lanky, distrayendo amablemente su atención de Arnold Dolbe para darle tiempo a recuperar su compostura—, pareces muy convencido. ¿Estás seguro?

Showard hizo una mueca triste.

—Por supuesto que no estoy seguro. ¿Cómo podría estarlo? Pero no parece mal. Incluso los adultos, si no se pasan al principio, pueden acostumbrarse a ver alteradas sus realidades con LSD, sintomescalina o cualquier otra droga. Un bebé, con el cerebro todavía sin pulir..., es una forma de hablar..., demonios, podría ampliar su mente lo suficiente como para estar preparado para todo lo que se le viniera encima. No, no estoy seguro, Lanky... pero sí lo estoy que quiero intentarlo. Ahora mismo.

—Pero no tenemos ningún bebé en este momento —señaló Dolbe—. Y, a menos que alguien aparezca de la nada, como ese bebé Landry, no tenemos ningún voluntario a la vista ahora mismo. No estarás sugiriendo que volvamos a intentar un secuestro, ¿no?

—No estoy seguro —dijo Brooks, con mucho cuidado—. No estoy seguro de lo que estoy sugiriendo exactamente.

—Pero mira, hombre...

—¡No! ¡Calla, Dolbe, y déjame pensar! Por el amor de Dios, ¿quieres dejarme pensar?

Dolbe cerró la boca y esperó, mientras Showard fruncía el ceño y golpeaba con el puño el borde de la mesa. Todos esperaron, y todos vieron el cambio en Showard a medida que se preparaba para decirles exactamente lo que tenía en mente. No habían visto optimista a Brooks Showard desde hacía tanto tiempo que habían olvidado cómo era, pero ahora parecía estarlo.

—Dos cosas —dijo por fin—. Propongo que hagamos dos cosas.

—Adelante —dijo brevemente Dolbe.

—Quiero que tú, Dolbe, vayas a retorcer algunos brazos en la NSA y les pongas a trabajar buscando mierda sobre los lingos.

—Pensé que ibas a hablar de...

—¡A eso voy! ¡Quiero aclarar esto primero, Dolbe! Tiene que haber lingüistas que no sean el equivalente moral de la Virgen María..., tiene que haberlos. Los quiero. Quiero saber a cuáles se puede hacer chantaje. Quiero saber qué están haciendo, cuándo, con quién o con qué lo están haciendo, y con qué frecuencia. Los trabajos. Para eso está la NSA, y quiero que los pongas a trabajar en ello, Dolbe. Sólo hay trece Líneas, todas apiñadas como animales en un edificio comunal..., tiene que ser el sistema de vigilancia más sencillo que la NSA haya tenido en décadas. Pongamos eso en marcha, en caso de que lo necesitemos más tarde.

—Hecho —dijo Dolbe—. Considéralo hecho.

—Muy bien. Ahora, con respecto al asunto de colocar a los bebés..., tenemos bebés.

—¿Sí?

—Sí. Los tenemos. Tenemos montones y montones de bebés. Frigoríficos enteros.

—¿Qué? Oh.

—Brooks —dijo Beau St. Clair—, no tuvimos mucha suerte con esos niños probeta, ¿recuerdas? Eran..., eran... Oh, demonios. No sé cómo expresarlo. Pero lo recuerdas. Estuviste allí.

—Sí. Lo recuerdo. Y estoy de acuerdo contigo, no fue gran cosa. Pero si nos vamos a poner a jugar con los cerebros de los niños, dándoles peyote con la papilla, preferiría empezar por una vez con los probeta. Tenemos un montón de ellos, y no hay padres que se vayan a preocupar de lo que les pase; es el camino más obvio a seguir. Probémoslo con ellos. Las dosis. ¿Cuánto puede aceptar un bebé sin estropear su sistema físico, sin contar el sistema nervioso central? Empezaremos con los bebés probeta, y aprenderemos sobre la marcha... Y, cuando alguien nos presente voluntario otro Héroe Infantil, caballeros, estaremos preparados. Sabremos qué hacer. ¿No lo veis? ¡Resolveremos este problema!

Toda la sala vibraba con el nuevo proyecto que podría, sólo podría, ser una brizna de éxito en medio del desierto de fracasos que se había extendido por todas partes a su alrededor desde hacía más de lo que podían recordar. Era un momento de celebración. Aunque significara volver a utilizar a los probeta.

Brooks Showard agarró un fajo de impresos del gobierno que había encima de la mesa y los arrojó al aire, lleno de felicidad, y se quedó allí de pie, dejando que llovieran sobre él con expresión de simple deleite.

—¡Hey, en marcha! —gritó—. ¡El tiempo se acaba, y con él todas esas chorradas de la escuela en casa! ¡En marcha!

REFORMULACIÓN UNO, Teorema de Gódel:

Para todo lenguaje existen percepciones que no pueden ser expresadas porque redundarían indirectamente en su autodestrucción.

REFORMULACIÓN UNO-PRIMA, Teorema de Gódel:

Para toda cultura existen lenguajes que no pueden ser utilizados porque redundarían indirectamente en su autodestrucción.

(de un oscuro panfleto titulado «Devocionario de Metalingüística», por un grupo aún más oscuro conocido como Auxiliar del Planeta Ozark; atribuyen estas declaraciones a una inspiración del gran Douglas Hofstadter...)

Rachel oía las palabras, pero era como si estuvieran en un idioma que nunca hubiera estudiado; no podía procesarlas. Él debió verlo en su cara, porque las repitió, lenta y claramente. Y entonces, cuando comprendió, y el estímulo anuló por fin el shock, ella crispó fuertemente los puños para que sus manos no temblaran y se dijo que tendría que ser muy cuidadosa. Pero no podía, no podía tener cuidado.

—¡Oh, no, Thomas! —fue lo mejor y lo peor que pudo conseguir—. ¡Oh, es tan joven!

—Tonterías.

—¡La niña sólo tiene catorce años, Thomas! Oh, no puedes hablar en serio..., no lo creo.

—Hablo completamente en serio; esto no es asunto de broma. Y la «niña» contará ya quince años cuando tenga lugar el matrimonio, Rachel. ¡Lo he planificado para el día de su cumpleaños!

Rachel apretujó los puños y los presionó contra su pecho; antes de que pudiera evitarlo, se había inclinado hacia delante como hace una mujer en el súbito dolor del parto, y un leve murmullo de queja brotó de sus labios. Era un sonido que no se sabía capaz de producir; un sonido que disgustó a Thomas.

—Dios mío —dijo él, la voz densa por el malestar. Y ella se dio cuenta de que despreciaba aquel ruido femenino, y que el hecho obvio de que fuera involuntario, una respuesta refleja al dolor, no le hacía sentirse menos disgustado—. Pareces una vaca mugiendo, Rachel. Una vieja vaca mugiendo.

La dureza era justo lo que necesitaba Rachel; la arrancó instantáneamente de su estado de desorden emocional, y cuando habló de nuevo lo hizo con calma, con sus fríos tonos ordinarios.

—¿Qué haréis los hombres a continuación? —preguntó—. Primero las muchachas se casaban a los dieciocho años. Luego fue a los dieciséis. Ahora estás dispuesto a ver casada a Nazareth con apenas quince..., treinta segundos después, si te comprendo correctamente. ¿Por qué no trasladar la fecha del matrimonio a la pubertad y acabar con todo, Thomas?

—No es necesario —respondió él—. El sistema actual, con la boda a los dieciséis, permite al matrimonio espaciar a sus hijos en períodos de tres años y conseguir que la mujer alumbre ocho niños antes de los cuarenta. Ocho es suficiente, pese a lo que piense el gobierno al respecto, y no creemos que una mujer de más de cuarenta deba volver a quedar embarazada. No hay necesidad de ningún cambio radical como el que estás proponiendo.

—Thomas...

—Además, Rachel, a pesar de tu histrionismo, sabes que no he sugerido que todas las muchachas de las Líneas deban casarse a los quince años. Sólo que Nazareth tiene que hacerlo así, y únicamente porque sus circunstancias son excepcionales.

—¡Tú también serías excepcional si estuvieras bajo vigilancia todos los momentos de tu vida!

—En cuanto esté casada, no habrá necesidad de más vigilancia nocturna a menos que su marido no esté en casa —dijo Thomas—. Y tal vez tampoco se necesiten guardias durante el día. Con el tiempo.

—Nunca he comprendido qué necesidad hay de todo ello —declaró Rachel.

—Eso es muy estúpido por tu parte.

—Thomas, Belle-Anne lleva meses en ese hospital mental, y ya sabes en qué se ha convertido. Si la dieran de alta mañana, y eso no va a suceder, no le queda mente ninguna, ¡es una carcasa vacía! Nazareth no ha corrido peligro desde el día que se llevaron a Belle-Anne, y en modo alguno es estúpido por mi parte advertirlo. ¿Qué peligro posible podría haber?

—Me preocupan las otras mujeres de la Casa Estéril. No estoy preparado para aceptar inequívocamente la idea de que sólo era Belle-Anne quien sufría manías religiosas. Y además, querida, hay pocas cosas más fáciles de falsificar para un criminal que la manía religiosa.

—Thomas..., eso es absurdo.

—Nazareth es valiosa para esta Casa —dijo él fríamente—. Es mucho más valiosa de lo normal. Sus habilidades lingüísticas la convertirían en un premio bajo cualquier circunstancia, y el REM34 es uno de los idiomas más esenciales para el bienestar de este planeta..., lo cual la convierte en mucho más valiosa aún. Finalmente, su dotación genética es soberbia. Espero que nos proporcione hijos de igual calibre. Y no estoy dispuesto a aceptar la más mínima posibilidad de que la hagan ningún daño, Rachel, ni ahora ni nunca. Tu sentimentalismo es indigno en una mujer que conoce el valor de su propia hija, y que dice amarla.

Rachel apretó los labios y le miró con firmeza, reflexionando. Era posible que le estuviera diciendo la verdad, que hubiera introducido los datos en los ordenadores y éstos le hubieran avisado de que la posibilidad de que alguien pudiera seguir el ejemplo de Belle-Anne era lo bastante grande como para requerir protección para Nazareth. Era posible. Desde luego, era cierto que Nazareth era valiosa para la Línea, tanto genética como económicamente. Pero conocía muy bien a Thomas, y sabía que

normalmente había muchos motivos bajo la superficie que presentaba con tantas razones.

Por ejemplo, si no hubiera asignado a aquellos dos jóvenes para que vigilaran a Nazareth, habría tenido un problema sin resolver. Si terminara con la vigilancia, el problema volvería a presentársele. Había hecho falta una especie de función de vigilancia, porque aquellos dos eran tan completamente poco prometedores como lingüistas que eran inútiles para algo que no fueran las situaciones sociales más triviales. Eso sucedía a veces..., un lingüista podía adquirir los lenguajes elegidos para él como cualquier otro niño, pero carecer de toda habilidad para llevar a cabo las funciones esenciales de interpretar y traducir. A Thomas le había resultado muy conveniente difundir la historia de que había relevado a dos primos de sus importantes deberes como lingüistas para cumplir el igualmente importante papel de guardianes de Nazareth; si ahora los liberaba de aquello, tendría que pensar en otra cosa. Sería embarazoso..., siempre se corría el peligro de dañar la imagen pública de los lingüistas como infalibles en todos los temas lingüísticos.

—Rachel —dijo Thomas—, esa expresión en tu cara es más desagradable que de costumbre. Por favor, no me mires de esa manera..., al menos espera a que haya desayunado.

—¿Thomas?

—¿Sí, Rachel? —¡Oh, el tono de cansada tolerancia en aquella voz, maldita fuera su alma!

—Thomas —dijo ella urgentemente—. No puedo aprobar esto. Conseguiste distraerme muy bien con todas las trivialidades sobre la necesidad de los guardias..., veinte puntos para ti, querido. Pero no puedo permanecer distraída indefinidamente..., regresemos al tema de este obscuro matrimonio que estás sugiriendo.

—Rachel —dijo Thomas, añadiendo razones prácticas a la tolerancia—, no crea la menor diferencia el que lo apruebes o no. Sería agradable que lo aprobaras, naturalmente. Hago todos los esfuerzos posibles para considerar tus deseos personales en relación a mis hijos cada vez que puedo. Pero, cuando te niegas a ser razonable, no me dejas más opción que ignorarte. Y, Rachel, no estoy «sugiriendo» este matrimonio..., lo estoy *ordenando*.

Rachel era lingüista de nacimiento, de la Casa Shawnessey, y había pasado toda su vida rodeada por hombres de las Líneas. No juzgaba equivocadamente a Thomas. Sabía que en muchos aspectos era un hombre bueno, amable y considerado. Sabía que sus responsabilidades eran duras, que su carga de trabajo era brutal, y que en ocasiones hacía cosas poco agradables sólo porque no tenía tiempo de hacerlas de otra manera. Como Jefe de las Líneas, tenía poder; por lo que ella sabía, nunca había estado tentado de abusar de ese poder, y eso decía mucho en su favor. Estaba dispuesta a concederle todo el crédito que se merecía.

Pero se sentía *ofendida* por él; ¡oh, qué ofendida se sentía! Y se sentía más ofendida aún en momentos como éste, cuando su total autoridad sobre ella y aquellos a los que ella amaba la obligaban a rebajarse ante él. Se tragaría lo que tenía que hacer ahora..., pero no tenía otra estrategia disponible. Borró la furia de su rostro, borró el ceño fruncido del que él se había quejado, y dejó que sus ojos se llenaran del suave dolor sorprendido que se consideraba atractivo en las mujeres. Y se sentó en el suelo junto a la silla de Thomas y apoyó la cabeza sobre su rodilla y, por el bien de su hija, se obligó a suplicar.

—Por favor, querido —dijo en voz baja—. Por favor, no hagas una cosa tan terrible.

—Rachel, eres ridícula —dijo él. Su cuerpo estaba rígido bajo su contacto, y su voz era de hielo.

—Thomas, ¿con qué frecuencia te he pedido nada? ¿Con qué frecuencia, amor, he discutido tus decisiones o cuestionado tu buen juicio? ¿Con qué frecuencia he hecho otra cosa que no sea admitir que eres sabio en lo que tienes que hacer? Por favor, Thomas..., cambia de opinión. Sólo esta vez. ¡Thomas, concédeme lo que te pido, sólo por esta vez!

Él extendió bruscamente la mano y la aupó como si fuera un paquete, o un niño con una rabieta, y se quedó allí sentado riéndose de ella, sacudiendo la cabeza, burlón.

—Querido... —dijo Rachel, forzando las palabras.

—¡Querido! —Él soltó uno de sus hombros y le tocó la punta de la nariz con el dedo índice—. No soy tu querido..., ni el de nadie. Como sabes perfectamente bien. Soy un monstruo cruel, vengativo y sin corazón, que no se preocupa de nada más que de sus propios objetivos egoístas y retorcidos.

—¡Thomas, nunca te he pedido nada! —suplicó ella.

—Querida —dijo él, todavía riendo—, eso es lo que dices siempre cuando no estás de acuerdo conmigo. Cada vez. Año tras año. Deberías de hablar con algunas de las muchachas jóvenes y ver si pueden sugerirte una nueva rutina que puedas usar..., has agotado ésa por completo.

Rachel sintió que le picaban los ojos, y supo que las lágrimas podrían ayudarla ahora. Había conseguido que se riera de ella, lo que significaba que estaba más relajado, menos en guardia. Las lágrimas serían el próximo movimiento inteligente, y le debía a Nazareth ese movimiento.

Lo sabía. Y sabía también que no podía hacerlo. Era demasiado. Las mujeres de las Líneas aprendían muy pronto a no entregarse a las lágrimas excepto a voluntad, porque las lágrimas destruían las negociaciones. Una mujer que llora no puede hablar, y una mujer que no puede hablar seguro que no puede interpretar. El control voluntario de las lágrimas era una habilidad aprendida por razones de negocios, pero demostraba ser útil en muchos otros aspectos de la vida, y ahora le sería útil. No lloraría, ni siquiera por Nazareth.



Se apartó de él, dio un paso atrás y puso las manos en jarras, en una pose que sabía que él detestaba, y, con una voz que llevaba todo el desdén que pudo acumular, dijo:

—¡Chornyak, tu hija *odia* a ese hombre!

Las cejas de Thomas se alzaron brevemente, y se frotó los pantalones donde ella se había apoyado.

—¿Y?

—¿No crees que es importante?

—Lo sabes muy bien, mujer. No tiene ninguna importancia. Los lingüistas no nos hemos casado por otra razón que no fuera la suma de la política y la genética desde..., al menos desde que Whissler era presidente. Las opiniones de Nazareth sobre Aaron Adiness no tienen la menor importancia.

—Hay una enorme diferencia entre casarse con alguien a quien simplemente no se ama y casarse con alguien a quien se detesta.

—Rachel —suspiró Thomas—. Estoy tratando de ser paciente contigo. Pero estás haciendo todo lo que puedes para que me resulte imposible. Haré un intento más..., y dejaremos al margen los inmaduros sentimientos de Nazareth. Aaron Adiness está soberbiamente sano, procede de una Casa con la que estamos ansiosos por cerrar lazos, tiene talento...

—¡De eso nada!

—¿Qué?

—¡Todo el mundo sabe, Thomas, que es un lingüista mediocre!

—Oh, vamos, Rachel..., puede que las mujeres «sepáis» algo de eso, pero no tiene más fundamento real que el resto de vuestra mitología femenina. Aaron habla como un nativo el REM30-2-699, el swahili, el inglés y el navajo; tiene respetable fluidez en otros once idiomas terrestres, y puede hacerse entender en cuatro dialectos del cantonés. Su amslán es tan excepcionalmente fluido y gracioso que le han contratado para que enseñe a los *sordos* de varios institutos nacionales. Y ni siquiera menciono las docenas de idiomas que puede leer con facilidad y traducir con habilidad y sutileza..., la lista llena media página. ¡Que no tiene talento! Rachel, cuando pierdes el rumbo y te vuelves infantil, pierdes toda la cortesía por mi parte.

Rachel se sintió ahora avergonzada, profundamente avergonzada, y supo que había perdido. No había esperanza de evitarlo. Había conseguido convertir la discusión en una pelea, en una de las mejores. Continuó sólo porque ya no tenía nada que perder.

—¡Es un secreto a voces, Thomas, que Aaron Adiness tiene un temperamento violento y la insoportable convicción de que el universo fue creado para su beneficio personal! ¡Y que permite que esos dos factores interfieran en la ejecución de sus tareas! Tú lo sabes, yo lo sé, todo el mundo lo sabe... Si hablara cincuenta lenguajes como un nativo y tuviera fluidez en otros quinientos, eso no cancelaría el hecho de que no puede controlar sus sentimientos personales ni siquiera cuando está

trabajando. Si Nazareth no hubiera sido la intérprete de los jeelods cuando se negociaban las colonias fronterizas de Sigma-9, ahora no habría ninguna colonia allí... Tuvo que hacer de todo menos bailar la danza del vientre para reparar los líos que Aaron provocaba cada vez que alguien dudaba de su divinidad. Es cruel, estúpido, vengativo y débil... ¡es peor que cualquier mujer! ¡Y si atas a Nazareth a él de por vida, entonces tú eres aún peor!

Thomas se había puesto blanco; por alguna razón, aunque podía tolerar fácilmente casi todo tipo de confrontación con los demás, ver que Rachel olvidada de esta manera cuál era su sitio siempre le enfurecía tanto que tenía que luchar por recuperar el control..., y ella también lo sabía, maldita zorra. Ahora lamentó haberle contado sus planes para Nazareth. Tendría que haberla enviado a alguna parte y llevar a cabo el matrimonio en su ausencia, como había sugerido Adam; por una vez, estaba de acuerdo con él en que maleducaba a Rachel, y en que era una locura por su parte hacerlo. Desde luego, no obtenía nada a cambio de su indulgencia.

—Rachel —dijo, apretando los dientes para evitar que su voz revelase que temblaba de ira—, eso es una pauta común cuando la juventud se combina con la genialidad. Aaron superará su temperamento y su arrogancia, como hace cualquier hombre de su estilo. Y Nazareth haría bien en no recordarle sus proclamados rescates en sus naufragios diplomáticos..., te sugiero que se lo digas así. Porque muy pronto él hará que ella, con todas sus puntuaciones espectaculares en los test lingüísticos, parezca un chimpancé utilizando el ameslán. Cuanto más primitivo es el organismo, mujer, más rápidamente madura... ¡Por supuesto que Nazareth estaba emocionalmente un poco por delante de Aaron durante los contratos de Sigma-9! La ventaja es temporal, señora mía, y será mejor que no se le olvide.

—Entonces, ¿estás decidido, Thomas? ¿Quieres con tantas ganas a ese caballo de muestra para la Línea que estás dispuesto a atarle a tu propia hija de por vida cuando su sola visión le parece repulsiva? ¿Ésa es tu idea de un justo intercambio del valor que ella representa para tus tesoros? ¿Cuál es el problema, querido? ¿Hay alguien más tras él?

Thomas se retiró con un rápido movimiento, y Rachel supo que lo había cogido..., no habría hecho eso si no tuviera miedo de que le viera la cara. Pero el lenguaje corporal traiciona siempre; su brusco movimiento, sin gracia y nada propio de él, era tan revelador como cualquier declaración que pudiera haber hecho. Ahora fue su turno de reír.

—Ah —exclamó—, así que es eso, ¿verdad? ¡Estás a punto de perderlo, un semental de renombre con una espectacular cola rizada que irá a parar a otras Líneas! ¡Y no puedes permitir que eso suceda!

—Desde luego que no —dijo Thomas, aún de espaldas a ella.

—Bien..., si se trata de eso, ¿por qué no una de las otras muchachas? Tienes la casa llena de yeguas, Thomas... ¿por qué no Philippa? Dios sabe que tu hermano se

sentiría encantado de librarse de ella. No puede soportar a ninguna de sus hijas, y ella tiene ya diecisiete años. ¡Cásala con Adiness!

—No.

—¿Por qué no?

—Porque quiero ver qué producirá la combinación genética de las habilidades de Aaron y Nazareth —dijo él fríamente—. Philippa queda absolutamente descartada. —Su breve instante de descontrol había pasado, y se volvió para mirarla, la voz cargada ahora sólo con el mensaje que le hizo dar un vuelco al estómago.

—Márchate —dijo bruscamente—. Ya me has hecho desperdiciar suficiente tiempo. Dile a Nazareth que tiene que prepararse para la boda el día de su cumpleaños, y no quiero oír nada más al respecto. ¡No..., ni una palabra más, mujer! ¡Vete!

Y salió de la habitación, sin querer verla obedecer.

Sola, Rachel se pasó los dedos por la boca, cerró los ojos y se meció en silencio. Tampoco lloró ahora, aunque podría haberlo hecho sin problemas..., también a ella le dio ahora un vuelco el estómago. Todo había salido mal. Le había dejado cogerla desprevenida, y lo había hecho todo lo peor posible. Debería de haber manipulado a Thomas. Tendría que haber pretendido sólo un interés casual, incluso aprobación, cuando le contó sus intenciones. Luego, por la noche, con una copa de bourbon, podría haber iniciado una conversación sobre el tema. Nunca debería de haberle desafiado directamente ni oponérsele de forma tan abierta..., su decisión de representar el papel de bella indefensa había llegado demasiado tarde, había sido una transición demasiado rápida, y se había colapsado en el momento en que él la tensó.

Sabía que era demasiado mayor y estaba demasiado gastada después de haber dado a luz siete hijos para tener ninguna arma erótica disponible que usar contra su marido. Pero él era aún vulnerable a otras técnicas, y ella lo conocía mejor que nadie; sólo tenía que hacer a un lado su autoestima y adularle convincentemente. Había cometido los errores estúpidos que comete una novia..., una novia como sería Nazareth, pobrecilla..., pero una novia se salva de las consecuencias de su ignorancia por la novedad de su cuerpo. Rachel ya no tenía esa ventaja. Había sacrificado su hija a su propio ego, la había comerciado por unos pocos minutos de triunfo sobre Thomas, triunfo por el que Nazareth tendría que pagar. El único consuelo que le quedaba era que la niña nunca tendría que saber lo mucho que le había fallado su madre, o lo barata que la había vendido.

Las mujeres de la Casa Estéril la escucharon, naturalmente; era cortés hacerlo así. Le sirvieron una fuerte taza de té y se sentaron a beberlo con ella mientras la escuchaban. Pero no tenían ningún consuelo que ofrecerle.

—¿Qué esperabas? —le preguntaron—. Tenías pocas posibilidades cuando iniciaste esa interacción, y lo poco que tenías lo echaste a perder inmediatamente. ¿Qué *esperabas* que hiciera el hombre cuando le desafiaste de esa forma?

—Oh, lo sé —dijo Rachel, cansada—. Lo sé.

—Pues entonces... —Thomas está completamente equivocado. *Equivocado*.

—Es un hombre. El que esté equivocado no tiene nada que ver con nada.

—Si te comportas así muy a menudo, Rachel —observó Caroline—, me sorprende que no haya firmado ya los papeles para quitarte de en medio.

—No me importaría si lo hiciera.

—¡Rachel! Piensa en Belle-Anne, en lo que le han hecho, en lo que se ha convertido... ¡la has visto! Es una sentencia de muerte, peor que eso incluso... ¡pudrirse en un hospital mental!

—Thomas nunca me metería en un hospital mental —dijo Rachel—. La esposa del Jefe de todos los Jefes de todas las Líneas, ¿en un manicomio? Mmmm..., no lo haría nunca. No, me enviaría a uno de esos sitios con nombre de perrera. Cedar Hill. Willow Lake. Maple Acres. Ya conocéis qué clase de sitio. Donde pueda pasarme el día sentada en mi mecedora junto a una fila de ancianas en sus mecedoras, todas sumidas en catatonia esperando que nos lleven a la cama y nos droguen para pasar la noche. Sólo un cambio de la catatonia.

—¿Y por qué no lo ha hecho?

—Porque está acostumbrado a mí, y está muy ocupado. Le gusta la manera en que le ordeno las cosas. Cuenta conmigo para no olvidarse de nada. Consigo un montón de dinero para la Casa, y puede estar seguro de que allí no lo haré. Fui una pieza de primera clase, y está habituado a pensar en mí de esa forma. No tiene tiempo que perder con una mujer nueva para enseñarle todas las cosas que hago por él..., es menos problemático soportarme. Después de todo, no tiene que verme todos los días. Soy una conveniencia, con algunas cualidades molestas que puede evitar la mayor parte del tiempo.

—Un matrimonio perfectamente común —dijo Susannah, y las otras estuvieron de acuerdo. Una mujer lista, a medida que iba envejeciendo, se encargaba de ser útil de las maneras que Rachel había citado; era la única seguridad que tenía, y todo lo que se interponía entre ella y las filas de ancianas de Thorazine.

—Pobrecita Nazareth —suspiró Rachel.

—Eso ahora no le sirve de nada.

—No le sirve de nada —coincidió Rachel—. Yo también lo digo.

—Bien, dilo aquí y guárdalo para ti —dijo Caroline—. Lo peor que podrías hacer por ella es tenerle lástima. Cuanto más pronto se endurezca para lo que le espera, menos podrá herirla. ¡No te atrevas a decirle «pobrecita»!

—No. No soy completamente idiota, aunque no se note por lo que he hecho hoy. Lo sé bien.

—Entonces ve y díselo adecuadamente. Antes de que lo haga él.

—Deber —dijo Rachel—. Oportunidad. Lealtad a las Líneas. El sitio de una mujer. El poder curador del tiempo. Juego y diversión. Paparruchas.

—Exactamente. Ve y hazlo para que pueda acostumbrarse a la idea antes de que tenga que abrirse de piernas para el semental Adiness.

Rachel tiritó, y le sirvieron una última taza de té. Tomó un largo sorbo, lo acabó, y luego se levantó para ir a enfrentarse a su hija... No estaba segura de dónde se encontraba Nazareth, pero su ordenador de muñeca se lo diría.

—Nazareth vendrá aquí más tarde —dijo—. Lo sabéis.

—Eso espero. ¿Dónde más podría ir?

—No le digáis que he estado aquí antes que ella, quejándome y gimiendo. Por favor.

—Por supuesto que no. Se sentirá mucho mejor si cree que no te está molestando. Sabemos que..., todas hemos pasado por lo mismo que Nazareth.

Rachel las miró.

—No, no lo habéis hecho —dijo amargamente—. Ninguna de vosotras ha tenido que casarse con un hombre al que *odiara*.

Eso las silenció, y asintieron. Era raro, porque la discordia real entre marido y mujer no era adecuada para una vida en común. Tendía a haber menos niños en esos matrimonios, y era duro para todas las personas que vivían en la Casa con la pareja. Thomas debía de tener razones verdaderamente de peso para esta unión, situándose así en contra de tanta experiencia y tradición..., o contaba con que la juventud e inocencia de Nazareth fueran derrotadas por el magnífico rostro y el cuerpo de Adiness. Nazareth no había recibido aún su dosis de Amor Romántico, y él podía estar contando muy bien con que se rindiera a los brazos de Adiness. Por el bien de Nazareth, esperaban que tuviera razón y que pasara mucho tiempo antes de que aquello se extinguiera.

—Entonces sabemos un poco sobre el tema —suavizó Grace—. Un poquito, lo suficiente para ser cautelosas, Rachel. Ahora ve y cuéntaselo. La estaremos esperando.

—Oh... ¿Rachel? —Caroline se revolvió el pelo con los dedos y miró a la otra mujer—. Rachel, antes de que te vayas... ¿Has oído los rumores sobre Trabajo Gubernamental?

—Rumores...

—¡Rachel, piensa! Me doy cuenta de que Nazareth es ahora el tema principal en tu mente, y con razón, pero piensa por un instante. ¿Has oído algo sobre experimentos con bebés probeta?

Rachel frunció el ceño.

—Creo que no. ¿Qué es lo que se dice?

—Que están suministrando alucinógenos a los pequeños..., y que los están metiendo en la Interface con no humanoides.

—Santo Dios en los cielos. —Incluso en su estado de extenuación y disgusto, Rachel pudo apreciar lo que significaba aquello.

—Puede que sólo se trate de un rumor —dijo Susannah—. Normalmente, siempre son rumores. Pero es el tipo de asunto que el gobierno querría que las Líneas creyeran.

—Es... inenarrable. Si es cierto.

—Sí que lo es —dijo Caroline—. Rachel, mira a ver si puedes averiguar algo, ¿quieres? Puede que Thomas lo sepa.

Rachel asintió, ausente, con la mano en la puerta. No podía llorar por los bebés probeta esta mañana. Estaba demasiado ocupada llorando por la hija a la que había fallado tan vergonzosamente.

—Lo intentaré.

—Si alguien puede averiguarlo, ésa eres tú —dijo Caroline.

—Oh, sí. Tengo tanta habilidad en mis... relaciones maritales.

—Rachel..., inténtalo.

—¿Por qué? ¿Qué podríamos hacer?

—Sería bueno saber que *no* es cierto —dijo Susannah—. Nos resultaría más fácil a todas dormir por las noches.

Cuando Nazareth fue a verlas más tarde, las mujeres estaban preparadas. En un círculo de pequeñas mecedoras, en la sala común, cada una con sus bordados o un edredón o un chal más intrincado para tejer o hacer ganchillo. Y los corazones resueltamente endurecidos contra la tentación de consolar a Nazareth, lo que habían prohibido a su madre. Aun así, fue difícil presenciar la desesperación y repulsión de la muchacha con la apariencia necesaria de tranquila falta de preocupación.

—No puedo hacerlo —decía Nazareth una y otra vez.

—Puedes, Nazareth —decían ellas a su vez—. Lo harás.

—No puedo.

—No tienes otra opción.

—Sí. Sí que la tengo.

—¿Qué opción?

—Me mataré. Antes que pasar toda una vida con esa repelente parodia de hombre y su ego, que es más grande de lo que él nunca podrá ser, me mataré. Lo haré.

Algo en su voz llamó la atención de las mujeres. Era una amenaza fácil, muy común y frecuente en las muchachas jóvenes que se enfrentaban súbitamente a las desagradables decisiones de los hombres que las controlaban. Pero había una nota de resolución en su voz que no podían pasar por alto.

—¿Y cómo lo harás? —rezongó Nile, mientras sacaba una medida de seda esmeralda—. Piensa, Naza... Están tus dos guardianes, esperándote en nuestra puerta. Ni siquiera puedes ir al cuarto de baño sin que esos dos se aposten en la puerta y cuenten los segundos.

—No pueden seguirme al interior —dijo Nazareth—. Pueden ir a todos los demás sitios, pero no pueden seguirme *ahí* dentro. Y conozco medios..., oh, conozco medios que pondrán fin a esto mucho antes de que se cansen de contar los segundos.

Sin duda los conocía. Todas las mujeres los conocían.

—Nazareth..., querida niña... —Susannah habló cuidadosamente, asegurándose de que hubiera tiempo para que las demás la detuvieran si estaba juzgando mal la situación—, hay algo que deberías de saber.

—¡No me interesan vuestros cuentos de hadas!

—No es un cuento de hadas. Es una verdad.

—No me interesa..., sea lo que sea, no me importa.

—¡Nazareth Chornyak, óyeme! —dijo Susannah firmemente—. ¿Recuerdas cuando, hace tiempo, le hablaste a Aquina sobre tu cuaderno de Codificaciones? ¿Lo recuerdas?

Nazareth alzó la cabeza, y sus labios se separaron levemente; habían capturado su interés después de todo.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque, niña, Aquina vino y nos lo contó. E hizo más que eso. Encontró tu escondite en los jardines, querida, y ha estado acudiendo todos los meses y copiando tu trabajo para que nosotras lo usemos.

La furia asomó claramente en el rostro de la muchacha, y se alegraron de verla aparecer. Si podía ser distraída por algo así, aún estaba a salvo.

—¿Cómo os *atrevéis*? —siseó—. Rateras... ¡despreciables viejas rateras! Mi cuaderno..., mi cuaderno privado...

Estaba tan furiosa que ni siquiera pudo continuar hablando. La sensación de violación la ahogaba. Y las mujeres de la Casa Estéril estuvieron de acuerdo con ella con toda la debida solemnidad, y le aseguraron que todas y cada una de ellas se habrían sentido exactamente igual. Exactamente igual.

—Pero lo que cuenta —continuó Susannah cuando la tormenta se calmó un poco— es que, entre esas Codificaciones, hemos encontrado siete válidas. *Siete*, Nazareth Joanna. Y cada una de ellas mayor que la anterior.

Susannah fue consciente del silencio que la rodeaba, la quietud de la respiración colectiva retenida. Estaba corriendo un riesgo terrible... ¿tendría que repetirlo? ¿La había oído Nazareth, furiosa como estaba?

Pero, cuando Nazareth habló por fin, no dijo nada de lo que podrían haber esperado de ella.

—No quiero saberlo —dijo.

—¿Qué?

—No quiero saberlo. No os escucho. No os escucharé. No seré cama y clueca de Aaron Adiness, que no es más que *inmundicia*, ¿percibís eso? ¡*Inmundicia*! No os escucharé, brujas, con vuestros hechizos y vuestros estúpidos encantamientos... ¡No quiero saberlo!

Ah. Eso estaba mucho mejor. Aquello era el dolor y la furia comunes de una muchacha corriente. Nada de seriedad mortalmente sombría, sino simple cháchara frenética. Podían manejarlo, y sin poner más en peligro el Proyecto Codificador. Pero, cuando es necesario ser cruel, no se es lento; el golpe se descarga con rapidez.

Le tocó a Grace, cuya risa heriría más a Nazareth porque Grace era de las amables; y Grace no perdió la sugerencia. A los primeros gestos que Susannah le hizo con los dedos, y que vio con el rabillo del ojo, la clara risa de Grace rompió el silencio. Y las otras se le unieron.

—¡No os riáis de mí! —gritó Nazareth, vacilante—. ¿Cómo podéis...?

—Pero niña —dijo Caroline, luchando por hablar por encima de las carcajadas—, ¿cómo no vamos a hacerlo? ¿Cuando eres tan terriblemente graciosa?

Nazareth agitaba la cabeza. De atrás hacia delante y de un lado a otro. Una y otra vez. Caroline había visto una vez hacer lo mismo a un animal, en un zoo; era ciego, y movía la cabeza así, completamente perdido. Y aplicó la cuchillada de la pedantería junto al ridículo, cortando rápida y profundamente.

—Nazareth, eres una lingüista. No se puede *no* oír. No se puede «rehusar» saber, no importa lo tentador que sea. No puedes «negarte a saber» que una mofeta furiosa te ha favorecido con su perfume..., y no puedes «negarte a saber» lo que acabamos de decirte. Nos has dado siete Codificaciones Mayores; todas fueron válidas. *Ahora lo sabes*. Ahórranos las quejas, por favor.

—Oh —gimió la muchacha, acorralada—. Que Dios os maldiga a todas...

—Querida —dijo Susannah—. Cómo hablas.

—Esos modales, señorita —añadió Thyrsis—. Por favor.

Las lágrimas habían empezado a correr por la cara de Nazareth, y las mujeres se sintieron encantadas de verlas; la causa de alarma era cuando la mujer tenía que llorar y no podía. Pero sintieron pesar por ella pese a todo, mientras las insultaba.

—¡No fue suficiente que me mintierais —lloró Nazareth—, y me robarais mis cosas, y mi cuaderno, y usarais mi trabajo sin ni siquiera pedírmelo, mientras pretendíais todo el tiempo ser mis amigas! Eso no fue suficiente, ¿no? ¡No, no habéis hecho suficiente! Eso no os satisfizo, ¿verdad? Es como dicen los hombres, no tenéis nada que hacer, por eso ideáis planes retorcidos... ¡y ahora estáis intentando chantajearme! ¡Y os reís! ¡Me chantajeáis y os reís! Oh, que Dios os maldiga..., que Dios os maldiga...

Eso estaba muy bien. Demostraba que Nazareth comprendía. Tenía un fragmento de conocimiento aquí, un fragmento allá... lo suficiente para saber que las Codificaciones eran preciosas. Las niñas pequeñas oían las historias en las rodillas de sus madres, cuando sus madres tenían tiempo para contárselas, y de las mujeres de las Casas Estériles cuando no era así. Cómo las mujeres, en los lejanos tiempos en que podían votar, y ser médicos, y pilotar naves espaciales (una fantasía para aquellas niñas, tan fabulosa y deslumbrante como cualquier relato de castillos y dragones), cómo las mujeres, incluso entonces, habían comenzado a dar los primeros pasos hacia un lenguaje propio.

Los relatos se repetían una y otra vez, adornados amorosamente con detalles; y, prominentes en su ornamentación, estaban las joyas de las Codificaciones. *Una palabra para una percepción que nunca había tenido palabra propia antes*. Y las



Codificaciones Mayores eran las más preciosas, porque eran auténticos recién nacidos para el universo del discurso. Las Codificaciones Menores, que siempre venían a raíz de una Mayor, también lo eran, porque podían traer a la mente conceptos relacionados que podían ser lexicalizados con los mismos modelos, aún valiosos. «Una mujer que da una Codificación a las otras mujeres es una mujer valiosa, y todas las mujeres están en deuda eterna con ella.»

Memorizaban la lista, breve porque durante muchos años nadie se había atrevido a conservar archivos escritos, como los unigénitos de la Biblia.

—Y Emily Jefferson Chornyak nos legó durante su vida tres Codificaciones Mayores y dos Menores; y Marian Chornyak Shawnessey, que era hermana de Fiona Chornyak Shawnessey, nos legó durante su vida una Codificación Mayor y nueve Menores; y su hermana Fiona Shawnessey nos legó durante su vida...

Aprendían todos los nombres, y les daban el valor que las mujeres ponían en sus voces y en sus ojos, y los guardaban.

—No se lo digas a tu padre, ni a ninguno de los niños, ni a ninguno de los hombres. Sólo se reirán. Es un secreto de *mujeres*.

Pero, por supuesto, a las niñas pequeñas se les decía que este secreto era parte del *langlés*...

Nazareth parecía a punto de desmayarse, y ellas le colocaron la cabeza entre las rodillas hasta que el color regresó a su tez, y luego la trasladaron al sofá del salón para acostarla. El sofá sobre el que ninguna mujer de la Casa Estéril se sentaba jamás, porque cuando su tapicería se gastara tendrían que pedir dinero a los hombres para repararlo. Era el sofá de emergencia.

—¿Te sientes mejor ahora, Naza?

—Os odio —fue todo lo que dijo.

Por supuesto que no las odiaba. Sabían lo que estaba pensando. Si utilizaba los conocimientos de muerte que había aprendido junto con la lista de nombres, no sólo se destruiría ella sola. Como todas las niñas pequeñas, había preguntado: «¿Por qué no podemos hablar nuestro lenguaje? ¿En privado, cuando los hombres no lo oigan?». Y le habían contestado: «Porque todavía no tenemos suficientes Codificaciones». ¿Cuántos años tendrían que esperar las mujeres para conseguir su propia lengua sólo porque ella, Nazareth, no tuvo la fuerza suficiente para soportar su vida? No había ninguna diferencia en que pensara que la lengua era el *langlés*, y que ni siquiera supiera de la existencia del *láadan*; el efecto era el mismo. Era la suave red de culpa, que se tensaba a cada movimiento, lo que Nazareth odiaba.

Era una mujer de las Líneas. Podía romperle el corazón, pero cumpliría con su deber, porque comprendía, aunque fuera tenuemente, lo que significaba el deber. Se quedó allí atontada, arrebatada de toda luz por las implacables palabras. Un prisionero oye: «Se te sentencia de por vida»; Nazareth se sentía así ahora, más bruscamente de lo que lo había sentido antes. Pero aprendería. Cada mujer era

prisionera de por vida; no era una carga que soportara ella sola. Tendría toda la compañía que necesitara.

\* \* \*

Más tarde, mientras permanecía inquieta en la cama y escuchaba con medio oído por si alguna de las mujeres inválidas la necesitaba, Caroline deseó que hubieran podido atreverse un poco más. Que hubieran podido darle un sencillo regalo de conocimiento. Haberle dicho que *había* un lenguaje llamado láadan; que las mujeres habían elegido sus dieciocho sonidos con tiernos cuidados: no querían que otras mujeres tuvieran problemas para pronunciarlos sólo porque aquellas cuya labor era construirlo tuvieran el inglés como primera lengua terrestre. A Nazareth le habría encantado saberlo. Le habría gustado aún más saber que el langlés, con su creciente lista interminable de fonemas y los cambios constantes de sintaxis, todos los fenómenos sin sentido, era solamente una charada. Un señuelo para que los hombres no descubrieran el lenguaje real. La habría reconfortado un poco saber que la pesada y solemne reunión anual de la Junta Central del Proyecto Codificador, en la que todo lo que se había hecho con el langlés en el año precedente se deshacía o se complicaba enormemente (por decisión unánime) *era* la elaborada estupidez que los hombres pensaban, todo lo hilarante que ellos lo consideraban, y lo era *deliberadamente*. Porque lo único a lo que las mujeres no podían arriesgarse era a que algún hombre se tomara el Proyecto en serio. Contarle algo de esto habría sido un consuelo para Nazareth.

Pero no se habían atrevido a hacerlo. ¿Quién podía saber cuánta resistencia tendría Nazareth, que aún no había cumplido los quince años, bajo tensión? Todas ellas temían el día en que alguna mujer, trastornada más allá de su resistencia, escupiera a la cara de un hombre detestado: «¡Creéis que sabéis mucho! ¡Ni siquiera sabéis que las mujeres tienen un lenguaje *real* propio, y que los hombres ni siquiera habéis sospechado que existe! ¡*Estúpidos* cretinos, creer que las mujeres de las Líneas crearíamos una deformidad como el langlés y lo llamaríamos lenguaje!».

Oh, sí. Sería fácil hacerlo, y muy tentador. Qué maravilla ver la cara sorprendida del hombre. No había una sola mujer en la Casa Estéril que no pudiera contar un relato sobre el momento en que estuvo a un centímetro de hacer algo así. Y ninguna que no bendijera la sabiduría que la había impedido aprender nada sobre la Lengua Materna hasta que hubiera llegado a una edad, y una serenidad, en que las palabras no saltaran de sus labios a pesar de sus mejores intenciones..., cuando no estuviera obligada a vivir todo el día y toda la noche entre hombres.

Caroline pensó entonces que tendrían que contarle a Nazareth algunas mentiras complicadas a partir de ahora. Si, por ejemplo, pedía ver sus Codificaciones en los programas de ordenador del langlés.

Los ojos de Caroline se ensancharon en la oscuridad. ¡Oh, Señor, sí! Lo primero que tendrían que hacer las mujeres mañana sería ejecutar la tarea de introducir en los

ordenadores las Codificaciones de Nazareth, con las formas de langlés que les había dado (corregidas para el actual status grotesco del lenguaje, por supuesto). Tenían que estar allí para que Nazareth las viera, y tenían que estarlo *rápido*.

*¡Oh, nunca tuve una mami  
y nunca tuve un papá,  
pero soy el bebé más lindo  
que pudieron encontrar!  
¡Y no es culpa MÍA que mi madre  
fuera un tubo de plexiglás  
y mi padre fuera una aguja  
en vez de un salido de verdad!*

*¡Soy un probi! (¡YAH!)  
¡Lindo probi! (¡BIEN!)  
Soy un probi hasta que muera...,  
házmelo otra vez (¡HEY, HEY!)*

(canción de farra popular de los años 80, anónima)

## VERANO DE 2.185...

Arnold Dolbe se sentía absurdo, y lo parecía. No se ve a un hombre del gobierno, vestido con el obligatorio traje de negocios anticuado que era su uniforme y sentado en la oficina de otro hombre del gobierno, rodeado por once niños pequeños de entre uno y tres años. Pero sí se veía a Dolbe, que era el paradigma del hombre del gobierno, en esa situación. Se sentía extremadamente incómodo, y el oficial al que había venido a ver estaba furioso... ¿qué *pensaría* el personal? Le habían dicho a Dolbe en términos inconfundibles que tenía que guardar discreción con respecto a esto; y, en vez de hacerlo, había venido a paso de marcha con un... pelotón de lacayos, cada uno cargado con un montón de mocosos. Había creado sensación en las oficinas exteriores.

—Maldito seas, Dolbe —escupió el oficial, un tal Taylor B. Dorcas Tercero—, ¿te estás volviendo loco, o se trata de tu estado natural? ¡Te dije que fueras cuidadoso, maldita sea! ¿Llamas a esto tener cuidado? —Dorcas había asistido a la escuela en casa con Arnold Dolbe.

Agitó los brazos, indicando las filas de niños colocados en sillas por todo su despacho, y exigió que Dolbe justificara su penosa conducta. Pero Dolbe estaba acostumbrado a los burócratas chillones como éste, y sabía las reglas con las que jugaban todos los juegos. Contempló estoicamente al otro hombre hasta que se calló, y entonces habló. Con elaborada despreocupación.

—No hay nada inmoral en aparecer en público con once niños pequeños, Taylor —recalcó—. Ahórrate las escenas, por favor.

—¡No he dicho que fuera inmoral! He dicho que es... hacer un espectáculo. ¡De ti y de mí!

—Taylor, creo que no te comprendo..., pero si lo que te preocupa es la opinión de tus subordinados y sus comentarios, has cometido un grave error. No puedes impedir que comenten esta reunión. Aunque sea unos con otros. Con una cerveza de por medio. Tendrían que ser ciegos, sordos y cerrados a todo tipo de incidentes, a menos que les instruyas de lo contrario. Uf.

Taylor Dorcas resopló, con fuerza, y se arrellanó en su asiento lleno de total exasperación. Dolbe tenía razón, naturalmente; y ahora le sacaba un punto de ventaja porque le había dado la oportunidad de soltar la pequeña conferencia sobre dirección. ¡Maldito fuera! Dorcas consideró brevemente pulsar las teclas de su comset y enviar algunas órdenes rápidas, sólo para restablecer el principio de que éste era su lugar y él quien dirigía las cosas..., pero Dolbe actuó mientras aún se lo estaba pensando.

—Éstos son los once niños que vamos a entregar al Departamento —dijo—. Tengo aquí sus archivos en microficha, y, naturalmente, han sido introducidos directamente en tus ordenadores desde mi oficina. No necesitarás molestarte al respecto.

—¿Qué, exactamente...?

—Sus fechas de «nacimiento». Sus diversas vacunas. La medicación administrada y sus respuestas. Alergias, si hay alguna. Los resultados del conjunto de pruebas estándar. Tallas de ropa. Todo tipo de datos.

—Y sus nombres, naturalmente.

Dolbe alzó rápidamente las cejas.

—¿Sus nombres? ¿Sus nombres, Taylor?

—Bueno, ¿no tienen nombres?

—¿Por qué *deberían* de tenerlos?

—Bueno...

—Mira, Taylor, todos estos niños empezaron a vivir como la suma de un espermatozoide anónimo y un óvulo anónimo. No tienen padres. ¿Por qué deberían de tener nombres?

Taylor Dorcas se rio con desprecio y apuntó a Dolbe con un dedo.

—Podrías haberles puesto tu nombre a todos, Arnold. Eres tan padre suyo como nadie.

Dolbe hizo una mueca, pero no dignificó la estupidez de su colega con una respuesta.

—Bien, rayos y truenos, hombre, ¿cómo los identificáis entonces?

—Están numerados —contestó Dolbe severamente—. Suponía que eso tendría que ser obvio. Incluso para ti.

—¿Del uno al once?

—No. Éstos no son los primeros bebés probeta con los que trabajamos. Sin embargo, los once números son consecutivos. De derecha a izquierda, Dorcas, déjame presentarte al número 20 hasta el 30. Niños del gobierno, todos con buena salud, y ahora enteramente tuyos.

—¿Míos?

—Figurativamente hablando, por supuesto. Para ser preciso, te diría que son enteramente de las salas del Departamento de Sanidad, División de Niños, Sección Bebés, tu subsección. Espero que hayas dado los pasos necesarios.

—Sí. Lo he hecho. Si puedes, coge a tu... procesión..., y llévala al tejado, donde hay un volador esperando para llevarlos al orfanato federal. Naturalmente, hay enfermeras a bordo para cuidarlos durante el vuelo. Se les atenderá adecuadamente.

—Muy bien —dijo Dolbe—. En ese caso, me pondré en marcha.

—¡Espera un momento, Dolbe!

Dolbe había empezado a levantarse de la silla; se detuvo, se encogió de hombros y volvió a sentarse, sugiriendo que Taylor Dorcas tratara de expresarse con más claridad para que los dos pudieran dedicarse a temas más importantes.

—Necesito unos cuantos detalles más —protestó Dorcas.

—Todo está en ese informe —dijo Dolbe, señalando el clasificador que había colocado sobre la mesa cuando entró en la habitación. Las palabras TOP SECRET aparecían estampadas en su cubierta en tres colores distintos y en varios lenguajes diferentes. Incluidos los símbolos del PanSig.

—Leeré el archivo —repuso Dorcas—. Pero quisiera que me informaras rápidamente.

—No estoy obligado a hacer nada de eso.

—Lo sé. Y puedes negarte, naturalmente. En ese caso, mandaré llamar a Brooks Showard y le pediré que me lo cuente.

Dorcas había recuperado el punto y había igualado el marcador, y le sonrió a Dolbe, quien le devolvió la sonrisa. Se odiaban mutuamente, de una manera impersonal. Y Dolbe sabía cosas. Por ejemplo, sabía que el mote de Taylor Dorcas en la escuela en casa era «Dorky». Pero Dorcas también sabía algunas cosas. Era un empate.

—Muy bien. ¿Cuántos detalles quieres? —preguntó Dolbe.

—Los menos posibles, por favor. Soy un hombre muy ocupado.

—Aquí tienes los números 20 al 30 de los bebés probeta —dijo Dolbe monótonamente—, llamados popularmente «probis», temporalmente bajo la custodia de mi departamento. Se les situó en condiciones normales, se les refino, se les proporcionó salud estándar y cuidados sociales, y todos están en condiciones físicas satisfactorias. Bajo mi dirección, se hicieron dos modificaciones en su entorno. Primera: Desde su primer día de vida se le suministraron pequeñas dosis de varias drogas alucinógenas que se fueron aumentando gradualmente. Encontrarás los detalles precisos en sus archivos. Segunda: Antes de los tres meses de edad, todos fueron situados en la Interface de T.G. con un espécimen de la criatura alienígena conocida como Beta-2, con la esperanza de que eso nos llevara a desentrañar el lenguaje del mencionado alienígena, también conocido como Beta-2. El experimento fue ejecutado once veces, con apropiadas modificaciones en la variante relevante..., es decir, en las combinaciones, dosis y planificación de los alucinógenos. Los

resultados demostraron ser insatisfactorios, y el experimento ha sido cancelado. Los niños van a ser transferidos, según las reglas, a tu custodia, antes de tomar residencia en el orfanato federal de Arlington, Virginia. Cualquier otra información que puedas requerir está disponible en los archivos o bajo petición.

No dijo «FIN DEL INFORME» ni dio un taconazo, pero el matiz apareció en la forma en que chasqueó los dientes al terminar.

—Ya veo —dijo Dorcas—. Ya veo.

—Me alegra oírlo.

—Dices que el experimento no fue satisfactorio. Supongo que eso significa que los niños no aprendieron nada del Beta-2.

—Supones correctamente.

—El memorándum que enviaste por valija decía algo sobre «desarrollo anormal de lenguaje» ¿Qué significa eso exactamente?

—No tenemos ni idea de lo que significa... exactamente.

—Oh, vamos, Arnold.

—Sabemos lo que significa inexactamente.

—Explícame algo más.

—*Míralos* —señaló Dolbe—. ¿Notas algo inusitado en ellos?

Dolbe lo consideró, mirando por turno a cada niño. Parecían bastante corrientes. Tal vez con un color un poco extraño, por demasiadas lámparas solares y nada de luz natural, pero, por lo demás, parecían perfectamente comunes.

—Me parecen normales —aventuró—, excepto que están horriblemente quietos. Supongo que estarán intimidados por todo el ajetreo y los extraños.

—No. Siempre son así.

—¿Siempre?

—Siempre. Nunca emiten un solo sonido. En ningún lenguaje.

—Pero...

—Estos niños no han emitido *nunca* ningún sonido desde que entraron en la Interface. Nunca lloran. Nunca gimen. Te darás cuenta de que casi parecen no tener expresión, y que cambian muy poco de postura..., es decir, tampoco parece haber ningún desarrollo en el habla corporal.

—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que les pasa?

Dolbe suspiró.

—Nada. Al menos nada que podamos decir. Sus cuerdas vocales están intactas. Las exploraciones cerebrales a varios niveles no muestran ninguna anomalía. Su sentido de la audición es perfectamente normal, tal vez un poco mejor que lo normal. Deberían de poder hablar, pero no lo hacen..., y he de añadir que hemos intentado exponerlos a hablantes nativos del lenguaje americano de signos. Tampoco ha habido respuesta.

—Jesús. ¿Cuánto tiempo estarán así?

—Si lo supiera, Taylor, no te los entregaría..., es decir, si tuviera algún motivo para creer que su estado es temporal. Encontrarás instrucciones específicas, directas desde arriba, para que me sea notificado inmediatamente si alguno de ellos muestra aunque sea el más rudimentario signo de intentar comunicarse. En *cualquier* forma. Si sucede, podría ser de la mayor importancia.

Taylor Dorcas silbó entre dientes y miró de nuevo a los niños. Advirtió que podrían haber sido muñecos. Y sus ojos..., no le gustaría tener que pasar mucho tiempo mirando a aquellos ojos.

—¿No son retrasados? —preguntó bruscamente.

—No, que sepamos. Como puedes imaginar, son un poco difíciles de examinar. Pero, por lo que los expertos pueden determinar, tienen la inteligencia común de cualquier niño humano. Simplemente no hacen ningún esfuerzo por comunicarse..., o, si lo hacen, somos incapaces de reconocerlo como tal.

—Sorprendente.

—Cierto.

—No serán catatónicos...

—Oh, no. Se desenvuelven adecuadamente y a la perfección para cada marco de acción en el que se encuentren. Para alimentarse, por ejemplo. No, no es catatonia ni nada parecido.

—Bien, entonces, ¿no tienes *nada* en absoluto, ningún tipo de explicación que ofrecer? ¡Demonios, hombre, las mujeres que cuiden de esos niños necesitarán alguna base para tratar con ellos!

—Lo siento —dijo Dolbe. Y hablaba en serio.

—¿Nada en absoluto?

—Nada en absoluto.

Por supuesto, aquello no era exactamente la verdad. Dolbe tenía una explicación, surgida directamente de labios de Thomas Blair Chornyak, que se había presentado amablemente a petición suya para ver en qué podía contribuir al esfuerzo. Según Chornyak, el problema no era que los probis no tuvieran ningún lenguaje, ya que sólo un estado como el coma profundo podía ser considerado como la auténtica ausencia de lenguaje en un ser humano. El problema era algo que él llamaba «ausencia de lexicalización».

—No puedo estar completamente seguro, naturalmente —les había dicho, claramente fascinado—, ya que no tengo datos suficientes ni tiempo para recopilar más. Pero puedo hacer una suposición. Y mi suposición es que estos niños tienen la cabeza llena de experiencias no verbales y percepciones para las que ningún lenguaje ofrece una forma superficial..., experiencias para las que no hay lexicalizaciones... No existen para ellas palabras, Dolbe, ni signos, ni unidades de lenguaje corporal. No en los lenguajes terrestres a los que han sido expuestos, y no en su lenguaje Beta-2. Si es que existe ese lenguaje.



Cuando Lanky Pugh se quejó de que no comprendía, Chornyak se lo explicó en términos más simples. Digamos que un ser humano ve salir el sol, y quiere expresar esa percepción a otro ser humano. La forma que da a esa expresión, con sonidos o cualquier otra forma, es una lexicalización. Presumiblemente, los seres humanos pueden encontrar una lexicalización o acuñar una para cualquier experiencia humana, o cualquier experiencia humanoide. Pero, fuera lo que fuera lo que estos niños estuvieran percibiendo o experimentando, o bien no tenían ninguna lexicalización disponible para esas percepciones y experiencias, o usaban una forma de lexicalizaciones que a los seres humanos les resultaba literalmente imposible reconocer.

—¿Como qué? —había preguntado Dolbe.

—Demonios, no lo sé. ¿Cómo espera que le exprese, con palabras, un ejemplo de una percepción para la que *no hay* palabras? Podría darle una analogía un poco forzada.

—Hágalo, por favor.

—Supongamos que nos comunicamos normalmente en inglés, pero emitimos sonidos a frecuencias que el oído humano es incapaz de oír... Eso no sería exactamente inglés, Dolbe, pero aceptémoslo así. O digamos que, fueran cuales fueran los medios físicos que se estén empleando para producir las palabras del Lenguaje Americano de Signos, fueran ejecutados a una velocidad tal que el ojo humano fuera incapaz de verlos. No es eso, Dolbe..., es un asunto completamente distinto, porque éstos serían aproximadamente problemas fisiológicos, pero tal vez sirva como analogía. Los efectos, presumiblemente, serían los mismos.

—Entonces no es un problema fisiológico. Ni tecnológico. ¿No hay ningún aparato que pudiéramos construir?

—No lo creo —había respondido Chornyak—. Lo siento.

Dolbe no tenía intención de tratar de explicarle aquello a Taylor Dorcas, ni ahora ni nunca. De todas formas, dudaba mucho de que pudiera hacerse algo al respecto. El maldito padrino lingo les había estado engañando, o se había dejado llevar por la novedad y les había dicho la verdad. Pero, aunque estuviera acertado en un cien por cien, tenía intención de mantenerlo estrictamente para sí y los tres técnicos. Sabía que Chornyak no hablaría del tema.

Showard, sentimental como siempre, incluso con los probis, le había preguntado al lingüista si había algo que pudieran hacer para ayudar a los niños.

—Sé lo que haría yo con ellos —había respondido Chornyak. Sin vacilación.

—¿Qué?

—Distribuiría a esos niños entre tantos hablantes nativos de lenguajes diferentes terrestres y alienígenas como pudiera.

—¿Por qué?

—Porque —había respondido Chornyak pacientemente— es posible que exista algún lenguaje que tenga lexicalizaciones que los niños puedan usar. Tal vez no...,

pero es posible. Probablemente sea lo único que se puede hacer.

¡Y había tenido el valor de ofrecerse a llevarse consigo a los once niños, a las Casas lingüistas, y ver qué podía hacer con ellos!

—Sabén ustedes que tenemos la gama de hablantes maternos de idiomas terrestres y alienígenas más amplia que existe. Estamos equipados para probar la estrategia que he sugerido, por el bien de los niños. Ustedes no. Les sugiero que nos los dejen.

La arrogancia de aquel hombre... Al recordarlo, Dolbe sintió que el estómago le ardía. ¡Como si, simplemente porque la situación les obligaba a relacionarse con los lingüistas, les fueran a entregar a niños inocentes..., aunque fueran probis! ¿Qué creían que eran?

—No —repitió, observando a Dorcas—, no tenemos nada que sugerir. Dadles el mismo cuidado que le daríais a cualquier niño. Buena comida, mucho ejercicio, etc. Que observen los edu-más. Ponedlos en la escuela en casa a la edad adecuada. Etc., etc. Y ved qué pasa. Y si *pasa* algo, notificádmelo de inmediato.

—De acuerdo, Dolbe, de acuerdo. Si eso es todo lo que sabes.

—Es todo lo que sé.

—¿Arnold?

—¿Son infelices los niños?

—¿Parecen infelices?

—No..., no parecen nada.

—Bien, entonces... ¿Por qué buscar problemas? ¿Puedo llevarlos ahora a la azotea?

—Claro. Adelante..., tenemos que hacer otras cosas.

Dolbe llamó a sus lacayos para que reunieran a los silenciosos niños y los sacaran de nuevo. Como concesión a Taylor Dorcas, que había sido muy civilizado todo el tiempo, tuvo cuidado de enviarlos por pasillos poco frecuentados y por ascensores aislados. Ahora podía permitirse ser magnánimo. Ahora que por fin se quitaba de encima a los extraños monstruitos.

Michaela Landry había demostrado una pena decente y derramado un par de lágrimas decentes cuando el tatarabuelo Verdi se marchó un poco prematuramente a su recompensa celestial. A continuación, escogió un tío anciano y decrepito de la Casa Belview, donde había sido un poco más difícil porque sólo había unas pocas docenas de personas en vez de los cien que solían vivir en una ratonera lingo. Después de eso, se sintió obligada a esperar la muerte natural de otro anciano, en la Casa Hashihawa, para evitar sospechas.

Y ahora buscaba otra vez trabajo, armada con referencias de tres Líneas distintas. El puesto para el que la llamaron, en la Casa Chornyak, parecía la fantasía más amada de un asesino. ¡Cuarenta y nueve mujeres lingüistas, todas bajo un mismo techo, y sin ningún hombre para vigilarlas! ¡Con cuidado, podría eliminarlas una a una! Michaela

sentía que éste podría ser un proyecto para llenar el resto de sus años..., después de todo, se esperaba que cada una de esas mujeres muriera tarde o temprano, y en muchos casos cuanto antes mejor. Podría trabajar con ellas placenteramente toda la vida, y quizás envejecer allí ella misma, sin tener que buscar otro lugar.

La descripción que le había dado el Supervisor de Enfermeras del Estado había sido breve y precisa.

—Esta Casa Estéril sólo tiene residentes femeninas, y sólo veintitrés necesitan cuidados. Ninguna, según tengo entendido, requiere nada elaborado. Las pacientes son viejas y no pueden atenderse adecuadamente unas a otras. Y tienen la habitual lista de problemas a las que son tan aficionadas las ancianas: artritis, diabetes, migrañas, ese tipo de cosas. Pero ninguna está realmente enferma. Hasta ahora, las otras mujeres del lugar han compartido aparentemente los cuidados, pero el dueño dice que ha llegado a haber tantas pacientes que no pueden continuar así. Lo cual no es sorprendente, a la vista del hecho de que todas ellas son lingos, no mujeres apropiadas.

El hombre la había mirado con recelo, ya que parecía tener una tendencia inusitada hacia los pacientes de las Líneas; pero ella le hizo un pequeño discurso detallando la repulsión que sentía por los lingüistas, y eso le tranquilizó.

—Comprendo sus sentimientos, señora Landry —aprobó el hombre—. Podría decir que los comparto. Pero, ¿por qué demonios sigue aceptando trabajar para ellos, si se siente así?

—Porque pagan extremadamente bien, señor. Recupero parte del dinero de la gente, supervisor.

Él rio aprobadoramente y extendió la mano para palmearle la rodilla, viscoso pervertido, y siguió contándole los detalles de costumbre sobre sus habitaciones, salario y días libres.

—¿Está segura de que le interesa? —preguntó al terminar su retahíla—. No me parece que este trabajo compense su campaña para recuperar algunas de las ganancias de esos parásitos... ¿doscientos créditos al mes más habitación y comida? La verdad es que no es mucho por cuidar a veintitrés mujeres... aunque también exista el hecho de que ninguna de ellas *esté* enferma. ¿Cómo se siente al respecto?

Michaela ladeó tímidamente la cabeza y frunció para él las encantadoras comisuras de sus labios. Bajó sus gruesas pestañas, las alzó, volvió a hacerlas caer, y le miró por debajo de ellas.

—Sólo *empezaré* con ese salario, supervisor —dijo dulcemente.

Él le sonrió.

—Es usted una buena pieza, ¿eh?

—¿Cómo dice?

Esta vez no sólo le palmeó la rodilla, sino que deslizó la mano una o dos pulgadas por su muslo. Michaela consiguió apartarse de él, pero lo hizo de tal forma que él

pudo creer que le había gustado su caricia y que se había retirado solamente por modestia, con lo que se sintió absurdamente satisfecho de sí mismo.

—Hay oportunidad para progresar, ¿eh? —le preguntó, todavía con la sonrisita tonta en la cara. Su estúpida cara arrebolada.

—Oh, sí, supervisor, estoy segura de que así es.

—Bien, supongo que sabe lo que se hace..., una mujer de tanta experiencia como usted.

—Eso espero, supervisor. —Ella le miró de reojo, y contuvo un poquito la respiración—. Y *usted* conoce a una mujer de experiencia cuando ve a una, ¿verdad, señor?

—¡Oh, he corrido mundo, señora Landry! —se pavoneó—. ¡Puede usted apostar sus hermosos... tobillos a que así es! ¡Oh, sí, viuda Landry, sí que es cierto!

No lo había hecho. Ella lo supo sólo con mirarlo. Si se había acostado con una mujer más de tres veces en toda su vida, ella era senador. Debía de tener unos treinta y cinco años, y ella estaba segura de saber cómo pasaba el tiempo: Tendría tres muñecas hinchables en casa, cuidadosamente envueltas en sus fundas a prueba de agua: una rubia, otra morena y otra pelirroja. Y apostaba a que una de ellas tenía pintada la cara de su madre. Sólo un hombre de su tipo podría considerar siquiera pasarse la vida supervisando mujeres. *Enfermeras*.

—Oh, señora Landry...

—¿Señor?

—Pensé que podría interesarle saber que Thomas Blair Chornyak la solicitó a usted personalmente. Es decir, el lingo que llamó en su nombre lo hizo. Parece que reconoció su nombre en el anuncio de petición de empleo..., de hecho, dice que la vio en una ocasión.

—¿De veras? —Michaela se sorprendió—. ¿Dónde podría haberme visto, supervisor?

—Seguro que no lo sé, encanto. Tal vez visitara alguna de las casas en las que ha trabajado usted.

—Tal vez..., pero entonces yo lo recordaría.

Así habría sido. ¿El lingüista supremo de todos los lingüistas? ¿El más responsable de todos los lingüistas y la máspreciada de sus víctimas? No lo habría olvidado.

Pero el supervisor no lo veía del mismo modo.

—¿Por qué demonios iba a recordarlo? —la reprendió—. ¿Qué razones posibles tendrían sus patronos para decirle que estaba usted allí? Santo Dios..., recordemos nuestra posición en la vida, ¿eh? Thomas Blair Chornyak, ojalá se pudra en el infierno y sus parientes con él, es un hombre *muy* importante.

—Sí, supervisor —dijo Michaela, sonrojándose habilidosamente y dejando que una diminuta lágrima de sofoco apareciera en uno de sus ojos, lo cual le consiguió unas cuantas palmaditas y exploraciones más disfrazadas de consuelo. Michaela

esperaba que *él* se pudriera en el infierno, y sólo lamentaba no tener una oportunidad para ayudarla. Pero conservó en el rostro la expresión de neblinoso pasmo, y usó sus pestañas para conseguir el efecto, hasta que *él* se sintió lo suficiente agitado como para tener que dejarla en paz o arriesgarse a hacer algún movimiento verdaderamente indiscreto.

Respirando con dificultad, el supervisor se separó de ella y se puso a manosear una pila de papeles que había sobre su mesa, mientras Michaela le observaba y esperaba. Estaba acostumbrada a perder el tiempo mientras los hombres lo perdían; su formación en la Escuela Marital había incluido las instrucciones más detalladas en aquella habilidad femenina tan esencial. Finalmente, *él* le dijo que todo estaba en orden y le deseó buena suerte.

—Y si alguna vez me necesita... —terminó, dirigiéndole lo que sin duda pensaba era una mirada significativa.

En eso precisamente estaba pensando. Si alguna vez le necesitaba, se mataría antes.

—Gracias, supervisor —dijo Michaela—. Ha sido usted muy amable. Ahora me marcharé y le dejaré con su trabajo.

*Él* le dio permiso para marcharse, y ella volvió a darle las gracias. Mientras se dirigía a la puerta, con la cita para su entrevista en la Casa Chornyak a salvo en el bolsillo, meneó lenta y lujuriosamente las caderas en su dirección.

Con un poco de suerte, le habría hecho correrse en los pantalones.

La decisión de casar a una mujer que ha sido educada adecuadamente para ser esposa no tiene por qué ser fría y comercial. Cierto..., el procedimiento de revisar cintas tridi de nuestros clientes, examinando sus archivos personales y genéticos, entrevistando a aquellas mujeres que parecen más prometedoras, etc., parece más un requerimiento de negocios que un idilio romántico. Estamos de acuerdo, y estamos de acuerdo también en que el hombre norteamericano no tiene deseos de actuar de esa forma. Es más, no resulta necesario. No hay razón por la que un hombre no pueda pedir que la mujer que ha elegido como esposa (en el sentido *tradicional*) se enrole en una de las siete academias maritales cuyas graduadas son aceptadas por esta agencia. De esta manera podemos obtener lo mejor de ambos mundos..., la tierna alegría del amor joven, el éxtasis de encontrar y elegir a la mujer de los sueños, y la satisfacción de saber que tendrá una esposa que será digna de su función.

Les sugerimos que consideren cuidadosamente la alternativa antes de decidir que les alcance la buena suerte..., y se ahorren nuestras modestas tarifas. ¿Quieren realmente comenzar una vida de casados con una mujer sin formar cuya única habilidad como ama de casa es el azaroso resultado de unos pocos cursos edu-más y los confusos esfuerzos de sus parientes femeninas? ¿Quieren realmente arriesgar su carrera y su hogar y su comodidad ante las vacilantes técnicas de tanteo de una muchacha sin guía? ¿Creen realmente que la belleza de rostro y figura puede compensar una constante sucesión de incordios sociales y decepciones personales? (Si es usted padre, ¿es eso lo que quiere para sus hijos?) Creemos que no. Creemos que quieren una esposa que puedan llevar consigo a cualquier parte sin vacilación. Creemos que quieren una esposa con la que puedan llevar a casa a cualquier invitado con serena confianza. Hay pocas inversiones más importantes que un hombre puede hacer en su futuro..., no dejen que *su* futuro corra peligro. Estamos para servirle.

(Folleto de *La Esposa Perfecta™ Inc.*)

## PRIMAVERA DE 2.187...

Nazareth esperaba en el coche del gobierno, contemplando ceñuda el lento tráfico que la rodeaba; llegarían tarde, y los otros se enfadarían. Tendría que pedirle al conductor que entrara con ella y explicara que el retraso había sido inevitable... Feliz cumpleaños, Nazareth Joanna Chornyak Adiness.

No tenía la sensación de haber cumplido diecinueve años. Se sentía vieja. Vieja y gastada... Los niños de las Líneas tenían pocas oportunidades de *ser* niños, y eso envejecía. Y haber tenido a sus hijos, primero al chico, nacido el día de su decimosexto cumpleaños, y luego las gemelas dos años después..., eso producía cierta madurez. Pero no era ninguna de esas cosas lo que la hacía sentirse como una de esas ancianas arrugadas que sueltan locas imprecaciones desde el fondo de una cueva. Era el vivir como la esposa de Aaron Adiness, que tenía veinticinco años por fuera y apenas tres por dentro. Eso lo había provocado.

Aaron era guapo, y viril (agotadoramente viril), y encantador con la mayoría de la gente. Nazareth sabía que muchas mujeres le envidiaban el marido. Su sorprendente facilidad para adquirir lenguajes y aprenderlos se había desvanecido a medida que se hacía mayor, pero antes de que eso sucediera había conseguido un número

impresionante. Ella no tenía idea de cuántos idiomas podía leer y escribir con facilidad, pero prácticamente alcanzaban el centenar.

Era el tipo de tema en el que insistían los medios de comunicación, y nunca se cansaban de rellenar huecos en la programación con informaciones sobre: «¡El hombre que habla cien idiomas!». Lo cual era absurdo, por supuesto (hablaba tal vez una docena), pero la historia era mejor cuando se la distorsionaba, y alimentaba la insaciable fascinación que el público sentía por todo lo que tuviera relación con los monstruos lingüistas. No era un logro tan grande, al menos para los lenguajes humanos. Para cualquiera, tener fluidez en lenguas de cinco familias diferentes de lenguajes es impresionante; saber cien sólo demuestra que se han tenido muchas oportunidades y que uno se dedica al lenguaje como otros se dedican al surf o al ajedrez. Los lenguajes humanos son tan parecidos que, cuando has aprendido bien una docena, ya has visto todo lo que los lenguajes humanos son capaces de conseguir, y añadir más es casi algo trivial.

Pero la gente no estaba dispuesta a creerlo, y a Aaron no le importaba potenciar el malentendido. Él y su «centenar de lenguajes»... En cuanto aparecía una información con su nombre en la pantalla, no importaba que dijera lo mismo que habían dicho docenas de veces antes, allá estaba Aaron, pulsando la tecla para asegurarse de conseguir una copia para su colección de recortes. Colección que Nazareth tenía la obligación de poner al día, por supuesto.

Viviendo con él, sujeta a sus caprichos, Nazareth tenía la sensación de que tenía que caminar en la cuerda floja de la mañana a la noche. Se ofendía tan fácilmente que ella apenas sabía qué le había molestado; pero él siempre decía: «¡Sabes muy bien lo que pasa, maldita pécora!», y permanecía ceñudo durante horas, hasta que ella pedía disculpas no una vez, sino varias. Y su reticente perdón sólo duraba muy poco.

Si ella no se disculpaba, se convertía en objeto de humillación, porque él la convertía en el blanco de su ingenio (y eso era temible) en todas las ocasiones que se le ofrecieran, mucho mejor si eran en público. En privado, no le hablaba; en público, hacía que todo el mundo se desternillase de risa con sus chistes sobre sus defectos y su peso y el diente que tenía torcido y cualquier minúsculo error que pudiera haber cometido a lo largo del día..., o de la noche. Lo preparaba todo para que cayera en sus trampas, y se sentaba sonriendo mientras los demás se reían estentóreamente de su miseria; y luego alzaba una elegante ceja, y le chasqueaba la lengua como se hace con un niño pequeño, y le decía: «Pobrecita, no tienes ningún sentido del humor, ¿verdad?». Era un verdadero alivio ir a trabajar y escapar de él. Siempre.

Las otras mujeres se reían de sus chistes igual que los hombres, y Nazareth sabía por qué. Si no lo hacían, podían pasarles dos cosas: Primero, Aaron las incluiría en su guerra de ridiculización. Segundo, sus maridos las acusarían de ser hoscas y unas aguafiestas demasiado estúpidas para comprender siquiera el chiste más simple. La mayoría de los hombres pensaban que Aaron era la persona más divertida que habían tenido el placer de conocer.

Si Nazareth era suficientemente humilde, podía ganar un día o dos de respiro, pero no más. No sólo las cosas que hacía herían los sentimientos de Aaron, o el aspecto de su rostro, o lo que hacía o dejaba de hacer..., él no podía soportar que ella hiciera nada bien. Si alguien la alababa, Aaron se enfadaba. Si recibía una nota rutinaria de felicitación por un trabajo bien hecho, se enfurecía. Si ella tenía un contrato y él ninguno, se llenaba de ira. Ella no se atrevía a ganarle a las cartas o el ajedrez, a derrotarle en un partido de tenis, o a nadar unos cuantos largos más que él, porque no soportaba este tipo de cosas.

Y era Nazareth quien pagaba los platos rotos cuando Aaron era superado en algo por otro hombre. En público era un buen deportista, dispuesto a estrechar la mano del ganador y admirar su habilidad; de vuelta a su dormitorio, sin embargo, recorría incansablemente la habitación, maldiciendo la mala suerte y la serie de misteriosos accidentes que le habían impedido ser el vencedor.

En público, sus hijos eran las niñas de sus ojos, siempre en brazos de papá o sentados en sus rodillas. En privado, los detestaba. Eran útiles sólo como posesiones, algo que podía mostrar, como mostraba su colección de espadas o sus malditos lenguajes; no tenía ningún otro interés en ellos. Y no hacía ninguna pretensión de tener ningún interés en Nazareth a excepción de su utilidad sexual, el dinero que ganaba para sus cuentas privadas (¡y cuan amargamente se quejaba del cuarenta por ciento de sus tarifas que iban a parar a la cuenta de la comunidad cuando sabía que nadie más que ella podía oírle!) y su valor como blanco de sus puyas. Si llegaba el día en que ella ya no pudiera ser útil en ninguno de esos roles, no tendría más utilidad para él que una extraña..., posiblemente menos: al menos, una extraña le habría ofrecido novedad.

Ella podría haberse quejado, pero no había nadie a quien hacerlo. Los hombres amaban a Aaron, ya que era demasiado listo para volcar su petulancia sobre ellos: había superado eso, como había predicho Thomas. Y quejarse a otra mujer habría sido como gritar en un pozo. «Así es cuando se vive con un hombre», dirían, si se molestaban en decir algo. Nazareth creía que Aaron era peor que la mayoría de los hombres. Sabía, por ejemplo, que aunque su padre se enfurecía a menudo con su madre, siempre era cortés con ella en público, y no había visto a ningún otro hombre atormentar a su esposa como Aaron la atormentaba a ella. Pero las mujeres que no tenían sus problemas tenían los suyos propios. No había fin a la inventiva de los hombres cuando su objetivo era demostrar su superioridad.

Era irónico que ella hubiera aceptado esta vida por el bien de las Codificaciones, pues no había habido ninguna desde el día de la boda. No era sólo que nunca tuviera un instante de intimidad en el que poder sentarse y trabajar en ellas, ni el problema de buscar un escondite para ese trabajo; sentía como si una especie de muerte se hubiera infiltrado en su mente, arrancando para siempre lo que fue la fuente de sus esfuerzos.

Soy estúpida, pensaba Nazareth. Y no soy yo sola quien lo piensa. Aaron pensaba que era estúpida, desde luego; y les enseñaba a sus hijos a pensar lo mismo. Y, en la



única ocasión que había intentado decirle a otra mujer cómo era su vida, también ella la llamó estúpida.

—Santo Dios, Nazareth —le dijo—. No tienes que tolerar ese tipo de cosas... *Manéjalo*, criatura. ¿Cómo puedes ser tan estúpida?

Manejarle. ¿Cómo se maneja a un hombre? ¿Qué significaba «manejarle»?

—Señora Chornyak, será mejor que entre con usted y les explique.

Nazareth dio un respingo..., no se había dado cuenta de que el tráfico había vuelto a moverse, y mucho menos de que habían llegado.

—Gracias, señor Dressleigh —murmuró—. Le agradecería mucho que lo hiciera.

—Es parte de mi trabajo —dijo el conductor, aclarando cuidadosamente que ninguna otra cosa le haría esforzarse para ayudar a una mujer de las Líneas. Y entonces se puso en marcha, mientras Nazareth hacía todo lo posible por no perder el paso. Daría su explicación, se marcharía, y por la noche otro héroe igualmente reluciente vendría a recogerla. Para Nazareth no había ninguna diferencia; nunca había tenido un conductor que fuera amistoso, o siquiera amable. O que se molestara en aprender su nombre. Procedía de la Casa Chornyak, llevaba anillo de casada..., por lo tanto debía ser «señora Chornyak», y nunca se preocupaban de los detalles.

Pero cuando las explicaciones y formalidades terminaron, y por fin se sentó en la cabina de intérprete y, tras ordenar sus diccionarios, se preparó para comenzar su trabajo, encontró que el universo no había olvidado su cumpleaños después de todo. De hecho, le había preparado un regalo absolutamente espléndido, algo que nunca habría conjurado para sí misma.

Esperaba que este día fuera algo más agotador que de ordinario, porque el tema de la negociación versaba sobre unos aranceles importantes (un tema poco fascinante ya de por sí), y porque no tenía ninguna ayuda. Su apoyo, un niño de nueve años, estaba sólidamente encerrado en una negociación con su propio lenguaje de Interface que no podía ser pospuesta; el de seis años estaba en cama con una de las típicas enfermedades infecciosas infantiles, y Aquina Noumar que estaba trabajando en Memphis y tampoco podía venir a ayudarla. Eso significaba ningún apoyo, formal o informal; no era fácil trabajar de esa manera.

Con su mente enfrascada en los problemas que esto significaría para ella, ni siquiera se dio cuenta de que algo era distinto hasta que empezó a oír susurros y a sentir la tensión típica del habla-corporal gritando su incomodidad. Por fin llamó su atención, y levantó la cabeza para ver qué catástrofe menor había enturbiado las negociaciones... ¿tendría suerte y uno de los hombres del gobierno se había roto una pierna? No dolorosamente, claro, y sin gravedad; no era una mujer vengativa.

Y allí estaban sentados los jeelods con sus monos habituales, mirando a Dios sabía qué, con una expresión de torvo placer en sus caras cuadradas, y Nazareth boqueó.

—¡Por todos los santos del cielo —dijo entre dientes, sin detenerse siquiera para asegurarse de que los micrófonos no habían sido activados todavía—, son *hembras!*

Ciertamente, lo eran. Incluso con las ropas anchas obligatorias por su religión, incluso con el pelo rapado tan corto de una manera que ninguna mujer terrestre habría elegido, resultaba claro que eran hembras. O bien se trataba de especímenes inusitados, o las mujeres jeelod tenían pechos enormemente grandes; pechos enormemente grandes y enormemente puntiagudos.

Nazareth bajó rápidamente los ojos a la lisa superficie de plástico que tenía delante y luchó por no mostrar el deleite en su rostro. No era propio de una lingüista traicionar su placer al encontrarse en una tal situación..., habría duras quejas a su padre sobre la manera tan poco diplomática en que había enfocado esta crisis diplomática.

Llamaron suavemente a la parte trasera de la cabina, lo cual no la sorprendió: después de todo, no podían quedarse allí petrificados como si el sol se hubiera detenido, alguien tenía que hacer algo.

—¿Sí? —dijo sin darse la vuelta, controlando cuidadosamente la expresión de su rostro antes de mostrarlo a quienquiera que fuese.

—Señora Adiness..., espero no haberla asustado.

Nazareth se volvió, sonriendo amablemente, justo en el momento en que el hombre entraba en la cabina y se sentaba a su lado. No se trataba de un hombre del gobierno..., entonces, ¿quién era? Era guapo, y debía doblarla en edad, pero no llevaba ningún uniforme o insignia por la que pudiera identificarlo.

—Señora Adiness, voy a hablar muy rápidamente —dijo, bajando la voz—. Lamento ser tan brusco, pero comprenderá la necesidad de pasar por alto las formalidades. Me llamo Jordan Shannontry, de la Casa Shannontry, y se supone que tendría que ver si puedo ser útil aquí en alguna función periférica..., nos enteramos de que estaría completamente sola hoy, y el REM34-5-720 es una especie de hobby para mí. Como estaba libre, y resultaba claro que tendría usted las manos llenas, me he acercado..., pero no esperaba *esto*.

—Ni los hombres del gobierno —dijo Nazareth con su tono de voz más cuidadosamente neutral.

—¿Cómo es posible que no lo supieran?

—¿Quiénes?

—Los jeelods... ¡seguro que conocen bien la cultura terrestre! Llevan negociando y comerciando con nosotros desde hace casi quince años.

—Oh, la conocen bien —dijo Nazareth—. Es una táctica deliberada para frenar las negociaciones..., e insultar a los negociadores americanos.

—¿Está segura?

—Bastante segura, señor Shannontry.

—¡Bien, pues entonces malditos sean!

—Como usted diga, señor.

—La arrogancia..., por no mencionar los malos modales...

—Oh, sí. Los jeelods no se caracterizan por sus modales exquisitos, señor Shannontry. Y le agradezco mucho que quiera echarme una mano..., no sabía que hubiera nadie que pudiera ayudarme.

Shannontry se encogió de hombros.

—La verdad es que no soy de mucha ayuda, querida. Puedo decir hola, adiós, gracias y poco más; y lo poco que puedo decir es con un acento que le pondría los pelos de punta. Pero leo el idioma con bastante facilidad, y el Departamento pensó que al menos podría ayudarla con las traducciones, buscándole palabras en los diccionarios, en fin, ese tipo de cosas.

—Ha sido muy amable al venir —dijo Nazareth.

—Bien..., es un placer. Francamente, deseaba oír el lenguaje. Pero no sé qué podemos hacer ahora, señora Adiness, y está muy claro que esos hombres tampoco lo saben.

Nazareth se permitió una sonrisa.

—Bueno, desde luego, no hay nada que yo pueda hacer, señor Shannontry.

—No..., dadas las circunstancias, ciertamente no lo hay. Santo Dios... ¿y ahora qué?

Nazareth puso cara de sentirse aturdida e indefensa, y esperó. Se lo estaba pasando maravillosamente bien. Los hombres del gobierno no podrían llevar a cabo las negociaciones con las hembras jeelods; esto estaba fuera de toda duda. Ninguna hembra, por definición, tenía derechos legales adultos, lo que haría que todas las decisiones fueran vanas en cualquier caso. Además, sentaría precedente, y llevaría a que los otros pueblos alienígenas repitieran interminablemente esta práctica. Había un número bastante grande de culturas extraterrestres que permitían a las hembras de sus especies lo que parecían ser estatus iguales o similares a los varones.

Por otro lado, los hombres del gobierno no tenían forma de saber qué podían hacer sin causar una crisis diplomática interplanetaria. Y cuanto más tiempo estuvieran allí sentados, más difícil sería.

Uno de ellos salió rápidamente por la puerta, sin duda para recibir instrucciones de algún superior. Nazareth se rio por dentro, esperando que se encontrara con alguien del equipo que había anunciado tan orgullosamente, hacía unos pocos años, que habían descifrado uno de los lenguajes REM18 usando solamente un ordenador; fue necesario enviar a un lingüista para decirles, con mucha amabilidad, que la palabra que habían traducido por «amigo» significaba en realidad «alguien a quien puede comerse, siempre que se usen las especias adecuadas para preparar el cadáver». ¡No había nada como un «experto» del gobierno para alegrar el ya de por sí maravilloso cumpleaños de una!

Mientras el hombre salía de la sala, el equipo de negociación jeelod asumió una vez más la postura de ausencia ritual.

—Mire eso —dijo Jordan Shannontry—, ¿qué significa?

—Están insultadas —le explicó Nazareth—. Siempre lo hacen cuando perciben un insulto. Paraliza las negociaciones de una manera muy efectiva.

—Que Dios nos ayude —suspiró Shannontry—. ¿Hay algo que podamos hacer?

—Me temo que no es misión mía proporcionar un curso de acción —dijo Nazareth muy educadamente. No había sido entrenada para esposa, pero conocía su papel como mujer lingüista tan bien como cualquier otra mujer de las Líneas. Su puesto era interpretar y traducir, responder lo mejor que pudiera a las preguntas directas que se le formularan referidas al idioma y la cultura de los alienígenas de la negociación, y por lo demás guardar silencio. Sobre todo, no era su lugar sugerir estrategias o políticas diplomáticas a nadie.

Shannontry la estudió cuidadosamente, y ella se sonrojó levemente bajo su fija mirada.

—Esto es completamente injusto para usted —dijo él enfáticamente—. Es demasiado joven para encontrarse en una situación así, y lo lamento profundamente..., es injusto e inexcusable.

Nazareth no supo qué decir, y no se atrevió a mirarle. Parecía verdaderamente preocupado por ella, pero sabía bien que no tenía que confiar en aquello: en cualquier momento podía saltar la trampa que estaba preparando con las fingidas palabras galantes, como hacía Aaron, y entonces se vería en problemas. Continuó en silencio, y esperó, cautelosa como una niña que ya se ha quemado en una ocasión y tiene que lidiar con un fuego desconocido.

—Señora Adiness —dijo él amablemente, sin ninguna ira en su voz que Nazareth pudiera localizar—, esto no servirá. Si me dice qué debo decir, yo iré y lo diré. Abominablemente, por supuesto..., pero lo diré. Escríbame lo y ayúdeme a pronunciarlo un par de veces, y me encargaré del asunto.

—¿Lo haría?

—Por supuesto.

Nazareth se sintió encantada. Realmente iba a ayudarla.

—Entonces tenemos mucho tiempo —dijo.

—¿En serio?

Ella le explicó los rituales de ausencia que duraban dieciocho minutos y once segundos, y él produjo un ruidito impaciente.

—Supongo que este caso será igual —murmuró él.

—Probablemente.

—Entonces... ¿qué debo decirles?

Nazareth pensó un instante. Primero tendría que emplear la estructura narrativa que alojaría la frase directa, y la partícula triple que despejaría la ambigüedad de los tres marcos de referencia. Luego el mensaje muy simple... NOS SENTIREMOS MUY FELICES DE ESPERAR HASTA QUE SUS HOMBRES PUEDAN VENIR A LA MESA DE NEGOCIACIÓN. La otra mitad de la estructura narrativa..., algunos honores... —Será largo —dijo ella, dubitativa.

—Muy bien —contestó él—, me las arreglaré. Y si mi bárbaro acento las ofende, será culpa de ellas. Escríbalo.

Lo hizo, y lo pronunció para él.

—Otra vez, por favor.

Ella lo repitió.

—Esas primeras sílabas...

Ella las repitió despacio, alzando la barbilla para que él pudiera ver claramente la posición de la lengua contra los dientes.

—Oh, ya percibo. Es así... Muy bien, allá vamos. Escúcheme, por favor... ¿me entenderán?

Nazareth hubiera querido taparse los oídos ante la extraña corriente de sonidos que representaba la habilidad oral de Shannontry con el REM34, pero eso habría significado tan malos modales como los que exhibían las jeelods. En vez de ello se mordió los labios, y él se echó a reír.

—¿Tan mal lo hago? Muy bien..., prepárese, señora Adiness, y lo intentaré otra vez.

Mejor. No mucho, pero mejor.

—Sí —dijo ella—. Le entenderán, aunque no les guste mucho. Y ya es hora, creo... Sí, ya regresan. Tal vez será mejor que se adelante antes de que vuelva el hombre del Departamento...

—Por supuesto —dijo él, sin que al parecer la sugerencia de actuar le ofendiera—. Ahora mismo vuelvo.

Nazareth nunca se habría atrevido a salir de la cabina y dirigirse a la delegación alienígena, y dudaba que muchos hombres lo hubieran hecho, pero Jordan Shannontry parecía tan cómodo como si se encontrara en su propia casa. Ella le observó, tan complacida como si se hubiera tratado de una diversión ejecutada especialmente en su beneficio, mientras él se encaraba a las mujeres jeelod, se inclinaba primero a la izquierda y después a la derecha (lo que demostraba que había estudiado su cultura, pese a su pobreza en la pronunciación del idioma), y luego recitó el mensaje. Dos veces. Despacio. Y luego por tercera vez, para asegurarse absolutamente de que le habían oído y le habían comprendido.

A los negociadores americanos no les gustó ni pizca, y cuando Shannontry cruzó de regreso la sala le cogieron de la manga y pusieron caras desesperadas de querer saber qué ocurría, pero él estuvo magnífico. Se los quitó de encima como si fueran niños pequeños, y no se detuvo a explicarles nada. Maravilloso, pensó Nazareth, ¡maravilloso! ¡Ser tan seguro de sí mismo..., tan controlado! Atreverse a comportarse así...

Regresó junto a ella en medio minuto, y le tocó la muñeca amablemente, sin sentarse.

—Sugiero que nos marchemos de inmediato, señora Adiness —dijo—. Antes de que nuestros amigos federales puedan crear alguna conmoción adicional. Vamos..., la

sacaré de aquí, y luego regresaré y explicaré la situación.

Ella tuvo miedo de hacerlo, pero él se mantuvo firme, anulando sus objeciones y sacándola rápidamente de la cabina y llevándola al pasillo, recogiendo su material de trabajo para que no tuviera que molestarse con él. Sólo volvió a hablar cuando se encontraron a salvo fuera de la sala de conferencias y ella estuvo sentada en el cubículo reservado para los lingüistas durante las pausas y los retrasos.

—No tiene que preocuparse —dijo—. En absoluto. Pase lo que pase, explicaré que se comportó con la precisión necesaria, y que no hay motivo para que nadie se moleste lo más mínimo con usted. Si quieren quejarse, que se quejen de mí..., no hizo usted nada más que cumplir *mis* instrucciones, y si ha habido un error ha sido *mí* error. Ahora relájese, querida, y espere mientras voy a ver qué puede hacerse al respecto. Supongo que los jeelods enviarán un equipo de hombres.

—Oh, sí —contestó ella—. Sí, por supuesto. Están ansiosos por establecer los aranceles..., a su favor, naturalmente, como nosotros estamos firmemente ansiosos por fijar los nuestros. Esto ha sido sólo una... una táctica.

—Funcionó muy bien, ¿no?

Nazareth ladeó la cabeza para ocultar su rostro y estuvo de acuerdo en que así había sido.

—Bien..., lo conseguiremos. Un equipo jeelod decente sentado a la mesa. Y luego, querida, enviaré a alguien para que la conduzca de regreso a la cabina. Pero no hasta entonces.

Y se marchó, dejándola absolutamente confusa. No estaba sólo impresionada, sino aturdida... trató de imaginarse a Aaron en una situación similar, y se rio en voz alta. Para empezar, Aaron no habría estado allí. Trabajaría sólo si una mujer trabajase como *su* apoyo. Incluso condescendería a trabajar en una negociación multilingüe con una mujer sirviendo como intérprete para uno de los otros lenguajes. Pero, ¿actuar como apoyo para una mujer? Habría recurrido a cualquier cosa, inventado cualquier excusa, antes de hacer algo así.

Entonces se le ocurrió, extrañamente, que tenía que ser muy triste ser Aaron Adiness y tener que vivir en constante terror de tu propio ego. Nunca se le había ocurrido pensar en ello antes.

Pobre Aaron. Aquella era una nueva idea. Pobre Aaron.

**P:** ¿Qué ves, Nils? ¿Puedes decírmelo?

**R:** (risas)

**P:** Inténtalo..., es muy importante. ¿Qué ves? ¿Qué es, a qué miras?

**R:** Eso. No. No eso.

**P:** Adelante, Nils..., llama «eso» a lo que ves. Imagina que «eso» servirá. ¿Qué ves?

**R:** (risas)

**P:** ¡Nils, no lo estás intentando! Prometiste que lo intentarías, por el bien de la ciencia y por mí. Por favor, inténtalo, hombre...

**R:** No es una cosa. No es una no-cosa. No es una idea. No es una no-idea. No es una parte de la realidad. No es una no-parte de la realidad. No es una no-parte de una no-parte de la no-realidad.

**P:** Nils, eso no nos ayuda mucho.

**R:** (risas)

(Dr. Quantum Silakady, entrevistando a un paciente experimental bajo los efectos del LSD)

De alguna manera, Brooks Showard había dado por supuesto que no habría más experimentos que combinaran bebés y drogas alucinógenas. Había sido un infierno observar a los probis caer uno detrás de otro, cuando habían empezado con esperanzas tan altas. Y *fue* una buena idea, por Dios... Beau St. Clair sufría ahora una especie de culpa destructora sobre la que los jodidos examinadores médicos no podían hacer gran cosa (al menos manteniéndole consciente para el trabajo), pero había sido una *buena* idea. Una idea excelente que podría haber sido el indicio que estaban buscando. Pero no había funcionado.

Y, considerando los resultados, considerando lo que habían tenido que enviar al orfanato de Arlington, Brooks daba por garantizado que se había acabado. Beau, Lanky y él habían acordado también que, fuera cual fuese el próximo movimiento, era cosa de Arnold Dolbe. Lanky había hecho su parte; interminables variaciones con los ordenadores. Y Beau y Brooks habían hecho las suyas. Ahora le tocaba el turno a Dolbe.

El cual les sorprendió. Todos le miraron, asombrados y sin habla.

—¿Bien? ¿Por qué me miráis de esa forma? —dijo Dolbe, beligerante.

Como veía que no decían nada, se puso rojo y repitió: —¿Por qué me miráis de esa forma?

Showard carraspeó y trató de hablar en nombre de todos.

—Pensábamos..., pensábamos que había quedado demostrado de manera bastante concluyente que la idea de los alucinógenos no funcionaba, Arnold. Una buena idea. Una idea cojonuda..., pero no funcionó.

—No estoy de acuerdo —dijo Dolbe.

—¿Eh?

—No. No estoy de acuerdo —repitió Dolbe tercamente, mirándoles con la testaruda expresión que solía sacarle adelante en muchas situaciones cuando no sabía lo que estaba haciendo. Esperaba que también le sacara adelante esta vez, cuando al menos tenía uno o dos hechos a su favor—. Creo que funcionó bastante bien.

—Dolbe, has perdido la poca sesera que te quedaba —dijo Lanky Pugh—. Y creo que hablo por todos nosotros cuando lo digo. Te has quedado sin sesera y has perdido la chaveta. Necesitas que te pongan cables nuevos, Dolbe.

—No —insistió Dolbe—. No. *Vosotros* estáis equivocados, yo tengo razón.

—¡Bien, entonces explícanos por favor de qué manera «funcionó», Dolbe! No aprendimos absolutamente nada sobre el Beta-2. ¡Y mira lo que les pasó a esos probis!

—Precisamente.

—¡Oh, por el amor de DIOS! —suplicó Showard.

—No, esperad un momento —dijo Dolbe—. Tratad de controlaros y escuchad lo que tengo que decir. Es cierto: no hicimos progresos en la adquisición del Beta-2. Pero..., y esto es muy, muy importante..., sí hicimos progresos con el proyecto en sí, como tal proyecto. Parece que no lo recordáis, amigos, pero esos bebés *no* murieron. *No* se volvieron locos. *No* sufrieron. No les pasó nada.

—No. Excepto que destruimos sus mentes.

—¡Oh, Showard, eres peor que una mujer con tu enfermiza sensiblería! No hay razón ninguna para creer que destruimos sus mentes, o las lastimamos, o interferimos con ellas en ningún sentido negativo. ¡Ninguna! Ya habéis visto las pruebas: sus mentes son perfectamente normales.

—¿Sí? Entonces, ¿cómo es que no se comunican con los demás con sus mentes perfectamente normales, Dolbe?

—No lo sabemos.

—Creía que el lingo lo había explicado —dijo Lanky—. No comprendí ni una maldita palabra de lo que dijo, pero pensaba que el resto de vosotros sí.

—Eso no importa —dijo Dolbe, impaciente—. No importa. No digo que los resultados de los experimentos fueran perfectos..., sólo que, al menos, mostraron progresos. Avances positivos. ¡Por primera vez desde el principio del proyecto! Y no estoy dispuesto a dejar ni por un minuto que se nos olvide eso, no señor. Intento *avanzar* sobre ese progreso..., y he de decir que me sorprende que no me apoyéis sólidamente.

—Dolbe, eres un mierda —dijo Brooks.

—Gracias. Yo también te quiero mucho, estoy seguro.

Beau St. Clair les miró a los dos y les dijo por el amor de Dios que se callaran, pues ya tenían suficientes problemas.

—Déjame ver si comprendo lo que estás sugiriendo —le dijo a Dolbe—. Quieres que cojamos al nuevo niño voluntario que llegó anoche, ¿verdad? Y que empecemos



a suministrarle las drogas con las que tratamos a los probis. Y luego quieres que lo pasemos a la Interface, sea cual sea el resultado. ¿Es eso, Dolbe?

—Yo no habría añadido todos esos embellecimientos, Beau, pero captas la idea general.

—¡Ah, demonios, Dolbe —gimió Beau, sintiéndose absolutamente miserable—, sabes muy bien lo que sucederá si lo hacemos!

—No sé nada de nada —objetó Dolbe—. Ni lo sabéis vosotros. No tenemos absolutamente ningún medio de saber qué pasará si el experimento es llevado a cabo con un niño humano perfectamente normal en vez de con un bebé probeta. Y tengo entendido, de hecho me refiero a las notas sobre la reunión donde discutimos esto originalmente, y estoy absolutamente seguro..., tengo entendido que la idea de empezar con los probis fue para que cuando una vez más tuviéramos un niño voluntario nacido normalmente contáramos con experiencia suficiente con los alucinógenos como para estar razonablemente seguros de lo que hacíamos.

—Tiene razón —dijo Lanky—. Odio admitirlo, pero tiene razón. Ésa *fue* la idea.

—¡Sí, pero antes de que viéramos lo que les pasó a los probis!

—¡Por Dios, Showard, acabarás por cabrearme si sigues con eso! —declaró Dolbe—. Os digo que a los probis no les pasó *nada*. Podéis ir al orfanato cuando queráis y verlos..., están bien.

—¿Y se comunican?

—Comen. Duermen. Están sanos. Están por ahí andando, jugando.

—¿Jugando?

—Bueno..., haciendo cosas. No han resultado dañados.

—Estás loco.

—¡Sea como sea, Showard, es hora de continuar con esto! Tenemos un niño sano, un niño ordinario nacido de mujer, con sólo dos semanas de edad. La madre murió en un accidente de volador, y el padre es joven; no quiere tener que cargar con el niño y se alegró de quitárselo de encima..., tiene un montón de sitios donde gastar los diez mil créditos, como pasa siempre. Es una situación ideal, si nos movemos; no queda mucho tiempo para que las percepciones del niño se agudicen. Y quiero empezar directamente.

—Magnífico —dijo Beau—. Magnífico.

—Aprecio tu entusiasmo, Beau.

Dolbe miró la hoja de papel que tenía delante, moviendo los labios mientras leía, luego volvió a observarles.

—He hablado con los pediatras. Hemos discutido todos y cada uno de los sujetos experimentales previos. Y estamos de acuerdo en que el régimen de drogas más satisfactorio es el que usamos con el número 23..., lo seguiremos con el bebé voluntario.

—¿En qué aspecto fue el más satisfactorio? —preguntó Beau, curioso—. ¿Cómo demonios lo decidieron? Todos acabaron igual.

Dolbe rehusó discutir aquello, diciendo que era irrelevante, y Brooks Showard declaró que eso significaba simplemente que habían cerrado los ojos y habían elegido un número al azar. Dolbe suspiró profundamente. Sonoramente. Un hombre bueno y cansado, sobrecargado por sus incompetentes subordinados.

—Caballeros —dijo con voz tensa—, sean cuales sean sus sentimientos personales sobre este asunto, tenemos un trabajo que hacer. Y estamos haciendo esperar al gobierno. Ya he avisado al laboratorio y las drogas vienen de camino..., empezaremos esta tarde.

—¿Para qué tanta prisa, Dolbe? —quiso saber Showard—. Preferiría emborracharme esta tarde y empezar mañana por la mañana.

—Lo siento, Showard, pero no sabemos cuál es el punto crítico, y no vamos a correr ningún riesgo. Tenemos mucha suerte de contar con un voluntario tan joven; no perdamos tiempo. De hecho, si no te hubieras emborrachado *anoche* habríamos empezado entonces.

—¿Crees que realmente merece la pena intentarlo? —preguntó Lanky Pugh. A Lanky no le importaban los bebés ni los probis, pero no toleraba los fracasos cuando estaba implicado en un proyecto. Lanky estaba acostumbrado a resolver los fallos de otras personas, no a crear embrollos propios. Estaba horriblemente harto de todo este maldito asunto.

—Sabemos —dijo Dolbe solemnemente, cruzando las manos sobre la mesa— que hay una diferencia crucial entre el cerebro de un niño normal y el de un niño probeta. No nos es posible determinar exactamente cuál es esa diferencia en términos físicos, neurológicos o psicológicos..., pero los científicos están todos de acuerdo en que *hay* una diferencia, y están trabajando en identificarla. Existe ciertamente la posibilidad de que, sea cual sea, tenga algo que ver con el mecanismo de adquisición del lenguaje. Ésa puede ser *precisamente* la diferencia que necesitamos. Y nunca lo descubriremos hasta que lo intentemos.

—Muy bien —dijo Lanky—. Tú eres el jefe.

—Gracias, Pugh —dijo Arnold Dolbe—. Es un placer saber que hay alguien en esta habitación que lo recuerda.

Ninguno de ellos, ni en sus sueños más descabellados, ni en las profundidades de sus más profundos delirios alcohólicos, había previsto lo que sucedería. Pensaban que lo habían visto todo, pero se equivocaban.

El bebé toleró sin incidentes el régimen de alucinógenos. No hubo efectos secundarios ni reacciones alérgicas; parecía perfectamente satisfecho (*aún* parecía perfectamente satisfecho, incluso ahora). Le hicieron pasar por aquel régimen, esperando pacientemente a que transcurrieran las cuatro semanas completas que el doctor había prescrito.

Y entonces, en suspense una vez más muy a su pesar, lo colocaron cuidadosamente en la Interface con la cosa fluctuante (?) a la que llamaban Beta-2.

Y esta vez fue la cosa fluctuante la que se volvió loca. Al menos asumieron que tuvo que ser eso lo que pasó. Cataratas de chispas (?) volaron desde un extremo de su mitad de la Interface a la otra. El aire de la Interface adquirió un tinte muaré al que ninguno podía mirar. Eran vibraciones..., no ruidos exactamente, sino vibraciones..., tamborileando (?) a su alrededor. Había cosas que temblaban y se rompían y fluían y aleteaban rápidamente.

Cuando terminó, no muy rápidamente, el alienígena estaba muerto. Por lo menos según lo que ellos, o los científicos, podían decir. Lo cual significaba exactamente lo mismo, porque nadie se habría atrevido a soltarlo y devolverlo a su lugar de origen si hubiera sobrevivido. Y sólo disponían del PanSig para explicar al resto de los Beta-2, allá en la vieja plantación o en dondequiera que vivieran, lo que había sucedido con su querido y añorado compañero.

Arnold Dolbe lamentó el hecho de que Thomas Chornyak se hubiera negado a aceptar el trabajo de dar esa explicación, o enviar a cualquier otro miembro de las Líneas. A Dolbe le parecía que aquello era inexcusable.

—Absolutamente no —había dicho el lingüista—. Ustedes crearon este barullo. Se lo hemos dicho una y otra vez, y se niegan a escucharnos, y por eso siguen creando líos. Arréglenlo ustedes.

—¡Pero no dominamos *bien* el PanSig!

—Nadie domina bien el PanSig —replicó Thomas—. No es posible ser bueno con él. Es un sistema de señales muy rudas y primitivas para emergencias..., y supongo que ésta es una de ellas. Jesús, qué lío.

En momentos como ése, Dolbe deseaba haber seguido los consejos del Pentágono y dejar que sus «John Smith» siguieran actuando como contacto entre Trabajo Gubernamental y Chornyak en vez de haber insistido en que se le permitiera observar el proyecto directamente y hablar con él y los técnicos sin intermediarios. Había esperado que las cosas mejoraran si los eliminaba. Se había equivocado.

—Señor Dolbe —dijo el lingüista—, tienen ustedes docenas de miembros del D.A.T. entrenados en el PanSig. Encuentre a alguien con agallas, y que él lleve adelante el asunto. Evitarlo no ayudará en nada..., por todo lo que saben, ese alienígena era parte de una especie de animal colectivo, o era completamente telepático. Puede que el resto de los Beta-2 sepa ya que está muerto.

—Lo sabemos.

—Y están asustados. Por eso me llamaron.

—Le llamamos porque ustedes son expertos en ese tipo de asuntos —replicó Dolbe con los labios apretados—. No tenemos miedo.

—Entonces son más tontos de lo que pensaba —dijo Thomas, marchándose—. En su lugar, yo estaría cagado de miedo.

Definitivamente, pensó Dolbe, habría dejado el antiguo sistema tal como estaba. Entonces el humillado habría sido uno de los John Smith, no él.

Y luego el lingüista asomó la cabeza por la puerta y dijo: —Dolbe, le haré la misma oferta que la última vez. Me encargaré del bebé.

—No será necesario —susurró Dolbe.

—¿No? ¿No parece estar en el mismo estado que los otros once niños?

—Por lo que sabemos, sí.

—Entonces deje que me lo lleve..., puede que podamos ayudarlo.

—Irás al orfanato, como los otros —dijo Dolbe, luchando por pronunciar cada palabra. Había algo en la cara del lingüista que le hacía desear arrastrarse por el suelo y suplicarle piedad—, y recibirá los mejores cuidados. Puede estar seguro de ello. No puede llevárselo.

Chornyak le dirigió una mirada que Dolbe recordaría eternamente; pero no dijo otra palabra, y eso fue lo último que supieron de él.

Y ahora Dolbe preparaba las maletas. Nunca había esperado esto, nunca había pensado que llegaría el día en que tendría que recoger sus cosas y marcharse de esta oficina. Su *oficina*. Su *laboratorio*. ¡Su *proyecto*! Le rompía en pedazos. Le retorció las tripas.

Las órdenes del Pentágono habían sido muy diferentes a los mensajes habituales del gobierno, y se podían entender sin el menor problema. Decían: ANULEN EL PROYECTO. Sólo eso. Ninguna explicación. Ninguna información sobre lo que había sucedido cuando el miembro del D.A.T. les contó el accidente a los otros Beta-2, en PanSig. Ninguna observación de ninguna clase. Sólo ANULEN EL PROYECTO. Y sus nuevas asignaciones, en una posdata.

No era justo. Ciertamente, todo lo que habían hecho hasta ahora había fracasado. ¡Pero habían *aprendido* cosas! ¿Qué había sucedido con la idea del conocimiento por el conocimiento? ¿La verdad por la verdad? Habían hecho un buen trabajo, considerando la magnitud de la tarea y el material del que disponían.

Los otros hombres simplemente se habían reído cuando se lo dijo. ¡Se habían reído! Y Showard, maldito fuera, había dicho:

—¿Qué hay de nuevas asignaciones, Dolbe?

—Bueno, por supuesto, nos han dado nuevas asignaciones.

—No veo por qué —rezongó Showard—. ¿Recuerdas? Era descifrar el Beta-2 o el mundo terminaría. ¿Recuerdas? Lo dijo el general en persona, él y sus galones y sus dientes blancos y resplandecientes y su hermoso traje de soldadito. Si el mundo se va a acabar, preferiría emborracharme. ¿Y tú, Beau? ¿Lanky? ¿No preferiríais emborracharos?

El único consuelo en este traslado, pensó Dolbe, que nunca había sentido el más mínimo interés en las colonias fronterizas y no ansiaba para nada vivir en la que le habían destinado, era que nunca tendría que ver a Showard, a St. Clair o a Lanky Pugh de nuevo. El Pentágono había separado a los cuatro hombres lo máximo

posible, y Dolbe encontraba casi insoportable que a Lanky se le permitiera quedarse en la Tierra. Nueva Zelanda puede que no fuera Washington o París, pero al menos era un sitio civilizado. Claro que Pugh tenía cierta maña con los ordenadores..., pero seguía siendo injusto.

—No importa, Arnold —se dijo en voz alta—. No importa. Olvídalo y adelante con lo que te han ordenado.

Un jugador de equipo, eso es lo que era. Por Dios.

Y no iba a tirar la toalla.

## «Notas de conducta»

- UNA:** Nunca hay que decir por favor.  
¿Qué significa eso? Significa que por favor no es necesario porque tus necesidades son conocidas, y sin ser solicitado amablemente todavía es posible rechazarte.
- DOS:** Siempre se es bienvenido.  
¿Qué significa eso?  
Significa que de vez en cuando se producen espacios vacíos que se te permiten llenar y durante los cuales tu presencia no constituye ninguna molestia real.
- TRES:** Un estremecimiento.  
¿Qué significa eso?  
Significa que se ha cometido un error en la traducción.

(poema «feminista» del siglo XX)

Nazareth no era capaz de decir precisamente cuándo comenzó su relación personal con Jordan Shannontry. Nunca había tenido un flirteo, ni siquiera un «tonteo», y no había tenido oportunidades para aprender de su marido nada sobre el romance. Un día, Jordan era simplemente su apoyo informal en el trabajo, siempre cortés, siempre tan valioso como le permitía su limitado conocimiento del REM34. Y luego, sin transición ninguna, ella podía identificar que había algo más, y se descubría a su lado como sin aliento. Sus ojos se dirigían cada vez con más frecuencia a sus fuertes manos mientras pasaba las páginas de los libros y trabajaba diestramente con las microfichas; conocía aquellas manos tan íntimamente que podía verlas con los ojos fuertemente cerrados..., la textura de la piel y su color, la elegancia de las articulaciones, la neblina de suave vello oscuro, la curva de las muñecas. Todo aquello parecía producirle una interminable fascinación y jamás se cansaba de explorarlo de nuevo. Y, cuando sus manos la tocaban, accidentalmente o en el transcurso de su trabajo conjunto, ella se quedaba absolutamente inmóvil, como un conejo se queda quieto cuando el búho cae sobre él. Presumiblemente, esto era el «amor» del que tanto había oído hablar... no tenía ninguna forma de saberlo con seguridad. Y las negociaciones se prolongaban y prolongaban.

Jordan era amable, y eso era probablemente lo que la desarmaba. Nazareth no estaba acostumbrada a recibir amabilidades de parte de los hombres, y raramente las

había visto. Los hombres de su Casa, en los breves instantes que compartían con ella, eran simplemente correctos; y nunca había tenido ningún contacto con otros hombres excepto como intérprete, alguien a quien no se prestaba más atención que a una máquina de oficina, especialmente si se trataba de una mujer; después de todo, como Thomas decía frecuentemente, un circuito transmitirá el mensaje que quieres enviar a través de él, pero no hay que suponer que comprenderá lo que has dicho. Era su respuesta estándar a las acusaciones de que los lingüistas permitían a sus mujeres tomar parte en asuntos adecuadamente reservados para los hombres.

Y cuando interpretaban niñas pequeñas, o mujeres de más de treinta años..., eran invisibles. Nazareth dudaba que los hombres con los que trabajaba supieran que existían durante más de unos pocos segundos al principio y al final de cada negociación. Desaparecían de la consciencia masculina del mismo modo que los audífonos en miniatura (tan molestos para el que los usaba un instante o dos después de ser insertados) se desvanecían de la consciencia.

Jordan Shannontry no sólo la trataba amablemente, sino que le hacía cumplidos. Una vez había reparado en su hermoso peinado. Mencionó que tenía una garganta encantadora. ¡Una garganta encantadora! Un día muy malo, cuando nada salía bien y todos los hombres de la mesa estaban furiosos y nerviosos, Jordan le trajo una rosa amarilla y la colocó entre las páginas de su diccionario. Nadie le había regalado una rosa antes, ni siquiera el día de su boda. Cuando le miraba ahora, apenas podía respirar por la fuerza de los latidos de su corazón, y, como eso podría haber interferido con su efectividad como intérprete, tenía cuidado de *no* mirarle. Sólo a sus manos; se permitía eso. Había tirado la rosa amarilla, no fuera a ser que la encontraran no importaba lo cuidadosamente que tratara de ocultarla; no había ninguna manera en que pudiera haber explicado cómo había llegado a poseer una.

Inevitablemente, llegó el día en que sólo quedó una sesión más de negociaciones, un día más para sentarse juntos en la cabina de interpretación. Nazareth sabía que nunca volvería a verlo después, a menos que hiciera un esfuerzo. No tenía ni idea de qué clase..., había oído hablar de «affairs», pero ignoraba por completo cómo se iniciaban. De una cosa estaba absolutamente segura: lo que hubiera que hacer tendría que hacerse por parte del hombre, nunca de la mujer. Pero, ¿le había dado a entender que estaba dispuesta?

No permitió que la palabra «adulterio» apareciera en su mente, puesto que era una ofensa sólo superada por el asesinato..., y tenía la sensación de que en las Líneas muy bien podía ser considerado *más* serio que el asesinato. En su imaginación, no había ido más allá de yacer en los brazos de Jordan, ambos completa y decorosamente vestidos, y tal vez charlando juntos..., y tal vez los labios de él le acariciaran el cabello. Hasta ahí, y no más lejos.

Y ese último día se puso a pensar cada vez que no tenía que interpretar; pero no se le ocurrió ninguna buena estratagema y, a medida que pasaban las horas y se daba cuenta de que si no actuaba nunca volvería a tener otra oportunidad, su ansiedad se

convirtió en pánico. Y por eso, mientras recorría el pasillo tras su escolta, de regreso al coche gubernamental, al lado de Jordan, se volvió bruscamente hacia él y le susurró en el oído:

—¡Te quiero, Jordan, te quiero mucho!

Y luego echó a correr. Corrió dejando atrás al estirado ayudante gubernamental, y casi saltó al interior del coche. Cerró de golpe la puerta, rezando para que el conductor se diera prisa.

—¿Pasa algo, señora Chornyak? —preguntó el hombre cuando ella llegó al coche—. Nunca había visto a una señora lingüista correr así antes. ¿Se encuentra bien?

—Me duele un poco el estómago —consiguió decir ella—. Lo siento.

—No hay problema —contestó él—. Entonces la llevaremos a casa.

Esperó toda la tarde, sin saber qué podía pasar a continuación, deseando alternativamente no haber hecho nada y deseando haber hecho mucho más, deseando que hubiera alguien a quien poderle hablar y sabiendo que no había nadie en quien confiara tanto. Y no sería justo, aunque tuviera a alguien; fuera quien fuese, al contárselo la implicaría en lo que estaba a punto de hacer. No quería eso.

La más mínima señal del comset la hacía saltar, pero ninguna de las señales era para ella. Y entonces, pocos minutos después de las ocho, Rachel la encontró en los jardines y le dijo que Thomas quería verla en su despacho.

—Oh, maldita sea —dijo Nazareth—. ¡No estoy de humor para oír nada sobre el próximo contrato, o las quejas que haya sobre éste, o de lo que padre tenga que hablar!

—¿De veras?

—Así es. Estoy agotada.

—Nazareth, tu padre no me pidió que viniera a averiguar si tenías ganas de ir a su despacho. Lo sabes. Me envió para decirte que te espera allí. Por favor, no me perturbes con tus tonterías.

—Lo siento, madre. Ha sido una rudeza por mi parte..., supongo que realmente estoy agotada.

—Sin duda —dijo Rachel tranquilamente, y se marchó a hacer sus cosas, tras decir por encima del hombro—: No hagas esperar a Thomas, querida. No le gusta.

No, no le gustaba. Eso era cierto. Fuera lo que fuese lo que quería, cuanto más tardara en escucharlo más desagradable sería, y por eso se apresuró.

Cuando abrió la puerta de la habitación del Jefe de la Casa, encontró a su padre sentado ante su mesa, como había esperado. Pero no esperaba ver a Aaron allí con él, sentado en el sillón al otro lado, ni la botella de vino abierta y medio vacía. Se detuvo en el umbral, sorprendida, y Thomas le hizo señas para que cerrara la puerta y se uniese a ellos.

—Siéntate, querida —dijo—. Ponte cómoda.



Nazareth se sintió mal instantáneamente; los dos tenían la expresión satisfecha que siempre acompañaba a algún proyecto nuevo y delicioso que significaría interminables molestias para ella pero implicaría alguna ventaja para ellos. ¿Qué habían planeado ahora? La expresión de Aaron sólo podía ser descrita como sonriente; tenía que tratarse de algo que ella detestaría.

—Me alegro de verte, Naza —dijo, todo cordialidad y mimo—. Estás elegantísima.

Hubo una época en que Nazareth se habría tomado la molestia de explicarle que las razones de que estuviera tan sucia eran que estaba trabajando en los jardines cuando Rachel fue a verla, pero ya no se preocupaba de explicarle nada. Se quedó quieta, y esperó a ver qué querían de ella. ¿Que trabajara tal vez en una colonia fronteriza? ¿En algún lugar que implicara una docena de frenéticos trasbordos de un medio de transporte a otro? Detestaba viajar, y los dos lo sabían.

Esperaba algo horrible, pero no lo que resultó ser.

—Nazareth —dijo su padre—, tuvimos una visita esta tarde.

—Un hombre muy agradable —intervino Aaron.

—Sí que lo es —dijo Thomas—. Y todo un caballero.

—¿Bien? —preguntó Nazareth—. ¿Me concierne a mí ese caballero? ¿O se trata de un juego y no conozco el movimiento de apertura?

—Nazareth, era Jordan Shannontry.

Nazareth se quedó muy quieta. ¿Qué era esto?

—¿Nazareth? ¿Has oído lo que he dicho?

—Te he oído, padre.

—¿Tienes algo que decir al respecto?

—Como habéis dicho —empezó ella, cautelosa, muy cautelosamente—, es un hombre agradable. Ha sido de mucha ayuda. Claro que no ha sido como tener un verdadero apoyo, pero me dejaba descansar de vez en cuando. Trabaja duro.

—Me ha contado una historia bastante perturbadora, Nazareth —dijo Thomas.

—¿Oh? ¿Sí? ¿Salió algo mal? Nadie me dijo nada, padre..., no lo sabía.

—No tiene nada que ver con tus funciones profesionales.

—¿Oh?

—Para nada. —Thomas se sirvió más vino y la miró por encima del borde del vaso, tendiendo la botella a Aaron—. Según Shannontry, terminaste hoy tu día de trabajo abordándole en el pasillo, ¡en público!, y diciéndole al oído que «le querías mucho». Y luego echaste a correr como un caballo mal entrenado.

—Oh —repitió ella de nuevo—. Oh.

—¿«Oh»? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Supongo que Shannontry no habrá inventado un cuento de hadas tan descabellado..., pero eres mi hija. Te escucharé si quieres negarlo.

La observó, y cuando ella no dijo nada, sumida en un silencio total y tan incapaz de moverse como si se hubiera quedado petrificada, continuó hablando.

—Eso pensaba. Shannontry estaba completamente confuso, ya que es un hombre casado y respetable con numerosos hijos, y se supone que tú eres una mujer casada y respetable, etc. Y no puede imaginar qué pudo hacerte concebir una idea tan absurda.

Finalmente Nazareth pudo hablar, aunque no reconoció como su voz las roncas palabras que dijo.

—Os lo dijo... ¡Vino aquí, a esta casa, y os lo *dijo*!

Thomas alzó las cejas, y Aaron pareció sentirse aún más complacido.

—Naturalmente —dijo Thomas—. ¿Qué esperabas que hiciera el pobre hombre?

—Creo, Thomas —sugirió su marido—, que ella pensaba que vendría a escalar su ventana..., hablando figuradamente, por supuesto, ya que lo que tendría que hacer sería bajar por un túnel..., tal vez con una banda de músicos tocando canciones de amor. O que le enviaría un mensajero con una nota suplicándole que huyera con él hasta..., oh, al menos hasta Massachusetts.

—¿Es eso lo que esperabas, Nazareth? —preguntó Thomas gravemente—. ¿Tan tonta eres?

Ella se mordió los labios y deseó morir allí mismo, y él continuó:

—¡*Naturalmente* que vino y me lo dijo, y me habría sorprendido muchísimo que no lo hubiera hecho! Es bien consciente de sus obligaciones como caballero..., y cuando sucede algo tan estúpido como esto, es deber de caballeros contar al padre de la mujer su ridícula conducta. En su lugar, cualquier hombre de alcurnia habría hecho exactamente lo que él hizo. ¿Creías que simplemente lo ignoraría, pequeña boba?

—No pensaba que fuera a... chivarse.

Thomas suspiró e intercambió una larga mirada con su yerno.

—Mi querida niña —dijo—, no has elegido una palabra muy adecuada.

—A mí me parece que es exactamente la adecuada.

—Bien, no es muy inteligente por tu parte. Cuando una mujer joven se comporta del modo en que tú lo has hecho esta tarde..., y debo decir, Nazareth, que me sorprendió *mucho*, cualquier persona responsable testigo del incidente tiene que informar a la familia, para que ésta pueda decir qué hay que hacer con la situación. Ya que Shannontry fue, gracias a Dios, la única persona que supo exactamente lo que habías hecho, no tuvo otra opción que contárnoslo él mismo. Y estoy seguro de que no fue agradable para él.

—Vino aquí —repitió Nazareth, aturdida, a través de la niebla de sus palabras—, y te lo dijo, y se lo dijo a Aaron...

—¡Por supuesto que no! ¡Dios, chiquilla, saltas de una estupidez a otra como una cabra montés! Vino aquí y me lo dijo *a mí*, porque soy tu padre y el Jefe de esta Casa. No se lo dijo a tu marido; como se requiere, me dejó para mí ese desagradable deber.

¡Thomas se lo había dicho a Aaron! ¡Su propio padre! La habitación onduló y se retorció ante sus ojos como una pantalla de comset con interferencias; las cosas parecían planos cartones recortables; miró fijamente un punto tras la cabeza de Thomas. En sus oídos resonaba insoportablemente una única nota aguda... Este

mundo, pensó. Este mundo. Sólo un dios masculino podía haber creado este mundo abominable y repulsivo.

—¡Nazareth!

Ella no respondió, pero el sañudo bofetón de la palabra capturó lo suficiente su atención como para que alzara un poco la cabeza y mirara a su padre; le pareció que la sonrisa de Aaron se había extendido a su alrededor como jarabe derramado en un suelo en pendiente. Llegaba hasta ella de todas partes.

—Nazareth, Jordan me dio su palabra, como caballero y como hombre de las Líneas, de que jamás te dio ningún motivo para que supieras que estaba interesado en ti más allá de lo estrictamente necesario para permitirnos funcionar juntos en el transcurso de vuestros deberes profesionales. Estaba sorprendido, y muy triste de descubrir que una mujer de tu herencia y reputada buena cuna interpretara sus simples cortesías como avances impropios.

*Me dio una rosa...*, pensó Nazareth. Dijo que mi garganta era encantadora..., y me dio una rosa. Pero no les dijo nada. Tal vez él no se lo había dicho.

—Yo estoy igualmente sorprendido, Nazareth, e igualmente triste. Valoro altamente la reputación y el honor de esta Casa, y no es agradable saber que no te preocupa ninguna de las dos cosas. Que una hija Chornyak se eche a los brazos de un hombre como una ramera común... Nazareth, me deja sin habla.

¿Y ENTONCES POR QUÉ SIGUES HABLANDO? Fue un grito, pero silencioso.

—Debes darte cuenta de que pusiste a un buen hombre, un hombre bueno y cristiano, en una postura de lo más incómoda. Devolviste su cortesía para contigo y esta Casa con un insulto, y nos has avergonzado a todos. Y cargaste a Jordan Shannontry con una desagradable obligación..., que, gesto que le honra, ejecutó de inmediato. ¡Si yo fuera lo bastante cruel como para contarle a tu madre cómo has traicionado tu educación, le rompería el corazón..., es una mujer decente y temerosa de Dios, Nazareth Chornyak Adiness! ¡Igual que todos los que vivimos bajo este techo somos personas decentes y temerosas de Dios! En nombre de todo lo que es sagrado, ¿en qué estabas pensando?

—No lo sé.

—¿*No lo sabes?*

Aaron intervino entonces, aún sonriendo, plenamente satisfecho.

—Está diciendo la verdad, Thomas. Realmente no lo sabe. Tiene mi palabra de ello, y estoy en posición de garantizar su precisión. Su ignorancia es impenetrable, en todos los sentidos de la palabra.

¿QUÉ VAIS A HACERME?

Era en lo único en que podía pensar. ¿Qué le harían? ¿Apartarla de sus hijos? ¿Inventar alguna historia? ¿Meterla en una institución como había hecho con la pobre Belle-Anne y el mes pasado con la problemática Gillian? Era demasiado mayor para recibir unos azotes, y no tenía dinero ni privilegios que pudieran quitarle... ¿qué le

harían? ¿Qué *podían* hacerle? Y Aaron..., era el marido agraviado, ¿cuándo iba a empezar a decirle lo puta que era?

Thomas debía de haber estado pensando lo mismo.

—Aaron, ¿tienes que decirle algo a esta loca que he casado contigo? —dijo.

Aaron se echó a reír y se sirvió más vino. La botella quedó vacía.

—He de mencionar que tu marido se lo está tomando con notable calma —dijo Thomas—. Conozco a muy pocos hombres que lo verían del modo en que él lo hace. Y quiero que sepa que estoy impresionado por su buen juicio.

—Bueno... —Aaron hizo un gesto despectivo—. Thomas, tendrá que admitir que es realmente gracioso.

¿GRACIOSO?

—No estoy seguro de que lo sea, hijo.

—¡Vaya, mírela! —rio Aaron, agitando la mano con la que no sostenía el vaso de vino—. ¿Puede imaginarse a un hombre como Jordan Shannontry interesándose en una mujer como Nazareth? Vamos, Thomas..., es repugnante, cierto, pero también gracioso. ¡Mis *hijas* tendrían mejor sentido, niñas como son, pero no Nazareth! Nada de sofisticación, el pelo peinado a la antigua, sólo Dios sabe lo que llevaría puesto..., nada de gracia, ni elegancia, ninguna conversación, y el mismo atractivo erótico que un plato de arroz... —Ahora se rio abiertamente, la fuerte risa del adulto que observa al bebé hacer una de esas cosas «graciosas» que sólo son adecuadas para los bebés.

—Tengo la impresión de que yo no habría podido ser tan objetivo como tú, Aaron —dijo Thomas—. Si se hubiera tratado de Rachel, por ejemplo. Aunque Rachel nunca habría hecho nada tan ridículo. Rachel tiene la lengua afilada, pero no es tonta. Y ha podido leer a lo largo de su vida uno o dos libros que no eran gramáticas.

Aaron simplemente meneó la cabeza y se secó las lágrimas de los ojos.

—Casi puedo verlo —dijo débilmente, y representó su versión de la ruborizada doncella acercándose de puntillas para susurrar su tierna confianza al tímido oído del amado—. Oh JORdan —recitó en un falsete—, te QUIEEEro... mucho... mucho... mucho... —volvió a secarse los ojos—. Oh, Santo Dios en los cielos, Thomas, es gracioso. Terriblemente gracioso.

Las comisuras de la boca de Thomas se movieron un poco, como si algo tirara de ellas; y admitió que ciertamente tenía sus aspectos cómicos.

Siguió sentada en su silla, aturdida, tallada en madera. No podía sentir nada excepto los latidos de su corazón, y no tenía ningún deseo de hacerlo. Permaneció sentada mientras su padre sonreía primero, se reía después, y por fin los dos hombres se arrellanaban en sus asientos y rugían disfrutando de la magnífica hilaridad de todo el asunto.

—Nazareth..., pensando que Shannontry podría...

—Esa chiquilla idiota..., pensando..., diciendo...

Ella no veía ninguna razón para seguir soportándolo, pero no podía moverse. Sus piernas no la obedecerían. Se quedó sentada mientras ellos boqueaban y reían y se

presentaban descripciones aún más elaboradas de la escena en que ella «abordaba» a Jordan, lo que deberían haber pensado los hombres del gobierno, el aspecto que habría tenido ella mientras corría a cubierto, y Nazareth quedó reducida a una herida retorcida en torno a un núcleo de vergüenza, pero no pudo moverse.

Por fin dejaron de reírse, después de que ella llegara a la conclusión de que no iban a hacerlo nunca. Thomas efectuó un rápido movimiento con los dedos. Aaron asintió, depositó sobre la mesa su vaso de vino, y salió de la habitación, pasando por el lado de Nazareth sin dirigirse siquiera una mirada.

—Bien, Nazareth —dijo su padre cuando estuvieron solos—. He de decir que ese marido tuyo es un hombre notable.

Se acomodó, se enderezó en la silla, y la miró un instante todavía con la sonrisa en los labios. Pero, cuando volvió a hablarle, su voz era fría y dura, y no quedaba en ella ni siquiera el recuerdo de la risa.

—Has de saber esto, Nazareth Joanna Chornyak Adiness, hija de mi Casa —dijo, como si se tratara de un juramento—. Has de saber esto. Tu marido es un hombre de enorme tolerancia, y enorme buen sentido, al poder ver el humor real del asunto. Jordan Shannonry es un hombre de honor, y pronto lo olvidará todo..., lo ha manejado exactamente de la forma en que había que manejarlo. Yo tampoco tengo intención de llevarlo adelante, porque no es nada. Pero..., Nazareth, ¿me estás escuchando?

—Sí.

—Nadie está enfadado contigo. Esto no merece nuestra ira. Es sólo una tontería, una estúpida tontería, y la prueba de lo extraordinariamente idiota que puedes ser. ¡Pero que *nunca* vuelva a repetirse! Óyeme, Nazareth..., nunca. Si alguna vez vuelvo a oír aunque sea una sugerencia de algo así, compartirás una habitación con tu prima Belle-Anne antes de que te des cuenta.

—Sí.

—Todo lo que hace falta para ponerte con Belle-Anne es la firma de dos varones adultos de tu Casa. No lo olvides, niña. Puedes contar que yo seré uno de ellos..., y creo que Aaron será el otro.

—Sí.

—¡No me entiendas mal! ¡No quiero decir que si me llega un hombre con el informe de que le has violado en los pasillos del Congreso emprenderé acciones contra ti! Quiero decir que si alguna vez oigo aunque sea una *insinuación*, un simple rumor de tercera mano, un susurro, de que has comprometido de algún modo el honor de esta Casa y el apellido Chornyak... ¿me entiendes?

—Sí.

—Me extraña. Pareces comprender muy poco. Mujer ignorante, ¿cómo te atreves a comportarte como una fulana callejera?

—No lo sé.

—No lo sabes... ¡sólo puedo preguntarme qué es lo que sabes! Ahora sal de aquí, y mira a ver si puedes pensar en algún medio para pedir disculpas a tu marido, y algún medio para demostrarle tu aprecio por su amabilidad, que *no* te mereces.

—Sí.

De alguna manera, consiguió salir de la habitación y de la casa y correr a los jardines. A salvo en la oscuridad, se abrazó a un manzano, aferrándose a él con todas sus fuerzas como si el mundo girara y se encabritara a su alrededor. Un rato después, se dio cuenta de que estaba pronunciando en voz alta la letanía de las Codificaciones. Una y otra vez, como un sortilegio contra el mal. Se había magullado la boca contra la áspera corteza del árbol.

Si se hubieran encolerizado, si la hubieran castigado, lo habría soportado. Pero no estaban furiosos. Pese al fiero discurso de despedida de Thomas, palabras que sin duda sentía «como lingüista y caballero» y con las que la había zaherido, ni siquiera se habían encolerizado. Ella era como una niña pequeña, una niña muy pequeña, que se había hecho pis encima y admiraba su estropicio. Era un asunto de risa, no de disciplina, excepto que había que introducir fijamente en la mente de la niña que las personas mayores no hacían esas cosas. Por su propio bien.

No era nada. Si ella hubiera tenido la habilidad y el tiempo para escribirlo, y hacer de alguna manera que los hombres lo leyeran, sólo les habría aburrido. Qué alboroto crea una mujer de nada; eso es lo que dirían, y lo olvidarían de inmediato. Y no había palabras en ningún lenguaje que pudiera usar para *explicarles* qué le habían hecho, que les hiciera detenerse y decir que aquello era algo horrible.

Nazareth pasó las manos sobre el árbol una última vez, y se enderezó para prepararse a entrar en la casa y enfrentarse a Aaron. Con cuidado, se quitó de la piel y las ropas todo rastro de la tierra y del manzano. Se arregló el pelo, y disciplinó su rostro para convertirlo en una máscara de falsa calma. No tenía motivos para darle a Aaron Adiness ninguna pieza adicional para que la humillase, y no pretendía hacerlo.

Nazareth nunca volvería a sentir el menor atisbo de afecto, ni siquiera de aprecio, hacia ningún varón que hubiera dejado de gatear. Ni siquiera hacia sus propios hijos.

Hay ocasiones en las que no puedo dejar de sentir cierta intranquilidad, casi culpa, por la educación de las niñas pequeñas de nuestras Casas, y también de las niñas mayores. Es cierto que tienen sus lecciones de edu-más por ordenador, y la socialización de la escuela en casa, y el interminable aprendizaje de idiomas. Pero no reciben nada más. Somos muy cuidadosos con nuestros varones; contratamos para ellos todo tipo de tutores especiales, les damos todo tipo de instrucción; hacemos *todo* lo que se puede hacer para asegurarnos de que aprenderán cómo ser hombres en el mejor sentido de la palabra. Lo tomamos como una responsabilidad sagrada.

Pero no hacemos casi nada para ayudar a nuestras niñas pequeñas a crecer y convertirse en mujeres femeninas. Ni siquiera las enviamos a las Academias Maritales, porque no podemos pasar tanto tiempo sin sus servicios. Las dejamos, en cambio, a las erráticas atenciones de las mujeres de nuestras Casas Estériles... No es justo, me doy cuenta de que no es justo. Y un día de éstos he de hacer algo al respecto. Algo cuidadosamente planeado, no al azar. A la primera oportunidad, en cuanto las presiones de nuestro trabajo dejen de ser la fuerza dominante de nuestras vidas. Siento que se lo debemos a nuestras mujeres, y no me enorgullece demasiado admitirlo.

(Thomas Blair Chornyak, durante una entrevista con Elderwild Barnes, de *Spacetime*, en un programa especial sobre la educación en los Estados Unidos)

## OTOÑO DE 2.188...

La primera reacción de Michaela Landry hacia el acomodo proporcionado a las débiles y enfermas mujeres de la Casa Estéril Chornyak fue que los hombres de esa Casa eran aún más insensibles que los demás, lo cual era mucho decir. Contempló la situación, veintitrés mujeres en veintitrés camas estrechas, todas en una gran sala con doce camas una al lado de otra en filas encaradas, y sintió desazón, y disgusto, por lo *avaros* que tenían que ser los hombres Chornyak para tratar así a esas mujeres. ¡Seguro que al menos podrían haberse permitido las particiones utilizadas en los dormitorios de los niños en la casa principal y concederles un remedo de intimidad y un sitio que pudieran llamar propio! Pero no, estaban amontonadas como pacientes de caridad en una sala pública de los más viejos hospitales..., e incluso allí, pensó Michaela, había cortinas para aislar a las mujeres que no querían ser objeto de la curiosidad del público. Aquí no. Aquí, si una mujer tenía que pasar por algún proceso íntimo, o estaba enferma de una forma que inquietara a las otras mujeres, alguien traía entrepaños (un uso práctico para sus interminables tejidos) y los colocaba alrededor de la cama. En el momento en que la situación volvía la normalidad, los entrepaños eran retirados, y la mujer volvía a encontrarse en medio de una muchedumbre.

Pero, gradualmente, Michaela fue comprendiendo que no era exactamente como parecía. La sala tenía altas ventanas a ambos lados, de modo que siempre había luz, y ventanales ordinarios a cada extremo que permitían que todas las mujeres vieran las tierras de Virginia del exterior. En primavera estaban los árboles en flor y las

alfombras de flores silvestres; en otoño era un espectáculo escarlata, dorado y amarillo. Para la mayoría de las mujeres, que raramente podían abandonar sus camas, no significaba nada que los parches de tierra fueran sólo habilidosas plantaciones de flora silvestre en un amplio patio, y que apenas más allá de la gloria de los cerezos silvestres y las hojas de arce escarlata hubiera una acera deslizante y una calle pública; desde donde se encontraban, parecía el corazón de un bosque.

Si la habitación hubiera sido dividida en cubículos, sólo unas pocas mujeres habrían visto la procesión de los árboles a través del ciclo del año, y las otras únicamente habrían podido ver atisbos cuando alguna tuviera tiempo de acercarse a las ventanas. Y la luz del sol no habría estado allí para alegrarlas excepto en el instante del día en que el sol estuviera en posición sobre las ventanas pequeñas. No habrían alzado la cabeza para ver el aire libre y dos panorámicas de la gloria del exterior, y las caras de las otras mujeres que habían sido sus parientes ante la ley, o por sangre, durante la mayor parte de sus vidas. Habrían alzado la cabeza para ver una pared desnuda, esperando con la esperanza de que alguien se acercara y se quedara unos minutos.

—Fue elección nuestra —le dijo una de las más ancianas cuando se sintió lo suficientemente cómoda como para mencionar el tema—. Los hombres tenían intención de poner «habitaciones privadas» en esta planta. Intimidad decente, lo llamaban. Nosotras no quisimos nada de eso. —Rio suavemente—. Cuando se dieron cuenta de que no tendrían que gastar más dinero, se sintieron encantados de acceder a nuestros deseos; de hecho, se sintieron decididamente magnánimos al permitir que se cumplieran nuestros exóticos caprichos.

—¿Pero no se cansan de estar siempre juntas? —preguntó Michaela—. Entiendo que sea mucho más hermoso de esta forma..., tanta luz y tanto aire, y la vista a cada extremo de la sala..., pero, ¿no les *importa* estar siempre rodeadas de gente?

La anciana palmeó la mano de Michaela, confortándola.

—A veces —dijo—. A veces pensamos: «¡Si tengo que mirar esas estúpidas caras un minuto más me volveré completamente loca!». Naturalmente, todas lo hacemos. Y por eso hay cuatro dormitorios abajo, querida. Dormitorios separados y adecuados. Cuando una de nosotras no puede seguir soportando vivir en esta sala, nos tomamos una semana de descanso, o más si se nos antoja, en uno de los dormitorios de abajo. Cuando bajamos, siempre pensamos que nos pasaremos allí al menos un mes..., pero a los tres días ya estamos deseando volver aquí arriba.

—Es muy difícil de creer —dijo Michaela.

—Bueno, querida, debe darse cuenta de que todas nosotras, o casi todas, crecimos en Casas lingüistas, docenas de personas bajo un techo común. Hemos pasado nuestra infancia en dormitorios comunales, siempre hemos comido en comedores comunales y compartido cuartos de baño comunales. Estamos mucho más acostumbradas a vivir juntas todo el tiempo que las demás personas.

—Es tan extraño... Al principio debe de haberles resultado muy duro.



—No —repuso vivamente la anciana—. No creo que fuera especialmente duro. Pasamos a vivir en moradas comunes después de las Revueltas Antilingüistas, por seguridad..., había seguridad en el número. Y para tener las Interfaces aquí mismo, ya ve. Cuestan una suma enorme, y en una casita privada no puede mantenerse una. Fue por seguridad, así como por economía, que protegiéramos bajo tierra todas las Casas en vez de..., oh, comprar viejos hoteles o algo por el estilo. Pero lo principal que debe comprender, y que seguramente no comprende porque aún es muy joven, querida, es que en la época en que fueron construidas las Casas casi *todo* el mundo de este país vivía con mucha gente alrededor. Sólo los muy ricos podían permitirse entonces casas privadas; y la mayoría de la gente estaba amontonada en apartamentos y condominios..., la masificación era terrible. En esa situación, los lingüistas probablemente no estaban mucho más abarrotados que las personas normales, y me atrevo a decir que se encontraban mucho más cómodos. Porque las Casas fueron planificadas con mucho cuidado.

Michaela sacudió la cabeza, cohibida.

—Es difícil de imaginar. Las cosas han cambiado tan rápidamente...

—Mmmm, supongo que así es, muchacha. Pero la situación con la que *usted* está familiarizada, donde todo aquel con unos pocos miles de créditos que se siente un poco apretado puede trasladarse a un planeta fronterizo o a un asteroide y disponer de todo el espacio que quiera..., eso es muy *nuevo*. ¡Vaya, si hasta me acuerdo de cuando sólo había *una* colonia en el espacio, querida! Y para poder ir allí, una miserable canica pelada como era, señora Landry, había que disponer de una fortuna enorme. Mucho antes de que las colonias fronterizas se convirtieran en una rutina, muchacha, estábamos todos apretados juntos en este planeta de una manera que la gente de hoy consideraría literalmente intolerable. ¡Y piense en lo que me perdería, si me dieran una habitación para mí sola!

Agitó una mano para que Michaela mirara toda la sala a su alrededor, y ésta tuvo que sonreír. Casi en todas las camas, sentadas cuidadosamente al borde para no molestar a los cuerpos ya estirados y dolientes, se encontraban las niñas pequeñas de la Casa Chornyak. Venían corriendo a todas las horas del día, en grupos, de un edificio a otro. Y todas las pacientes, a menos que estuvieran tan enfermas que no pudieran participar, tenían a dos o tres niñas de edades diversas colgadas de la cama, sosteniéndoles las manos y hablando. Hablando, hablando, hora tras hora. Si una se marchaba, otra llegaba de inmediato para ocupar su lugar.

La vieja Julia Dorothy, cuya voz era tan débil que ya no podía mantener ninguna conversación oral, era el centro de un corrillo de niñas igual que cualquier otra anciana; mientras las otras practicaban sus habilidades en los lenguajes orales terrestres y alienígenas, acudían a Julia Dorothy para mejorar su habilidad en el ameslán, y se sentaban en su cama agitando los dedos y moviendo constantemente la cara en el comentario que acompañaba a los signos. Julia Dorothy no podía hablar en voz alta, pero sus dedos eran tan rápidos como arañas, y su viejo rostro con sus

profundas arrugas era tan articulado que a veces Michaela (que ni siquiera dominaba el alfabeto de signos con los dedos) sentía que podía entender algo de lo que decía.

Tuvo que aceptar que aquellas mujeres eran felices. Enfermas, tal vez; débiles, seguramente; viejas, sin ninguna duda. Pero sabían que cumplían un papel valioso, que eran una fuente sin la cual la comunidad de lingüistas no habría funcionado. Las niñas pequeñas habían adquirido lenguajes, y tenían que *usarlos*, o éstos se irían olvidando y acabarían por perderse. Sus padres y madres, tíos y tías, no tenían tiempo para hablar con ellas en la multitud de idiomas extranjeros que dominaban; si no cumplían con su trabajo en algún contrato gubernamental, estaban encargados de la dirección de las Casas. Las niñas no podían practicar bien unas con otras, porque a excepción del inglés y el ameslán, que todas conocían, el resto de los lenguajes estaban repartidos en dos o tres por cada una, y esos dos o tres eran completamente diferentes. Una niña podía charlar con otra más pequeña que compartiera su idioma alienígena, preparándola para ser su apoyo, pero era poco probable que las dos estuvieran libres al mismo tiempo excepto en las horas pasadas en la escuela en casa o ante los ordenadores de edu-mas.

Sólo las pacientes de Michaela, que ya no podían salir a trabajar con los contratos o cumplir otros roles útiles para la economía de la Casa, podían hacer lo que hacían. Eran una fuente sin precio, y conocían su valor. Cuando una niña de cuatro años, aparte de su apoyo de dieciocho meses, era la única persona que podía hablar un idioma alienígena en todo el planeta, podía acudir a una Casa Estéril para buscar un interlocutor dispuesto. Si allí nadie conocía ni siquiera fragmentos del lenguaje, la niña (con una habilidad que asombraba a Michaela), simplemente se ponía a *enseñarlo* a cualquiera de las ancianas que sintiera interés y tuviera tiempo libre.

Michaela escuchaba porque estaba encantada, aunque no entendía casi nada de lo que oía.

—¡Verás, tía Jennifer, es casi como un lenguaje terrestre atabasquiano! Tiene postposiciones, y es ese-o-uve...

—¡Tía Nathalie, te gustará éste! Tiene sesenta y tres modificadores, y cada una se declina por las dos partes, ¿te imaginas?

—¡Tía Berry, espera a que lo oigas! ¡Tía Berry, observa mi lengua! ¿Ves? ¡Es un conjunto entero de fricativas líquidas, seis en distribución complementaria! ¿Has visto?

Para Michaela, lo mismo podrían haber estado discutiendo sobre los últimos avances en física. Pero le encantaba observar. Las caras ansiosas de las niñas, y la forma en que trabajaban para hacerse entender claramente y avanzar muy despacio..., porque, le dijeron a Michaela, es *muy* difícil para una persona como tía Jennifer aprender un idioma nuevo, ya sabes. Y la increíble paciencia de las ancianas, que asentían solemnemente y les pedían a las niñas que lo repitieran de nuevo... Se pasaban veinte minutos intentando un sonido, y las niñas negaban con la cabeza y lo

modulaban, y la anciana tía lo intentaba una y otra vez, hasta que por fin la pequeña de turno decía: «¡No es así, pero *casi!*» y aplaudía. Pero no meneaba la cama...

—¿No se cansan? —preguntó una vez Michaela, cuando la última de las niñas se marchó por fin a la casa para cenar después de un largo día.

—¿Cansarnos de las niñas?

—No..., no es eso exactamente. Con tanto ir y venir, supongo que no tienen a ninguna demasiado tiempo para que resulte cansado. No si realmente les gustan las niñas pequeñas, y eso es lo que parece.

—Bueno..., algunas de ellas en concreto pueden ser enloquecedoras, señora Landry. Son niñas pequeñas normales. Pero, en general, naturalmente que nos gustan.

—¿Pero no se cansan de tener que hablar siempre sobre lenguajes? Estoy segura de que yo me volvería loca.

—Oh, no hay nada más interesante que un lenguaje nuevo, querida.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Ugh —dijo Michaela—. No lo creo.

—Además —intervino Vera desde la cama—, cuando estamos conversando en los lenguajes..., no intentando aprender uno, o conocer datos sobre uno..., hablamos de todas las cosas del mundo y de más allá.

—Entonces, ¿no son sólo lecciones todo el tiempo? Mientras están hablando jupiterino, por ejemplo, ¿pueden hablar sobre la cena, la tridi o cualquier otra cosa?

—Eso es, señora Landry —dijo Jennifer—. Por supuesto, no existe ningún lenguaje que sea jupiterino, pero lo demás lo ha comprendido bien.

—¿No existe el jupiterino?

—Bueno, muchacha... ¿existe un lenguaje terrestre? ¿O terráqueo?

—Supongo que no. No, desde luego que no.

—Bien. Si nuestro planeta requiere cinco mil lenguajes o más, ¿por qué iba a tener Júpiter sólo uno?

Michaela suspiró.

—Nunca lo había pensado —confesó—. La verdad es que..., nunca se me había ocurrido antes.

Y entonces le explicaron que a los lenguajes humanoides no se le daban nombres terrestres como «jupiterino». Al principio lo habían intentado, pero resultó una pérdida de tiempo; la gente ni siquiera podía pronunciarlos, y mucho menos recordarlos.

—Así que están numerados. Como éste... ¿Observa, querida? El REM41-3-786. Pronunciado «remcuarentayuno; tres; siete-ocho-seis».

—¿Qué significa? ¿O no significa nada?

—REM... es una pervivencia histórica. Hace mucho tiempo existió un lenguaje de ordenador llamado BASIC, que tenía una palabra REM para «remark», que se usaba mucho. Cuando empezamos a introducir los lenguajes alienígenas en los

ordenadores, aún usaban la función REM, y ahí quedó. Por eso todos tienen ahora REM delante, y no significa nada, excepto tal vez «aquí viene el número de un lenguaje alienígena humanoide».

—¿Y luego?

—Luego viene un número que nos dice con qué especie humanoide está conectado. En la Tierra sólo hay una..., algunos planetas tienen varias. El «41» dice que el lenguaje es uno de los que habla la especie cuadragésimo primera con la que hemos entrado en Interface. El número «1» nunca aparecerá, porque en cierto modo significa terrestre.

—Ahora sí que me he perdido.

—Bien. Los dígitos del 1 al 1000, con el terrestre como número 1 (y sirviendo como un número global para *todos* los lenguajes terrestres, claro), están reservados para las especies humanoides. Puede que mil no sean suficientes, naturalmente, pero todavía no hemos alcanzado esa suma.

—Ya veo..., o eso creo. ¿Y quién tiene el número 2?

—Nadie —respondió Jennifer—. Ese número se mantiene reservado por si los cetáceos de este planeta tienen lenguajes propios como sucede con nosotros los primates. Si alguna vez llegamos a descubrirlo, esos lenguajes serán englobados en el numeral 2.

—Santo Dios.

—Sí. Eso en cuanto al REM41. Y luego viene un número del 1 al 6, que clasifica el lenguaje según una de las posibles ordenaciones de verbo y sujeto y complemento. Éste es un 3..., lo cual significa que su orden es verbo seguido de sujeto seguido de complemento. Simplificando mucho, claro.

—Por lo que sabemos —dijo Anna—, no necesitaríamos eso si alguna vez adquiriésemos un lenguaje no humanoide.

—¿Por qué? ¿Tendrían todos el mismo orden?

—No, querida. No hay ningún motivo particular para esperar que los lenguajes nohumanoides *tuvieran* verbos, sujetos o complementos.

—Pero entonces, ¿cómo podría *ser* un lenguaje?

—Ése —le dijeron—, es precisamente el tema.

—Y luego está el último número —terminó Anna—. En este caso el 786. Simplemente se refiere al orden numérico en que han sido adquiridos los lenguajes. Así que ya está todo. REM41-3-786..., significa que es un lenguaje humanoide hablado por la especie humanoide número cuarenta y uno que hemos encontrado (y que puede hablar otros idiomas aparte de éste, naturalmente), y que tiene un orden VSC, y que es el lenguaje número setecientos ochenta y seis que hemos adquirido. Eso funciona mejor que referirnos a él como... —Anna hizo una pausa y miró alrededor—. ¿Alguien sabe el nombre nativo del REM41-3-786?

Alguien lo sabía. A Michaela le sonó algo así como «rxtp», si es que sonaba a algo, y poco más.

—Es interesante —dijo lentamente—. Este asunto..., no había pensado que pudiera serlo, pero lo es.

Y todas le sonrieron, como si hubiera hecho algo especialmente loable.

Pasó una época muy difícil; dormía mal, y se despertaba empapada en sudor, sacudida por las pesadillas. Estaba perdiendo peso, y las mujeres le insistían para que dejara a las otras residentes de la Casa Estéril hacerse cargo al menos de una parte de sus tareas.

—Es mi trabajo —dijo Michaela firmemente—, y lo haré.

—¡Pero se despierta media docena de veces cada noche! Cualquiera podría hacer esa parte..., o sustituirla una noche de cada tres...

—No —dijo Michaela—. No. Lo haré yo.

No era el sueño perturbado lo que la hacía adelgazar y la llenaba de ansiedad, y desde luego tampoco era el trabajo en sí. Casi no tenía ninguna función que cumplir como enfermera: Aplicar medicamentos de vez en cuando, administrar algún que otro baño, una inyección, cumplir varias dietas; realmente casi nada. Ni siquiera tenía que encargarse de hacer las camas o lavar las sábanas, porque Thomas Chornyak había contratado a alguien del exterior para que se encargara de esas cosas. Y en cuanto al sueño, no había pasado una noche ininterrumpida que recordase. Las mujeres siempre tenían que levantarse por la noche; si no se trataba de niños enfermos, eran animales enfermos, o ancianos. Si no se trataba de nada de esto, siempre había algún niño con pesadillas, o una tormenta que implicaba que alguien tenía que levantarse y cerrar las ventanas; siempre había algo. Una enfermera solamente ampliaba su vida de mujer corriente cuando aprendía a despertarse instantáneamente con cada llamada y se ponía de pie y empezaba a funcionar durante todo el tiempo que se la necesitara, y volvía a quedarse dormida instantáneamente en el momento en que podía acostarse de nuevo. Las enfermeras, y las mujeres de todo tipo, jamás dejaban de escuchar respetuosamente a los médicos quejarse sobre la forma en que sus enormes ingresos se justificaban por el hecho de que tenían que estar despiertos durante la noche para ver a sus pacientes. Hubieran podido decir: «¡No es lo mismo!». Y por supuesto no lo era. Las mujeres tenían que levantarse con mucha más frecuencia, permanecer despiertas mucho más tiempo, y no se les pagaba ni recibían ninguna admiración por ello. Desde luego, no era lo mismo.

La causa del estado de Michaela era algo específico de ella, no una de esas generalidades de las mujeres. Cuando aceptó su puesto, tenía intención de acabar una a una con las mujeres de la Casa Estéril Chornyak, tan plausible y aleatoriamente como le fuera posible..., añadiendo cuarenta cuentas o más a su rosario. Incluso había considerado matarlas a todas de una vez como declaración política; ¡por supuesto, la detendrían y castigarían, pero habría sido una forma ideal de hacer *saber* a los lingüistas que no iban a librarse por las buenas de sus asesinatos de niños

inocentes! Habría sido una heroína para el público, que pensaba igual que ella en esta cuestión; había pensado que era algo que merecería la pena.

E incluso había llegado a elegir a Deborah como su primera víctima. Deborah tenía noventa y siete años; tenían que darle de comer papillas enriquecidas y fruta y verduras por medio de un tubo. Y ninguna niña iba a hablar con Deborah, aunque para consternación de Michaela casi todas las niñas iban a sentarse junto a la cama de la anciana para acariciarle la frente y palmearle las manos durante unos pocos minutos todos los días.

—No sabe que estás aquí, querida —le había dicho Michaela a una de las niñas la primera vez que lo vio—. Es muy amable por tu parte, pero resulta inútil..., hace mucho tiempo que Deborah no es consciente de nada.

La niña volvió hacia ella sus ojos claros, perturbadoramente adultos; no podría tener más de seis años.

—¿Cómo lo sabemos, señora Landry? —dijo.

Michaela tuvo que admitir que no podía estar absolutamente *segura*, pero no había motivos para creer nada más, y los doctores le dirían exactamente lo mismo.

—Y eso significa —reprendió la niña— que, mientras no lo sepamos con *seguridad*, tía Deborah podría muy bien quedarse allí tendida todos los días incapaz de hablar o de moverse, pero deseando y deseando que alguien acudiera a verla y acariciarla un poco. ¿No es así?

—¡Chiquilla, eso es muy *improbable*!

—Señora Landry —regañó la niña, sin la menor duda al respecto—, *nosotras* no estamos dispuestas a correr el riesgo.

Michaela no había vuelto a interferir. Pero le pareció que las niñas deberían de pensar en lo que Deborah podía o no podía sentir, y eso reforzó su opinión de que era su primera víctima lógica. Supuso que se encargaría rápidamente del caso.

Y ahora llevaba aquí casi medio año, y Deborah aún yacía allí en silencio e inmóvil bajo las manos de las niñas pequeñas y las otras mujeres de la casa. Michaela no podía decidirse a ejecutar su misión. Peor aún, a cada día que pasaba se sentía menos y menos dispuesta a matar a *ninguna* de ellas. No eran lo que había esperado. No eran lo que siempre le habían dicho que eran. No encajaban con la descripción de «zorra lingüista» en la que creían todos los que conocía, el estereotipo de los chistes obscenos y las historietas que los niños empleaban para asustarse mutuamente. «Vaya, y tú piensas que los lingos varones son unos mierdas», decía la gente. «¡Son ángeles caritativos comparados con las *zorras* lingos!» Michaela había esperado que le resultara más fácil que en las otras ocasiones..., pero no había sido así.

Aquí había mujeres que habían pasado toda su vida trabajando sin descanso. Sus veintitrés pacientes no eran en su mayoría víctimas de la enfermedad; simplemente estaban exhaustas. Como animales domésticos muy viejos que han sido utilizados hasta que un día se derrumban y no pueden volver a levantarse; así eran. *No* eran indiferentes a los problemas del público..., estaban preocupadas por los asuntos de

los Chornyak, cierto, lo mismo le pasaba a todo el mundo con respecto a su propia familia, pero se preocupaban igualmente por los problemas del resto del público como cualquier otro ciudadano. Estaban igual de interesadas en los últimos sucesos en las colonias, igual de excitadas por los últimos descubrimientos de las ciencias, igual de ansiosas por conocer datos del mundo y del espacio. El desdén aristocrático, el desprecio por las «masas», toda la lista de características repulsivas que según la educación que había recibido marcaban a las mujeres lingüistas..., nada de eso se encontraba en ellas. No en las mujeres que atendía. Ni en las otras veintidós que no eran sus pacientes.

No eran perfectas, no eran santas... Si lo hubieran sido, habría resultado más fácil, porque habría sido *otra cosa*. Algunas de ellas eran mezquinas y tontas. Algunas exageraban en todo; por ejemplo, estaban las absurdas acciones de Aquina Chornyak, que parecían interminables. Pero se trataba solamente de la distribución de imperfecciones que uno espera encontrar en cualquier grupo de mujeres de aquellas dimensiones. Ni más ni menos. Y su devoción mutua, no sólo hacia las inválidas que podrían haber requerido la compasión de las demás, sino la devoción incluso hacia la más irritante de entre ellas, enternecía a Michaela.

No había visto nada parecido a esto fuera de las Líneas. Pero claro, fuera de las Líneas las mujeres nunca estaban juntas de esta forma. Todas las mujeres estaban solas en sus casas, atendiendo a las necesidades de sus maridos y sus niños, hasta que les llegaba la edad de ser enviadas a un hospital para morir..., solas en una sala privada. Michaela estaba segura de que, si a las mujeres se les pidiera que consideraran la posibilidad de vivir como lo hacían las mujeres lingüistas, habrían dicho que la perspectiva era horrible, y habrían declarado que nada las haría elegir una vida semejante. Pero tal vez se entregarían unas a otras como hacían las mujeres lingüistas si tuvieran la oportunidad; ¿cómo podía saberlo nadie? No importaba, porque las otras mujeres nunca iban a tener lo que tenían éstas, siempre iban a estar calladas, una o dos por casa, sin asomarse al exterior excepto como orgullosa posesión de algún hombre.

Era maravilloso observar a *estas* mujeres, verlas vivir como lo hacían. Envidiaba lo que tenían, pero no podía odiarlas por ello. Había visto en su primer empleo, en la Casa Verdi, que las mujeres de las Líneas estaban tan totalmente sometidas a los hombres como cualquiera en cualquier otra parte. Salían al mundo a trabajar, pero no tenían privilegios. La situación, en modo alguno, era culpa suya.

¿Cómo iba a matarlas?

Pero si no las mataba..., no podía apartar de su mente el horrible pensamiento: tal vez se había equivocado al matar a los demás. No a Ned; nunca creería que se había equivocado al matar a Ned. Pero, ¿y los otros lingüistas? Eran lingüistas varones, pero aun así..., era una semilla cuyo crecimiento no podía permitir, y que sin embargo crecía cuando estaba durmiendo. ¿Y si los lingüistas varones eran tan inocentes como las mujeres de todas aquellas cosas que le habían enseñado a repudiar

toda su vida? ¿Y si los había matado no para cumplir su parte en liberar a la nación de una peste, sino por una ingenua creencia en un estereotipo que no tenía base real? Tantas cosas que «todo el mundo conocía» habían resultado ser mentiras ante sus ojos. ¿Y si el resto de las creencias sobre los lingüistas fueran también mentiras? Y cuando recordaba que la única prueba que tenía para convencerse de que los lingüistas eran responsables del asesinato de los bebés en Trabajo Gubernamental era la palabra de Ned Landry, su estómago se retorció con saña. ¿Cuándo supo Ned Landry nada de ningún tema? ¿Y si estaba completamente equivocado?

Michaela siguió perdiendo más peso, y durmiendo aún menos, y las mujeres le prepararon té de hierbas y se congregaron a su alrededor, y amenazaron con llamar a Thomas y contarle que su enfermera estaba más enferma que sus pacientes.

—No lo harían de verdad —dijo Michaela.

—No. No lo haríamos. Pero insistiremos en que *usted* lo haga..., no lo dude, si no empieza a mejorar.

Todavía seguía inquieta, sin hallarse en paz consigo misma, y las vacaciones de Navidad se acercaban. Y entonces, una mañana, sucedió algo que le resolvió al menos una parte de la cuestión.

Fue una mañana en que hacía algo que requería sus dotes de enfermera y no sólo su sabiduría de mujer. Sophie Ann López, Chornyak de nacimiento, pero casada con un miembro de la familia López y de regreso a la Casa Estéril Chornyak tras enviudar a los ochenta años, era una de las enfermas. Ahora tenía noventa y cuatro años, y no hacía las cosas con rapidez, pero las hacía. Se levantaba cada mañana con el canto de los pájaros, y el límite absoluto de su concesión a sus muchos años era el bastón que utilizaba para subir y bajar las escaleras. En el momento en que llegaba al nivel al que se dirigía, dejaba el bastón en alguna parte, y al cabo de una o dos horas empezaba a llamar:

—¿Alguien ha visto el bastón de Sophie Ann?

Odiaba el bastón, y tan sólo la casi inevitable perspectiva de tener que pasar meses en cama con una cadera rota por haberse caído por las escaleras la hacía ceder y aceptar aquella mínima ayuda.

Pero, con el frío de mediados de diciembre, Sophie contrajo una infección que se extendió a sus riñones, y por fin fue necesario que viniera un cirujano con sus láseres para practicar un poco de cirugía menor. La operación se llevó a cabo sin nada digno de mención, tras los entrepaños con su amalgama de rosas silvestres y enredaderas de lana brillante contra un fondo azul profundo, y el cirujano se marchó a cumplir otro trabajo, dejando a Michaela para que vigilase a Sophie Ann mientras ésta se despertaba gradualmente de la anestesia.

Durante un rato, Michaela pensó que su paciente murmuraba simplemente tonterías. Luego, tras esforzarse, llegó a reconocer las palabras.



—No tardará mucho —decía Sophie una y otra vez—. ¡No tardará mucho, os lo digo!

Lo repitió tantas veces que Michaela se sintió primero divertida y después curiosa.

—¿Qué es lo que no tardará mucho, querida? —preguntó finalmente.

—¡Pues el láadan, claro! ¡Qué pregunta más tonta!

—¿Qué es eso, Sophie? ¿Una celebración?

Michaela se acercó y apartó los finos cabellos blancos de la frente húmeda, donde se pegaba en lacios mechones.

—Entonces verán —balbució la anciana—. ¡Verán! ¡Cuando llegue el momento, cuando las viejas tías puedan empezar a hablar láadan a las bebés, no tardará mucho! Ellas hablarán láadan franco, pero cuando se lo hablen a su vez a sus bebés... ¡entonces! ¡Entonces! ¡Oh, qué día tan maravilloso!

¿Era un lenguaje?

—¿Por qué, Sophie Ann? ¿Por qué será maravilloso?

—¡Oh, ya no tardará mucho!

Fue entresacando la información a retazos, hasta que Michaela pensó que al menos tenía los esbozos generales. Estas mujeres, y las mujeres de los lingüistas desde hacía generaciones, habían emprendido la tarea de construir un lenguaje sólo para las mujeres. Un lenguaje para decir las cosas que las mujeres querían decir, y sobre las que los hombres siempre decían: «¿Por qué iba nadie a querer hablar sobre esto?». El nombre del lenguaje sonaba como si Sophie estuviera tratando de cantarlo. Y los hombres no sabían nada.

Michaela se puso a pensar, mientras atendía a Sophie Ann, y a preguntarse si sus palabras no serían sólo producto de la anestesia; la anciana parecía muy segura, pero Michaela conocía pacientes que estaban muy seguros de haber visto en la sala de operaciones dragones y pavos reales gigantes y otras ilusiones similares. Si era cierto, ¿cómo podía haber sucedido? ¿Cómo podían haberlo mantenido en secreto, cómo podían haber trabajado en él sin que los hombres lo supieran, con lo mucho que lo supervisaban todo? ¿Y cómo podía nadie inventar un lenguaje? Michaela estaba segura de que nadie sabía cómo había tomado forma el primer lenguaje humano; estaba igualmente segura de que se pensaba que Dios había formado parte prominente en su llegada..., lo recordaba de la escuela en casa. ¿No había sucedido algo llamado la Torre de Babble? ¿Bableo? ¿O algo así?

Fue inevitable que los farfulleos de Sophie Ann, y las preguntas de Michaela, llamaran la atención de las otras mujeres; acudieron con bastante rapidez. Caroline llegó, envuelta en su capa de calle, de regreso de un trabajo, y ladeó bruscamente la cabeza para escuchar.

—¡Oh, cielos —dijo de inmediato—, qué tonterías está diciendo!

—¿Sí?

—Desde luego, eso parece. ¿Qué ha estado diciendo, señora Landry?

—Algo referido a un lenguaje secreto para mujeres —le dijo Michaela—. Lo llama ladin... lahadin... ¿Latín? Casi como latín, pero con una especie de cantinela. Y no para de decir que ya no tardará mucho, sea lo que sea.

—¡Oh —rio Caroline—, es sólo la anestesia!

—¿Está segura?

—¡Señora Landry, Sophie tiene casi cien años!

—¿Y? Su mente es tan clara como la de usted.

—Sí, pero habla de algo muy antiguo. ¡ya sabe cómo son los viejos! No pueden recordar lo que hicieron hace cinco minutos (su bastón, por ejemplo; nunca sabe dónde lo pone), pero tienen tan claro como su nombre cosas que pasaron hace medio siglo. Eso es todo.

—Por favor, explíquese, señora Chornyak —dijo Michaela firmemente—. Me temo que todo esto es un completo acertijo para mí.

Caroline agarró el entrepaño con una mano y se soltó la capa con la otra, y habló tranquilamente:

—Señora Landry, cuando Sophie era una niña pequeña, el lenguaje de las mujeres *era* un secreto. Las mujeres estaban mucho más asustadas entonces; al menos las mujeres de las Líneas. Temían que si los hombres descubrían la existencia del lenguaje de las mujeres las harían dejar de trabajar en ello, y por eso trataron de mantenerlo en secreto. Pero todo eso se superó hace muchos muchos años.

—Entonces, ¿existe un lenguaje para las mujeres?

—Desde luego —dijo Caroline alegremente—. ¿Por qué no? Se llama langlés, señora Landry, no lo que Sophie haya murmurado sobre el latín. Y no es un secreto. Los hombres piensan que es una tonta pérdida de tiempo, pero claro, ellos creen que todo lo que hacemos, excepto interpretar y parir hijos, es una tonta pérdida de tiempo. Casi siempre puede encontrarse a alguien trabajando con el langlés en la sala de ordenadores, querida..., puede ir a verlo cuando quiera.

—Pero es para las mujeres lingüistas —dijo Michaela.

—¿Dijo eso Sophie?

—No..., pero supuse que así sería.

—Ésa sería una actividad muy rebuscada —observó Caroline—. Y una *auténtica* pérdida de tiempo... No, no está reservado a las mujeres lingüistas. Lo estamos construyendo porque tenemos la formación. Pero cuando esté completo, cuando esté preparado para que empecemos a enseñarlo, se lo ofreceremos a todas las mujeres..., y, si ellas quieren, será para todas las mujeres.

—Sophie Ann dijo que era un lenguaje blanco. ¿Blanco?

Caroline frunció el ceño, y entonces vio cuál era el problema.

—No es lo que está pensando, señora Landry. Es un lenguaje franco. F-r-a-n-c-o.

—¿Y eso qué significa?

—¿Se encuentra bien Sophie Ann, señora Landry?

—Perfectamente. No estaría charlando con usted si no lo estuviera.

—Lo siento; tendría que haberlo sabido. Franco..., cuando no tiene hablantes *natales*, decimos de un lenguaje que es franco.

—No comprendo.

—Le pondré un ejemplo. Digamos que un pueblo conquistador hablara húngaro. Y que conquistara un pueblo que sólo hablara inglés. Ambos pueblos no tendrían ningún lenguaje en común, ¿entiende? Pero necesitarían comunicarse entre sí para el comercio, para la administración, para ese tipo de cosas. Así pues, tendrían que elaborar un lenguaje híbrido, que no fuera del todo húngaro ni del todo inglés, y que sólo se utilizaría cuando los dos pueblos *tuvieran* que comunicarse. A un lenguaje así, un lenguaje natal de nadie, como percibe, se le llama franco.

—¿Es bueno que las mujeres aprendan uno de esos francos?

—No..., no lo es. Pero supongamos que los conquistados que hablan inglés, por alguna razón, quedaran aislados del resto del mundo. Supongamos que tuvieran hijos que nacieran oyendo el lenguaje franco, y crecieran usándolo, y tal vez empezaran a preferirlo al inglés. Cuando ellos *tuvieran* hijos, ése sería el único lenguaje que oirían los niños, y se convertiría para ellos, para los niños, en una lengua materna. En ese caso, se le conoce por el nombre de *criollo*, señora Landry. Y sería un lenguaje real. Se desarrollaría como cualquier otro lenguaje, cambiaría como cualquier otro lenguaje, se comportaría como cualquier otro lenguaje.

—Entonces..., las mujeres de aquí que saben ese langlés sólo por medio de un libro o un ordenador, lo hablan a las niñas. Y si las niñas lo hablan, no será un lenguaje real. Pero si ellas lo hablan a su vez sus propias hijas...

—La situación es muy distinta de la clásica —dijo Caroline—. Las mujeres no somos exactamente un pueblo conquistado con un lenguaje ya existente..., pero la analogía se acerca bastante. Básicamente sí, si ocurriera todo lo que usted dice, entonces se convertiría en un lenguaje materno. Teniendo en cuenta, por supuesto, que todos los niños de las Líneas son multilingües y que tienen *varias* lenguas maternas. Se convertiría en una de sus lenguas maternas, sí.

—Para que lo aprendieran todas las mujeres, si quisieran.

—Por supuesto.

—¿Cree que querrían hacerlo?

Sophie Ann estaba ahora completamente despierta, y las miraba con una expresión ansiosa que llamó de inmediato la atención de Michaela; se volvió hacia su paciente y le acarició el brazo para tranquilizarla.

—No pasa nada, Sophie Ann —dijo—. Ya se acabó.

—Estaba explicándole a la señora Landry detalles del langlés —le dijo Caroline a Sophie Ann—. Estabas hablando sobre él antes de despertarte, querida..., un montón de tonterías, me temo. Sobre hace mucho tiempo, cuando era un secreto.

Michaela vio la mirada de consternación en el rostro de Sophie Ann, y habló rápidamente para tranquilizarla.

—No pasa nada, querida —dijo, sabiendo que la anciana debía sentirse cohibida por su confusión—. ¡De veras! Caroline me lo ha explicado todo. No pasa nada.

—Bien —dijo débilmente Sophie Ann—. Bien. Estoy segura..., estoy segura de que todo el mundo dice muchas tonterías bajo los efectos de la anestesia.

—Oh, desde luego —la tranquilizó Michaela—. Los médicos y las enfermeras no le prestan nunca atención. No son más que tonterías..., pero en su caso eran tonterías tan *interesantes*...

Caroline besó la frente de Sophie Ann y se marchó, y Michaela se entregó a su cuidado, sin decir nada más. Pero sabía, sin embargo, que esto había sido la última gota que había desbordado el vaso. No podía hacerles ningún daño a estas mujeres.

Permaneció tranquila ante la mesa de Thomas y escuchó sus amables objeciones, pero se mantuvo absolutamente firme. Naturalmente, él podía obligarla a realizar el procedimiento formal de contactar con su cuñado y pedirle que le rescindiera el contrato. Michaela no conocía ninguna razón por la que no tuviera por qué hacerlo, porque no tendría problemas para reemplazarla; pero, hiciera lo que hiciera, ella no iba a cambiar de opinión.

No le dijo que el problema era que la misión de su vida era asesinar a lingüistas, y que se había visto implicada en el incómodo dilema de tener por pacientes a las únicas lingüistas a las que no podía matar. En cambio, le argumentó razones lógicas.

—Mis pacientes corren peligro en esta situación —le dijo cuando Thomas le pidió sus motivos—. No hay ningún medio por el que yo, una enfermera sola, pueda proporcionar cuidados adecuados a tantas mujeres enfermas. Y, aunque no temo en lo más mínimo el trabajo duro, señor Chornyak, tengo estándares que cumplir. Cuando el trabajo alcanza un punto en que me resulta imposible hacerlo con eficiencia, el bienestar de mis pacientes debe ser mi primera preocupación. No puedo seguir pretendiendo que puedo atender este puesto, señor.

—Pero seguro que no han enfermado más de lo que ya estaban —dijo Thomas.

—Oh, no..., en absoluto. De hecho están notablemente sanas, considerando todos los aspectos. Pero las mujeres de su Casa son también notablemente ancianas. Y a medida que más y más alcanzan la ancianidad, señor, requieren una atención constante de sus necesidades personales. Casi todas ellas, señor Chornyak, deben ser ayudadas en cuestiones tan simples como lavarse y comer.

Y siempre tengo una docena o más de manos dispuestas a ayudarme en esas tareas. Incluso las niñas de cuatro años se sienten felices de sentarse con un cuenco de arroz y darles de comer a sus queridas tías una cucharadita cada vez. Y he visto a niñas de dos años lavar a una débil anciana de noventa con la misma efectividad y amabilidad con que lo habría hecho una mujer adulta, charlando todo el tiempo sobre sus verbos y sus pronombres...

Pensó todo esto, esperando, pero no dijo nada. Había aprendido que si Chornyak sospechaba por un momento que las mujeres de la Casa Estéril tenían tiempo libre para pasarlo atendiendo a las demás, encontraría el medio de ponerlas de nuevo a

realizar un trabajo que reportara beneficios; incluso en lo referente a las niñas de cuatro años, habría encontrado fuertes argumentos que objetar a su «pérdida» de tiempo.

—Bien, señora Landry —dijo Thomas lentamente—, veo lo que quiere decir. Me temo que he sido bastante desconsiderado. Cuando la contraté pensé que tendría poco que hacer..., pero no le he prestado ninguna atención a los hechos, y debería de haberme dado cuenta de que la situación era progresiva. Le pido disculpas, naturalmente, pero debió de haberme hablado antes de ello..., parece que nuestras ancianas están decididas a vivir eternamente, ¿no es así?

Michaela estaba preparada para fuertes protestas, intrincados argumentos y gran cantidad de manipulación lingüística, todo ello mezclado con los temas de cumplir con el deber y mantener la palabra dada. Pero Thomas no se comportaba como había previsto.

—Bien —dijo tras una pausa, asintiendo e introduciendo rápidamente datos en su ordenador de muñeca—. Bien. Puede considerarse liberada de su contrato al final de este mes, querida.

Tomada por sorpresa, pero contenta de que hubiera sido tan simple, Michaela hizo constar su agradecimiento.

—En absoluto —dijo Thomas—. Lamento que tuviera que verse obligada a pedirlo, y le pido disculpas en nombre de las mujeres más jóvenes de la Casa Estéril, que sin duda deberían de haberme hablado de esto hace mucho tiempo, ahorrándole la tarea. Y, ahora que ese asunto está zanjado, ¿puedo ofrecerle un empleo diferente, señora Landry?

—¿Un empleo diferente?

—Sí, querida. Si es tan amable de concederme su atención sólo un instante.

—Naturalmente, señor.

—Si la he comprendido correctamente, lo que hace falta en la Casa Estéril son principalmente brazos fuertes, no enfermeras. ¿No es así?

—En su mayor parte, señor.

—¿Cuántas enfermeras cree que harían falta para atender el aseo, la alimentación y todo lo demás?

—Al menos dos, quizá tres.

—Muy bien. Empezaremos con dos, y añadiremos otra si queda claro que resulta necesario. Si está de acuerdo, lo que haré será buscar dos mujeres fuertes y dispuestas que busquen trabajo como... ¿cómo las llaman? ¿Enfermeras no tituladas? Muy bien, contrataré dos. ¿Una durante el día y otra durante la noche?

—No, señor. Lo siento. Serían necesarias dos durante el día, y una de guardia durante la noche por si la llamasen. Podrían apañárselas bien si las dos estuvieran todo el día y alternaran las noches de guardia, primero una y luego la otra.

—Muy bien, lo intentaremos así. Y luego quiero que se quede para hacer dos cosas, señora Landry. Ninguna de las dos será muy gravosa, tal como yo las percibo,

pero dígame por favor si me equivoco.

—Sí, señor. Gracias.

—Mi padre es vigoroso y despierto. Pero ha tenido preocupantes ataques de fuerte vértigo, y sufre lo que creo son infecciones menores en el aparato urinario. Necesita alguien que le lleve una dieta porque tiene tendencia a la gota..., y a la glotonería, desgraciadamente. Ha adquirido una desagradable afición por los dulces.

—En otras palabras, necesita una niñera con dotes de enfermera.

—Exactamente. No está postrado en cama excepto cuando sufre una de sus enfermedades intermitentes, pero necesitamos tener a alguien a mano para esos casos. También necesitamos a alguien que advierta cuándo *debe* estar en cama, porque a menudo nosotros no somos capaces de verlo. Me gustaría que se trasladara usted a la casa principal para cuidar a mi padre, como he descrito, pero que también comprobara una vez al día la Casa Estéril para ver que todo se lleva a cabo bien allí. Y para hacer todo aquello que necesite una enfermera experta. Y, por supuesto, si alguien se pone gravemente enfermo, puede quedarse en la Casa Estéril hasta que pase la crisis; ya nos las arreglaríamos aquí sin usted temporalmente. ¿Podría convencerla de que lo haga así, querida? Sería una ayuda tremenda para todos nosotros.

Michaela estaba encantada. Esto le permitiría continuar con su vocación de muerte sin tener que ejercerla sobre las mujeres; le dejaría mantener su relación con las mujeres de la Casa Estéril (cosa que, para su completo asombro, se había convertido en algo que valoraba enormemente), y le ahorraría la molestia de buscar un nuevo empleo, aprender los hábitos de una nueva familia y paciente, todas aquellas cosas agotadoras. Fue una sorpresa agradable, algo que no había esperado y que encontró muy placentero.

Además, tal vez pudiera, de vez en cuando, ver algo del progreso del lenguaje de las mujeres. No tenía ninguna habilidad que permitiera dejarla formar parte del trabajo, y sabía muy bien que no podía tratar de ayudar en cosas que no entendía. Pero, si se quedaba, y si observaba con cuidado y discreción, tal vez podría estar en contacto con el proyecto. Ahora que las mujeres de la Casa Estéril sabían que ella estaba enterada de la existencia del langlés, tal vez le hablaran al respecto alguna vez, o incluso le enseñaran algunas palabras..., al menos era posible.

—¿Necesita tiempo para pensarlo, señora Landry? —le preguntó Thomas.

—No —respondió Michaela—. Acepto encantada. No es que quisiera marcharme, señor..., todo esto es muy hermoso, y me siento feliz con el empleo. Pero la situación, tal como está actualmente, se había vuelto imposible. Lo que me propone debería resolverla.

—Me temo que tendremos que alojarla en una habitación de invitados..., y no hay ascensores. Ni cuarto de baño privado.

—No me importa, señor. De verdad.

—¿Estamos de acuerdo, entonces?

—Si está usted satisfecho con el trato, señor Chornyak...

—Entonces me pondré a buscar de inmediato las dos enfermeras no tituladas..., supongo que no le importará quedarse en la Casa Estéril hasta que las contrate y se ajusten a sus trabajos respectivos.

—En absoluto, señor. Lo haré encantada. Y si puedo hacer cualquier otra cosa para ayudar en este período de transición, señor Chornyak, por favor hágamelo saber. Por ejemplo, señor..., conozco bien al supervisor de enfermeras. Si le llama para autorizarlo, es probable que yo pudiera encontrar rápidamente enfermeras competentes y hacer los acuerdos necesarios. No hay motivo para que se entretenga usted con eso.

—¿Querría hacerlo?

—Por supuesto.

—Excelente, señora Landry. Lo llamaré y acabaremos con este asunto. Ahora, si me disculpa, tengo mucho trabajo que hacer.

Michaela bajó las pestañas, presentándole modestamente un gesto que implicara la antigua cortesía sin exigírsela, y luego le miró con cuidado. Sí; a él le gustaba.

Thomas descubrió que se sentía atraído por Michaela Landry. Había algo en ella, una cualidad que no podía definir ni describir, y que le hacía sentirse de alguna manera..., oh, *más alto* cuando ella estaba cerca. Más alto, más fuerte y más sabio, un hombre mejor en todos los sentidos. No tenía ni idea de qué era lo que ella hacía, y no tenía tiempo de observarla para averiguarlo; pero sabía que le gustaba. Cuando Michaela se encontraba en la habitación, descubrió que tendía a acercarse a ella, si podía hacerlo sin que pareciera obvio. Y desarrolló rápidamente el hábito de llamarla a su despacho todos los días para discutir varios asuntos menores relacionados con la salud de Paul John o las pacientes de la Casa Estéril.

Cuando ella estaba con él y el propósito de la discusión quedaba zanjado, advertía que, sin darse cuenta de que había cambiado de tema, se hallaba de pronto en medio de otra conversación completamente distinta. Sus propios proyectos, sus planes, sus problemas..., no de manera indiscreta, por supuesto. Nunca dejaba escapar nada que fuera impropio para ella o para ningún no lingüista. Pero su charla escapaba a las fronteras de lo que podría referirse a su trabajo de enfermera. Y a ella no parecía importarle. Era la oyente más notable que Thomas había conocido jamás. Nunca aburrida, nunca incómoda o ansiosa por dejarle y hacer otra cosa, nunca deseosa de intervenir e intercalar sus propios comentarios. Le hacía sentir que cada palabra que decía era un placer para sus oídos..., cosa que podía no ser cierta, naturalmente, pero que resultaba una ilusión maravillosa y todo un reconocimiento a su femineidad. ¡Si Rachel hubiera sido igual!

Cuando empezó a compartir su cama, apenas tres meses después de que se trasladara a la Casa Chornyak, se sintió un poco decepcionado con ella. No por su actuación: en sus brazos era tan habilidosa como en todo lo demás que hacía, y

Thomas se habría sorprendido si no hubiera sido así. Pero, de alguna manera, pensaba en ella como en una mujer de virtud excepcional, aun enteramente fiel al recuerdo de su marido muerto..., una viuda respetable de carácter puro y decoroso encanto. No podía dejar de sentirse decepcionado porque ella no era como la había imaginado.

Por otro lado, había ventajas en la relación. Reforzaba su convicción de que, no importaba lo admirable que pudiera parecer una mujer, no importaba lo superior que pudiera parecer al resto de las componentes de su sexo, o que lo fuera *en realidad*, todas las mujeres eran verdaderamente débiles y sin genuina fuerza de carácter. Fue instructivo, y le enseñó la necesidad de vigilar a las otras mujeres de su Casa más allá de los juicios superficiales; pensaba que había sido descuidado al respecto, sin darse cuenta.

Todas las mujeres eran frágiles juncos, especialmente en las manos de un hombre experimentado como él, un hombre que, además, era un maestro en las artes eróticas. Si hubiera tenido alguna duda sobre esa maestría, debido a su edad y las tibias atenciones de Rachel, los arrebatos de éxtasis de Michaela incluso ante sus esfuerzos más casuales la habría despejado rápidamente. Michaela nunca se comportaba de forma poco delicada, nunca exigía, nunca era lujuriosa..., la lujuria era algo aborrecible en una mujer, y si hubiera mostrado algún signo de ella, él la habría rechazado al instante. Pero, a pesar de su modestia, Thomas siempre podía percibir que sus caricias la llevaban a la cumbre, y se dio cuenta de que su marido, sin duda, habría sido uno de esos torpes incompetentes en la cama.

A Thomas le encantaba poder mostrarle a Michaela cómo le hacía el amor a una mujer un hombre de verdad, y su placer recíproco era exactamente el que habría pedido. Él nunca la había decepcionado cuando era su cuerpo lo que prefería: y si quería hablar en vez de hacer el amor, ella se sentía contenta con sus palabras y sus caricias. Si él se quedaba dormido, podía estar seguro de que, cuando se despertara ella, se habría ido, dejando la cama fresca, la habitación ordenada, sin ninguna presencia femenina desaliñada que interfiriera con su comodidad. A menos que le hubiera pedido específicamente que se quedara, en cuyo caso ella se las habría apañado de alguna manera para arreglarse el pelo y acicalarse sin molestarle, y estaría a su lado, fragante y como una dama, esperando su placer. Michaela Landry era una mujer enteramente satisfactoria. Dadas las circunstancias, estaba dispuesto a perdonarle su incapacidad para resistir sus avances y cumplir sus antiguas suposiciones.

Se recordaba que era injusto esperar de una mujer algo más de lo que sus propias características naturales le permitían. Injusto, y siempre una fuente de discordia. No podía imaginar a Michaela siendo una fuente de discordia, pero se tomaba muy en serio su responsabilidad de no destruir aquella cualidad en ella estropeándola o permitiéndole que se tomara libertades. Michaela era perfecta tal como era; él no quería ningún cambio.



Caballeros, me gustaría establecer un punto crucial antes de seguir avanzando. Quiero comenzar definiendo *adecuadamente* la especialidad médica conocida por ginecología; quiero aclarar el tema y dejarlo zanjado antes de pasar a otros asuntos. Si quieren compartirlo conmigo... Para aquellos de ustedes que consideran que la ginecología surge de la compasión y el desinterés, la definición no importará. Para aquellos que consideran la ginecología como producto de la investigación pura, por la oportunidad que proporciona para añadir nuevos datos a la suma de conocimientos científicos, la definición será irrelevante. Pero para el resto de ustedes, que pueden estar preguntándose si han cometido un grave error, les insto a que escuchen con mucha atención lo que voy a decir. Es de vital importancia que así lo hagan.

Caballeros, la ginecología no sólo es «el cuidado sanitario de la hembra humana después de la pubertad». Esa definición, que vemos muy a menudo en la prensa popular, es una distorsión que puede convertirse en una genuina amenaza para su autorespeto si la aceptan. *No* deben aceptarla; es un error, comprensible tal vez para el lego, pero no para el médico profesional.

Déjenme que les diga qué es la ginecología. Lo que es realmente. Caballeros, es el cuidado sanitario del *hombre*, cuya mujer mantienen en ese estado de bienestar que permite a los hombres vivir sus vidas como pretendían. Como este país necesita desesperadamente que las vivan. Hay pocas cargas más desagradables, pocos impedimentos más severos con los que se pueda ver lastrado un hombre que una esposa enferma, una madre afligida, una hija impedida..., *cualquier* mujer con mala salud. Es el ginecólogo quien se encarga de que el hombre no tenga que soportar esa carga o luchar contra ese impedimento.

Caballeros..., sé que todos ustedes han oído chistes acerca de que los ginecólogos «sirven» a las mujeres. Son chistes ignorantes. Manteniendo sanas a las mujeres, los ginecólogos sirven al *hombre*; pocos trabajos son más esenciales para el bienestar de esta nación y este pueblo. Nunca lo olviden, caballeros, pues ésa es la verdad, como Dios es mi testigo...

(de una alocución de bienvenida, Universidad Médica del Noroeste, División de Ginecología, Obstetricia y Feminología)

## VERANO DE 2.205...

Nazareth yacía tendida en la cama del hospital, esperando a que aparecieran los médicos. No prestaba atención a la ajada pintura de las paredes, a las antiguas camas de metal, a las filas de extraños que compartían con ella esta decrepita sala; no estaba acostumbrada a los lujos ni a la intimidad. Pero no se sentía indiferente a la manera en que la trataban, la hostilidad que componía el mensaje primario de todo aquel que le hablaba, no importaba cuáles fueran las palabras que utilizara. Era cruel por parte de las enfermeras haber difundido la noticia de que era lingüista, sometiéndola a aquella hostilidad..., pero inevitablemente lo habían hecho. ¿De qué otra manera iba a saberlo la gente? Su piel no era verde claro, ni los lingüistas tenían cuernos que los identificaran ante el público... Una vez, hacía años, la internaron en un hospital para que le extirparan el apéndice. Y como era sólo una niña, y era aún muy ingenua, les había pedido específicamente a las enfermeras que *no* le dijeran a nadie que era una hija de las Líneas.

—¿Por qué no, señorita Chornyak? ¿Le da vergüenza?

Ella quiso preguntar: «¿No les da vergüenza a ustedes su crueldad?». Pero se calló, advertida por el rápido aguijón de su respuesta. Y, naturalmente, las enfermeras le dijeron a todo el mundo no sólo que era lingüista, sino que les había pedido que no lo dijeran. Naturalmente.

Ahora lo comprendía todo mucho mejor. Los médicos despreciaban a las enfermeras, pero no era ése el problema..., los médicos despreciaban a todo el mundo excepto a los otros médicos, y ése era el problema. El trabajo de enfermera, según sabía Nazareth por sus estudios, había sido en tiempos un oficio admirado; había mundos en donde aún lo era. Hubo una época en que las enfermeras eran conocidas como «ángeles caritativos»..., incluso había habido enfermeros masculinos. Pero eso fue antes de que muchas de las funciones del oficio fueran realizadas por los ordenadores. En cuanto los ordenadores de cabecera, los curadores, se encargaron de mantener la vigilancia y tomar todas las decisiones que no eran tomadas por los médicos y empezaron a dispensar todas las medicaciones e inyecciones automáticamente, el papel de la enfermera empezó a decaer rápidamente. Y cuando los curadores fueron programados para interactuar con los pacientes y proporcionarles las *palabras* de consuelo (palabras que las enfermeras pensaban desafortunadamente que no tenían tiempo de proporcionar), llegó el fin del camino del prestigio.

Ahora las enfermeras bañaban a los pacientes, cambiaban las camas, daban de comer a los que no podían, atendían los cortes y las heridas, limpiaban las excreciones corporales, atendían la limpieza de los muertos..., todas las cosas repelentes y poco atractivas que acompañaban de forma natural la enfermedad. Ahora era raro que una mujer empezara a trabajar de enfermera por otra razón que no fuera la necesidad imperiosa de dinero, o porque algún hombre que tuviera poder sobre ella necesitara ese dinero para él. Por tanto, las enfermeras se odiaban a sí mismas; a Nazareth no le sorprendía que volcaran sobre los pacientes la frustración de su trabajo cotidiano.

Sin embargo, le hería que tuvieran que añadir a su conducta normalmente desagradable una dosis más de maldad sólo porque ella era una lingüista. La hería no sólo físicamente, porque eran innecesariamente bruscas cuando la atendían..., la hería simplemente porque eran mujeres. Mujeres lastimando a otras mujeres..., aquello era feo. Y la hería porque su espíritu era deforme, aunque no fuera culpa suya y no podía hacer nada por ayudarlas.

Los médicos venían cuando se les antojaba, por supuesto. Se quedaban durante el tiempo que les venía en gana, y se marchaban cuando les apetecía. Nazareth quería levantarse y caminar por el pasillo, para distraer su mente del dolor de su cuerpo, pero no se atrevía. Estaba segura de que, si dejaba la cama durante cinco minutos, los médicos harían su ronda cuando estuviera ausente de la habitación, igual que siempre llueve invariablemente cuando se limpia una ventana. Por tanto, se quedó donde estaba y continuó esperando.

Cuando por fin vinieron, no estaban de buen humor. Nazareth no tenía ni idea de por qué estaban tan irritados. Tal vez la bolsa de valores se había «hundido»..., siempre estaba «hundiéndose». O tal vez un paciente se había atrevido a cuestionar algo que dijeron o hicieron. O quizá querían huevos rosa y alas de colibrí para desayunar. Un médico no necesitaba ningún *motivo* para estar irritado..., la irritación era su derecho de nacimiento, junto con el título de doctor, que ahora le estaba reservado para él solo. Ya no había «doctores» en antropología, física o literatura que ofendieran a los doctores *reales* y confundieran al público. Habían acabado con aquello, igual que habían acabado con tantas otras cosas que parecían indecorosas e inadecuadas.

—Señora Chornyak.

—Adiness, doctores —les corrigió. La sonrisa que acompañaba a sus palabras no iba dirigida a ellos, pero la diversión formaba parte de su propia perversidad... ¡como si se sintiera orgullosa de llevar el apellido de Aaron! Nunca había corregido a ningún empleado del gobierno, cuyos principios para dirigirse a ella se ceñían completamente por sistema a la regla de que «un lingüista es un lingüista», y llamaban a los miembros de las Líneas por el nombre de lingüista que les parecía más familiar.

—Señora Adiness, entonces. Lo siento.

—No importa, doctores.

—¿Algún problema?

—No —dijo ella—. Pero tengo una pregunta.

Se miraron unos a otros, y su lenguaje corporal dijo: ¿POR QUÉ DEMONIOS TENEMOS QUE SOPORTAR A ESTA ZORRA INSUFRIBLE?

—¿Bien? —dijo uno de ellos—. ¿De qué se trata?

—¿Podrían darme de alta?

—¿Cuándo fue su intervención?

—Anteayer.

—Hace muy poco tiempo, ¿no?

—La cirugía láser sana rápidamente.

Otra vez el lenguaje corporal: ENCIMA, ESTE DESPOJO DA OPINIONES MÉDICAS..., TIENE VALOR. Nazareth lo ignoró.

—¿Cree usted que está lo suficientemente bien para marcharse? Entonces márchese.

El hombre más veterano del grupo se inclinó sobre ella, moviendo la cama. Nazareth sintió deseos de gritar de dolor, pero habría soportado *cualquier* dolor antes de mostrar debilidad delante de aquellos elegantes especímenes. El médico pulsó la tecla ALTA en el ordenador de cabecera, y cuando en la pantalla apareció el signo de interrogación tecléo: EN CUALQUIER MOMENTO HOY.

—Ya lo tiene —dijo, y todos se marcharon, diciéndole por encima del hombro que si tenía alguna otra pregunta podía formularla a las enfermeras. Y Nazareth sabía

que era verdad. Podía hacer preguntas a las enfermeras. No las contestarían si podían, pero ella podía preguntarlas libremente. Pero, ahora que tenía el permiso, ya no le importaba.

\* \* \*

El mensaje llegó al ordenador de muñeca de Clara, que se dirigió de inmediato al marido de Nazareth. Era una suerte que Aaron estuviera todavía en la casa; dio con él cuando ya se marchaba, impaciente.

—¿Que quiere qué? —preguntó él, irritado—. Habla, Clara.

—Van a darla de alta hoy, Aaron —dijo Clara—. Y no quiere volver aquí. Ahora que es definitiva y oficialmente estéril..., quiere ir directamente del hospital a la Casa Estéril. Para siempre.

Aaron la detuvo y atendió por fin.

—¿No es eso un poco inusitado? —preguntó—. ¿Irregular?

—Si tú lo dices, Aaron...

—Sabes muy bien lo que quiero decir —replicó Aaron— ¿No sería lo normal que viniera aquí y pasara unas cuantas semanas holgazaneando, y que *luego* se mudara a la Casa Estéril?

Clara podría haberle hablado de las mujeres que regresaban después de sufrir una enfermedad o ser operadas y reemprendían sus vidas junto a sus maridos igual que antes, y que habían permanecido honradas en la Casa hasta que enviudaban porque sus maridos querían que se quedaran. Pero no se molestó. Aaron no era capaz de sentir tanto afecto por ningún ser humano como sentía hacia uno de sus perros; y no era capaz de sentir *ningún* afecto hacia una mujer. ¿Había pensado alguna vez en su propia madre como en algo más que otra parte del mobiliario? Probablemente no. Había hombres como él por todas partes, hombres que sentían hacia las mujeres los feos prejuicios que antes iban dirigidos hacia las diferencias raciales..., pero Aaron era incuestionablemente el peor ejemplo que había conocido nunca. Sería una pérdida de tiempo tratar de abrirse paso por lo que Aaron sentía hacia las hembras de su especie, y ella no tenía tiempo que perder.

—Es decisión tuya —le dijo—. Y de Thomas, por supuesto.

—Hummm. —Se quedó allí plantado, mirándola con el ceño fruncido, como si le hubiera presentado un gran problema por pura incompetencia.

—¿Cuál es el procedimiento? —preguntó al fin—. ¿Tengo que informar a Thomas formalmente, o qué?

—Yo recomendaría eso —dijo Clara, mirando cuidadosamente al suelo. ¡O qué!

—¿Está aquí?

—En su despacho, creo.

—*Maldición*, qué molestia.

—Puedes tratar el asunto como más te convenga —le dijo Clara fríamente—. Notificaré a Nazareth que espere hasta que tengas tiempo de atenderlo.

—No importa —dijo—. Lo resolveré, y luego te daré un mensaje para Nazareth cuando me marche. No te vayas muy lejos, ¿eh?

—Muy bien.

—Entonces volveré a buscarte.

Se dio la vuelta y bajó de dos en dos las escaleras hacia las plantas inferiores, mientras Clara le observaba con el odio perfeccionado por largos años de práctica.

—¿De modo que la dan de alta hoy?

—Eso me ha dicho Clara.

—¿No es demasiado pronto?

Aaron se encogió de hombros y sonrió.

—Ya sabe cómo es. Si se empeña en algo, se acabó la discusión.

—Igual que su madre.

—Sin duda.

—¿Y quiere ir directamente del hospital a la Casa Estéril en vez de regresar a casa?

—Sí..., quiere que las mujeres lleven para allá sus cosas. Supongo que querrá sus libros, pero no lo permitiré. No los necesitará, y me he acostumbrado a tenerlos aquí.

—Naturalmente —accedió Thomas—. Bien... ¿qué quieres hacer al respecto?

—Creo que deberíamos dejar que se saliera con la suya —dijo Aaron, sin concederle importancia—. ¿Por qué obligarla a venir aquí si no quiere? Ha pasado por muy malos tragos..., primero la enfermedad, luego la cirugía láser y la mutilación... Si ir a la Casa Estéril la hace feliz, ¿por qué no dejarla?

—¿No te importa, Aaron? ¿Estás seguro?

Los dos hombres se miraron mutuamente, sabiendo que pensaban en lo mismo. SI REGRESA AQUÍ, AUNQUE NO DIGA NADA AL RESPECTO, SERÁ UN REPROCHE CONSTANTE. LAS MUJERES LA MIRARÁN Y DESPUÉS NOS MIRARÁN A NOSOTROS, Y SUS OJOS DIRÁN: «BASTARDOS AVARICIOSOS», AUNQUE SUS BOCAS PERMANEZCAN CERRADAS. LAS MUJERES PIENSAN QUE DEBIMOS DE HABER AUTORIZADO LA REGENERACIÓN DEL PECHO... ENCONTRARÁN UN MEDIO PARA RECORDARNOS CONSTANTEMENTE QUE ES ASÍ COMO SE SIENTEN.

—No quisiera ponerme en su camino en un momento como éste —dijo Aaron con voz solemne—. Sería desagradable e irracional. Creo..., a menos que tenga usted fuertes objeciones, que deberíamos complacerla. Después de todo, todavía puede venir aquí a ver a los niños cada vez que quiera..., y sus servicios siguen estando disponibles para la Casa como siempre. ¿Por qué causarle un dolor innecesario?

—Eres muy lógico al respecto —observó Thomas—. Me alegra comprobarlo.

La habitación permaneció en silencio mientras los dos pensaban, y entonces Aaron decidió que no habría mejor momento que éste, ahora que Thomas parecía complacido con él.

—Thomas —dijo—. Nazareth y yo no hemos sido muy... felices..., juntos.

—Bueno..., siempre ha sido rara. No es difícil de comprender.

—Dadas las circunstancias, ¿cree usted que...? —Aaron se detuvo, juiciosamente, como si le resultara difícil emplear las palabras.

—¿Bien? ¿Crear qué?

—¿Cómo percibiría la idea de un divorcio entre nosotros, Thomas? ¿Entre Nazareth y yo?

El otro hombre frunció el ceño, y su cuerpo se puso rígido; hizo esperar a Aaron.

—No aprobamos el divorcio, Aaron —dijo por fin.

—Soy consciente de ello, señor. Yo tampoco lo apruebo, ni mi familia.

—Fueron todos esos divorcios y juegos de cama los que casi hundieron este país en el siglo XX —declaró Thomas con considerable fervor—. Hemos tardado mucho tiempo en recuperarnos de eso, mucho tiempo para devolver la vida a su forma justa y natural... No estoy seguro de querer contribuir a refrenar el progreso de ese cambio.

Aaron habló con cautela; no quería comunicar a Thomas la idea de que no estaba a favor del Modo Americano y la Santidad del Hogar y todo lo demás. Demonios, había asistido a la escuela en casa, igual que todo el mundo; se sabía la canción.

—No hay ninguna *ley* contra el divorcio —señaló.

—No. Pero está muy mal visto. Normalmente el público lo desaprueba con mucha fuerza, a menos que la mujer en cuestión haya sido recluida de por vida o sea una adúltera flagrante... Dios sabe que lo más cerca del adulterio a lo que jamás ha llegado la pobre Nazareth fue ese estúpido asunto de susurrarle al oído de Jordán Shannontry. Me temo que no es motivo suficiente. No creo que pudiera arreglarse un divorcio sin un considerable clamor público..., en especial en las presentes circunstancias.

—Señor, ¿es cosa de sus propias convicciones personales, o un asunto que hay que resolver sobre la base de la reacción del público?

—¡No apruebo el divorcio! —exclamó Thomas—. En lo que respecta a mis opiniones personales, un contrato es un contrato..., y el contrato de matrimonio es tan válido y duradero como cualquier otro. El divorcio, excepto en los casos más extremos, no es más que autoindulgencia. Esta nación se encuentra ya bajo una presión lo bastante severa con los shocks producidos por el contacto con las civilizaciones alienígenas y la carrera por establecer las colonias espaciales y conseguir para ellas un estándar de vida decente..., es *crucialmente* importante que preservemos nuestro entramado cultural y lo pongamos por encima de nuestras conveniencias personales.

Aaron pensó que Thomas iba a rechazarle. Por el bien del jodido público y sus cabecitas puntiagudas. Y el hecho de que estuviera condenado a pasar el resto de su vida con una mujer tan mutilada que ningún hombre decente podría mirarla sin repulsión no iba a hacerle cambiar de idea. Era horrible, y no estaba dispuesto a aceptarlo. Todavía no.

—Bien, señor —dijo—. Naturalmente, acataré su decisión. Pero considero que debería saber que no creo que pueda ser capaz de compartir la cama de su hija ahora..., no tal como está. Y un hombre necesita el desahogo sexual si quiere ser útil a su Casa..., estoy seguro de que sabe usted eso tan bien como yo, Thomas.

Ah. Thomas lo acusó, y frunció los ojos para considerar sus implicaciones. Esto era un factor nuevo en la ecuación. Estaba seguro de que nadie en la Casa, ni siquiera Rachel, sospechaba de su relación con Michaela Landry. Había sido discreto hasta tal grado que casi había temido ser paranoico en el tema, y sabía que no había ninguna duda sobre la lealtad de Michaela. Pero Aaron siempre había sido hábil, astuto, dispuesto a entrometerse cuando pensaba que aquello sería una ventaja para él... Si *sospechaba*, y se le negaba un «desahogo sexual» mientras Thomas se divertía fuera de la cama de Rachel, podría crear tranquilamente un montón de problemas. Por muy firme que pudiera ser con respecto al divorcio el público de 2205, no era nada en comparación con sus sentimientos sobre el adulterio. Se hacía, naturalmente. Con moderación, y con gusto. Pero ser sorprendido practicándolo era imperdonable. ¿Cuánto sabía Adiness?

Sus oscuros y hermosos ojos le miraba, cándidos y abiertos (demasiado cándidos y abiertos para su gusto), y Thomas supo que no podía estar seguro. ¿Qué había dicho? ¿Que estaba seguro de que Thomas sabía tan bien como él de las necesidades de desahogo sexual? No, no podía estar seguro.

Tomada la decisión, Thomas no perdió tiempo.

—¿Crees que podrías hacerlo con *extrema* delicadeza? —preguntó.

—Por supuesto, Thomas.

—¿Y con el mayor grado de cortesía?

—¿Qué quiere decir, señor?

—Quiero decir que, *para variar*, podrías tratar a Nazareth como si la valoraras. Quiero decir que podrías hablarle cortésmente en público, que no la volvieras a convertir en la fuente de tu reputación como conversador astuto y bromista... ¡Oh, no soy tonto del todo, Adiness, por mucho que me abstenga de meterme en las cuestiones maritales de los demás! Y quiero decir que cuando encuentres a Nazareth por casualidad delante de otras personas la trates como a una dama por la que sientes respeto. ¡No permitiré que se diga que primero permitimos que la mutilaran hasta tal grado que ya no fue aceptable para ti, y que luego la expulsamos brutalmente de la Casa como divorciada, sin ninguna otra excusa que nuestra economía! Seguro que eres capaz de comprenderlo.

—Desde luego, señor... comprendo exactamente lo que quiere decir. Y puede contar conmigo.

—¿Tengo tu palabra de caballero?

—Absolutamente.

Thomas cruzó entonces los dedos y miró a Aaron por encima de ellos.

—En ese caso —dijo—, tal vez no sea una idea completamente inaceptable. Hay una muchacha joven en nuestros dormitorios..., se llama Perpetua. ¿La has visto, Aaron?

Lo había hecho. Era encantadora. Cabellos oscuros, ojos grandes, un cuerpo lozano y prometedor, y unos amables modales que le excitaban cada vez que se movía o hablaba. Aaron había reparado en la existencia de Perpetua, como habían hecho todos los otros hombres de la Casa.

—Creo que sí —dijo.

—Dentro de un año aproximadamente, Perpetua cumplirá los dieciséis. Y necesitará un marido. Me gustaría que se quedara aquí, Aaron.

—Ya veo.

—Cuando sea su cumpleaños, llevarás divorciado una cantidad de tiempo respetable..., y Perpetua será una buena esposa. Será una alianza adecuada, en todos los sentidos de la palabra.

Viejo zorro, pensó Aaron. Iba a convertirlo en un negocio: Aaron Adiness, de nuevo semental al servicio de la Casa Chornyak..., o no habría divorcio. Pero halló considerable consuelo en ser sentenciado a servir de semental para Perpetua. Lo que sería difícil era el año que tendría que esperar.

Thomas también lo sabía.

—Tendrás que comportarte de modo exquisito y sin tacha durante tu año como soltero —dijo, midiendo las palabras—. Trasládate a las habitaciones de los solteros, acuéstate en tu cama de soltero todas las noches sin excepción... No permitiré que se diga que te divorciaste de Nazareth solamente para casarte con Perpetua.

—Se dirá no importa lo que haga, señor.

—Una cosa es que se diga porque la gente tenga mente retorcida, y otra muy distinta que se diga porque proporciones un motivo.

—Quiere de nuevo mi palabra.

—Exacto.

Un año de celibato total..., la perspectiva desazonaba a Aaron más de lo que pensaba. Pero vivir con Nazareth significaría un celibato permanente, roto tan sólo por rápidas infidelidades ocasionales... Si seguía casado con Nazareth vigilarían todos sus movimientos; podría considerarse afortunado si lograba encontrar alguna furcia perdida una vez por año. Aaron se echó a temblar; había cosas peores que un año de celibato.

—Lo juro, Thomas —dijo rápidamente—. Comprendo las condiciones, y las cumpliré. Al pie de la letra.

—Hummm. —El sonido no fue agradable, ni la expresión del rostro de su suegro—. Si no lo haces, lo sabré —dijo Thomas sombríamente—. Y te destrozaré. Si te desvías un simple milímetro, muchacho. La reputación de esta Casa, la reputación de las Líneas, significa para mí infinitamente más que la de ningún miembro. El público



ya tiene motivos suficientes para criticar el modo en que «enviamos a nuestras mujeres a hacer el trabajo de hombres» sin necesidad de añadir más escándalos.

Aaron adoptó la expresión más severa que tenía en su repertorio.

—Tiene mi palabra —repitió—. Debería ser suficiente.

—Eso quisiera.

Aaron se ruborizó, pero no dijo nada. No había nada que decir. El hombre confiaría en él o no, y no había nada que pudiera hacer para influirle excepto quedarse allí sentado y volverse todo lo transparente que le fuera posible. Por una vez, no tenía nada que ocultar. Acataría las condiciones y las consideraría un precio razonable por librarse de Nazareth.

—Muy bien entonces —dijo súbitamente Thomas—. De acuerdo. Normalmente, no estoy dispuesto a ver ninguna excusa para un divorcio..., pero ésta es una situación inusitada. Y hay *algunos* precedentes..., ya tuvimos a Belle-Anne. Muy bien, Aaron. Dadas las circunstancias, y con tu promesa, no me opondré.

Aaron suspiró, sin darse cuenta hasta entonces de que había estado conteniendo la respiración. Fue un gran alivio. Lástima que no hubiera podido pasar una noche más en la cama de Nazareth antes de que marchara a la operación, pero no se le había ocurrido, como tampoco se le habría ocurrido que ella no insistiría en volver a casa y volver su vida un infierno sólo por la satisfacción de hacerlo así..., en su lugar, él se habría relamido en la venganza. Era típicamente femenino que fuera o demasiado estúpida o demasiado cobarde para aprovechar aquella oportunidad. Aaron se sintió casi agradecido hacia ella; no era un hombre brillante, pero no era tan alocado como para no saber la gran cantidad de amargura que había provocado en ella a lo largo de su matrimonio. Se había divertido mucho haciéndolo, pero sabía que Nazareth nunca había encontrado ninguna diversión; como todas las mujeres, no tenía ningún sentido del humor. Era igual que no poder captar ciertos colores del espectro, o no poder oír algunos tonos. Una curiosa deformidad.

Y, ahora, Thomas y él habían llegado a un acuerdo para hacer un movimiento eficaz. De un soplo, se habían desembarazado de Nazareth y del molesto recordatorio que habría representado, habían conseguido conservar a Aaron en la casa para que fuera padre de más niños (algo que habría sido imposible de otro modo), y habían zanjado el asunto de un marido apropiado para la lozana Perpetua. Aaron sabía que, a pesar de la fachada de objeciones de Thomas, debía sentirse complacido; éste era el tipo de asunto que consideraba un ejemplo eficiente de dirigir la casa. Casi sonreía cuando le dijo a Aaron que se adelantara y lo notificara a los abogados Chornyak. Aaron pensó que Thomas y él eran condenadamente listos..., sólo lamentaba que no hubiera forma de poder jactarse de este pequeño arreglo.

Clara le vio subir las escaleras tras la reunión con su hermano Thomas, y leyó correctamente la presumida satisfacción de su cara, pero no fue lo bastante rápida con su «¡Aaron!» para detenerle cuando cruzaba la puerta. Le resultó claro que los dos

hombres habían permitido que Nazareth hiciera lo que quería; también le resultó claro que Aaron había olvidado el hecho de que su esposa estaba esperando la decisión. A menos que él, o Thomas, le hubieran enviado un mensaje directamente.

Mientras reflexionaba, no oyó a Michaela hasta que ésta pronunció su nombre dos veces, y aun entonces dio un respingo.

—Está demasiado cansada, Clara —observó Michaela—. Está dormida de pie.

—No..., sólo estaba pensando. Y preocupándome.

—¿Puedo ayudar en algo?

Clara se lo explicó, y Michaela le acarició levemente la mano.

—Ahora mismo iba de camino al despacho del señor Chornyak —dijo—, para preguntarle sobre una nueva medicación para su padre. Si quiere venir conmigo, podríamos molestarlo juntas..., la seguridad del número y todo eso.

—No temo hablar con él a solas, querida —dijo Clara—. No es eso. Sólo estoy intentando controlar mi mal temperamento antes de hacerlo. Esperaré hasta que acabe.

—Bien, pues yo sí tengo miedo de ir sola —declaró Michaela—, porque la medicina que quiero vale casi el triple de la que ha estado tomando su padre hasta ahora; así que por favor, por caridad cristiana, venga conmigo, Clara. No se enfadará tanto si tiene que dividir los rayos y truenos entre las dos.

Clara la miró, y Michaela se dio cuenta por el brillo de sus ojos que no se había dejado engañar por su cháchara, pero se limitó a decir:

—Muy bien, Michaela —y fue con ella sin más comentarios.

Y, naturalmente, como había sospechado Clara, ninguno de los dos hombres había pensado en enviar a Nazareth un simple sí o no. Y mucho menos la noticia de que Aaron iba a divorciarse.

—¡Thomas! —Clara se quedó de una pieza—. Santo cielo, Thomas...

—¿Qué, Clara?

—Quiero decir que... Es tan...

—Clara, ¿quieres dejar de temblar y farfullar y decir tu mensaje? A Nazareth no le importa nada Aaron, nunca le ha importado, y lo sabes tan bien como yo. ¿Cuál es el problema?

Clara se sentía indefensa y absurda. No había ninguna forma de explicárselo. No tenía nada que ver con el hecho de que Nazareth sintiera alguna simpatía hacia Aaron o no. Tenía que ver con la demostración explícita de lo poco que valía para los hombres cuando rehusaron el dinero para la regeneración de su pecho, y con la subsiguiente mutilación quirúrgica, y con la manera en que una mujer era tratada en las salas públicas, especialmente una lingüista, y con el dolor y la pena que Nazareth estaría sintiendo en este mismo instante, y en cómo se sentiría ahora cuando, además, se le dijera casualmente, por el ordenador de muñeca: «Por cierto, Aaron se divorcia de ti..., pensé que querrías saberlo».

Podría haberse hecho entender, por supuesto, si hubiera tenido horas para explicárselo. Thomas era un gran juez de los efectos del lenguaje sobre los otros, y nunca (pese a la estúpida conversación entre Michaela y él) era irracional. Pero no había modo de hacérselo ver rápida y eficientemente, y Thomas no tenía paciencia con los largos discursos hacia los que no sentía ningún interés de entrada. La estaba mirando, y Clara supo que estaba molesto, y sintió como si fuera a ahogarse. Me estoy haciendo vieja, pensó, y debo estar perdiendo la inteligencia junto con mis otros encantos de la juventud.

—Clara —dijo Thomas—, sé que aprecias a Nazareth. Pero fue ella quien pidió ir directamente a la Casa Estéril, ya lo sabes... No es que Aaron haya intentado enviarla allí. Te aseguro que no le habría permitido hacerlo, Clara. Sólo estamos cumpliendo lo que la propia Nazareth pidió.

—Lo sé, Thomas.

—Entonces, de verdad que no comprendo por qué estás tan alterada.

Michaela intervino rápidamente, segura de que Clara agradecería la ayuda.

—Señor Chornyak —dijo, toda deferencia y corrección—, creo que lo que preocupa a Clara es que Nazareth deba oír esta noticia a través del ordenador de muñeca, sin siquiera ver un rostro humano. Sólo ese ruidito, diciendo que él va a divorciarse y desembarazarse de ella, si ve lo que quiero decir.

—No veo lo que quiere decir —respondió Thomas—. Detesta a su marido, no quiere volver a casa, y se le dice que no va a tener que soportar a su marido o a la Casa ni un día más. Me parece que tendría que estar bailando de alegría. Pero mientras las dos comprendan lo que quieren decir, no tiene importancia que yo lo haga o no. Nunca he pretendido ser un experto de las nociones emocionales de las mujeres.

—Sí, señor —dijo Michaela.

—¿Bien? ¿Tienen una solución a esta terrible dificultad que soy demasiado obtuso para percibir?

—Señor Chornyak, tengo que ir al hospital de todas formas..., tendría que haber ido hace tiempo. Puede que tenga que enviar allí alguna vez a alguno de mis pacientes, y al menos debería estar familiarizada con el lugar. A menos que tenga alguna objeción, señor, podría llevarle el mensaje a Nazareth personalmente, y de paso echar un vistazo a las instalaciones.

—No tengo ninguna objeción, señora Landry —dijo Thomas—. Si tiene tiempo libre, y cree que es aconsejable, proceda.

—Gracias, señor —dijo Michaela—. Y sólo tengo un tema más que hablar con usted antes de marcharme, por favor.

Mientras Michaela esbozaba rápidamente ante Thomas las ventajas de la nueva medicación, que justificaban el gasto extra de su adquisición, Clara se marchó sin decir nada más, con la gratitud escrita claramente en la disposición de su cabeza y hombros y en la forma de cruzar sus manos.

El hospital era feo, pero todos lo eran. Michaela nunca había trabajado en una sala lujosa entre los ricos, sino siempre en sitios como éste. Prestó poca atención a su aspecto, preocupada solamente en asegurarse de que fuera limpio..., y lo era. Y tampoco se impresionó por la insolencia de las enfermeras.

—O me dicen de una vez, sin más tonterías, dónde está la señora Adiness, o llamaré a Thomas Blair Chornyak y le diré que la han perdido —les dijo—. Tal vez con su ayuda personal podamos localizarla.

—¡Bien, no hay necesidad de ser desagradable!

—Está haciéndome perder el tiempo, enfermera, y su conducta es insoportable. Está usted aquí para *servir*, no para entorpecer la curación, y si le coge cariño a un paciente, particular o no, no debería ser preocupación suya. Ahora lléveme con la señora Adiness.

Era tan habilidosa para zaherir oralmente con veneno aristocrático como para escuchar historias aburridas; era una de las habilidades que las academias maritales asumían que debería necesitar una mujer si se casaba con una familia adinerada donde se emplearan aún a seres humanos como sirvientes domésticos. La enfermera reconoció el tono sin dificultad, y no había recibido ninguna formación para defenderse de él..., salió rápidamente de su estrecho mostrador, ruborizada y enfurruñada, y llevó a Michaela a la cama de Nazareth sin hacer ninguna pregunta sobre la posible fuente de la autoridad de aquella voz.

—Ahí está —anunció, señalando—. Ha venido alguien a verla, señora Adiness.

Michaela miró con firmeza a la enfermera hasta que ésta se dio la vuelta y se marchó, murmurando algo sobre la ingratitud y quién creía la gente que era, y entonces se volvió para mirar a Nazareth.

—Señora Adiness —dijo amablemente—, soy Michaela Landry, la enfermera que contrató su padre para la Casa Estéril. Me avergüenza emplear la palabra «enfermera» y equipararme a ese espécimen, pero le prometo que no estoy aquí para demostrar las profundidades a las que mi profesión cae algunas veces. Creo que no nos hemos visto nunca, excepto de pasada... ¿Cómo se encuentra, señora Adiness?

Extendió la mano, y Nazareth la tomó brevemente y dijo:

—Sí, por supuesto, señora Landry, la recuerdo. Ha sido muy amable al venir.

Michaela pensó que parecía dolorida. Si fuera posible que alguien llevara magulladuras en la mente y el espíritu, además de en el cuerpo, ella las llevaría. Delgada, *muy* delgada..., mal color, el feo aspecto característico del paciente de cáncer..., y el torcido moño en el pelo. Incluso aquí. Pobrecita.

—Señora Adiness —dijo—, puede marcharse directamente a la Casa Estéril cuando salga de aquí; me han enviado a decírselo. Y su padre me pidió que viniera y le ayudara... No quería que tuviera que hacer el viaje sola. —Era una mentira piadosa, y no les costó nada; anotó mentalmente que tendría que decírselo a Thomas. Y podría haber sido cierta, porque esta mujer no estaba lo bastante bien como para abandonar el hospital sin compañía y llegar a la Casa Estéril por sus propios medios.

Por su tenso aspecto, lo habría hecho, y sin una palabra de queja, pero no estaba en condiciones de hacer ese tipo de esfuerzos. Ni ningún otro. Michaela deseaba tenerla en una cama confortable, bajo cuidados, y pronto. Y en cuanto a la noticia de su divorcio, se la comunicaría después de que esta mujer estuviera cómoda y protegida, a salvo de ojos fisgones. Ni un minuto antes.

—Señora Adiness...

—Por favor, señora Landry..., llámeme Nazareth, lo prefiero así.

—Como usted diga, señora; puede llamarme Michaela, si no le molesta. ¿Puede vestirse y reunir sus cosas mientras llamo a un taxi?

—¿Un taxi? —se sorprendió Nazareth—. El robobús pasa por aquí mismo.

—¿Es así como llegó aquí?

—Naturalmente —respondió Nazareth, y añadió—: Y no tengo dinero.

—Bueno, yo sí.

—¿Dinero propio?

Michaela sonrió.

—Es uno de los pocos beneficios de ser a la vez viuda y enfermera, Nazareth. Mi cuñado es mi tutor legal, pero tiene que entregarme parte de mi salario ya que no vivo en su casa. No tengo *mucho* dinero, pero puedo pagar el precio de un corto trayecto en taxi.

—No puedo permitir que gaste su dinero en mí —objetó Nazareth inmediatamente, y Michaela se rio de ella.

—Muy bien —dijo—. Es usted la señora de la casa, y yo la empleada, y no quiero que se irrite conmigo. Llamaré al taxi para mí y la dejaré coger el autobús, y estaré en la Casa Estéril antes que usted. Será mucho mejor así, pues no estaremos apretujadas en el taxi.

Se quedó completamente sorprendida cuando Nazareth se limitó a asentir, como si aquello tuviera sentido, y se sentó de inmediato en el borde de la cama, con cuidado de no menearla al hacerlo.

—Oh, querida —dijo, sin importarle parecer poco respetuosa, porque lo que veía era dolor mudo, y atender el dolor era una función que no podía dejar de lado a cambio de los buenos modales—. ¡No hablaba en serio! ¡Por supuesto que no! Y no dejaré que vaya a la Casa Estéril de otro modo que bajo mi cuidado, y con un confort decente. Por favor, compéndalo, y perdóneme mis chistes..., sólo pretendía hacerla sonreír.

Nazareth la miró y no dijo nada, y algo en Michaela cedió, un nudo que ni siquiera había advertido en su interior.

—Está muy cansada, Nazareth —continuó—, y necesita cuidados, no conversación. Llamaré a la enfermera para que la ayude a vestirse.

—¡Por favor, no!

Michaela se mantuvo firme, y el acero resonó en su voz.

—Le prometo, querida, que la enfermera será tan amable y tierna con usted como si fuera su hija recién nacida y muy amada. Le doy mi palabra.

—No sabe...

—¡Oh, sí que lo sé! Desde luego que lo sé. Y se lo prometo. Vendrá, y se comportará con respeto, y será amable, y la tratará con perfecta atención. No se atreverá a hacer otra cosa..., y en cuanto a lo que pueda estar pensando, es cuestión de su mente estrecha y retorcida, y debe ignorarlo como ignoraría cualquier otra deformidad. Por pura amabilidad. Y yo llamaré al taxi y la llevaré a casa.

—No soy una niña, Michaela..., no tiene que...

—¡No hable! Silencio. Si fuera una niña, esto sería mucho más simple, porque podría cogerla y llevármela, chillara y pataleara o no. Pero desgraciadamente es más alta que yo, y voy a necesitar un poco de ayuda... ¿Va a hacérmelo más difícil de lo que ya es?

Odió decir aquello, porque todos sus impulsos eran tratarla con ternura, pero era lo apropiado. La idea de que estaba causando problemas a la enfermera enviada a recogerla puso fin inmediatamente a las objeciones de Nazareth.

—Lo siento mucho, señora Landry —dijo Nazareth—. Por favor, proceda.

¡Por favor, proceda! Qué curiosa y extraña mujer, y qué momentos más difíciles debía haber vivido para estar tan a la defensiva... Y aquel rápido y correcto «¡Señora Landry!». Poniéndola en su lugar. Michaela pensó que su dignidad se encargaría de llevarla a la Casa Estéril, y eso era ahora mismo mucho más importante que todo lo demás.

Considera esto, por favor: hacer «aparecer» algo se llama *magia*, ¿no? Bien..., cuando miras a otra persona, ¿qué ves? Dos brazos, dos piernas, una cara, un acopio de *partes*. ¿Tengo razón? Hay una superficie continua del cuerpo, un espacio que comienza con la carne interior de los dedos y continúa por la palma de la mano y por el interior del brazo hasta la curva del codo. Todo el mundo tiene esa superficie; de hecho, todo el mundo tiene *dos*.

Llamaré a eso el «athad» de la persona. Imagina el athad, por favor. Velo claramente en tu mente..., percibe, aquí están mis dos athads, el de la izquierda y el de la derecha. Y ahí están *tus* athads, muy bonitos.

Donde antes nunca hubo ningún athad, ahora siempre habrá uno, porque percibirás el athad de cada persona a la que mires, como percibes su nariz y su cabello. De ahora en adelante. He hecho aparecer el athad..., ahora *existe*.

Percibirás que la magia no es algo misterioso, patrimonio de las brujas y los hechiceros..., la magia es bastante ordinaria y simple. Es sencillamente lenguaje.

Y ahora te miro y puedo decir, como no podía decir hace tres minutos: «¡Abuelita, qué *athads* más grandes tienes!».

(de «El Discurso de las Tres Marías», autora desconocida)

Nazareth fue a la Casa Estéril magullada, como había visto Michaela que estaba, y aturdida. La noticia de que iba a divorciarse apenas penetró aquel aturdimiento, de modo que cuando se dio cuenta de ella cualquier posibilidad de que pudiera causarle incomodidad quedó superada. Pero, después de una temporada, bajo las competentes manos de las mujeres, empezó a abandonar aquel aturdimiento, y advirtió que era como alguien que vuelve a casa después de toda una vida de exilio.

No más Aaron; él la evitaba, y cuando no podía evitarla era abrumadoramente amable. No más estar a solas con él, donde no se sentía obligado a ser amable. Sus hijos se hallaban sólo a unos pocos metros de distancia, y en cualquier caso las niñas estaban rutinariamente en la Casa Estéril. Y la libertad. Nunca tendría que soportar los ojos de un hombre sobre su cuerpo maltrecho. Sanaría, y añadiría a sus ropas habituales la pieza con el pecho falso y engañoso, y saldría a trabajar como siempre había hecho; y ningún hombre la vería jamás desnuda, ni tocaría su cuerpo. Ni siquiera un médico, mientras estuviera consciente. Nunca.

Al principio deambuló por la Casa Estéril, absorbiéndola como nunca la había absorbido antes, regocijándose en las voces de las mujeres, deleitándose en la cama de la que podía disponer por completo, sin la masa roncante de hombre que siempre la despertaba, empujándola siempre hacia la pared. Era un lujo; no había previsto que lo fuera, porque nunca había sabido de qué carecía.

Finalmente, cuando Michaela admitió que ya estaba recuperada, las mujeres le hablaron del lenguaje llamado láadan, y le explicaron la tontería llamada langlés.

Nazareth permaneció sentada, escuchándolas con sorpresa, sin decir ni una palabra hasta que terminaron.

—Mujeres —dijo entonces—. ¡Vosotras y vuestros cuentos de hadas!

—Es cierto —protestaron—. De veras, Nazareth..., es cierto.

—Toda la vida me habéis dicho que el *langlés* era verdad.

—Era necesario —respondió Aquina—. Somos mejores que tú para juzgar lo que hacía falta.

—Y ahora, después de toda una vida de mentiras, ¿esperáis que crea que de repente me decís la verdad? —Nazareth agitó la cabeza—. Marchaos con vuestras historias para dormir —retó—, contádselas a las niñas pequeñas, junto con el unicornio y el hombre del saco y Helga Dik. Dejadme en paz.

—Nazareth —reprendió Susannah—. Tendrías que avergonzarte de ti misma.

—¿De veras?

—Sabes que sí. Hemos esperado muchos años para mostrártelo..., me he vuelto una anciana sólo capaz de cacarear y sisear mientras esperaba. Y ahora no quieres dejarnos que te lo mostremos.

—Mostrádmelo entonces —dijo Nazareth, que amaba tiernamente a Susannah. Pero no pudo dejar de punzar a Aquina—. Aquina —preguntó—, ¿tiene cien vocales separadas ese láadan?

—¡Oh, eres imposible!

Nazareth se rio de Aquina mientras ésta se marchaba, ofendida, y Susannah volvió a decirle que tendría que estar avergonzada.

—Lo estoy —dijo Nazareth, con gran satisfacción—. Estoy tan avergonzada que apenas puedo levantar la cabeza. Ahora mostrádmelo.

—Está abajo, en el sótano —la advirtieron.

—Naturalmente. Con la tina de légamo verde que utilizáis para sacrificar una virgen todos los lunes por la mañana. ¿Dónde si no podría estar? Puedo bajar al sótano, no estoy lisiada..., guiadme, por favor.

Las siguió, riéndose de nuevo mientras sacaban los fragmentos de papel del fondo de los cajones y el centro de los recetarios y otros escondrijos y hendiduras. Pero se sentó y miró los materiales reunidos cuando se los tendieron, y dejó de reírse mientras leía.

—¡Sería tan fácil que se perdiera todo esto! —dijo una vez—. Y tan horrible.

—No —contestó Faye—. Sería una molestia, pero no una tragedia. Todo está en nuestra memoria. Hasta el último punto y coma.

Nazareth no dijo nada más. Había empezado riendo y dudando, pero divirtiéndose; ahora, mientras examinaba los materiales, empezó a tensarse más y más, y las otras mujeres se preguntaron si la habían molestado con esto demasiado pronto. Pese a lo que decía Michaela, todavía no estaba bien del todo.

—Nazareth —pregunto Susannah con cautela—, ¿te encuentras bien, chiquilla? ¿Estás complacida?



—¿Complacida? —Nazareth les tendió el fajo de papeles como si fueran un pescado podrido—. ¡Estoy disgustada!

El silencio se extendió; se miraron unas a otras, asombradas. ¿Disgustada? Conocían a Nazareth; no había ninguna otra mujer en las Líneas tan buena en los lenguajes como ella. Pero, ¿estaban realmente tan lejos de lo que era necesario en un lenguaje como para que el láadan la disgustara?

Nazareth se levantó, tambaleándose un poco, pero las apartó cuando se dispusieron a ayudarla y subió las escaleras por delante del resto.

—No hay excusa para esto —anunció, dándoles la espalda—. ¡Ninguna!

—Pero es un buen lenguaje —gimió Aquina, diciendo lo que las otras vacilaban en decir—. ¡No tienes derecho a juzgarlo así, a los diez minutos de un examen casual! ¡No me importa lo que digan las puntuaciones de tus malditos test, o lo distinguido que sea tu maldito lenguaje alienígena, no tienes derecho!

—Aquina —desaprobó Grace—. Por favor.

—No es eso —dijo Nazareth, con los labios tensos—. No es que haya nada malo en ese lenguaje.

—Entonces, ¿qué es, por el amor del cielo? —inquirió Aquina.

Nazareth se volvió hacia ellas, hacia donde se encontraban, vigilando intranquilas la cocina, no fuera a ser que apareciese una niña errabunda que pudiera oír lo que no debía.

—Lo que es inexcusable es que el lenguaje no se esté utilizando ya —dijo.

—¡Pero no puede utilizarse hasta que no esté terminado!

—¡Qué tontería! ¡Ningún lenguaje vivo está «terminado» nunca!

—Nazareth, ya sabes lo que queremos decir.

—No. *No* sé lo que queréis decir.

Caroline llegó entonces, corriendo, dando gritos por el alboroto que estaban haciendo y por la estupidez de mantener a Nazareth de pie de aquella manera, y las guio a todas hasta uno de los dormitorios privados como si fueran un gallinero desordenado, con lo que las comparó exactamente. Cuando cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella, dijo con voz fiera:

—¡Bien! ¿Qué es lo que pasa?

Se lo contaron, y ella se relajó contra la puerta y dejó que sus manos cayeran a sus lados.

—¡Santo cielo! Pensaba que como mínimo sería un terremoto... ¿Todo este jaleo porque a Nazareth no le convence el láadan? ¡Por favor!

—Pero sí me convence, Caroline —insistió Nazareth—. No es que tuviera importancia si no lo hiciera..., pero me convence.

—No está terminado, lo sabes. Tienen razón.

—Están equivocadas.

—¡Oh, vamos, Naza!

—Te aseguro que ese lenguaje que acaban de mostrarme está lo suficientemente «terminado» como para ser *utilizado*. Resulta claro que hace años que lo está, mientras jugabais con él y os entreteníais... ¡Cuando pienso que hay niñas pequeñas de las Líneas de seis o siete años que podrían estar ya hablándolo con fluidez y que no saben ni una palabra de él! Podría mataros a todas, os lo juro.

—Tonterías.

—¿Sabes qué es lo que sois todas? —preguntó Nazareth—. ¡Sois como esos artistas idiotas que nunca dejan que sus pinturas se cuelguen porque siempre tienen que añadir una pincelada más! Como esos novelistas que nunca están dispuestos a dejar sus libros, que mueren sin verlos publicados porque siempre hay una línea más que quieren añadir. Criaturas estúpidas... ¡los hombres tienen razón, aquí lo único que hay es un hatajo de ignorantes idiotas! Y obviamente en todas las demás Casas Estériles, ya que todas estáis igualmente confundidas. ¡Santo Dios, casi me entran ganas de regresar a la Casa Chornyak para no tener que miraros!

—Nazareth...

—¡Callaos! —ordenó, sin importarle lo arrogante o desagradable que pudiera ser—. ¡Por favor, marchaos y dejadme pensar en esto! Ahora estoy demasiado trastornada incluso para hablar... ¡marchaos!

Estaba temblando, y si no hubiera sido quien sabían que era se habría echado a llorar, y les molestó dejarla así. Por otro lado, estaba claro que su presencia no le suponía ningún consuelo, así que hicieron lo que les pedía.

—Te esperaremos en el saloncito —dijo Susannah en voz baja mientras salía por la puerta—. Es el lugar más seguro para hablar de esto..., cuando estés dispuesta a hacerlo, niña.

No tardó mucho, y cuando se unió a ellas estaba nuevamente calmada. Le tendieron una estola para que trabajara porque no requería ninguna atención particular y la dejaría libre para trabajar y escuchar. Y enviaron a alguien a vigilar la puerta y distraer a las niñas pequeñas que venían al sótano para «ayudar con el inventario» si no parecían dispuestas a volver simplemente a la Casa Chornyak, porque todo el mundo estaba demasiado ocupado para hacerles compañía.

—Ahora bien —empezó a decir Caroline, acometiendo el muestrario que decía: «No existe ningún lenguaje primitivo» en elaborados bordados—, si lo que dices es cierto, éste es el día más importante de mi vida, de muchas de nuestras vidas. Pero nos parece muy improbable, Nazareth... Piensa: Llevas aquí sólo unas pocas semanas, y no te has recuperado hasta hace un par de días. Algunas de nosotras llevamos aquí más de veinte años. Y hemos estado trabajando en el lenguaje todo ese tiempo, en todos los momentos libres que hemos podido robar. ¿No crees que, si hubiera llegado el momento de poner fin al Proyecto Codificador y empezar a enseñar el lenguaje, lo habríamos notado? ¿Sin que tuvieras que decírnoslo?

—No —declaró Nazareth—. Yo lo habría pensado así si alguien me hubiera descrito esta absurda situación. Pero me habría equivocado. Tiene que ser que estáis tan cerca de todo el asunto que no podéis verlo..., hace falta alguien con percepciones más frescas para ver más allá.

—Y por eso el buen Dios nos ha bendecido contigo, Nazareth Joanna Chornyak Adiness... Qué afortunadas somos al tener el beneficio de tus «frescas percepciones».

—Caroline —insistió Nazareth—. Nunca he podido llevarme bien con nadie. Lo sé. No sé qué es lo que pasa conmigo, pero sí sé que apenas puedo acabar un párrafo sin ofender a dos personas y herir a otras tres. Y lo siento... Siempre lo he sentido. Siempre he deseado que alguien pudiera decirme cómo ser mejor. Pero, por horrible que os suene, expresado en el único lenguaje en que sé cómo expresarlo, ese lenguaje está *listo*..., «terminado», si lo preferís. Y el que no esté siendo utilizado es una vergüenza y un escándalo.

—¡Nazareth! —Caroline estaba molesta ahora, y molesta por estarlo—. Eres muy buena, por supuesto..., pero nosotras no somos tan malas. No necesitamos que nos instruyas en lingüística.

—Pero lo necesitáis. —Nazareth se mantuvo firme como una piedra.

—Presumes —dijo Grace, envarada—. Todas hemos estado intentando ser indulgentes, pero has ido demasiado lejos.

—Muy bien —dijo Nazareth—. Presumo. Pero decidme de qué carece el lenguaje, y os escucharé con mente abierta. ¿Qué no tiene? ¿Qué creéis que necesita antes de que digáis que está terminado?

Bueno... Mencionaron un poco de aquí y de allá, y Nazareth se echó a reír. Les dijo que no había nada de lo que habían mencionado que no pudiera ser suplido por los mecanismos ya existentes del lenguaje. O añadiendo un morfema unificador..., un final, una pequeña pieza extra en algún lugar de la palabra. Las demás mujeres pusieron objeciones, hasta que se quedaron sin argumentos y Nazareth contradijo hasta la última.

—Nazareth... —dijo finalmente Caroline—. El vocabulario es tan limitado.

—¿Es eso? —Nazareth la miró—. ¿Es el tamaño del vocabulario lo que os molesta a todas?

—Bueno, sabemos qué es lo que tiene que tener un lenguaje. Hicimos todas esas cosas hace mucho tiempo, y tienes razón en los puntos que hemos estado discutiendo. Pero no podemos empezar a hablar láadan a las bebés hasta que haya un vocabulario lo suficientemente grande, lo suficientemente flexible...

—¿Para qué?

—¿Qué?

—¿Lo suficientemente grande y lo flexible para hacer *qué*, Caroline? ¿Para escribir la *Enciclopedia Galáctica*? ¿A qué estáis esperando? ¿Los léxicos especializados de las ciencias? ¿El léxico completo de los catadores de vinos? ¿*Qué*, exactamente?

Ahora se pusieron verdaderamente furiosas, y sus agujas volaron.

—¡Desde luego que no! ¡Simplemente queremos que sea posible hablarlo con gracia y facilidad en los asuntos de la vida ordinaria!

—Bien —declaró Nazareth—, está listo para eso.

—¡No lo está!

—¿Cuántas palabras tenéis? ¿Cuántas palabras completas, sin contar las que se crearían añadiendo los afijos?

—Unas tres mil —dijo Susannah—. Solamente.

—¡Bueno, por el amor de María! —chilló Nazareth, y todas la mandaron callar a la vez—. Lo siento —dijo—, ¡pero de verdad, tres mil palabras! La forma en que os comportáis..., pensaba que tal vez sólo teníais unos pocos cientos de términos léxicos.

—Nazareth —dijo Susannah—. El inglés tiene cientos de miles de palabras. Piensa..., y no grites, *por favor*.

—Y el inglés básico, en el que está adecuadamente escrito todo el Nuevo Testamento, tiene menos de *mil*. Como todas sabéis muy bien.

—Pero no podemos hacer que el lenguaje comience en un estado que requiera paráfrasis constantes —objetó Caroline—. Ya es bastante malo que tenga que empezar como una variante de un lenguaje franco... ¡al menos que tenga un vocabulario adecuado!

Nazareth inspiró lentamente y depositó el ovillo de lana sobre su regazo.

—Queridas —dijo, todo lo serio y paciente que pudo, la voz firme y los ojos sosteniendo los de ellas—. Os digo que el lenguaje está listo. Dispuesto para ser utilizado. Y, lo que es más, vosotras lo sabéis. Todas vosotras, hasta la última, conocéis lenguajes que no tienen más términos léxicos que este láadan vuestro. Os estáis contando cuentos de hadas, y no comprendo por qué. Si empezáramos hoy, si las que atendéis a las bebés de la casa principal empezáis hoy mismo a murmurar en láadan en vez de en inglés, no será hasta que se conviertan en mujeres adultas y hagan lo mismo para la *siguiente* generación (o tal vez la generación que la sigue, porque ningún lenguaje, que sepamos, ha empezado nunca de esta manera), como mínimo pasará una generación antes de que el láadan sea una lengua criolla. Y pasará otra más antes de que pueda ser llamado una lengua viva, con el status de otras lenguas vivas.

Le mostraron sus rostros desafiantes, y Nazareth pudo oír trabajar sus mentes, tejiendo las excusas; las detuvo antes de que pudieran encontrar otra nueva.

—¡Esperad! —dijo—. Sé tan bien como vosotras que, en los días en que toda persona educada aprendía el latín como segunda lengua para usarlo en el lenguaje erudito y legal, la gente se las apañaba. Debía ser un latín bárbaro, pero *se las apañaban*. ¡No me pongáis más pegas para retrasarlo más! Harán falta cinco generaciones, o diez, antes de que el láadan deje de ser un bárbaro lenguaje auxiliar y se convierta en una lengua materna, ¡ésa es razón más que suficiente para empezar de

inmediato! Por supuesto, será terrible al principio, no puede ser de otro modo... ¡pero, queridas, estamos hablando de al menos dentro de cien años si empezamos hoy mismo! Y estáis aquí sentadas, diciéndome que esperemos hasta que tengamos... ¿qué? ¿Cinco mil palabras? ¿Diez mil palabras? ¿Diez mil palabras y diez mil Codificaciones? ¿Qué número arbitrario habéis establecido como objetivo?

—No lo sabemos. No exactamente. Sólo que lo que tenemos no es bastante.

Nazareth frunció el ceño y se mordió los labios, y Susannah extendió la mano para volver a colocar entre las suyas la estola rechazada.

—Haz ganchillo, Naza —ordenó—. Eso es lo que hacemos las mujeres..., pregúntale a los hombres y te lo dirán. Cada vez que vienen aquí nos encuentran charlando y cosiendo. Perdiendo el tiempo. Usa el ganchillo, por favor, chiquilla, y no pongas esa cara tan seria. Te produce arrugas.

Nazareth obedeció, insertando de forma ausente la aguja en los huecos, pero no cambió de expresión.

—Hay algo más —dijo llanamente—. Algo que estáis ocultando. Esa excusa del «vocabulario limitado» es tan falsa como las «Codificaciones insuficientes» que me disteis cuando era una niña pequeña. La usáis para tranquilizar a las niñas, y yo ya no soy una niña..., no me aplacará. Quiero saber la verdad. No más mentiras.

—¡Tonterías!

—¡No paráis de decir lo mismo! —protestó Nazareth—. Podríais ahorraros un montón de molestias si comprarais un loro para que dijera «tonterías» a lo largo de todo el día. Y no conseguiréis nada..., hay algo más. Algo que no veo porque soy demasiado estúpida. Algo que no es sólo cuestión de que el lenguaje esté «terminado» o no. ¡Y sé exactamente a quién preguntárselo! Aquina Chornyak... ¿cuál es el problema *real* aquí, oculto bajo estúpidas palabras?

Como Aquina no respondió, Nazareth extendió la mano y la cogió por el pelo.

—¡Aquina! ¡Dímelo! ¿Qué clase de radical eres entonces?

—Muy bien —dijo Aquina—. Te lo diré..., pero no les va a gustar.

—No importa.

—El verdadero problema es que hay que tomar decisiones, y estas... personas... no quieren tomarlas.

—¿Qué decisiones son ésas?

—Piensas que el láadan está terminado, ¿no?

—En el sentido en que todo lenguaje está terminado. Su vocabulario crecerá, como crece el vocabulario de cualquier otro lenguaje.

—Muy bien. Supón que empezamos a usarlo, como dices que debiéramos hacer. Y luego, a medida que más y más niñas utilizan el láadan y empiezan a hablar un lenguaje que expresa las percepciones de la mujer en vez de las de los hombres, la realidad empieza a cambiar. ¿No es cierto?

—Cierto como el agua —dijo Nazareth—. Como la luz.

—Bien; entonces, señora..., debemos estar preparadas para cuando ese cambio empiece a hacerse realidad. ¡Preparadas para *actuar* en respuesta a ese cambio! Una vez comience, ya no podremos quedarnos aquí sentadas charlando y discutiendo y jugando a las revolucionarias. ¡No podremos pasarnos la vida como ganado plácido, pensando en los lejanos tiempos, siglos atrás, en que alguien tenía que *hacer* algo! Y es ahí donde está el problema, Nazareth..., no hay ni una sola mujer en esta casa, ni en ninguna de las otras Casas Estériles, con las agallas suficientes como para tomar la decisión sobre lo que vamos a tener que hacer *entonces*. Eso es lo que les hace, como tú dices, añadir una pincelada más y una línea más y decir: «¡Oh, todavía no!», y: «¡Tonterías!», y: «¡Dios nos valga!».

—Oh —jadeó Nazareth—. Comprendo. Sí.

—¿Comprendes, Nazareth? ¿De verdad? —la voz de Caroline era amarga y furiosa—. ¡Considera, por ejemplo, lo que Aquina nos haría hacer! ¡Empezaríamos a acumular raciones y suministros de emergencia, si por ella fuera, y los meteríamos en bolsas que cargaríamos a nuestras espaldas cuando huyéramos al desierto, todas nosotras con una niña secuestrada a la cadera, corriendo un paso por delante de las hordas de hombres decididos a matarnos a todas!

—Caroline, exageras —rio Aquina.

—No demasiado. Te he oído muy a menudo.

—No se atreverían a matarnos. Encarcelarían a todas aquellas que *supiéramos* láadan; y nos drogarían hasta que olvidáramos la última palabra. Destruirían nuestros archivos, castigarían a las niñas que emplearan una sola sílaba, y lo prohibirían para siempre..., pero no nos matarían. Nunca he dicho que fueran a matarnos, Caroline; matarían al láadan. Y tendríamos que huir antes de que pudieran inventar una nueva y horrenda «esquizofrenia epidémica incurable» traída de un planeta fronterizo en una bolsa de grano..., pero no nos matarían.

—¿La oyes? —desafió Caroline a Nazareth—. Eso es lo que oímos nosotras, interminablemente.

—La oigo —dijo Nazareth—. Veo tu punto de vista, Caroline. Y también veo el de Aquina. Y hay muchas otras posibilidades.

—Sí que las hay —accedió Caroline—. Es tan absurdo pensar que los hombres se contentarían con encerrarnos a todas en instituciones como pensar que podrían matarnos. Y, si a Aquina no le encantara tanto irse a los extremos, lo sabría. Tendrían que moverse contra nosotras poco a poco, aunque tuvieran que inventar una docena de epidemias del espacio que fueran convenientemente contagiosas sólo para las mujeres. Pero los hombres conocen el poder del lenguaje tan bien como nosotras..., y lo *detendrían*, Nazareth. El día en que empecemos a utilizar el láadan, el día en que lo saquemos del sótano, ese día nuestra propia existencia correrá peligro. Tenías razón en lo de la tina de légamo verde que burbujea ahí abajo, Nazareth..., pero no tenemos ninguna virgen que sacrificar.

—Tenéis miedo.

—¡Por supuesto que tenemos miedo!

—Lo que pienso que harán —dijo Faye—, lo único que pueden hacer, es disolver las Casas Estériles. Aislarnos a unas de otras. Apartarnos del resto de las mujeres, con toda seguridad no dejar que nos acerquemos a ninguna niña pequeña. No les resultará difícil enseñarles a todos los bebés que las mujeres mayores y las mujeres estériles son brujas, horribles depósitos de maldad a los que hay que temer y evitar... ¡se ha hecho antes, y siempre con gran éxito! Encerrarán a algunas..., y aislarán a otras en las Casas. ¿No os imagináis la campaña publicitaria mientras «deciden» que han estado equivocados todos estos años en que nos han mantenido en edificios separados y nos dan la «bienvenida al seno de la familia»? Al público le encantará..., y acabarán con los últimos vestigios del láadan, para que a nadie se le ocurra repetirlo algún día. Y el láadan morirá, como deben de haber muerto todos los lenguajes de las mujeres desde el principio de los tiempos.

—A menos que huyamos antes de que se den cuenta de lo que está sucediendo —siseó Aquina—. Es la única oportunidad que tenemos.

Nazareth se levantó y se acercó a la ventana. Contempló el verde césped entre los árboles, silenciosa y preocupada.

—Nazareth —suplicó Grace tras ella—, si Aquina tiene razón..., pasando por alto sus exageraciones, por supuesto... ¿te das cuenta ahora de lo que significa?

—Sí.

—Y no pueden acumular el valor —dijo Aquina con desdén—, para decidir qué hay que hacer y *hacerlo*.

—Porque no sabemos qué hay que hacer —dijeron las otras—. Hemos hablado y hablado y hablado al respecto..., y no lo sabemos.

—Debemos elegir una Casa Estéril —dijo Aquina firmemente—, la más aislada y la más fácil de defender, y debemos de prepararnos para ir allí con tantas niñas como podamos a los primeros indicios de que los hombres sepan lo que pasa. No es una decisión difícil. Y debemos de estar preparadas para marcharnos de allí, si tenemos que hacerlo.

—¡Significaría dejar a nuestros hijos!

—Y no volver a ver a nuestras familias.

—Y la publicidad... ¡pensad en las mentiras que dirán los hombres a los medios de comunicación!

—Todas las ancianas de arriba... ¡tendríamos que abandonarlas!

—No me extraña que hayáis estado retrasando la decisión —dijo Nazareth, volviéndose de nuevo—. Haciendo tiempo. No me extraña.

—¡Oh, no, tú también! —gimió Aquina—. No puedo soportarlo.

Nazareth volvió y se sentó, y cogió de nuevo la estúpida estola.

—Tened en cuenta esto —dijo, con absoluta seguridad en la voz—. No importa lo que signifique..., o no creemos realmente en el Proyecto Codificador, en cuyo caso

los hombres tienen razón y sólo somos mujeres tontas jugando a juegos estúpidos para pasar el tiempo..., o debemos empezar.

—¡Tiene razón! —dijo Aquina.

—Tenéis que recordar —continuó Nazareth, mirando a Aquina—, que pasarán muchos años antes de que los hombres se den cuenta. Están acostumbrados a oír a las niñas pequeñas practicar lenguajes alienígenas que nunca han oído antes y que nunca volverán a oír de nuevo, por no mencionar los lenguajes terrestres que les son completamente desconocidos. Mientras convenzamos a las niñas de que es un secreto que hay que mantener al margen de los hombres (como tantos otros secretos que les hemos enseñado, queridas), pasarán diez años, tal vez más, antes de que los hombres se den cuenta de pronto de que las niñas pequeñas están haciendo los *mismos* sonidos desconocidos. ¡Santo cielo, están tan convencidos de que el Proyecto es sólo langlés, y de que apenas podemos encontrar el camino al cuarto de baño sin un mapa! Pueden pasar décadas antes de que haga realmente falta hacer algo en el sentido que implica Aquina. Por favor, tenedlo en cuenta.

—Pero...

Nazareth cortó a Aquina, alzando la mano en el antiguo gesto de los maestros.

—Pero estoy de acuerdo con Aquina en que las decisiones tienen que tomarse y en que hay que tomarlas ahora mismo, en caso de que algún día sean necesarias. Tiene toda la razón. Si necesitáramos hacer algún tipo de movimiento, no habría tiempo de decidir cuál habría de ser, y cualquier cosa que hiciéramos llevadas por el pánico sería seguramente una equivocación. Debemos hacer planes, por improbable que sea que tengamos que usarlos alguna vez, y acabar con ese tema.

—¡Gracias a Dios que hay alguien con sentido!

—Gracias a ti, Aquina —dijo Nazareth—. Ahora, las demás, ¿podemos proseguir con esto?

Proseguir. De un Proyecto interminable, generación tras generación, a: «¿Podemos proseguir?». Era demasiado, y se sintieron aturdidas por la perspectiva.

—No es complicado —les aseguró Nazareth—. Hay que transmitir la noticia a todas las Casas Estériles con toda la rapidez posible, usando los códigos de recetas. En todas las Casas Estériles, aquellas mujeres que mejor hablen láadan deben de empezar a practicarlo entre sí, sin importar lo mal que lo hagan, hasta que tengan la facilidad necesaria para servir como modelos adecuados. Y, luego, deben de empezar a usar el láadan y sólo el láadan con las niñas de las Líneas cada vez que no haya hombres cerca.

—O con las mujeres que aún vivan en las Casas.

—O con las mujeres que aún vivan entre hombres, sí —accedió Nazareth—. Sólo donde sea seguro. Mientras tanto, aquellas que no sepan casi nada tendrán que empezar a *aprender*. Sin llamar la atención de los hombres, y sin descuidar nuestros otros deberes.

—¿Y la planificación? —preguntó Aquina.



—La planificación debe comenzar —dijo Nazareth—. En todas las Casas Estériles deben de haber reuniones para discutir las alternativas. Por toda acción que penséis que los hombres puedan emprender cuando sepan que han sido engañados, hará falta una acción correspondiente en la que todas las mujeres estén de acuerdo, dispuestas para ejecutarla en un instante. Los resultados deben de ser intercambiados entre las Casas Estériles hasta que se produzca un consenso..., hasta que todas comprendamos qué se espera que hagamos en cada una de las crisis posibles. Y haremos lo que sea necesario para prepararnos.

—¿Sólo eso, Nazareth?

—Sólo eso. Ya lo habéis retrasado demasiado.

—Bien —dijo Susannah—. ¡Bien! Alguien debe subir y decírselo a las otras. Tienen derecho a saberlo.

—Y alguien debe poner las mesas y llamar a los centinelas antes de que piensen que nos hemos muerto aquí dentro —señaló Caroline.

Recogieron su labor y la guardaron en los costureros llenos de ovillos, retales y fragmentos que escondían los útiles botones falsos. Y trataron de decidir si debían de regocijarse o llorar.

—¿Creéis que es un momento de celebración? —aventuró Grace.

—¿Quién lo sabe? Es un momento de terror. Eso es seguro.

—Es un salto en el vacío —dijo Susannah solemnemente.

—Y todo es culpa de Nazareth —dijo Nazareth.

En medio del silencio absoluto, añadió: —Todo principio es también un final. No puede haber una cosa sin la otra.

*Partes desde nosotros  
hacia una nueva encarnadura;  
nos alegramos por ti y te deseamos un viaje tranquilo  
hacia la Luz.*

*Los vientos nos hablarán de ti,  
las aguas mencionarán tu nombre;  
la nieve y la lluvia y la niebla,  
la primera luz y la luz última,  
todo nos recordará que tenías  
cierta forma de Ser  
que nos era muy querida.*

*Vuelves a la tierra de donde viniste  
y vas más allá.  
Te buscaremos  
a lo largo de los tiempos. Amén.*

(servicio funeral de la Iglesia del Amabilidamor)

Michaela se despertó antes del amanecer, con un pulsante dolor de cabeza, empapada en sudor helado. Antes de que el suave tono del timbre de la Casa despertara a todo el mundo (a menos que se estuviera enfermo o se tuviera una dispensa especial) a las cinco de la mañana. Aquí, en las profundidades de la colina que escudaba a la Casa Chornyak, no había otra cosa para despertarte..., no fluctuaba ninguna luz bajo la tierra, excepto en los largos pasillos que corrían a ambos lados del edificio, donde había un poco de iluminación de las claraboyas a ras de suelo que se extendían por toda la extensión de los pasillos. Y no había ningún sonido..., no cantaban los pájaros, ni se oía ningún trueno, ni tráfico en las calles o en el cielo, nada. Estaba absolutamente silencioso, y absolutamente oscuro. Excepto en los dormitorios, los lingüistas habían construido las salas para ofrecer la mayor cantidad posible a prueba de ruido; era, después de todo, la única intimidad que había dentro de las casas de las Líneas.

Si la pareja que tenía la habitación contigua a la suya elegía pasar la noche con placeres eróticos o rituales prohibidos (algo que Michaela no podía imaginar en los lingüistas, que le parecían demasiado correctos, casi puritanos, aunque nunca podía saberse), nunca se enteraría. Nunca se oía un gemido, un murmullo de placer, un alarido obsceno, ni siquiera un grito de éxtasis ante el orgasmo. Los constructores de estas casas habían insistido en ello, y había sido muy sabio de su parte.

Pero, con los sueños que habían estado atormentando últimamente sus noches, Michaela no necesitaba nada que la despertara, ni siquiera la alarma. Los sueños eran más que suficiente. Sueños en los que cada uno de los hombres que había matado se

alineaban ante ella y tendían sus manos implorantes, suplicando que les devolviera la vida, gimiendo penosamente como bebés atrapados en sótanos o animalillos encerrados dentro de jaulas... Tiritó, y apartó las sábanas húmedas, repudiando su contacto contra su piel.

¡Era tan ridículo, maldición! Excepto Ned Landry (y por Dios que le mataría de nuevo si se le presentara la oportunidad), cada uno de aquellos hombres había muerto pacíficamente, y era probable que de un modo agradecido. Cada uno de ellos se encontraba en el final de una larga y fructífera vida de arduo trabajo; cada uno de ellos había alcanzado la etapa de la vida en que ningún sistema fisiológico podía aguantar mucho tiempo más, y el cuerpo empezaba a traicionar al espíritu cohibido; cada uno de ellos estaba más que preparado para gozar de su descanso. Y ella se lo había proporcionado. Sin dolor. Dulce descanso.

El abuelo Verdi, por ejemplo. ¡Era absurdo que soñara que le suplicaba por su vida! Se había sentido tan ansioso, de una manera completamente sana, por deshacerse de ella.

—Como a un bebé, eso es —gruñía—. ¡Como a un bebé! ¡Cámbieme de pañales y báñeme y únteme de aceite y de polvos, como a un bebé! ¡Y deme también comida de bebé, papilla repugnante! ¡No es manera de morir un hombre, señora Landry, no es adecuado! ¡Una sarta de estupideces, eso es lo que es!

Y tiraba furiosamente de los pañales que tanto le avergonzaban, y arrojaba las almohadas, y maldecía la magnífica herencia genética que le ataba a un mundo del que estaba ya harto... No habría pedido que le devolvieran la vida. Se habría sentido agradecido de la bendición de la liberación. Y lo mismo sucedía con los otros.

Excepto con Ned. Y en cuanto a él..., si soñara únicamente con él, gimiendo y suplicando piedad, decididamente, lo habría disfrutado. Esperaba que se estuviera abrasando en el infierno. Despacio. Con algún diablo que siempre le hiciera *esperar*. No lamentaba haber matado a Ned Landry más de lo que lo lamentaba cuando destruía un virus de la polio con una vacuna infantil. La misma clase de carroña, la misma clase de pestilencia, la misma clase de mal para la humanidad. Se sentía contenta de haberse desembarazado de Ned Landry.

Pero, ¿y los otros? Era absurdo, y lo sabía, y sin embargo aterrizaraban sus noches. Aunque todos fueron nombres. Aunque todos fueran lingos. Aunque, por derecho, merecieran la muerte.

El dolor redobló en su cabeza con la idea, y sonrió sombríamente ante ella... ¡Te lo merecías, Michaela! Porque eres una mentirosa. Eres una mentirosa de arriba abajo. MERECIAN LA MUERTE... Ahora lo sabes bien. Y ése era el problema. Pensaba que había escapado del problema cuando dejó la Casa Estéril y redefinió sus víctimas para que sólo fueran lingüistas masculinos, pero se había equivocado.

John Paul Chornyak, por ejemplo. Noventa y cinco años. Una edad en la que la muerte no sería más sorprendente que la salida del sol por la mañana. Una pequeña molestia para Thomas y los otros hombres veteranos, porque antes había sido el Jefe

y no podía olvidarlo, e insistía en asistir a las reuniones y tomar parte en las decisiones de la Línea. No es que su mente ya no fuera aguda, aún lo era; pero su memoria no era lo que fue antaño, y su paciencia era la de un niño. Michaela le servía ahora las comidas aparte del comedor común, excepto los domingos y las fiestas y en las raras ocasiones en que decidía súbitamente que no *quería* comer solo en su habitación. E incluso eso sólo sucedía por las noches, cuando se comportaba como casi la mayoría de las personas ancianas y sabía que se enfrentaba a una noche casi sin sueño..., la verdad era que no había necesitado hablar del sueño durante años, y se aburría esperando a la mañana. Se volvía petulante, y a veces insistía en acudir al comedor para cenar sólo por cortar la extensión de tardes y noches interminables. Sin embargo, el desayuno y el almuerzo los tomaba en su habitación, y Michaela se quedaba con él si quería, escuchándole hablar. Lo que significaba que cualquier día, cualquiera, podría allanarle el camino como había hecho con los otros, aliviando al sobrecargado mundo de un lingüista más.

Pero quería al anciano.

Eso la mantenía completamente despierta; y se quedaba allí tumbada mirando al techo, sorprendida ante sus propios pensamientos. Era cierto. Le quería. También había querido al abuelo Verdi; lo supo ahora. Quería a las ancianas de la Casa Estéril. Quería a Nazareth Chornyak, cuyo rostro había empezado a buscar nada más entrar en una sala donde estuvieran los lingüistas; sabía que buscaba excusas para tocar a Nazareth cuando pasaba junto a ella, para cepillar un hilo imaginario de su túnica o enderezar una arruga inexistente..., masajear sus músculos doloridos después de un día de trabajo difícil..., sí, también quería a Nazareth. A Michaela le pareció que, de repente, rebosaba de amor. ¡Hacia los lingos! Hacia los apestosos y egoístas lingos, los inenarrables lingos a los que había odiado durante toda su vida como cualquier otro ciudadano decente, los lingos que le habían quitado a su bebé y lo habían matado para darle a cambio un trozo de metal... ¿De dónde procedía todo aquel amor? No sabía que tuviera en su interior aquella habilidad para amar.

En cambio, no sentía hacia Thomas más amor del que había sentido hacia Ned. Había volcado su atención hacia él para convencerle de que la había seducido, porque conocía su poder y lo respetaba y no conocía ningún otro medio de hacer uso de él. Pero no sentía amor ninguno hacia aquel hombre. No le era posible amar a alguien que te consideraba sólo un ligerísimo peldaño por encima de un animal doméstico bien entrenado y no lo ocultaba (es decir, amar a un hombre adulto). Sería una perversión amar a tu amo mientras sus botas te pisan el cuello, y ella era una mujer sensata. Como la mayoría de las mujeres, había sufrido un caso violento de Amor Romántico del que todo el mundo aprendía en la escuela en casa y le era alimentado (con una gran esponja) por los medios de comunicación. Cuando era muy joven. Y, como la mayoría de las mujeres, aquel caso la había curado de por vida.

Se debía a su buena suerte que hubiera sucedido *antes* de conocer al hombre con el que iba a casarse, ahorrándole la experiencia desgarradora de «enamorarse» (y

luego recuperarse) de su propio marido. *Servía* a Thomas, como había servido a Ned, y no tenía ninguna razón para creer que había perdido su habilidad. Thomas nunca sería como Ned, un estúpido confiado en las manos de una mujer, no. Pero trabajaba en ello con dureza, y era extremadamente cuidadosa; sabía que era casi tan indispensable para Thomas como era posible con un hombre así. Tan indispensable como la pobre Rachel, al menos; probablemente más. Y él se estaría preguntando dónde estaba..., ya pasaba la hora de dejarse ver y encargarse de sus deberes.

—Estoy cansada —dijo en voz alta—. Estoy absolutamente agotada. No puedo levantarme de esta cama y subir las escaleras y empezar el día.

Tras lo cual, naturalmente, se levantó, retiró las ropas de cama para la lavandería, se puso una bata para su necesario viaje a la ducha más cercana, y se encaminó por el corredor para dar comienzo a la jornada. Al menos durante el día estaba demasiado cansada para ser aterrorizada por sus ancianos fantasmas, con Ned como su joven comodín. Dejó las absurdas quejas de sus víctimas en su habitación junto con su cansancio, y se marchó a cumplir con su trabajo.

Llegaba muy tarde; cuando alcanzó el comedor estaba casi vacío. Todos los niños se habían marchado hacía rato, e incluso la sección de los adultos estaba poco poblada. En su mayoría eran hombres mayores, que ya no acudían a las negociaciones, y que le recordaron desagradablemente lo que acababa de arrinconar en su mente. Se quedó en la puerta tratando de decidir dónde sentarse y considerando seriamente saltarse el desayuno. Podría ir directamente a la Casa Estéril, donde le darían una taza de buen té y pan recién hecho, y donde siempre podía contar con buena compañía y buena conversación. O sentarse con uno de estos hombres y oír de nuevo en lo que se estaba convirtiendo el mundo y cómo todo era culpa del presidente o de las mujeres, dependiendo de quién hubiera irritado más recientemente al anciano en cuestión.

Alguien tocó su brazo, y dio un respingo; no había oído a nadie acercarse. Las sandalias eran maravillosas para una casa con docenas de personas atareadas deambulando de un lado a otro; reducían el ruido. Pero no te avisaban de que hubiera alguien junto a ti, lo cual podía ser un inconveniente en algunas ocasiones.

Era Nazareth quien la había tocado, y al menos eso fue una nota de esperanza en una mañana por lo demás miserable.

—Naza —dijo—. Llegas tarde.

—Tú también. Odiosamente tarde. Ven a desayunar conmigo, y así podremos llegar odiosamente tarde juntas.

—¿Aquí?

—Por supuesto que aquí no. Vamos: da la casualidad de que hay una crisis de salud en la Casa Estéril que demanda nuestra inmediata atención, enfermera Landry. Lo juraré si es necesario. No querrás comer con uno de estos carcamales, ¿verdad?

—No particularmente —admitió Michaela—. Pero supongo que debería de hacerlo de todas formas. Una especie de servicio de salud pública.

—No, ven conmigo; te necesito más que ellos —dijo Nazareth—. Siento que ese terrible dolor regresa. —Y, antes de que pudieran decir nada más, sacó a Michaela por la puerta, cruzaron el atrio (donde los últimos A.R.s no habían salido todavía de su área privada, lo que significaba que no se veía nada allí), y cruzaron las salas de servicio para salir a la calle. Nazareth no perdía el tiempo en nada de lo que hacía, y años de experiencia con sus nueve hijos le habían dado una firme manera de poner en movimiento a otra persona que resultaba impresionante incluso para una enfermera profesional que se dedicaba a ello. En la acera móvil, Michaela pulsó el freno, tanto por recuperar la respiración como por principio.

—¡Hey! —protestó, riendo—. ¡Es demasiado temprano para correr! No me educaron para que trotara y corriera antes del mediodía como vosotros, locos lingüistas... ¿Podríamos andar ahora? ¿Por favor?

—Podríamos. Pero tenía que llegar al exterior antes de que alguien me viera e inventara una emergencia para *mí*.

—Eso hacen, ¿eh? Supongo que por eso te veo tan poco en la casa grande.

—Absolutamente cierto —dijo Nazareth—. Mi padre cree devotamente que un lingüista que no se utiliza es un lingüista malgastado, y no permite que ningún lingüista se malgaste. Me paso por aquí muy temprano para ver si mis hijos están por los alrededores, y luego regreso a casa.

A casa. Se refería a la Casa Estéril.

—Te podrían pillar entrando en el comedor —observó Michaela.

—Sí..., pero, ¿de qué otra manera iba a llamar tu atención? Te aseguro que si me hubiera quedado en el atrio y te hubiera gritado me habrían pillado *con toda seguridad*. Era más fácil entrar y agarrarte, ¿sabes?

El paseo había comenzado a convertirse de nuevo en un trote, y Michaela supo que Nazareth no podía evitarlo; darse prisa era tan natural para ella como comer o beber. Pero se detuvo, y extendió la mano para que la otra mujer se volviera a mirarla.

—Déjame que te eche un vistazo —dijo, agarrando firmemente a Nazareth por los hombros—. ¡No, Nazareth, no te apartes! No estoy segura del todo de que estés bien..., tal vez deba sugerirle a tu padre que pases unos pocos días en el hospital, ya que allí se está tan bien. ¡Estate quieta, mujer, para que pueda verte! Seguirán dándonos de comer aunque no llegemos a la Casa Estéril hasta mediodía... ¡párate!

Nazareth sonrió, declaró que se rendía, y Michaela la estudió concienzudamente a la luz de la mañana: era más de fiar que la luz interior. Aún demasiado delgada, pensó. *Demasiado* delgada. Era alta, unos diez centímetros más que Michaela, y la delgadez era aún muy obvia. Especialmente con las túnicas lisas que usaba. Sin embargo, sus caderas sobresalían.

—No comeré más —anunció Nazareth con determinación, leyéndole la mente—. No te molestes en darme órdenes, enfermera. Ya como lo suficiente. Siempre he sido

una boba (pregúntale a mi ex-marido), y no voy a convertirme en uno de esos tipos maternos a mi edad.

—Calla —dijo Michaela, y alzó un dedo ante los labios de Nazareth, recibiendo un pequeño beso por la molestia; movió las manos para palpar los marcados pómulos, y frunció los ojos para estudiar la cara de esta autoproclamada boba. Había una pincelada de color en sus mejillas, sus ojos brillaban con los principios de la salud, y se había soltado aquel horrible moño que llevaba siempre y ahora se recogía el pelo en una trenza que le bajaba por la espalda.

—Vaya, Nazareth —había comentado Thomas la primera vez que vio el cambio de peinado—. A tu edad. —Michaela se sintió encantada de que Nazareth le hubiera ignorado aquella observación.

—Tienes mejor aspecto, Nazareth —dijo, finalmente satisfecha—. Mucho mejor.

—Estoy mejor, eso es todo. No hay nada como cortar toda la madera muerta para mejorar la estructura básica.

—Cuando recuerdo el aspecto que tenías aquel día en el hospital...

—No lo recuerdes —aconsejó Nazareth sensatamente—. No pienses en ello. Piensas demasiado en el pasado..., no es bueno para ti.

¿Cómo lo sabía? Michaela la miró, pensando en lo encantadora que era, y Nazareth le sacó la lengua.

—Supongo que ahora podemos continuar, ¿no? —preguntó, fingiendo estar irritada—. ¿Has acabado con tu inspección? Estoy deseando comer, si me das media oportunidad. Y da la casualidad de que sé que Susannah ha hecho pan de especias esta mañana.

—Se habrá acabado ya.

—Si sigues retrasándote aquí, seguro que sí.

Michaela le cogió la mano, y se apresuraron, cortando camino por el césped y arrancando miradas desaprobadoras de los peatones que recorrían tranquilamente las aceras móviles. A Michaela se le ocurrió que pensarían que también ella era una lingo..., y se maravilló de que no le importara. Lo que le molestaba era la perspectiva de quedarse sin los pasteles de Susannah.

\* \* \*

Fue un día largo y ajetreado, y no tuvo más espacio mental para sus sueños; estuvo ocupada con los vivos. Y, cuando regresó a la Casa Chornyak a media tarde, dispuesta a hacer su informe diario a Thomas (una farsa, pero la oportunidad más discreta de hacer planes para la noche, y por tanto cumplida escrupulosamente), encontró la casa en silencio, y un mensaje de parte de Thomas anunciando que no debería ir a su despacho.

—¿Pasa algo malo, Clara? —preguntó, sorprendida. Thomas *nunca* omitía su «informe» si se encontraba en la casa, porque estaba decidido a que fuera

considerado un punto inamovible en su plan diario—. Hay un silencio horrible... ¿Ha sucedido algo?

—Es mi padre, muchacha —dijo Clara.

¿Paul John? Michaela se dispuso a echar a correr, respondiendo a la llamada como un viejo bombero contestando a una alarma, pero Clara la agarró por la muñeca y la retuvo.

—Ya es tarde, no hace falta que vayas —dijo la otra mujer—. Ha muerto..., ya nos hemos encargado de todo.

—¿Pero por qué no me han llamado? ¡Era mi paciente! ¿Por qué no ha ido nadie a buscarme, Clara? ¡Sólo estaba en la Casa Estéril!

—Michaela, querida niña, mi padre había bajado a dar la lata en la sala de ordenadores... —empezó a decir Clara.

—Oh, cielos, tu *padre*... ¡y yo estoy aquí quejándome! Oh, Clara...

Clara le palmeó la mano y continuó:

—Se le había metido en la *cabeza* que quería cambiar algo en uno de los programas de impuestos, y estaba allí de pie, charlando, diciéndoles cómo lo hacían todo mal y cómo no podía tolerarlo..., y de pronto se apagó. En mitad de la frase. No pudo haber sido más fácil.

—Pero...

—Las mujeres hemos atendido a nuestros muertos desde muchos años antes de que tuviéramos una enfermera en casa. No había necesidad de molestarte.

—Lo siento, Clara —dijo Michaela en voz baja—. Naturalmente que no. ¿Cuándo sucedió?

—Oh, hará tal vez una hora, querida. Estoy segura de que alguien habrá ido a la Casa Estéril con la noticia..., no es el tipo de asunto que se anuncia por el intercomunicador..., pero no te habrás dado cuenta.

Michaela inspiró profundamente y se dio cuenta de que estaba temblando. Se avergonzó de sí misma.

—Clara, lo siento mucho —repitió.

—No lo sientas, querida. Mi padre tenía noventa y cinco años, ya sabes. Era de esperar, y no me quejo. Si hubiera estado enfermo, si hubiera sufrido..., eso habría sido otra cosa. Pero esto ha sido como él lo hubiera querido. Murió justo cuando decía a alguien lo que tenía que hacer. Está bien. De verdad.

Michaela trató de sonreír, y entonces Clara se marchó, diciendo que tenía cosas que hacer, por lo que pudo sentarse por fin. Estaba tan débil como si hubiera sido sangrada como un árbol, hasta la última gota. Y sabía por qué. No era pena, aunque apreciaba mucho a Paul John; Clara tenía razón al decir que había muerto como él hubiera preferido. Se sentía así por lo que había pensado en el momento en que Clara se lo dijo, lo primero que le había venido a la cabeza en el instante en que oyó la noticia.

OH, GRACIAS A DIOS, AHORA NO TENDRÉ QUE MATARLE.



Eso era lo que había pensado. Se sentía enferma de alivio, y enferma *por* su alivio. Se quedó allí largo rato, en medio del inusitado silencio de la casa, preguntándose qué clase de maligna herida en sí misma se cebaba.

Un rato después llegó un mensaje de Thomas a través de su ordenador de muñeca. Un incidente desgraciado, pero no inesperado, etc. No obstante, los servicios de Michaela seguirían siendo necesarios, etc. Se esperaba que continuara en su puesto... Se reuniría con ella al día siguiente para discutir los cambios necesarios en sus obligaciones, etc.

Michaela dio acuse de que había recibido el mensaje. Y luego, cuando estuvo segura de que podía andar sin temblar, se fue a su habitación.

*La única canción que la mujer sabe es la canción que aprende al nacer, una canción de pena, con todas las palabras equivocadas, en las lenguas masculinas de la Tierra. Las cosas que una mujer quiere decir, los relatos que ansía narrar... requieren todo el día en las lenguas de la Tierra, y la mitad de la noche también. Así que nadie escucha lo que dice una mujer, excepto los hombres poderosos que se sientan y escuchan de buen grado, a cien dólares la hora... diciendo: «¿Por qué diablos querría nadie hablar de esas tonterías?». ¡Oh, las lenguas de la Tierra no se prestan para las canciones que canta la mujer! Hay muchas cosas más en una canción femenina, y mucho más que aprender; pero las palabras no están en las lenguas de la Tierra, y no hay ningún otro sitio donde ir... Así que las mujeres hablan, y los hombres ríen, y hay poco que una mujer pueda decir, excepto una canción de pena con todas las palabras equivocadas, y un dolor que no se irá. Las mujeres siguen empleando las lenguas masculinas, con habilidad, pero las mujeres que tartamudean están en todas partes, y las que hablan bien son pocas... Porque la única canción que la mujer sabe es la canción que aprende al nacer, una canción de pena, con todas las palabras equivocadas, en las lenguas masculinas de la Tierra.*

(balada del siglo XX, con música de una canción aún más antigua llamada «La Casa del Sol Naciente»; esta canción posterior se conoce simplemente como «Canción de Pena, con todas las palabras equivocadas»)

## **VERANO DE 2.212...**

Pasó el tiempo en su forma habitual, con el ciclo de las estaciones y el menos predecible pero igualmente interminable ciclo de las negociaciones gubernamentales para conquistar y extender su territorio. Se adquirieron lenguajes, y nacieron niños que pasaron por la Interface, y se adquirieron aún más lenguajes. Sophie Ann murió, pacíficamente, mientras dormía; y Deborah murió también, y las niñas pequeñas la siguieron atendiendo hasta el final. La artritis de Susannah la confinó a una silla de ruedas, pero no la impidió seguir amasando su pan de especias. Nazareth continuó delgada, Caroline brusca, Aquina excesiva. Trataron de no pensar en lo que se había convertido Belle-Anne, porque no podían hacer nada al respecto; y, cuando Aquina no podía dejar de pensar en ello, la tranquilizaban, y vigilaban las alacenas de las hierbas hasta que cesaban los horrores de la memoria. El tiempo pasó, igual que pasa siempre.

Y Nazareth tuvo razón. Todas las niñas pequeñas de la Casa Chornyak conocían ahora el láadan, y lo utilizaban con facilidad. No iba tan rápido en las otras Casas Estériles, pero los informes que llegaban no eran desalentadores. Unas cuantas niñas mayores, salidas ya de la infancia cuando dio comienzo la enseñanza del láadan, pero aún muy jóvenes para estar demasiado involucradas en los contratos gubernamentales, habían empezado a aprender el lenguaje por su cuenta..., vacilantemente, por supuesto. Pero luego fueron las mujeres, aún más vacilantes, y se las apañaron. «Latinizándolo», lo llamaron, recordando el comentario de Nazareth

sobre cómo debía haber sido «internacional» el latín. Se las arreglaron. Y los hombres no se dieron cuenta de nada.

Una de las primeras cosas que hizo Nazareth cuando se puso en marcha el Proyecto fue preparar un alfabeto manual para el láadan. Igual en concepto al alfabeto de signos manuales del ameslán, pero de forma muy diferente, porque tenía que ser algo que sólo los ojos entrenados y alerta pudieran ver. Movimientos minúsculos, hechos con los dedos quietos y ocultos en los regazos..., era todo lo que podía ser. Era un entrenamiento espléndido para las pequeñas, y para todas ellas: si podías aprender a seguir aquellos movimientos mínimos y comprenderlos mientras actuabas como si no lo hicieras, seguir una charla corporal ordinaria era absurdamente simple en comparación.

A las niñas les encantaba..., no existe un niño que no ame tener un «lenguaje secreto», y éste era maravillosamente secreto. Les permitía estar sentadas en la escuela en casa, por ejemplo, calladas y aparentemente atentas mientras los maestros repetían monótonamente sus recitales propios del siglo XX; los ojos de las pequeñas no revelaban nada, pero sus dedos estaban muy atareados. «¡ESTÚPIDO poema! ¿No acabará nunca? ¿Cuánto falta para que suene el timbre? ¡Es un viejo loco!» Y mucho peor, por supuesto. Era excitante, bastante peligroso, y únicamente suyo. No había necesidad de preocuparse de que olvidaran que había que mantenerlo en secreto. Era imposible que traicionaran el láadan utilizando los pulgares para tamborilear y rascar, porque era suyo, únicamente suyo..., no había nada más que encajara en la descripción.

Sucedía como Nazareth les había dicho, y se lo reconocían de buena voluntad. Pero, no obstante, había algunas cosas sorprendentes. Por ejemplo, la velocidad.

—¡Está sucediendo tan rápido! —dijo Thyrsis, y dejó escapar un alarido: se había pinchado el dedo con la aguja de bordar. Se llevó el dedo a la boca para retener la gota de sangre antes de que le manchara el trabajo—. ¿Cómo puede ser tan rápido?

—Nazareth, dijiste que requeriría mucho tiempo —coincidió una de las otras—. Generaciones, dijiste..., lo recuerdo muy bien.

—Y pasarán generaciones antes de que se convierta en algo más que un lenguaje auxiliar —dijo Nazareth—. Es inevitable. No veo ningún cambio en esa barrera.

—Pero lo utilizan constantemente, y les encanta. Y hacen cosas extrañas.

—¿Por ejemplo?

Susannah se echó a reír.

—Por ejemplo..., cuando pensé que había introducido una palabra nueva ayer, para esa nueva forma de bailar que vimos en la tridi. ¿Te acuerdas, Grace? ¿Ésa que parece que todos los jóvenes tratan de dislocarse los hombros?

—Me acuerdo —dijo Grace—. Para mí que tiene que ser doloroso.

—¡Bien! Pensé que tenía una propuesta de palabra decente, y la sugerí. ¡Y una de las más pequeñas me *corrigió*, qué os parece!

—¿Te corrigió? ¿Cómo es posible? ¿Cometiste un error en la morfología? ¿A tu edad?

—Por supuesto que no, era una palabra en láadan perfectamente buena, formada siguiendo todas las reglas. Pero lo hizo. Y dijo: «Tía Susannah, no podría ser así. Lo siento mucho, pero tendría que ser de esta otra forma».

—¿Y tenía razón?

—Santo cielo, ¿cómo podría saberlo? ¡No tengo intuiciones nativas sobre el láadan!

—Ni las niñas.

—Ah, pero parecen tenerlas. Ya.

—No es posible.

—No..., pero dijo: «Así, mi boca sabe que está bien».

Todas menearon la cabeza, admitiendo su asombro.

—Está sucediendo más deprisa de lo que la teoría lingüística admitiría —dijo Nazareth—. Pero creo que sé por qué. Me parece que no nos habíamos dado cuenta de lo *divertido* que es para las niñas. Tendríamos que habernos dado cuenta de que tienen tan pocas diversiones..., pero nunca se me ocurrió.

—¿Os dais cuenta de lo íntimas que son unas de otras? —preguntó Caroline.

—¿Las pequeñas?

—¡Naturalmente, las pequeñas! Incluso las mayores, que apenas pueden usar el láadan lo suficiente para hacer que las más pequeñas se rían de ellas, son...

Se detuvo, porque no había ninguna palabra para expresarlo en ninguno de los idiomas que conocía, y quería utilizar la palabra *exacta*.

—Oh —dijo—. Ya sé... son *héenahal*. —Y suspiró—. ¡Qué alivio tener un lenguaje con las palabras exactas!

—Bien, entonces no me extraña que estén tan unidas —observó Nazareth—. Recuerda que algunas de ellas han tenido esa feliz fuente desde el día en que nacieron.

—No puedo imaginarlo —enfaticó Grace—. Lo intento, pero no puedo. Cómo debe de ser. No estar siempre buscando a tientas porque no hay palabras..., mientras la persona con la que quieres hablar desesperadamente se aburre de esperar y empieza a hablar de otra cosa. Tener un lenguaje que funciona, que dice lo que quieres decir fácilmente y con eficacia, ¿y haberlo tenido *siempre*? No, queridas, no puedo imaginármelo. Soy demasiado vieja.

—Entonces, está funcionando —intervino Thyrsis—. Podemos decir verdaderamente que está funcionando.

—Oh, sí —respondió Nazareth—. Supongo que ni por un solo instante podríais creer que esta realidad es la misma en la que vosotras y yo nacimos, ¿no? Sí, está funcionando, y muy rápidamente.

—¡Y no estamos más preparadas para tratar con la nueva realidad de lo que estábamos el día que Nazareth nos dijo que moviéramos el culo! —señaló Aquina.

—¡Aquina, no empieces!

—Bueno, pues no lo estamos.

—No hay prisa, Aquina.

—¿Que no hay prisa? ¡Dios todopoderoso, los hombres son lentos, pero no son sordos ni ciegos! ¿Cuánto tiempo pensáis que podrá continuar esto antes de que se den cuenta?

—Mucho tiempo —dijo Caroline, confiada—. Piensan que todas somos bobas. Creen que toda nuestra atención está dedicada a establecer matrices descriptivas para los ochenta y cuatro fonemas separados que tiene el langlés en este momento, por ejemplo.

—Ochenta y cinco.

—¿Ahora son ochenta y cinco? Santo cielo... ¿os dais cuenta? Nada es tan destacado que no les refuerce en su convencimiento de que tenemos por sesos batido de vainilla. Y, mientras ellos estén seguros en sus percepciones, nosotras estamos a salvo.

—¡Alto, alto! —dijo Aquina, enojada—. No son hombres comunes, sino lingüistas. Están entrenados para observar. Se darán cuenta con toda seguridad, y nosotras no estamos preparadas.

—Aquina —protestó Thyrsis—, ¿tienes que dar la lata? ¿Cuando estamos tan felices?

—Sí. Tengo que hacerlo. Alguien tiene que hacerlo.

Nadie le contestó, y sus dedos volaron hacia su trabajo en un determinado y unánime NO-TE-HACEMOS-CASO, pero aquello no la detuvo.

—Lo que realmente necesitamos —dijo solemnemente—, lo que realmente resolvería el problema de una vez por todas, es una colonia propia. Una colonia sólo para las mujeres. En algún sitio muy lejano, y tan carente de nada valioso que los hombres nunca se interesaran en quitárnoslo.

Nazareth alzó las manos, con los bordados y todo.

—Aquina —gimió—, ¡estás loca! ¡Una colonia! No podemos comprar ni una sola fruta sin el permiso escrito de un hombre, y quieres comprar billetes para los cargueros espaciales... No podemos viajar más allá de los límites de la ciudad sin un varón de escolta y un permiso escrito por un hombre, pero tú quieres llevarnos a las estrellas y establecer una colonia... —Se interrumpió, indefensa y muerta de risa, pero consiguió emplear las dos manos para acariciar los cabellos blancos de Aquina, para mostrarle que no había maldad en su risa.

—Oh, lo sé —gruñó Aquina—. Lo sé. Pero sería tan maravilloso...

—Tendríamos que llevarnos botellas de esperma con nosotras —rio una de las otras—. Para las niñas pequeñas que secuestráramos, ¿no, Aquina? Y las pasaríamos por la aduana como... ¿champú?

—Lo sé —repitió Aquina—. Soy una vieja idiota.

—Bien..., entonces deja de ser una vieja idiota y latosa, Aquina.

—Pero los hombres se darán cuenta —insistió—. A pesar de mis fantasías, sabéis que se darán cuenta. Y no sabemos lo que vamos a hacer.

—Querida, eso no es cierto —reprendió Nazareth—. Tienes una lista. Once reacciones masculinas posibles. Once movimientos lógicos como respuesta, uno para cada hipótesis. Lo establecimos hace cinco años.

—¡Oh, establecimos *listas*! ¡Pero no hemos hecho nada para prepararnos para cumplirlas! ¡Tenemos otras listas para eso! Las pre-listas, para empezar a preparar las listas *reales*... Es estúpido. Es absurdo. ¡Es inexcusable! Deberíamos de haber empezado hace mucho tiempo.

—Oh, querida...

Era una discusión que se repetía y se repetía como un canon, y continuaría mientras hubiera intimidación y el tiempo libre necesario para mantenerla, porque no tenía respuesta. Si Aquina tenía razón, entonces estaban realmente muy retrasadas. ¡Pero tenían tanto trabajo! Las únicas que tenían las horas libres que podrían haber sido empleadas en preparar uno de los planes en marcha eran aquéllas demasiado enfermas o demasiado ancianas o las incapaces de hacer ninguna de las tareas necesarias. Y no había salida.

Los gobiernos de la Tierra no tenían límites para su ansia; todos los nuevos pueblos alienígenas contactados significaban nuevos tesoros alienígenas que perseguir, y un nuevo mercado para los productos de la Tierra, y eso significaba un nuevo lenguaje alienígena que había que adquirir. Nunca había niños suficientes, ni suficientes Interfaces..., las Naciones Unidas habían dictaminado una vez más una resolución proponiendo que los lingüistas fueran obligados por Ley a establecer una de las Casas en la Federación de América Central, una en Australia, otra en algún otro lugar... ¡no era *justo*, tronaron los delegados, que todas las Casas estuvieran localizadas en los Estados Unidos y en Europa Unida y en África, cuando todo el mundo las necesitaba por igual! Y luego, naturalmente, las delegaciones de las confederaciones africanas y de Europa Unida saltaron para protestar que ellas no podían ser incluidas en las acusaciones de imperialismo lingüístico, ya que eran los Estados Unidos los que atesoraban a *diez* de las trece Líneas.

Seguía sucediendo. Como si fueran una utilidad pública, o una unidad militar, y no ciudadanos privados y seres humanos. No había ninguna diferencia, porque no había manera de que las Líneas pudieran ser obligadas a extenderse «equitativamente» a lo largo del mundo según los deseos de sus habitantes. Pero la constante presión para hacer más, para ser más, nunca remitía. Los gobiernos querían saber por qué no se le podía requerir a cada niño lingüista que dominara un mínimo de dos lenguajes alienígenas en vez de uno, doblando así su utilidad. ¿Por qué no se requería que las mujeres de las Líneas utilizaran drogas fertilizantes que les garantizaran nacimientos múltiples? ¿Por qué no podía aumentarse el tiempo que cada niño pasaba dentro de la Interface a seis horas en vez de a tres? ¿Por qué...? No

había fin a sus por qué, y tan sólo la férrea tenaza de los paradigmas judeo-cristianos les evitaba añadir una pregunta sobre por qué los hombres de las Líneas no podían tomar una docena de esposas por cabeza en vez de una sola.

Al igual que no había fin a sus demandas, tampoco había fin a sus intromisiones. Los lingüistas habían localizado a los hombres de los distintos servicios de inteligencia a los pocos días de ser introducidos en las Casas, y había sido muy divertido. Podrían ser muy buenos agentes secretos, pero eran fontaneros, carpinteros y jardineros deleznable. Y los que habían sido preparados para incendiar las pasiones de las mujeres para poder casarse con ellas y entrar en las Líneas resultaron hilarantemente obvios.

Las mujeres de las Casas Estériles no tenían tiempo, en aquella atmósfera, de trazar planes de contingencia. Cada día había menos tiempo. Incluso las breves reuniones en el salón, armadas con las agujas de coser como excusa, sólo para discutir de lo que no tenían tiempo de hacer, se volvían más y más raras. Y más breves, pues todas ellas, excepto las muy viejas, estaban obligadas a cumplir horarios múltiples.

Tan obligadas estaban que todas tenían que marchar fuera de la casa apresuradamente excepto Susannah, que ya no salía a trabajar en las negociaciones, aunque aún pasaba largas horas como traductora ante los bancos de datos. Aquina tenía que marcharse, pese a toda su determinación para hacer *algo*; y Susannah se quedaba sola con Nazareth y la usual conmoción en el aire.

—No puedo creerlo —dijo—. ¿Seguro que no estás de vacaciones, Naza? ¿No había al menos seis lugares donde se suponía que tenías que estar al mismo tiempo hace quince minutos?

—Sí —rio Nazareth—. Y llego tarde a todos.

—¿Y todavía estás aquí sentada?

—Estoy tratando de decidir a cuál de los seis llego tarde primero, querida Susannah.

—Mmmmm..., ya entiendo. Y entiendo algo más, Nazareth Joanna Chornyak Adiness.

—¿Qué más entiendes con esos ojos viejos y sabios?

—Que no estás preocupada.

—¡Ah! ¡Qué ojos más agudos tienes, abuelita!

—Pero no lo estás, ¿verdad?

—No. No estoy preocupada.

—Todas las demás lo están, querida mía. No sólo Aquina. Si se tratara sólo de Aquina, no tendría importancia. Pero *todas* las demás...

—Lo sé.

—Entonces trata de no pensarlo, pero están intranquilas.

—Sí.

—Bien, entonces... ¿por qué estás tan *serena*, Nazareth? ¿Qué es lo que no dices?  
¿Por qué no estás preocupada?

—No lo sé.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Nazareth?

—¿Sí, Susannah?

—¿Sabes algo que no sepamos? ¿Otra vez? ¿Como cuando supiste que era el momento de empezar a enseñar el láadan y nosotras no lo supimos? ¿Como supiste que la enseñanza funcionaría y nosotras no?

Nazareth consideró seriamente la pregunta, mientras Susannah la miraba con firmeza.

—Susannah —respondió por fin, lentamente—. Lo siento mucho. Pero no hay manera de explicarlo. No soy capaz de explicarlo.

—No obstante, deberías intentarlo.

—Si pudiera, Susannah, lo haría. Y, cuando pueda, lo haré.

—¿Y cuánto tiempo tardarás? ¿Antes de que pienses que puedes empezar a intentarlo?

Nazareth empezó a guardar su trabajo, sonriendo.

—Mi bola de cristal está rota, Susannah —bromeó—. Y tengo que irme, o no serán seis sitios donde tengo que estar de inmediato, sino doce. Tengo que quitarme algunos de encima.



Según este punto de vista, las frases son unidas por una especie de «cola nuclear» consistente en mesones, partículas alfa y postulados significativos, todos girando en órbitas más o menos cuánticas alrededor de un plasma indiferenciado de rasgos envolventes. Así, la anterior noción de la gramática como un algoritmo generativo-recognitivo abstracto aunque concreto queda abandonada, y es reemplazada por un patrón (por volver a un sentido más tradicional de la palabra) en donde los rasgos especifican y son especificados por otros rasgos en varias combinaciones, sujetas, naturalmente, a barreras obvias que ahora no nos interesan. Por mucho más que pueda decirse a favor de esta postura, es al menos irrefutable, y esto en sí representa un avance significativo en la Teoría de la Gramática Universal tal y como ha sido concebido tradicionalmente este campo. En este momento se opone solamente la Teoría de las Barreras Derivativas Universales, la cual, aunque igualmente irrefutable, carece de plausibilidad...

Coughlaker da lo que tal vez sea el mejor argumento posible a favor de la Postura Insostenible cuando dice que las barreras derivativas deberían ser menos ilimitadas, ya que, argumenta, han sido explotadas durante demasiado tiempo por chauvinistas no-derivativos que pretenden ejercer una especie de imperialismo interpretativo, una *pax lexicalis* sobre el reino de la sintaxis.

INSTRUCCIONES: Tiene treinta minutos. Identifique al distinguido lingüista a quien se cita más arriba, y especifique el modelo teórico con el que está asociado. Luego explique, de forma clara y concisa, el significado de la cita. NO VUELVA LA PÁGINA HASTA QUE NO SE LE DIGA. COMIENCE.

(pregunta tomada del examen final planteado en la División de Lingüística, Departamento de Análisis y Traducción)

Era una ocasión rara y espléndida. Al contemplar las mesas cubiertas con el denso lino blanco (lino auténtico, sacado de los arcones de los almacenes donde permanecían guardados junto con las otras rara vez usadas posesiones de la Casa), al observar la brillante plata y el cristal, Thomas se preguntó cuándo lo habían hecho por última vez. Tuvo que ser hacía muchos años..., a menos que contara las cenas de Navidad..., e incluso en éstas no sacaban el lino de los cofres, ni invitaban a miembros de las otras Casas. Este opulento despliegue era en honor de su septuagésimo cumpleaños..., y, ahora que lo pensaba, el último sólo pudo haber sido en un cumpleaños similar de otro Jefe de la Casa. Tuvo que ser hacía mucho tiempo, en la celebración en honor de Paul John. Como si el número setenta tuviera algún significado.

Pero, por supuesto, esto era sólo una excusa. Para detener la ronda de trabajo y estudio y reproducción y formación y grabación. Para pasar el tiempo comiendo y bebiendo y en buena camaradería. Para renovar amistades, ver a los viejos camaradas a los que no se había visto más que de pasada durante años y años. Tales excusas eran raras y espaciadas, puesto que sólo había trece Jefes de Líneas posibles para cumplir setenta años.

Se lo estaban pasando bien, no había duda al respecto. Primero disfrutaron de la succulenta comida, similar a la que el público creía que disfrutaban los lingüistas *todas* las noches, y el buen champaña, y los exóticos vinos de las colonias. Todo ello con las mujeres aún sentadas a la mesa, y la conversación constreñida por su presencia a la política y las nimiedades, aunque deliciosa de todas formas.

Y ahora las mujeres se habían marchado a hacer lo que fuera que las mujeres hacían cuando estaban juntas y a solas (cotillear, pensó Thomas, siempre cotillear), y había llegado el momento de conversar de verdad. La sólida y útil charla de los hombres, que se conocen y se aprecian y pueden hablar juntos libremente. Nada de cotilleo, desde luego. Habían sacado el bourbon, y los mejores tabacos; la sala tenía un calor que nunca tenía en Navidad. Thomas sonrió, advirtiéndole que se sentía plenamente contento, al menos durante ese momento. Tan contento que ni siquiera pensar en la última catástrofe en el D.A.T. podía distraerle. Esta noche no.

—Pareces feliz, Thomas —observó su hermano Adam, sirviéndole más bourbon—. Muy feliz.

—Me siento feliz.

—¿Sólo porque has llegado a los setenta? —le pinchó Adam—. No tiene nada de especial. Dos años más, y yo los tendré también.

Thomas se limitó a sonreírle y alzó su vaso para tocar el del otro hombre en un tintineo satisfactorio de felicitación mutua. Que Adam molestara cuanto quisiera; nada iba a estropear su buen humor esta noche.

Señaló la mesa con su cigarrillo, y al grupo de hombres con espléndidos trajes de gala completos con pajaritas.

—¿De qué hablan allá al fondo, Adam? Si se lo están pasando tan bien como parece, tal vez debería ir a tomar parte. ¿De qué es, de sexo o de la bolsa?

—Ni una cosa ni la otra. Sorpresa.

—¿Oh? ¿Ni mujeres ni dinero?

—Oh, hablan de mujeres, Thomas. Pero no de sus brazos, de sus pechos o sus culos, querido hermano. Nada erótico.

—Santo Dios. ¿De qué otra cosa hay que hablar cuando se trata de mujeres?

Entonces prestó atención, tratando de escuchar, y fragmentos de la conversación flotaron hacia él por encima del murmullo general.

—... maldito ángel, todo el tiempo. No puedo creer...

—... ni de un solo dolor ni achaque, ¿podéis creerlo? ¡Es inaudito, pero por Dios, vaya alivio! Me quedé...

—... cómo solía ser, quejarse y sermonear y quejarse y sermonear de la mañana a la noche...

—... cómo explicarlo, pero...

—... maldición, pero es *bueno*, sabes, tener...

Thomas sacudió la cabeza; no podía oír lo suficiente. Sólo una palabra acá y una frase allá, sumergidas en un discurso satisfecho.

—Muy bien, Adam —dijo—. Me rindo. ¿De qué están hablando?

—Bueno..., la verdad es que no lo sé por experiencia propia, viviendo como vivo en bendita soltería. Pero, si hay que creer en lo que dicen, a las mujeres les ha sucedido algo.

—¿Algo? Me parecen igual que de costumbre... ¿Qué quieres decir con que les ha sucedido algo?

—Según ellos... —Adam hizo un amplio gesto, para incluir a todos los hombres de las mesas—, el proceso de socialización ha comenzado por fin a dar frutos, y las mujeres se están recuperando por fin de los efectos de la jodida corrupción feminista. Es un gran momento, ¿no te parece?

—¿Es eso lo que están diciendo?

—Eso es. Me han dicho que las mujeres ya no sermonean. No se quejan. No lloriquean. No exigen cosas. No hacen objeciones estúpidas a todo lo que un hombre propone. No discuten. No se ponen enfermas... ¿Puedes creerlo, Thomas? No más dolores de cabeza, no más períodos, no más histerias..., o, si aún existen esas cosas, al menos ya no las mencionan. Eso es lo que dicen.

Thomas frunció el ceño y reflexionó al respecto. ¿Era cierto? ¿Cuándo había tenido que soportar por última vez la insolencia de Rachel? Para su sorpresa, descubrió que no podía recordarlo.

Alzó el vaso bien alto y gritó para llamar la atención a los demás hombres; como, después de todo, la celebración era en su honor, todos se volvieron cortésmente para ver qué quería de ellos.

—Adam me acaba de decir que todas nuestras mujeres se han vuelto unas santas declaradas —dijo, sonriendo—, y me avergüenza decir que no sólo no me he dado cuenta, sino que no lo encuentro fácil de creer..., es mucho más probable que Adam esté equivocado. Pero, si no lo está, me parece un cambio terriblemente drástico... ¿Son todas ellas? ¿O sólo unas pocas?

Respondieron sin vacilación. Eran todas las mujeres de las Casas. Oh, tal vez las muy ancianas eran aún un poco picajosas de vez en cuando, pero era cosa de la edad..., incluso los hombres viejos podían ser molestos. Excepto eso, eran todas ellas, todo el tiempo. Como había dicho Adam, las distorsiones del siglo XX habían sido anuladas por fin, y el nuevo Edén había ocupado la Tierra.

—Bien, que me zurzan —declaró Thomas.

—No lo dudes, hermano, no lo dudes —dijo Adam, con una sonrisita estúpida en la cara. Adam había bebido demasiado bourbon.

En la mesa de al lado, Andrew St. Syrus alzó una mano y dijo:

—Déjame hacer una pregunta, Thomas... ¿de acuerdo? Decidme, todos vosotros... ¿cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que escuchasteis a una

mujer sermonear? ¿O desde que las visteis charlar interminablemente sobre algo que no podría interesar a nadie en su sano juicio? ¿O lloriquear durante horas por nada en absoluto? ¿Cuánto tiempo?

Se produjo un murmullo, y unas cuantas consultas, y luego todos estuvieron de acuerdo. Tenían que ser al menos seis meses. Tal vez más. Sólo habían comenzado a darse cuenta recientemente, pero debía de estar sucediendo desde hacía bastante más tiempo.

—¡Pero eso es sorprendente! —dijo Thomas.

—¿Verdad que sí? Y maravilloso. ¡Y justo cuando cumples setenta años! —y los vasos de bourbon se alzaron en un brindis.

—Oh, y esas pequeñas —dijo alguien al otro lado de la sala—. ¡Oh, tener cincuenta años menos!

Una ruidosa carcajada recorrió el salón, junto con los chistes acostumbrados sobre viejos verdes, pero las otras mesas lo apoyaron.

—Esas pequeñas son tan increíblemente *dulces* —murmuró el tipo que había mencionado el tema. Un Hashihawa; Thomas no pudo recordar su nombre de pila—. Y tienen unos conceptos de lo más encantador. Chornyak, observa esto, ¿quieres? Tengo una nieta..., demonios, tengo dos o tres docenas de nietas..., pero ésta en particular es una cosita adorable llamada Shawna, creo. Sea como sea, la oí el otro día hablando con otra de las niñas pequeñas, y le estaba explicando gravemente cómo era, que lo que sentía por su hermano pequeño no era «amor» como «amor», ya sabes, era..., no recuerdo exactamente la palabra, pero significaba..., «amor por el hermano de tu cuerpo pero no de tu corazón». ¡Encantador! Sólo el tipo de estúpida distinción que una hembra podría hacer, naturalmente, pero encantador. ¡Y será un hombre afortunado de una Línea afortunada quien se acueste con mi pequeña Shawna, Thomas!

—¿En qué idioma estaba hablando?

El hombre se encogió de hombros.

—No lo sé... ¿quién puede llevar la cuenta? En el idioma en el que pasó la Interface, supongo.

Y luego los demás empezaron a proporcionar ejemplos. Los encantadores ejemplos. Los admirables ejemplos. Sólo para añadir detalles a la conversación y explicárselo a Thomas, que claramente no se había dado cuenta de lo que sucedía última mente a su alrededor. No demasiados ejemplos, porque el tema cambió rápidamente a la cuestión mucho más interesante del siguiente candidato republicano a la presidencia de los Estados Unidos. Pero al menos una docena.

Thomas se quedó allí sentado, olvidando su bourbon, intranquilo. Adam le miraba con recelo, acusándole de estar pensando en negocios en vez de celebrar su aniversario como se suponía que tenía que hacer. Pero no pensaba en negocios. En absoluto. Pensaba en una docena de ejemplos, una docena de «encantadores» y «admirables» conceptos de tantas Casas diferentes. Eso tendría que significar al

menos una docena de lenguajes alienígenas diferentes de donde procedieran los ejemplos. Pero no lo parecía. Pocos hombres habían recordado la estructura superficial real de las palabras, pero Thomas había sido lingüista toda su vida; no necesitaba las palabras para poder percibir las pautas. Todos los conceptos, hasta el último de ellos, procedían del *mismo* lenguaje. Habría apostado la vida.

Y eso sólo podía significar una cosa.

—Dulce Jesús Hijo del Pastor Divino a la entrada de Jerusalén —dijo en voz alta, aturdido.

—Bebe —sugirió Adam—. Te hará bien. No estás lo bastante borracho.

No estaba borracho en absoluto, sino fresco y sobrio como una piedra. Y una botella entera de bourbon no le habría podido emborrachar en ese momento.

Sólo podía significar una cosa.

Porque no había ninguna manera de que las niñas pequeñas de todas aquellas Casas diferentes pudieran estar adquiriendo un único lenguaje alienígena, todas al mismo tiempo. *No había manera.*

Y entonces todo empezó a encajar. Las cosas que había medio advertido, sin ser consciente de que las advertía. Cosas que había visto con el rabillo del ojo, u oído a medias..., cosas que había sentido.

Miró a los hombres de su sangre, a los hombres de las Líneas, riéndose y divirtiéndose, levemente achispados y contentos, complacidos en el raro placer de la noche y la buena compañía mutua. Y todo lo que pudo pensar fue: IDIOTAS. TODOS VOSOTROS, IDIOTAS. Y: YO SOY EL IDIOTA MÁS GRANDE DE TODOS. Porque era el Jefe no sólo de la Casa Chornyak, sino de todas las Casas, y aquello tenía que significar algo. Significaba que él tenía que saber siempre qué sucedía en las Líneas, antes de que pudiera ir más lejos de lo conveniente.

¿Cómo podía haber sucedido? ¿Dónde había estado su mente?

No dijo nada a los otros, porque por supuesto podía estar equivocado. Podía haber alguna otra explicación. Podía haber un conjunto de lenguajes alienígenas relacionados esparcidos por coincidencia entre las Líneas, algo por el estilo. O podía ser que estuviera imaginando las pautas, distraído por el licor que tan rara vez bebía. Descartó el tema y se concentró en cumplir su papel como anfitrión durante el resto de la velada, porque era su deber hacerlo así, y porque no podía estropearlo todo cuando podía estar equivocado.

La noche se arrastró, interminable, privada para él de todo placer. Adam se desvaneció y tuvo que ser llevado a una habitación en los dormitorios reservada para este tipo de incidentes indignos. Adam no podía controlar a sus mujeres, y no podía manejar su licor, y sin duda le resultaba desagradable tener que compararse siempre con Thomas, y por eso bebía hasta que no podía seguir comparándose. A Thomas le parecía que esta celebración, que se había convertido en una especie de burla, no acabaría nunca.

Cuando por fin terminó, como tenía que ser a pesar de sus percepciones temporales distorsionadas, Thomas se sintió lleno de una mezcla de alivio y temor. Y contento de poder retirarse a su despacho, donde nadie se atrevería a acudir de noche sin su invitación expresa, y donde Michaela Landry le estaría esperando como le había ordenado. Había esperado encontrarse de buen humor al final de la velada, y quería que ella estuviera allí, para charlar.

Aún quería que estuviera, pues se sentía frenético. No por su cuerpo: no tenía interés en su cuerpo esta noche. Sino por su magnífica habilidad para escucharle con todo su corazón y toda su mente. Y por el hecho de que podía confiar plenamente en ella.

Tenía la sensación de que, si no podía hablarle de esto a alguien, se volvería loco. Pero *podía* hablarle a Michaela, bendita fuera.

—Michaela, ¿comprendes lo que te estoy diciendo? ¿Sigues lo que digo?

—No estoy segura —dijo ella cuidadosamente—. No soy lingüista, querido..., no sé nada de esas cosas. Tal vez, si me lo explicas de nuevo, pueda comprenderlo.

Él necesitaba imperiosamente decirlo todo de nuevo, eso estaba claro. Y, por una vez, ella necesitaba imperiosamente *oírlo* otra vez. Para asegurarse de que lo que él decía era lo que ella pensaba, y para enterarse del tema. Porque las mujeres no se lo habían contado, naturalmente, no más de lo que se lo habrían contado a ninguna otra mujer que tuviera que vivir entre hombres. Ni siquiera Nazareth. Y Michaela no había imaginado nada.

—Michaela —dijo Thomas severamente—, si prestaras atención, no tendrías ningún problema..., no está más allá de tu capacidad de comprensión.

—Naturalmente, Thomas. Perdóname. Escucharé con más atención esta vez.

—Ya conoces el Proyecto Codificador, Michaela; entras y sales constantemente de la Casa Estéril, no es posible que no lo conozcas. Durante generaciones, nuestras mujeres han estado jugando a ese juego..., construyendo un «lenguaje de mujeres», dicen, llamado langlés. Al menos tienes que haberlas oído hablar de ello.

—Creo que recuerdo algo, Thomas.

—Bien, es una tontería, y lo ha sido siempre. En primer lugar, es imposible «construir» un lenguaje humano. No sabemos cómo comenzó ningún lenguaje humano, pero estamos seguros de que no fue porque alguien se sentara y se sacara uno de la manga.

—Sí, querido.

—Y, en segundo lugar, si fuera posible hacer tal cosa, desde luego no sería realizada por mujeres..., como queda dolorosamente claro con el mamarracho que han producido. Más de ochenta fonemas. Cambiar el orden obligatorio de las palabras (por común acuerdo, te advierto), cada dos o tres años. *Cientos* de partículas. Cinco ortografías diferentes para situaciones diferentes. Once reglas separadas distintas para la formación de simples preguntas sí/no. Trece... —se contuvo, recordando, y se disculpó—. Nada de todo esto tiene significado para ti, Michaela. Lo siento.

—Es muy interesante, Thomas. Y estoy segura de que debe de ser importante cuando una persona lo comprende.

—*Es importante.* Resume todo lo que he dicho sobre la estupidez del Proyecto en sí, y de las mujeres relacionadas con él. Es exactamente lo que cabría esperar cuando un grupo de mujeres aceptan una tarea absolutamente absurda y se preocupan por ella durante su tiempo libre durante años interminables. Con reuniones conjuntas y asambleas de por medio. Es lo que yo había predicho, y comprendo el resultado..., y ése es el problema.

—Lo siento mucho, querido. Me he perdido.

—Michaela, me he tomado la molestia de comprobar los progresos (o los retrocesos) del *langlés* cada seis meses aproximadamente. Es pueril, mecánico, una especie de Interlingua demasiado elaborada con la que, en comparación, la Interlingua parece griego clásico. Siempre ha sido así. Ha sido una fuente de diversión para los hombres de las Líneas el hecho de que nuestras mujeres pudieran producir una monstruosidad semejante..., y prueba suficiente, si la necesitáramos, de que las habilidades para la adquisición del lenguaje no están relacionadas directamente con la inteligencia. Pero, y éste es el tema, de ese mamarracho, de ese «*langlés*», no podía haberse desarrollado ningún sistema coherente que pudiera ser aprendido y hablado por las niñas pequeñas a lo largo de todas las Casas lingüistas. Es imposible que eso haya sucedido.

Michaela advirtió los signos de esfuerzo en los músculos de su cuello y de sus hombros, y se movió a una posición diferente, donde el giro de su cabeza para mirarla los relajara.

—Pero parece que crees que eso es lo que ha sucedido —dijo—. ¿O sigo confundida?

—No..., creo que ha sucedido. No lo comprendo, no tiene ningún sentido, pero creo que ha sucedido. ¡Y no lo consentiré, Michaela!

—Desde luego que no —dijo ella rápidamente—. Por supuesto que no lo consentirás.

—No lo permitiré —continuó él, como si ella no hubiera dicho nada—. Nunca he querido ser demasiado estricto con nuestras mujeres, pero no permitiré esto. Sea lo que sea, a menos que esté completamente equivocado, es peligroso..., tiene que ser detenido, y *ahora*, cuando están implicadas sólo unas pocas niñas pequeñas y un puñado de viejas locas. ¡Malditas sean sus almas engañosas!

—¿Crees que te dirán la verdad, Thomas? Quiero decir, si están asustadas. Supongo que este *langlés* debe significar mucho para ellas.

—No voy a esperar a que me lo digan —repuso él, con la cara torva y los ojos ardiendo de una manera que ella jamás había visto antes—. Pospondré todos los temas de mi plan de trabajo de mañana. Iré a la Casa Estéril inmediatamente después de desayunar..., maldición, puede que vaya *antes* de desayunar. Y me quedaré en esa madriguera de iniquidad hasta que llegue al fondo del asunto, aunque me lleve una

semana. Les daré la vuelta a todas las alacenas del lugar. Miraré todos los programas del ordenador..., y, mientras estoy allí, para demostrarles que no soy tan estúpido como pueden haber pensado, buscaré en cada caja y artefacto que usen para sus bordados, con las tijeras en la mano si es necesario. Llegaré al fondo de este asunto, Michaela. Les guste o no. Traten de mentirme o no.

—Ya veo, Thomas. Dios, cuántos problemas para ti.

—Y si es lo que pienso...

—¿Sí, querido? ¿Entonces qué?

—Entonces —golpeó la mesa con el puño con tanta fuerza que ella casi saltó del susto—, entonces acabaré con ello. Hasta el último vestigio. Lo destruiré como destruiría una sabandija, y me encargaré de que se haga en todas y cada una de las Casas. Y no habrá más Proyectos Codificadores, Michaela, te doy mi palabra. Nunca. Nunca jamás.

Pensando que tenía que tener mucho más cuidado que nunca antes, Michaela le dijo lo maravilloso que sería que pudiera hacer todo eso, rápidamente y con seguridad.

—Pero querido —dijo después—, no veo por qué tienes que preocuparte de esa forma. ¡Es sólo un lenguaje, y ellas conocen ya tantos! ¿Es porque lo han hecho sin tu permiso..., y se lo han enseñado a las niñas sin preguntártelo antes?

Él la miró ferozmente, como si quisiera morderla, y ella se quedó absolutamente quieta y deliberadamente tranquila ante sus ojos hasta que él se contentó con mirarla, rechinar los dientes y fruncir el entrecejo.

—Este langlés, si lo han perfeccionado lo suficiente como para que las niñas lo usen, podría ser tan peligroso como una plaga —dijo llanamente—. No importa por qué, Michaela. Es complicado. Escapa a tus competencias, y me alegro de que así sea. Pero representa peligro, y corrupción..., y no sucederá.

—Oh, querido —suspiró Michaela—, es tan terrible todo eso..., tal vez no deberías esperar hasta mañana... Tal vez deberías ir esta noche... ¡Sí, estoy *segura* de que deberías ir esta noche!

Ella no conocía ningún medio más seguro de impedirle que fuera directamente a la Casa Estéril que ofrecer la idea como una sugerencia enfática, y él respondió como ella había previsto.

—Si pudiera estar seguro de que tengo razón, iría de inmediato, por supuesto —dijo—. Pero no estoy tan seguro. No hay necesidad de dejarse llevar por la histeria.

Ella tembló con cuidado, y abrió mucho los ojos para decirle que estaba asustada, y Thomas se echó a reír.

—Michaela, por el amor de Dios. No puede pasar nada antes de mañana, aunque yo tenga razón..., y parecería un loco cargando en mitad de la noche si cometiera un error. No seas absurda.



Siguió durante un rato, repitiéndose considerablemente. Michaela supuso que era el whisky, o el shock de tener que soportar la sospecha de que las mujeres le habían ocultado algo. O ambas cosas.

Le dejó hablar, sintiéndose como si no estuviera realmente en el despacho, sino mirándole a través de un agujerito en un tapiz lejano, muy lejos de allí, en el espacio y en el tiempo. Fuera cuales fuesen sus problemas, estaban a punto de ser resueltos; en cuanto a ella, ahora no tenía problemas porque él los había solucionado. Definitivamente. La paz la llenó como un agua lenta y oscura..., la luz de la habitación era oro fundiéndose y fluyendo.

Aquí tenía un asesinato que podría llevar a cabo con justicia, como había hecho con Ned. Podía hacer un servicio a las mujeres de las Líneas. No era lingüista y nunca podría serlo, no podía ayudarlas con su lenguaje y sólo sería una carga si lo intentara..., pero tenía tanta habilidad matando como ellas con sus conjugaciones y declinaciones. Ella, Michaela Landry, podría hacer algo que ninguna de ellas, ni siquiera la tonta de Aquina, con sus ideas de militancia, podía llegar a hacer. Ella podría salvar el lenguaje de las mujeres, al menos durante un tiempo (tal vez el suficiente, con seguridad durante una buena temporada), y podía pagar en buena medida por sus pecados. Si había cometido asesinatos injustificados, si había hecho daño, esto podía ser una especie de reparación.

Y no había que esperar una oportunidad, ni hacía falta ser astuta, porque no tenía intención de tratar de escapar. Esta vez no. Estaba cansada de representar el papel de Ángel Exterminador mientras algo en su interior se debatía con preguntas que no podía contestar y los hombres que había matado la atormentaban por las noches con sus súplicas. Ahora todo tendría un fin, y el Todopoderoso le había concedido misericordiosamente el privilegio de un final que merecía la pena.

Cuando Thomas se quedó dormido, exhausto por la bebida y la charla, ella cogió una jeringuilla del maletín que siempre llevaba consigo por las noches en caso de emergencia y le administró una dosis de una droga rápida y segura. Él no hizo ningún ruido; ni se despertó. Diez minutos después estaba muerto, sin ninguna esperanza de medidas heroicas. Ella lo trasladó al suelo, el tiempo suficiente para cerrar el sofá que les servía de cama, y luego se inclinó y volvió a auparlo para depositarlo sobre él: no había pasado todos estos años levantando y acostando a pacientes para nada. Era lo suficientemente fuerte, incluso para un hombre de su tamaño, nacido por la muerte. Lo vistió como estaba vestido durante el banquete, aflojando la corbata, haciendo que pareciera que se había tendido solamente para echar una cabezada. A menudo dormía en su despacho, y nadie se sorprendería de que lo hubiera hecho después de la celebración.

¡Y entonces...! ¡Ah, la malvada enfermera, con sus avances sexuales refrenados por la estricta moral del Jefe de la Casa incluso en su estado ligeramente ebrio, cayendo sobre él y pagando sus años de amabilidad con el asesinato más traicionero!

Simplemente por su orgullo herido... Podía imaginar fácilmente los titulares de los periódicos y los avances de la tridi... ¡CRIMEN PASIONAL! ¡ENFERMERA VENGATIVA, LOCA DE LUJURIA Y ENLOQUECIDA POR EL RECHAZO, ASESINA A ALTO REPRESENTANTE LINGÜISTA! Sería noticia durante siete días. Tal vez ocho. Quizá, ya que se trataba de Thomas Blair Chornyak, mucho más. Aquello les daría a las mujeres muchos meses, aunque algún otro hombre hubiera empezado a advertir lo que sucedía, porque el traspaso de poder para un imperio como el que constituían las Líneas no podía ser una cuestión simple.

Michaela nunca había estado tan tranquila. Lamentaba tener que dejar a Nazareth Chornyak..., querida Nazareth. Pero, si ella lo supiera, se sentiría agradecida de que Michaela hubiera hecho lo que ella no podía hacer. Era un apropiado regalo de despedida.

Michaela cogió su maletín de enfermera y se fue a su propia habitación, a su cama. Se quedó dormida de inmediato, y lo hizo sin un sólo sueño que perturbara su descanso. No se molestó en desnudarse. Cuando vinieran a buscarla por la mañana, como harían en el momento en que vieran la jeringuilla vacía junto al cadáver, ya estaría vestida para recibirles.

Fue una época sin esplendor... ¿comprendéis? Una época en la que el entramado sin fisuras de la realidad quedaba sujeto a un proceso artificial: dividido en pequeñas parcelas arbitrarias, cada una más triste que la anterior. Y *uniformemente* triste, convirtiéndose cada vez en más triste por una ley hecha por hombres. Como si dibujarais líneas en el aire, ¿sabéis?, y luego dedicarais vuestra vida a comportaros como si esos territorios de aire limitados por vuestras líneas fueran reales. Era una realidad en la que toda alegría, toda gloria, toda radiación, habían sido excluidas sistemáticamente. Y fue a partir de *esa* realidad, a partir de esa construcción lingüística, de donde las mujeres de la Casa Estéril Chornyak intentaron extrapolar. No pudo hacerse, por supuesto. No se puede tejer la verdad con un hilo de mentiras.

Aquina continuaba diciendo que teníamos que decidir lo que debíamos HACER... Bien, imaginad una persona de pie sobre un bloque de hielo, planeando y planeando y planeando. Planeando formas de aprovechar el hielo, de decorarlo, de dividirlo, de enfrentarse a todos los hechos conocidos y desconocidos de un bloque de hielo. Sería una persona ocupada, previsora, trabajadora, independiente y admirable, ¿verdad? Excepto que, cuando el hielo se funde, nada sirve para nada.

Las mujeres habíamos prendido fuego al hielo, y era inevitable que el hielo se fundiera. En ese momento, como no se conocía nada más que la vida sobre el hielo, no se podía *hacer*; en ese momento, sólo se podía *ser*.

Lo habría explicado si hubiera sabido cómo; no era que intentara mantener nada en secreto. Me dolía no saber cómo explicarme. Me despertaba por las noches y pensaba, tal vez *éste* será el día en que se me aclaren las explicaciones; pero nunca sucedió. Me hice muy vieja, y no sucedió nunca.

(fragmento del diario atribuido a Nazareth Chornyak Adiness; sin fecha)

La reunión era poco común en todos los aspectos. Todos los lugares ante la mesa estaban ocupados, y había sido necesario traer sillas de más para atender al número de personas que no podían sentarse ante la mesa en sí. No sólo estaban todos los hombres de la Casa Chornyak, sino una delegación de tres hombres expertos y dos jóvenes de cada una de las otras doce Líneas, asistiendo en persona. Normalmente, estas representaciones de fuera habrían asistido por ordenador, para evitar la inconveniencia y la saturación... Y, al mirarlo ahora, al ver a todo el mundo codo con codo ante la mesa, a los que ocupaban las sillas junto a la pared, ya incómodos antes de que la reunión comenzara, James Nathan se preguntó si había cometido un error al elegir esta alternativa.

A su lado, David Chornyak se preguntaba lo mismo, y James Nathan y él se miraron mutuamente con rápida consternación, y luego desviaron rápidamente la mirada. Ahora era demasiado tarde, fuera un error o no; todos estaban aquí, y lo mejor que podían hacer era seguir adelante con el asunto del día lo más rápido posible.

—Adelante, Jim —susurró David—. Acabemos con esto.

James Nathan asintió, y pulsó el pequeño botón bajo la mesa. Le disgustó el sonido del aparato..., la elección de su abuelo Paul John no habría sido la suya. Pero

los agudos tonos detuvieron los murmullos e hicieron que todo el mundo se volviera hacia él, como era su función.

—Buenos días, caballeros —empezó a decir James Nathan—, y mi agradecimiento a todos por haber venido en persona. Sé que no se sienten particularmente cómodos, y lo lamento. Me temo que nunca hemos tenido necesidad de instalar salas de conferencias en la Casa Chornyak.

Nigel Shawnessey, cuya Casa en Suiza sí tenía sala de conferencias, carraspeó elaboradamente y dirigió al techo una mirada significativa. Consideraba esto una imposición ridícula, ejecutada solamente como vehículo para hacer un despliegue de dominación. Y absolutamente innecesario. Nadie había desafiado nunca a la Casa Chornyak el puesto de Jefe de las Líneas, y, mientras los Chornyak continuaran produciendo hombres del calibre tradicional, no lo harían nunca.

James Nathan no pasó por alto el atisbo de lenguaje corporal, y sabía lo que significaba, pero no estaba de acuerdo. Ocupar el asiento de Thomas Blair Chornyak no había resultado fácil; hacerlo a los cuarenta y seis años estaba peligrosamente cerca de sobrepasar sus habilidades. Nadie había previsto una cosa así, con su padre gozando de buena salud y apenas cumplidos los setenta años..., los hombres Chornyak ocupaban sus puestos hasta los ochenta, y a veces aún más.

No había nada de ordinario en el hecho de que un Jefe fuera asesinado por una mujer loca. Y el esfuerzo de asumir el papel de Thomas Blair, tan súbitamente y sin ninguno de los mecanismos normales de transición, había hecho ver dolorosamente a James Nathan la necesidad de gobernar las Líneas con mano de hierro. Lo cual era, incluso mientras lo pensaba, una frase tan torpe y desgraciada que le hizo sonreír. ¡Gobernar las Líneas con mano de hierro..., gracias a Dios que no lo había dicho en voz alta! Y había sido inflexible en cuanto a esta reunión..., bajo ninguna circunstancia la habría convocado en la Casa Shawnessey, para verse obligado a dirigirla mientras Nigel Shawnessey hacía las veces de anfitrión, con todas las intrincadas cargas que eso habría puesto sobre los hombres Chornyak como huéspedes. Thomas lo habría hecho de esa manera, sin pensarlo siquiera, pero él no era Thomas, y lo sabía. Oh, no..., podía ser joven, y podía haber asumido el liderazgo de una manera un tanto brusca, pero no era un estúpido.

—Nuestro orden del día de hoy —dijo suavemente—, es un tema simple y de lo más inusitado. La última reunión de este estilo se celebró en 2088, cuando se tomó la decisión de construir la Casa Estéril Chornyak, y entonces éramos mucho menores en número. He convocado esta reunión porque el tiempo que he pasado escuchando quejas de todos ustedes sobre este asunto empezaba ya a adquirir dimensiones absurdas ocupando mis días..., y mis noches. Y he insistido en tenerlos a todos aquí en persona porque las filtraciones a los medios de comunicación habrían sido más de las habitualmente aceptables en este caso. La seguridad de la red del comset no es adecuada, como todos saben con pesar..., y sería muy poco conveniente que este asunto se convirtiera en tema de los comentaristas de noticias.

—Perfectamente —dijeron apasionadamente una docena de hombres, y el resto hizo ruidos mostrando su total acuerdo.

—Muy bien, entonces —dijo James Nathan—. Ya que nos comprendemos mutuamente, pasemos de inmediato a la discusión. Nuestro tema del día, caballeros, es... las mujeres.

—¿Dónde están, por cierto?

—¿Perdón?

—Bueno —dijo el hombre de la Casa Verdi—, hablando de filtraciones, indiscreciones y todo eso... ¿dónde están las mujeres Chornyak mientras tiene lugar esta reunión?

James Nathan contestó con un tono que dejó claro su malestar por la pregunta.

—Se han tomado acuerdos —dijo, tenso—. No tiene por qué preocuparse.

—¿Acuerdos? ¿Qué tipo de acuerdos?

Verdi era muy brusco, y tendría que arreglar aquello a la primera oportunidad. Pero no ahora, pensó James Nathan, no ahora; éste no era el lugar apropiado para discusiones personales.

—La mayoría de las mujeres asisten a negociaciones —dijo—. A las que estaban libres se les han dado varios trabajos en los campos. No hay mujeres en la Casa Chornyak hoy, excepto aquellas menores de dos años..., supongo que mi colega confiará en que sabremos prevenir cualquier indiscreción seria por parte de esas niñas.

Punto anotado; Luke Verdi se ruborizó ligeramente y no dijo nada más.

—Bien —continuó James Nathan—. He oído esencialmente la misma historia, y las mismas quejas, por parte de cada uno de ustedes. Personalmente, también soy consciente de la situación; esta Casa no es inmune. Pero necesitamos que alguien haga un resumen, para asegurarnos de que en efecto nos enfrentamos a un problema *general*; se trata de un asunto demasiado grave como para que nos ocupemos de él a la ligera. No necesito recordarles que debemos prever una fuerte reacción por parte del público, no importa lo que decidamos hacer.

—Al diablo con el público —dijo un joven de la Casa Jefferson.

—No estamos en posición para tomar esa postura —le dijo James Nathan—, aunque fuera consistente con la política de las Líneas..., lo cual no es el caso.

—Si me pregunta mi opinión, no es asunto del público.

—No se lo he preguntado, y no lo haré. Pero sí voy a pedir ese resumen, y sé exactamente a quién. Dano, ¿quieres hacer los honores?

Dano Mbal, de la Casa Mbal, era un hombre impresionante y habituado a la narración. Era muy bueno en ello. Narración, oración, declamación..., todos los varones lingüistas eran formados para ser buenos en ello, igual que en fonética o estrategia política; las tres eran habilidades esenciales en el uso de la voz como mecanismo de poder. Pero Dano tenía dones que sobrepasaban con mucho su formación. Podía leer una lista de productos agrícolas y mantenerte al borde de la

silla. Ahora inclinó levemente la cabeza, para indicar que estaba dispuesto a ser el portavoz.

—El problema —dijo—, no es difícil de resumir. De hecho, puede hacerse con estas cinco palabras: LAS MUJERES SE HAN EXTINGUIDO.

Esperó un instante, para dejar que aquello calara y que las risas se esparcieran por la sala. Luego continuó.

—Es decir, las mujeres *reales*. Tenemos hembras vivas de la especie homo sapiens moviéndose por nuestras Casas, pero eso es lo único que se puede decir de ellas. Son homo sapiens, son hembras, y están vivas. Nada más, caballeros; nada más.

Uno de los hombres más jóvenes abrió la boca para formular una pregunta, pero James Nathan estaba alerta ante las interrupciones y alzó la mano y le mandó callar antes de que pudiera emitir un sonido.

—Por favor, continúa, Dano —dijo, subrayando el mensaje de que el hombre no tenía que ser interrumpido.

—Creo —dijo Dano, asintiendo a James Nathan—, que al principio todos empezamos a darnos cuenta de que sucedía algo extraño con las mujeres la noche misma en que Thomas Blair Chornyak fue tan brutalmente asesinado..., recuerdo bien que fue un tema de discusión aquella noche. ¡Excepto que todos pensamos, entonces, que indicaba algún tipo de cambio a *mejor*! Caballeros, estábamos muy equivocados.

Hizo una larga pausa para llenar una pipa con el tabaco aromático al que era adicto y para encenderla, y luego dijo: —Caballeros, nuestras mujeres se han vuelto insoportables. Y lo que es más sorprendente de todo ello es que nos encontramos, curiosamente... ¿indefensos? Sí, creo que indefensos es la palabra..., indefensos para formular ninguna acusación contra ellas.

Esto produjo un murmullo de protestas demasiado disperso como para ser acallado con un gesto. La idea de que los hombres estuvieran indefensos contra las mujeres era absurda, y los hombres la expresaron rápidamente. Dano los escuchó cortésmente, y luego alzó sus anchos hombros y extendió las manos abiertas en un *gesto* de indefensión.

—¡Bien, caballeros! —dijo—. Me detendré, entonces, y escucharé las acusaciones. Como las expresarían ustedes.

Esperó mientras los demás murmuraban y cuchicheaban, y luego les sonrió.

—Ah, sí —dijo—. ¡Tal como pensaba! Están ansiosos por acusarlas..., pero no pueden dar a esas acusaciones más forma que yo. ¿Puede un hombre «acusar» a una mujer de ser inagotable y exquisitamente amable? ¿Puede un hombre «acusar» a una mujer de ser una madre o una abuela o una hija intachable? ¿Puede un hombre, caballeros, «acusar» a una mujer de ser una pareja sexual siempre dispuesta y habilidosa? Díganme... ¿puede un hombre señalar a una mujer con el dedo y decirle: «Te acuso de no poner nunca mala cara, de no quejarte nunca, de no llorar, de no dar nunca la lata, de ni siquiera hacer un puchero?». ¿Puede exigirle que mandonee,

discuta y lloriquee..., en resumen, que se comporte como solían comportarse antes las mujeres? En nombre de la razón, caballeros, les pregunto... ¿se puede acusar a una mujer, y encontrarla culpable, de dejar de hacer hasta la última cosa que le hemos mandado que *no* haga durante toda la vida?

El silencio se volvió denso; todos estaban pensando, olvidado ya el hecho de que se encontraban apiñados e incómodos en la sala. Cada uno de ellos tenía en mente a sus propias mujeres, y cada uno tenía una imagen clara de aquellas mujeres escuchándoles mientras hacían su discurso sobre lo condenadamente AMABLES y COOPERATIVAS y RAZONABLES y AGRADABLES... Oh, no. Era cierto. No había manera de acusarlas de nada de aquello. Parecerían unos auténticos idiotas. Un suspiro de opresión recorrió la sala.

—¿Debo interpretar entonces que se trata de un problema general? —preguntó James Nathan—. ¿Ninguno está en desacuerdo con la descripción de Dano Mbal?

Las contribuciones vinieron rápidamente por parte de todas las Líneas.

—¡Es como si en realidad ni siquiera *estuvieran* presentes!

—Te miran, y no te interrumpen ni se impacientan..., cruzan las manos sobre el regazo y te ofrecen lo que parece ser toda su atención, ¿no? Más atención sabe Dios de la que solían ofrecer. Pero, de alguna manera, uno sabe, *sabe*, que sus mentes están a miles de kilómetros de distancia. ¡No te están mirando realmente..., ni están escuchando de verdad!

—Lo mismo daría que fueran androides; al menos las androides serían uniformemente atractivas.

—¡Son tan condenadamente *aburridas*!

Duró un rato, y James Nathan les dejó continuar. Asentía de vez en cuando, animándoles, queriendo que lo expresaran todo, ansiando el consenso de hosca furia que notaba. Nada de esto era nuevo; lo llevaba escuchando desde hacía años y años..., aunque, como había dicho Dano, no podía tratarse de tanto tiempo. Fuera lo que fuese, era cierto que al principio les había parecido algo deseable. ¿Qué hombre no se sentiría feliz de tener a su mujer siempre serena, siempre complaciente, siempre amable, siempre respetuosa?

Dano Mbal volvió a hablar.

—Antes, cuando un hombre hacía algo de lo que pudiera enorgullecerse legítimamente, podía ir a casa y hablar sobre ello a su esposa y a sus hijas, y ese orgullo *crecía*..., sería una razón para hacer aún más, y hacerlo incluso mejor. Todos lo recordamos..., era importante para nosotros. Pero ahora, ahora sería igual de satisfactorio salir y hablar de nuestros planes y nuestros logros a un árbol. Como muchos de ustedes han dicho, no es que interrumpen, no es que no quieran dar a un hombre todo lo que quiera, es que simplemente no están allí de verdad. No se puede obtener de ellas ninguna reacción que no pudiera obtenerse de un ordenador bien programado. Es tan frustrante dirigirse a nuestras mujeres como hacerlo a nuestro codo.

Era cierto. Todos estuvieron de acuerdo. No había duda, era lo mismo para todos. Y estaba la otra cara de la moneda, que cada uno de ellos sospechaba en secreto como propia, y que no podía ser mencionada en voz alta.

Antes, un hombre podía hacer algo de lo que estuviera *avergonzado*, y podía ir a casa y hablar sobre el tema, y podía contar con que ellas le sermonearían y le reñirían y se dirigirían a él histéricamente hasta que sintiera que había pagado plenamente por lo que había hecho. Y, luego, un hombre podía contar con que las mujeres se pasarían por completo del tema con sus tonterías hasta que sintiera que tenía justificación en lo que había hecho. Eso era también importante..., y ya no sucedía. Jamás. No importaba lo que hicieras, sería recibido exactamente de la misma manera. Con respetuosa cortesía. Con total ausencia de quejas.

Y, antes, tres o cuatro mujeres solían retirarse a un rincón para hablar entre sí y hacer que un hombre se sintiera un poco apartado..., pero eso era normal. Se podía armar una buena bronca y hacer que dejaran de hablar de sus tonterías de mujeres. Era molesto, pero se podía hacer algo al respecto, y sabías bien dónde estabas. Eso tampoco sucedía ya. Ellas estaban *siempre* a tu disposición..., era como si no tuvieran necesidad de hablar entre sí. Uno no podía enfadarse. No se podía ordenar que dejaran de hacerlo. Ya se sabía lo que harían si uno era lo bastante estúpido como para intentarlo. Aquellos rostros agradables, serenos, obscenamente amables..., te mirarían, con los ojos vacíos, y dirían: «¿Dejar de hacer *qué*, querido?». Y no habría respuesta. ¿Dejar de prestarme toda tu atención cuando eso es lo que he pedido? ¿Dejar de vivir sin los cotilleos y los comadreos por los que siempre te he ridiculizado? Quedaba fuera de toda cuestión.

—Caballeros —dijo James Nathan—, ¿me equivoco al decir que nos mostramos unánimes? ¿Que nuestras mujeres son una irritación constante? ¿Un auténtico dolor en el culo? ¿Insoportables? ¿Útiles sólo para ocasionales sesiones de cama, e incluso entonces es como follar con una muñeca de plástico bien mullida? ¿Tengo razón, caballeros? ¿Me olvido de algo? ¿Exagero? ¿Hay alguien aquí que piense que sus mujeres son una excepción, o que el resto de nosotros nos hemos pasado?

—No —dijeron. No, lo expresaba con completa exactitud. Y por Dios que no iban a soportarlo.

—Muy bien, entonces estamos de acuerdo. No podemos vivir con las zorras, y no podemos encontrar un medio para curarlas de lo que sea que hayan contraído.

—Es insoportable, Chornyak —exclamó el joven Luke—. ¡Insoportable!

James Nathan asintió lentamente, complacido. Esto no iba a durar tanto como había supuesto. Había imaginado que habría un montón de vacilaciones y resquemores, un montón de «tal vez estoy exagerando la situación» y «puede que sólo lo haya imaginado» y expresiones similares. No había habido nada de eso.

—La cuestión, entonces, es qué vamos hacer al respecto —dijo llanamente.

—Tienes razón.



—Excepto —señaló Emmanuel Belview—, que no hay nada que *podamos* hacer. Ése es precisamente el problema. Son puñeteras *santas*... ¿cómo vamos a castigarlas por eso?

—No creo que debamos de castigarlas.

—¿Qué?

El revuelo inmediato fue tan completamente desorganizado, que sólo pudo reírse y esperar; y lamentó que no hubiera nadie para escucharle hablar sobre la forma desordenada en que se comportaban después de que esto terminara. Habría sido un alivio hablar al respecto..., hablar a una mujer de verdad sobre el tema.

—¿Caballeros? ¿Puedo disponer de un momento, por favor? —intentó.

Aguardó unos instantes.

—Propongo —repitió, cuando por fin volvió a captar razonablemente su atención — que vivamos sin las mujeres, ya que no podemos hacerlo con ellas. Las necesitamos para muchas cosas, lo sé. No sólo para la reproducción. Las necesitamos, y con urgencia, para que hagan su parte en las cabinas de traducción e interpretación. Hemos abarcado tanto que no podemos cumplir el trabajo sin ellas..., no podemos permitirnos pasar sin las mujeres. ¡Pero, caballeros, no tenemos que *vivir* con ellas!

—Pero...

—Son auténticas aguafiestas —continuó—. Le roban a la vida la más pequeña fracción de placer. Estar con ellas es como ser sentenciado a la cárcel de por vida, con alguna tía soltera a la que apenas conoces y a la que no quieres conocer. Y, repito, no tenemos que hacerlo.

Se inclinó hacia delante para reforzar su argumento.

—Caballeros, la solución está justo ante nuestras narices. Abrí esta sesión diciéndoles que no ha habido una igual desde el día en que nuestros antepasados se reunieron para establecer la primera Casa Estéril. Aquí mismo. En esta sala, ante esta mesa. Y casi por el mismo motivo, aunque en proporción diferente: porque las mujeres estériles eran una molestia intolerable y había que quitárselas de encima. Sin (¡y esto es crucial!), sin sacrificar ninguno de los servicios esenciales que proporcionan. ¡Sólo tenemos que seguir el excelente ejemplo que nos legaron!

—Por Dios —dijo uno de los Shawnessey—. Quiere decir que les construyamos casas aparte. ¡Por Dios!

—¡Exactamente! —James Nathan golpeó la mesa con el puño, y junto a él David se echó a reír, regocijado—. El precedente ya ha sido establecido. Las mujeres estériles han tenido casas separadas, han vivido aparte de los hombres, todos estos años. No ha sido ningún problema. No ha interferido en ningún modo con sus quehaceres. Ha funcionado perfectamente, ¿estamos de acuerdo? ¡Bien! Sólo necesitamos ampliar ese privilegio a *todas* nuestras mujeres. No trasladarlas a las Casas Estériles; esos edificios no son lo suficientemente grandes ni están apropiadamente equipados, sino construirles casas propias, caballeros. ¡Casas de Mujeres! Todas las Casas tienen terrenos suficientes como para construir una

residencia separada para las mujeres, colocándolas cerca como hemos hecho con las Casas Estériles..., de modo que sea conveniente para cuando necesitemos ver a una mujer determinada por alguna razón, sexual o lo que sea..., pero así no las tendremos encima.

—Podría hacerse —dijo cautelosamente un hombre mayor.

—Naturalmente que podría.

James Nathan pudo ver extenderse el alivio sobre ellos, la tensión aflojarse. Pensaban en cómo sería..., tener a las mujeres fuera de sus vidas y a la vez lo bastante cerca para aquellas cosas que sólo una mujer podía hacer.

La objeción que estaba esperando, el coste, vino casi inmediatamente.

—Lo estaba esperando —dijo.

—Chornyak, costaría millones. ¿Trece residencias separadas? Hay un montón de mujeres en las Líneas, hombre. Estamos hablando de una suma enorme de dinero.

—No me importa en absoluto —les dijo.

—Pero, Chornyak...

—No me importa lo que cueste —continuó sombríamente—. Tenemos el dinero. Sabe Dios que nunca hemos gastado nada. Tenemos el dinero suficiente para construir diez Casas de Mujeres para cada una de las Líneas sin que siquiera se note en nuestras cuentas. Lo saben ustedes, y yo lo sé también..., es uno de los raros beneficios de un centenar de años evitando todo gasto sospechoso. El dinero está ahí. Siempre hemos vivido en ostentosa austeridad para mantener feliz al público..., hemos hecho suficiente, y tenemos derecho. Gastemos ese dinero antes de que todos nos volvamos locos de atar.

—Es el público el que se volverá loco —dijo uno de los hombres—. Nunca lo aceptará. ¡Habrán *revueltas* de nuevo, Chornyak! ¿Recuerda la enmienda 25 a la Constitución? No se permite maltratar a las mujeres. ¡Nunca lo conseguiremos!

—Tengan en cuenta esto —insistió James Nathan—. No habrá ningún problema real. No si lo hacemos adecuadamente. Nos remitimos al precedente, a las Casas Estériles..., hablamos una y otra vez de lo felices que son allí nuestras mujeres, cosa que es cierta. Y nos ocuparemos, caballeros, nos ocuparemos dolorosamente de hacer que esas Casas de Mujeres sean lugares soberbios. ¡No dejaremos entrever el más mínimo atisbo que pueda acusarnos de que estamos abusando o maltratando a nuestras mujeres! Gastaremos lo que haga falta para construirles casas hermosas, adecuadas, amuebladas y equipadas con todas las tonterías que las mujeres quieren siempre, todo lo que puedan necesitar dentro de los límites de la razón. Nuestros comsets se caen a pedazos, por ejemplo, hemos dejado que sea así por medidas económicas... Instalaremos sistemas flamantes para las mujeres. Fuentes. Lo que sea. Les construiremos residencias que el público pueda visitar, si insiste, y satisfacerle de que estamos equipando a las mujeres con todas las comodidades, todas las instalaciones, todas las ventajas. Dejemos que envíen equipos de inspectores si quieren..., no encontrarán nada que criticar. Y, caballeros, el público nos *envidiará*.

Reflexionaron sobre aquello, y vio aparecer unas cuantas sonrisas a medida que empezaban a comprender.

—Los hombres nos envidiarán —dijo simplemente—, porque conseguiremos hacer realidad el sueño de todos los hombres. Nada de mujeres en nuestras casas para amargarnos la vida e interferir con nosotros..., pero mujeres en abundancia sólo a unos pocos pasos de distancia, para cuando queramos disfrutar de su compañía.

—Los *hombres* nos envidiarán —dijo Dano Mbal—. Los *hombres*.

—¿No es eso lo que importa?

—La explicación es obvia, Chornyak.

—Explícamela..., puede que para mí no sea tan obvia.

—Al mencionar a los hombres —dijo Dano—, uno piensa en las mujeres. Sus mujeres no envidiarán a las nuestras, aisladas en edificios separados. Sentirán lástima de ellas; sabes que lo harán. Y en ese sentido es bueno, porque, cuanto menor sea la población que nos envidie, menos problemas habrá. Pero, ¿qué hay de *nuestras* mujeres, James Nathan? ¿No van a sonreír cortésmente y mudarse a la puerta de al lado a un harén de lujo, hombre! Esto va a revolucionar considerablemente su beatífico comportamiento, y van a luchar como tigresas.

—Entonces, que luchen —dijo James Nathan—. ¿Qué pueden hacer? No tienen ningún derecho legal en este asunto, mientras no puedan clamar de que se les priva de algo..., y ya les he explicado que debemos asegurarnos de que no puedan hacer esa reclamación. ¡Nada más que lo mejor para nuestras mujeres, lo prometo! Que luchen, que se pongan histéricas, ¿y qué, Dano? Los hombres han podido controlar a las mujeres sin dificultad desde el alba de los tiempos..., seguro que no somos tan pobres ejemplos del homo sapiens *macho* como para no poder continuar con tan antigua tradición. ¿Estás sugiriendo, Dano Mbal, que los hombres de las Líneas no somos *capaces* de controlar a nuestras mujeres?

—Por supuesto que no, Chornyak. Ya sabes que no estoy sugiriendo nada de eso.

—Muy bien, entonces. Amigos míos, las mujeres sólo pueden responsabilizar de esto a ellas mismas. *Ellas* han decidido, de un modo incomprensible, convertirse en robots multilingües..., no fuimos los hombres los que les fijamos ese curso de acción. Como dice el refrán, ellas se han hecho la cama; ahora, que se acuesten. No tienen dinero, legalmente no tienen mayoría de edad... ¿qué pueden hacer para detenernos?

—Pueden incordiar. Pueden armar un escándalo.

—Entonces, cuanto más rápido hagamos esto, más rápido nos desharemos de sus incordios y sus escándalos. Propongo que votemos. De inmediato. El tiempo corre, caballeros.

\* \* \*

Hubo un poco de discusión, algunas objeciones, tuvieron que aceptarse algunos compromisos reticentes..., como era de esperar. Así era el juego. Pero al final accedieron por unanimidad, como James Nathan sabía que harían desde el principio.

Y, cuando se alcanzó aquel punto, y se grabó adecuadamente la votación, pulsó las teclas que desplegarían los holos que había preparado especialmente para esta reunión. Pretendía gastar muchos créditos; tenían el dinero, podían permitirse gastarlo, y hablaba en serio con respecto a aquel asunto. Pero no había ninguna razón para *malgastar* el dinero, y había pasado muchas horas con David, elaborando cuidadosamente los detalles del plan básico. No había ningún motivo por el que las residencias no pudieran ser lo suficientemente uniformes como para permitir comprar todos los materiales en grandes cantidades, con el correspondiente ahorro.

Cuando se hizo público el anuncio, las mujeres de las Casas Estériles se quedaron sentadas en total silencio, sorprendidas, mirándose mutuamente. Y luego sus ojos empezaron a bailar, y sonrieron, y después se rieron hasta que no les quedaron fuerzas para seguir haciéndolo.

—Íbamos a huir a los bosques...

—Con los bebés a la espalda...

—Cavarnos fuertes en el desierto...

—Oh, santo cielo...

—Íbamos a encerrarnos en los áticos..., oh, Señor...

Incluso Aquina tuvo que admitir que era gracioso, aunque se sintió obligada a advertir que todo esto era probablemente un truco para distraerlas con una sensación de falsa seguridad. Antes de que los hombres dieran comienzo a la acción *real* contra ellas.

—¡Oh, Aquina, no empieces! —dijeron al principio.

Y luego todas reflexionaron sobre aquello, y acorralaron a Nazareth contra la pared.

—Nazareth, tú lo *sabías*.

—No.

—Lo sabías. Por eso siempre dabas largas..., siempre decías que todo saldría bien, siempre hacías todo lo posible para no estar aquí cuando teníamos sesiones de planificación. Lo *sabías*. Nazareth Joanna, ¿cómo lo sabías?

Nazareth miró al suelo, luego al techo, a todas partes excepto a ellas, y les suplicó que lo dejaran correr.

—¿No podéis daros por satisfechas? —preguntó—. No tenemos que huir a ninguna parte, no tenemos que erigir fortalezas y baluartes y mudarnos a cavernas con los láseres preparados..., tenemos que continuar con nuestro trabajo, con muchos menos inconvenientes de los que hemos tenido durante toda la vida.

—Nazareth —dijo Caroline—, si te atamos a un árbol, vas a tener que explicárnoslo.

—Nunca he podido explicar nada —se quejó Nazareth.

—Inténtalo. Al menos, inténtalo.

—Bien.

—¡Inténtalo!

—Tened esto en cuenta..., sólo había realmente una razón para el Proyecto Codificador, aparte del simple placer de hacerlo. La hipótesis era que, si poníamos el proyecto en práctica, *cambiaría la realidad*.

—Continúa.

—Bueno..., no os tomasteis esa hipótesis muy en serio. Yo sí.

—Sí nos la tomamos.

—No. No lo hicisteis. Porque todos vuestros planes se basaban en la *antigua* realidad. La *anterior* al cambio.

—Pero, Nazareth, ¿cómo se pueden hacer planes para una nueva realidad cuando no se tiene ni la más remota idea de cómo va a ser? —inquirió Aquina, indignada—. ¡No es posible!

—Exactamente —contestó Nazareth—. No tenemos ciencia para eso. Tenemos pseudociencias, en las que extrapolamos para una realidad que no sería más que una variación menor de la que tenemos..., pero la ciencia del cambio efectivo de la realidad ni siquiera ha sido propuesta aún, y mucho menos formalizada.

No le gustaba la manera en que la estaban mirando, ni la forma en que retrocedían. No le había gustado antes, cuando la acorralaban, pero esto era peor. E inevitable; sabía que no podía ser evitado.

—¿Qué hiciste entonces, Nazareth —le preguntó Grace con voz extraña—, mientras nosotras nos comportábamos como unas tontas?

Nazareth se apoyó contra la pared y las miró intensamente. No tenía sentido. Probablemente las niñas pequeñas que hablaban láadan podrían haber dicho lo que necesitaba decir, pero ella no podía siquiera empezar a expresarlo. ¿*Tuve fe?* ¿Podía decir eso?

Fe. Aquella temible palabra, con sus siglos de contaminación ocultando toda su luz.

—Por favor —dijo, rindiéndose—. Por favor. Os quiero. Y todo va a salir bien. Dejadlo así.

Sin embargo, fue Aquina quien la salvó.

—Santo Dios —exclamó, inspirada con otra llamada a las armas—. ¡No tenemos tiempo para esto! Debemos decidir cómo vamos a ofrecer el láadan a las mujeres de fuera de las Líneas...

Querida Aquina.

—En eso creo que puedo servirlos de ayuda —dijo Nazareth solemnemente—. Si me dejáis que os prepare una taza de té, y si podemos sentarnos todas y hablar del tema.

## 1Ø REM ALLÁ VAMOS DE NUEVO 2Ø GOTO 10

La opinión personal de Lanky Pugh era que este último chanchullo de Trabajo Gubernamental tendría que haber sido instalado lejos del planeta. *Muy* lejos del planeta. Preferiblemente más allá de las Lunas Extremas.

Pero el Pentágono no pensaba lo mismo. En primer lugar, le aseguraron que era perfectamente seguro para T.G. que se encontrara exactamente donde se encontraba. El Centro, California, no sólo era una ciudad fantasma..., sino que era un *emplazamiento* fantasma. Nadie, absolutamente nadie, iba a dejarse caer nunca por aquella zona desértica perdida de la mano de Dios que una vez había sido una ciudad llamada El Centro..., en una época en que uno no podía ser demasiado concreto sobre en qué parte del mundo te encontrabas. Esa época había desaparecido hacía ya mucho tiempo.

Sin embargo, la razón real era que a los científicos requeridos para este proyecto no se les podía permitir que salieran del planeta. Algunos de ellos podían estar dispuestos a apañárselas sin sus laboratorios y sus comodidades, pero el gobierno los quería aquí, a mano, donde se pudiera coger el intercomunicador para hacer una llamada y decir: «Santo Dios, profesor Fulano, ¿quiere venir a echarle un vistazo a esto?». Y el profesor Fulano podría estar allí en media hora como máximo. El Pentágono estaba contra la idea de que ninguno de sus profesores Fulano se encontrara a más de media hora de distancia.

Y por eso se hallaban establecidos en una instalación subterránea, toda refrigerada y decorada de forma que apenas podía afirmarse que no estuvieras en un hotel, en mitad de la jodida nada. Lanky Pugh, un pelotón entero de servomecanismos, y los profesores. Y lo que tenían en marcha en esta ocasión había sorprendido incluso a Lanky, que había creído realmente (cuando cerraron la unidad de Arnold Dolbe) que el gobierno americano había llegado al final de sus trabajos de Interface entre los bebés humanos y los alienígenas no humanoides. El cierre había sido muy convincente, y Lanky lo aprobó de todo corazón. Se alegraba de que el proyecto de los bebés se terminara, de que retiraran discretamente de los medios de comunicación los anuncios pidiendo niños voluntarios, y se quedó absolutamente sorprendido cuando descubrió que no estaban más que bailando de nuevo al ritmo de los federales.

Aquí estaban, enfrascados en un nuevo proyecto, esta vez bajo tierra para que todo el mundo lo viera, si el mundo se tomaba la molestia de hacer el viaje hasta El Centro, California. La Interface de este proyecto les había costado a los

contribuyentes una millonada, moneda sobre moneda de diez centavos..., no se prepara un entorno compartido para humanos y ballenas en medio del desierto para después buscar descuentos.

Había un cobertizo a la entrada, y un pequeño servomecanismo sentado junto a él canturreaba a la gente:

—¡Hola, amigos! ¡Bienvenidos a la Intersección Cetácea! ¡Por favor, inserten su tarjeta de crédito en la ranura que ven bordeada de rojo en lo alto de la entrada y pasen! ¡Por favor, sigan la línea amarilla que verán ante ustedes en el suelo del edificio! ¡Les llevará de inmediato a la Interface! Gracias, amigos, y por favor vuelvan a vernos.

Nadie, que supiera Lanky, se había molestado en atravesar la entrada y seguir la línea amarilla y contemplar el solemne par de ballenas nadando en su mitad de Interface de reglamento..., un poco grande, pero de reglamento..., con un probi igualmente solemne observándolas a través de la barrera. No había nada que ver, nada que oír, y nada que experimentar que mereciera la pena los cincuenta grados de rocas ardientes y tierra resquebrajada, y Nada que pudiera verse en ninguna dirección sobre el suelo.

Era curioso, ciertamente, y, si alguien se molestaba en venir alguna vez, probablemente se quedaría con la boca abierta. Lanky tenía que reconocer el trabajo del gobierno; no habían escatimado en gastos. Había incluso una pequeña tienda de souvenirs automática, donde se podía comprar una Interface de juguete para llevárselo a casa a los niños.

El proyecto real, sin embargo, se encontraba dos niveles más abajo, incrustado en la misma concha de asfalto a prueba de terremotos, pero hundido profundamente en las entrañas de la tierra. Y lo que sucedía allí abajo, muy por debajo de las ballenas que nadaban dando vueltas y más vueltas y al probi observando, era otra cosa.

—Supongamos —había dicho el observador del Pentágono—, sólo para terminar con esto, que lo que dicen los lingüistas es cierto. Supongamos que el problema es simplemente que el cerebro humano no puede tolerar compartir percepciones con un cerebro no humanoide. Tenemos pruebas suficientes de que es cierto.

—Sí, claro que las tenemos —coincidió Lanky—. Vaya si las tenemos.

—Entonces, dejemos de lado el otro asunto. Vamos a ignorar, por ahora, el hecho de que los lingüistas conocen la solución al problema y no quieren decírnosla. ¡Al diablo con ellos, caballeros! El gobierno de los Estados Unidos tiene sentido común de sobra, y tecnología suficiente, y todo lo demás, para descubrir qué es lo que los lingüistas saben o encontrar otra solución al problema.

—Perfecto —dijo Lanky—. Es una buena forma de decirlo.

—Así pues, todo se reduce a esto: Lo que necesitamos, caballeros, es un cerebro que sea un poco menos humanoide y un poco más alienígena. Una especie de puente entre los dos, ¿no lo ven?

Lanky no sabía si lo veía o no, pero todos los profesores parecían comprender lo que decía sin ninguna dificultad. Ellos confiaban en él para el asunto de los ordenadores; él confiaba en ellos para el asunto de sus herramientas. Y parecía igual de descabellado, ni más ni menos, que cualquiera de los otros proyectos de T.G.

La idea era utilizar ingeniería genética, y los tanques rebosantes de probis del gobierno, y gradualmente, paso a paso, alterar los cerebros y los sistemas de percepción de los probis para hacerlos diferentes. O alienígenas, si llegaba el caso.

El hombre del Pentágono se sintió obligado a recomendarles cautela.

—No podemos movernos rápidamente —dijo—. No nos atrevemos a movernos rápidamente, porque no sabemos con exactitud qué es lo que buscamos. Pero tenemos miles de probis para que ustedes trabajen con ellos, para modificarlos de la forma que quieran..., y si se quedan sin existencias, bueno, hay muchos más allá de donde vinieron éstos. Hágannos saber qué es lo que necesitan.

Los profesores permanecían sentados con microscopios y porciones casi invisibles de cosas en portaobjetos y platos Petri y hacían sus lentos cambios. Lanky no sabía cómo lo hacían, si pinchaban a los pequeños embriones con el equivalente científico de alfileres, o los bombardeaban con láseres, o les suministraban corrientes. Desde luego, no quería saberlo. Ya conocía proyectos de T.G. para el resto de su vida. Se mantenía cuidadosamente apartado de los profesores, introducía los datos que le daban sin permitir que ninguno calara en su memoria —para eso sirven los ordenadores, para no tener que ocupar con ellos tu propia memoria—, y eso era todo lo que hacía. Solamente su trabajo, muchísimas gracias.

Había formulado una pregunta:

—¿Cómo van a llamarlo?

—¿Llamar al qué?

—Bueno..., están jugando con los embriones hasta que consigan algo que pueda pasar por la Interface, algo que no sea humano del todo, ni humanoide, ni alienígena. Creo que lo conseguirán..., no veo por qué no. Pero, ¿cómo van a llamarlo?

—Señor Pugh —dijo el sabelotodo, mirándole exactamente de la misma manera con que miraba el material bajo su microscopio—, por favor, márchese y déjeme trabajar.

Muy bien. Lanky se marchó, como el otro le había pedido. Cuando le hablaban así, no herían sus sentimientos. Después de todo por lo que había pasado, Lanky ya no tenía ningún sentimiento que pudieran herir. Agitó la mano al profesor para dar por recibido el mensaje, y se marchó a observar a las ballenas dando vueltas.

Una de las cosas que planeaba hacer, antes de dejar este infierno, era entrar en la Interface y nadar con las ballenas en aquellas maravillosas aguas azules, dando vueltas y más vueltas, en una maravillosa cabriola interminable.



## Apéndice

Tomado de *Un primer diccionario y gramática del láadan*.

Un ejemplo del láadan:

Como ocurre con cualquier otro lenguaje, muchas palabras del láadan no pueden ser traducidas más que por medio de definiciones amplias. Se ofrecen varios ejemplos para ilustrar la situación; consiste principalmente en muestras de los prefijos «ra-» del lenguaje.

**doóledosh:** dolor o pérdida que se recibe como un alivio por terminar con la tensión de su llegada.

**doroledim:** Esta palabra no tiene ningún equivalente. Digamos que tenemos a una mujer corriente, sin control sobre su vida. Tiene muy poco o nada como recurso para su propio beneficio, aunque sea necesario. Tiene familia, animales, amigos y asociados que dependen de ella en todos los sentidos. Ella apenas disfruta del descanso o del sueño adecuado; no tiene tiempo para sí, ningún espacio propio, muy poco dinero o ninguno para comprarse cosas, ninguna oportunidad para considerar sus propias necesidades emocionales. Está a disposición de los demás, porque tiene esas responsabilidades y obligaciones o no elige (o no puede) abandonarlas. Para una mujer así, la única cosa sobre la que tiene un poco de control para gratificarse es la COMIDA. Cuando una mujer así come de más, el verbo que se emplea es «doroledim». (Y entonces se siente culpable, porque hay mujeres cuyos niños mueren de hambre y no tienen ni siquiera ESA opción para autogratificarse...)

**lowitheláad:** sentir, como si fuera directamente, el dolor/pena/sorpresa/alegría/furia de otra persona.

**núháam:** sentirse querida, cuidada, atendida por alguien; sentir amabilidad amor.

**óothanúthul:** orfandad espiritual; carecer por completo de comunidad espiritual o familia.

**ráahedethi:** ser incapaz de sentir lowitheláad; carecer de pareja empática.

**ráahedethilh:** no querer sentir lowitheláad; carecer de pareja empática.

**ráahedethilh:** estar impedido musical o eufónicamente.

radama no tocar, abstenerse activamente de tocar.

**radamalh:** no tocar con mala intención.

**radéela:** no jardín, un lugar que tiene mucho relumbrón y ornamentos, pero ninguna belleza.

**radíidin:** no vacación, un momento supuestamente festivo pero que en realidad resulta una carga por causa del trabajo y los preparativos, lo cual lo convierten

en una ocasión temida; especialmente cuando hay demasiados invitados y ninguno de ellos ayuda.

**radodelh:** no relacionarse, una situación que no tiene ni un solo punto en común sobre el que basar una interacción, a menudo usado en relaciones personales.

**raduth:** no usar, privar deliberadamente a alguien de alguna función útil en el mundo, como el retiro forzoso o cuando un ser humano es tratado como un juguete o una mascota.

**rahéena:** no corazón hermano, alguien tan enteramente incompatible con otra persona que no hay siquiera esperanza de conseguir jamás ningún tipo de comprensión o nada más que un trato, y ninguna esperanza de llegar a comprender por qué..., no significa «enemigo».

**rahobeth:** no vecino, alguien que vive cerca pero no cumple su papel de vecino; no es deliberadamente peyorativo.

**rahom:** no enseñar, llenar deliberadamente la mente de los estudiantes con datos vacíos o información falsa; sólo puede usarse con personas en una relación maestro/alumno.

**ralaheb:** algo completamente sin sabor, «como saliva caliente», repulsivamente blando y anodino.

**Ralee:** no meta (prefijo), algo absurda o peligrosamente corto de magnitud o alcance.

**ralith:** abstenerse deliberadamente de pensar en algo, arrinconarlo en la mente por medio de un acto deliberado.

**ralorolo:** no trueno, mucha charla y emoción por parte de uno (o más) sin ningún conocimiento real de lo que hablan o de lo que intentan hacer, algo como «aire caliente», más o menos.

**ramime:** abstenerse de preguntar, por cortesía o amabilidad.

**ramimelh:** abstenerse de preguntar, con mala intención; especialmente cuando está claro que alguien quiere ansiosamente que se le pregunte.

**ranem:** no perla, una cosa fea que alguien construye capa tras capa como una ostra una perla, como el odio acumulado al que se presta atención.

**rani:** no taza, un cumplido vacío, algo que uno adquiere, recibe o consigue pero carente de toda satisfacción.

**rarih:** abstenerse de archivar deliberadamente; por ejemplo, no haber archivado a lo largo de la historia los logros de las mujeres.

**rarulh:** no sinergia, la que cuando se combina sólo hace las cosas peor, con menos eficacia, etc.

**rashida:** no juego, un «juego» cruel que sólo lo es para los que lo practican desde el punto de vista dominante, con el poder para forzar a los otros a participar.

**rathom:** no almohada, alguien que incita a otro a confiar en él pero no tiene intención de ayudarlo, una persona del tipo «apóyate en mí para que pueda echarme a un lado y hacerte caer».

**rathóo:** no invitado, una persona que viene de visita sabiendo perfectamente bien que se está entrometiendo o causando dificultades.

**raweshalh:** no gestalt, una colección de partes sin otra relación que la coincidencia, una elección perversa de elementos que es considerada un conjunto; especialmente cuando se utiliza como «prueba».

**sháadehul:** crecimiento a través de la trascendencia, bien de una persona, un no humano o una cosa (por ejemplo, una organización, o una ciudad, o una secta).

**wohosheni:** una palabra que significa lo contrario de alienación; sentirse unido a, parte de alguien o algo sin reservas ni barreras.

**wonewith:** ser socialmente disléxico; no comprender las señales sociales de los otros.

**zháláad:** el acto de renunciar a una ilusión querida/confortable/familiar o a un marco de percepción.

Un primer diccionario y gramática del láadan está publicado por The Society for the Futherance and Study of Fantasy and Science Fiction, Inc. Para solicitar más información, enviar sobre franqueado a Láadan, Route 4, Box 192E, Hunstville, AR 72740, USA.